

TERRY BROOKS

REINO MAGICO

EN VENTA

VENDIDO



El reino mágico de Ilse

Lectulandia

Este anuncio estaba incluido en el catálogo de Navidad de los almacenes Rosen: Reino mágico, en venta. Landover. Un lugar de encantamiento y aventura rescatado de las brumas del tiempo, donde habitan caballeros y bellacos, dragones y doncellas, hechiceros y magos. La mezcla de magia, espadas y caballería es la clave de la vida del verdadero héroe. Todas sus fantasías se convertirán en realidad en este país de otro mundo, donde sólo falta una pincelada para acabar el cuadro: usted. Para gobernarlo como rey y señor. Escápese al mundo de sus sueños y vuelva a nacer.

Precio: \$ 1.000.000

Entrevista personal para pactar condiciones financieras.

Dirigirse a Meeks, oficina principal

Lectulandia

Terry Brooks

Reino mágico en venta

Reino mágico de Landover #1

ePub r1.0

whatsername 17.01.14

Título original: *Magic kingdom for sale*

Terry Brooks, 1986

Traducción: Pilar Alba & A. Herrera

Diseño de portada: Ramón Parada

Editor digital: whatsername

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Kennard, Vernon, Bill, John y Mike
sucedió...

NOTA DEL EDITOR.

Al publicar este libro deseamos dedicar un recuerdo a Josep Infante Oltra, que fue sorprendido por una muerte prematura poco tiempo después de iniciar su traducción.

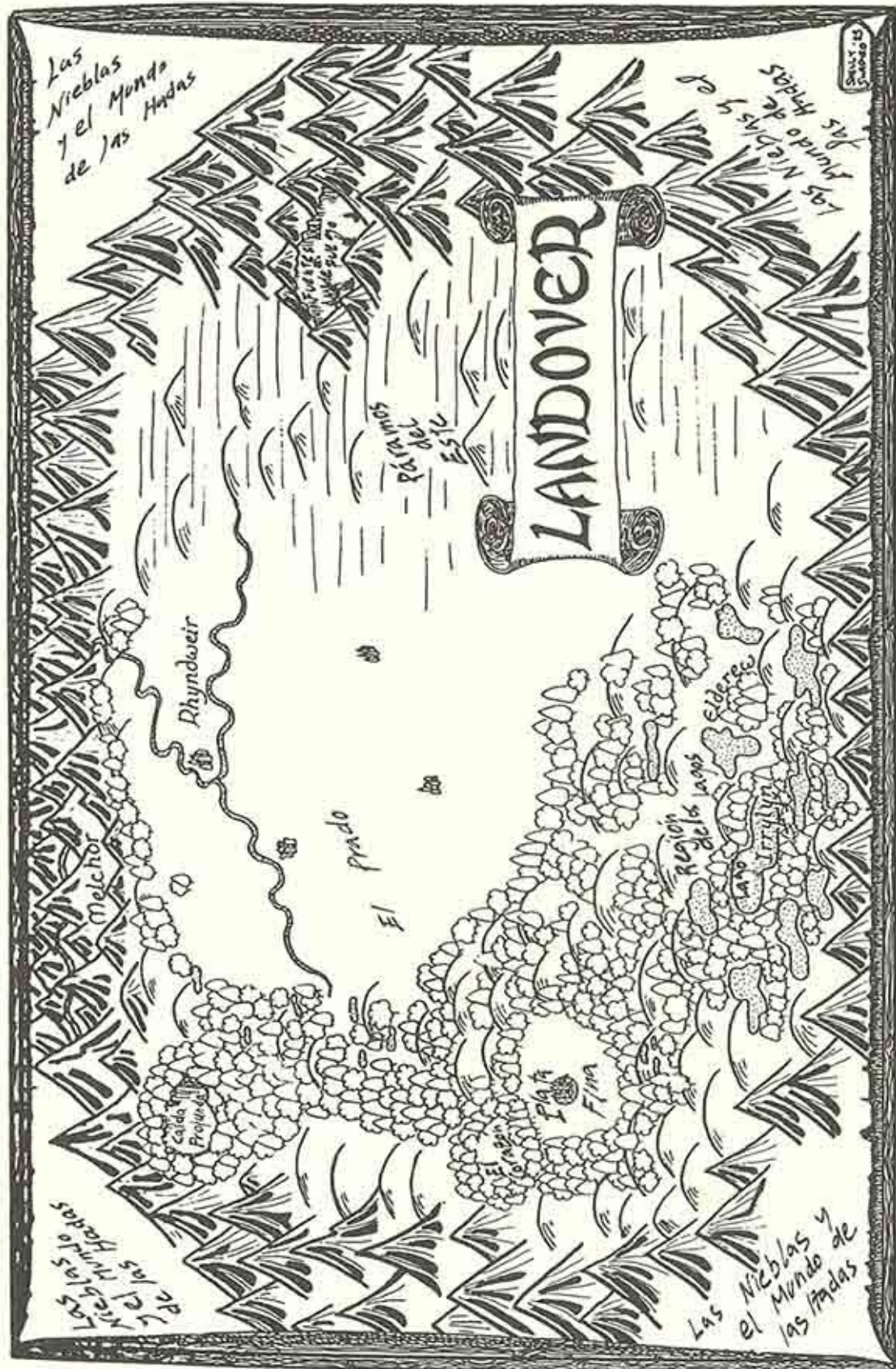
La Bruja del Norte se quedó pensativa un rato, con la cabeza inclinada y los ojos puestos en la tierra. Luego alzó la vista y dijo:

—No sé dónde está Kansas, porque nunca he oído mencionar ese país. Pero dime, ¿es un país civilizado? —Oh, sí —respondió Dorothy.

—Entonces, eso lo explica. Creo que en los lugares civilizados no quedan brujas, ni magos, ni hechiceros, ni nigromantes. Pero, como sabes, el País de Oz nunca ha sido civilizado, porque estamos aislados del resto del mundo.

Aún hay brujas y magos entre nosotros.

L. Frank Baum, El Mago de Oz.



BEN

El catálogo era de Rosen's. Se trataba del anual de obsequios navideños. Iba dirigido a Annie.

Ben Holiday se quedó parado ante su buzón de correos abierto, recorriendo con los ojos la vistosa portada del librito hasta llegar a la etiqueta blanca con la dirección y el nombre de su difunta esposa. El vestíbulo del alto edificio de Chicago parecía extrañamente tranquilo en la penumbra grisácea de las últimas horas de la tarde; desierto, excepto por el guardia de seguridad y el propio Ben. Fuera, tras de la hilera de ventanales, que llegaban desde el suelo al techo, flanqueando la entrada, el viento otoñal soplaba en heladas ráfagas a lo largo de la avenida Michigan y susurraba la llegada del invierno.

Pasó el pulgar sobre la tersa superficie del catálogo. A Annie le encantaba comprar, incluso por correspondencia. Rosen's era uno de sus almacenes favoritos.

De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas. Aún no había superado la pérdida de su esposa, a pesar de los dos años transcurridos. A veces, le parecía que no era más que un engaño de su imaginación; y que la encontraría esperándolo al llegar a casa.

Respiró profundamente, en un intento de controlar las emociones que le había producido el simple hecho de ver su nombre escrito en aquella etiqueta. Era una estupidez dejarse llevar por tales sentimientos. Nada podría devolvérsela. Nada podría cambiar lo ocurrido.

Sus ojos se elevaron hacia el cuadrado oscuro del buzón vacío. Recordó cómo se había enterado de su muerte. Acababa de llegar del juzgado, de una vista preliminar sobre el caso de Microlab con el viejo Wilson Frink y sus hijos. Se encontraba en su despacho, pensando en la forma de convencer a su oponente, un abogado llamado Bates, de que su última oferta de conciliación sería lo mejor para los intereses de todos, cuando se produjo la llamada. Annie había tenido un accidente en la Kennedy. Se encontraba en el hospital de St. Jude en estado crítico. ¿Podía ir enseguida...?

Sacudió la cabeza. Aún podía oír la voz del doctor explicándole lo que había ocurrido. La voz le había parecido demasiado serena y racional. Enseguida supo que Annie se estaba muriendo. Lo supo al instante. Cuando llegó al hospital ya había muerto. El bebé también. Annie estaba embarazada de tres meses.

—¿Señor Holiday?

Volvió la cabeza bruscamente, sobresaltado por la voz de George, el guardia de seguridad, que le miraba desde su mesa del vestíbulo.

—¿Hay algún problema, señor?

Él hizo un gesto negativo y forzó una sonrisa.

—No, sólo estaba pensando.

Cerró la puerta del buzón, guardó en el bolsillo del abrigo todo su contenido,

excepto el catálogo, y se dirigió hacia los ascensores con él en las manos. No le importó que lo hubieran sorprendido en un momento de preocupación, que podía atribuirse a su trabajo de abogado.

—Hace frío —comentó George, mirando hacia el gris del exterior—. Va a ser un invierno duro. Con mucha nieve, dicen. Como hace un par de años.

—Eso parece.

Ben apenas le oyó, puesto que su atención volvía a centrarse en el catálogo. Annie se divertía mucho con los anuncios navideños. Acostumbraba a leer en voz alta los que se referían a artículos extraños. Solía imaginar historias sobre la gente que podía comprar tales cosas.

Apretó el botón del ascensor y las puertas se abrieron de inmediato.

—Buenas noches, señor —dijo George.

Subió en el ascensor hasta su apartamento del ático, se quitó el abrigo y entró en el salón, aún con el catálogo en la mano. Las sombras cubrían los muebles y moteaban el enmoquetado y las paredes, pero no encendió las luces. Permaneció inmóvil ante las grandes puertas de cristal que permitían la vista de la terraza y, en segundo término, la de los edificios de la ciudad. Las luces brillaban en la penumbra del anochecer, distantes y solitarias, y cada una de ellas indicaba una vida independiente y separada de los otros miles de vidas.

«Pasábamos mucho tiempo *solos*», pensó. «¿*No es extraño?*»

Bajó la vista de nuevo al catálogo. ¿Por qué se lo habrían enviado a Annie? ¿Por qué las compañías siempre enviaban publicidad, propaganda, muestras gratis y Dios sabe qué más a personas que estaban muertas y enterradas desde hacía tiempo? Era intrusión en su intimidad. Una afrenta. ¿No actualizaban sus listas de direcciones? ¿O era que simplemente se negaban a renunciar a un cliente?

Controló su indignación y sonrió con amargura e ironía. Quizás debía telefonar a Andy Rooney para que escribiera sobre eso.

Encendió las luces y se aproximó al mueble bar para servirse un whisky, Glenlivet con hielo y un poco de agua. Tras prepararlo, lo probó. Había una reunión de abogados para cuyo inicio faltaban menos de dos horas, y había prometido a Miles que acudiría. Miles Bennett no era sólo su socio sino, probablemente, también su único verdadero amigo desde la muerte de Annie. Los demás se habían ido alejando de un modo u otro, perdidos en los cambios y reajustes de la vida social. Las parejas y los hombres solos no encajan bien, y la mayoría de sus amigos estaba constituida por parejas. De todas formas, tampoco había hecho ningún esfuerzo por conservar su amistad, dedicando la mayor parte del tiempo al trabajo y a su sufrimiento privado e inviolable. Ya no resultaba una buena compañía, y sólo Miles había tenido la paciencia y la perseverancia de mantenerse junto a él.

Bebió un poco más de whisky y se acercó otra vez a las puertas de la terraza. Las

luces de la ciudad parpadeaban al otro lado. Pensó que estar solo no era malo, sino una circunstancia aceptable. Frunció el entrecejo. En cualquier caso, era su circunstancia. Además, estaba solo por elección propia. Podría haber buscado compañía en diversos ambientes, podría haberse integrado en cualquiera de los innumerables círculos sociales de la ciudad. Poseía las características necesarias. Aún era joven y estaba bien situado; incluso era rico, si el dinero contaba para algo... y en este mundo realmente contaba. No, no tenía por qué estar solo.

Y sin embargo lo estaba, puesto que el problema era que no se sentía bien en ninguna parte.

Reflexionó un momento; se obligó a hacerlo. En realidad, no estaba solo por propia decisión, era algo que podía considerarse inherente a su existencia. El sentimiento de ser un intruso siempre había habitado en él. Hacerse abogado le ayudó a dominarlo, al otorgarle un lugar en la vida, un suelo sobre el que pisar con seguridad. Pero el sentimiento de no integración había persistido, aunque con menor intensidad, como una presencia incordiante. La pérdida de Annie la había avivado, al hacer patente la transitoriedad de cualquier lazo que lo atara a alguien y a la posición que había alcanzado. Con frecuencia se preguntaba si a los demás les ocurría algo semejante. Suponía que sí, que todo el mundo debía de sentirse más o menos desplazado. Pero sospechaba que no tanto como él. No tanto.

Sabía que Miles entendía algo de eso; o, al menos, entendía parte de sus sentimientos. Desde luego, no los compartía. Miles era la quintaesencia de la relación social, siempre con invitados en casa, siempre de acuerdo con su entorno. Quería que Ben lo imitara. Quería sacarlo de la concha en que se había metido y devolverlo a la corriente de la vida. Veía a su amigo como una especie de reto. Por eso era tan persistente respecto a esas malditas reuniones de abogados. Por eso trataba de convencer a Ben de que olvidase a Annie y continuara viviendo.

Terminó el whisky y se sirvió otro. En los últimos tiempos estaba bebiendo mucho, lo sabía; quizás más de lo conveniente. Miró el reloj. Habían pasado cuarenta y cinco minutos. Otros cuarenta y cinco y Miles estaría allí, como su niñera nocturna. Sacudió la cabeza, fastidiado. Miles no comprendía ni la mitad de las cosas que creía comprender.

Llevando su bebida, atravesó la habitación hasta llegar a las puertas de la terraza, miró a su través durante un momento y corrió las cortinas. Después regresó al sofá, dudando entre revisar las llamadas del contestador automático y mirar de nuevo el catálogo. Debía haberlo soltado inconscientemente. Ahora estaba con el resto de la correspondencia sobre la mesa situada ante el sofá de módulos, con su portada brillante reflejando la luz de la lámpara.

Rosen's. Catálogo de obsequios navideños.

Se sentó lentamente y lo cogió. Un librito lleno de sueños y deseos. Había visto

algunos. Eran publicaciones anuales de almacenes que ofrecían cosas diversas para gentes diversas. Aquél en concreto sólo era para unos cuantos escogidos... para los ricos.

Aunque a Annie siempre le había gustado.

Comenzó a hojearlo, sin prisas. Los anuncios saltaban hacia él, mostrando una colección de regalos para los difíciles de complacer, un surtido de rarezas únicas en su especie que no podían encontrarse en ningún otro lugar distinto que no fuera ese catálogo. Una cena para dos en casa de una famosa estrella de cine, en California, con transporte incluido. Un crucero de diez días para sesenta personas en un yate, con su tripulación completa y comiendo a la carta. Una semana en una isla privada del Caribe, incluido el uso de la bodega y de una despensa perfectamente abastecida. Una botella de vino de ciento cincuenta años. Piezas artesanales de cristal y joyas de diamantes diseñadas por encargo. Un palillo de dientes de oro. Abrigos de marta cibelina para muñecas. Un juego de ajedrez para coleccionistas con personajes de películas de ciencia ficción tallados en ébano. Un tapiz tejido a mano reproduciendo la firma de la Declaración de Independencia.

La lista seguía, oferta tras oferta, cada una más exótica y extravagante que la anterior. Ben tomó un largo trago de whisky, sintiendo una cierta repulsión, por aquel exceso de lujo, pero al mismo tiempo fascinado por él. Siguió pasando las páginas hasta llegar a las centrales. Allí aparecía una bañera transparente con una carpa dorada viva en el hueco de su doble pared. Había un conjunto de accesorios de afeitarse de plata con iniciales grabadas en oro. ¿Para qué demonios iba alguien a...?

Interrumpió el pensamiento cuando sus ojos fueron atraídos por la artística presentación de un anuncio impreso en las páginas abiertas ante él.

Decía así:

REINO MÁGICO EN VENTA

Landover. Un lugar de encantamiento y aventuras rescatado de las brumas del tiempo, donde habitan caballeros y bellacos, dragones y doncellas, hechiceros y magos. La mezcla de magia, espadas y caballería es la clave de la vida del verdadero héroe. Todas sus fantasías se convertirán en realidad en este país de otro mundo, donde sólo falta una pincelada para acabar el cuadro: usted. Para gobernarlo como rey y señor. Escápese al mundo de sus sueños y vuelva a nacer.

Precio: \$1.000.000 Entrevista personal para pactar condiciones financieras.

Dirigirse a Meeks, oficina principal.

Ése era el texto. El dibujo en color mostraba a un caballero sobre un caballo enzarzado en una lucha contra un dragón de aliento llameante. Una hermosa doncella con tenues vestiduras huía del conflicto hacia los muros de una torre, y un mago de

ropaje oscuro alzaba las manos como si fuera a lanzar un sortilegio pavoroso y mortal. Varias criaturas, que podían ser gnomos, elfos o algo semejante, correteaban detrás, y las torres y parapetos de grandes castillos asomaban entre un grupo de colinas y la niebla.

Parecía una escena de la época del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda.

—¡Qué chifladura! —murmuró casi sin pensar.

Contempló el anuncio con escepticismo, convencido de que se debía a un error. Volvió a leerlo. Lo leyó una tercera vez. Decía exactamente eso. Terminó el whisky de un trago y mordisqueó el hielo, irritado por lo absurdo de la oferta. ¿Un millón de dólares por un reino de fantasía? Era ridículo. Debía de ser una especie de inocentada.

Dejó el catálogo, se puso en pie de un salto y fue al mueble bar para prepararse otra bebida. Durante un momento contempló su imagen en los espejos del fondo. Ésta le mostró a un hombre de estatura media, delgado, bien parecido, de complexión atlética, con rostro fatigado en el que destacaban los pómulos y la frente que empezaba a agrandarse por la pérdida de pelo, nariz aquilina y penetrantes ojos azules. Era un hombre de treinta y nueve años que aparentaba cincuenta, un hombre que iba a cruzar la barrera de la mediana edad anticipadamente.

Escapar al mundo de los sueños...

Volvió al sofá, colocó la bebida sobre la mesa y cogió otra vez el catálogo. Volvió a leer el anuncio de Landover. Sacudió la cabeza. No, un lugar así no podía existir. Aquello era un reclamo, un aguijón; lo que la industria del automóvil llama *puffing*. La verdad estaba enmascarada por la retórica. Se mordió con ansiedad la parte interna del labio. Sin embargo, no se utilizaba demasiada retórica para promocionar el producto. Y Rosen's eran unos almacenes muy respetados, y no parecía probable que ofrecieran algo imposible de proporcionar, en caso de que apareciese un comprador.

Sonrió. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué comprador? ¿Qué persona en su sano juicio consideraría siquiera...? Pero él lo estaba considerando. Él era esa persona. Estaba allí, tomando su bebida, pensando en su desarraigo; y, al hojear el catálogo, el anuncio de Landover había captado su atención de inmediato. Él era quien se sentía un intruso en su propio mundo, quien siempre se había sentido un intruso, quien siempre había buscado un camino para escapar de lo que era.

Y ahora tenía esa oportunidad.

Su sonrisa se afianzó. ¡Qué locura! ¡Estaba considerando hacer algo que ningún hombre cuerdo se plantearía en serio!

El whisky empezaba a hacer efecto en su cabeza, y se levantó para despejarse un poco. Miró el reloj, pensando en Miles, y de repente decidió no ir a la reunión. No tenía ganas de ir a ninguna parte.

Se acercó al teléfono y marcó el número de su amigo.

—Bennett —respondió una voz conocida.

—Miles, he decidido no salir esta noche. Espero que no te importe.

Hubo una pausa.

—Doc, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. —A Miles le gustaba llamarle Doc desde los tiempos en que se enfrentaron a la Wells—Fargo por aquella compra de participaciones. Doc Holiday, el pistolero de los tribunales. A Ben le fastidiaba—. Mira, ve sin mí.

—Tienes que acompañarme. —Miles era difícil de convencer—. Dijiste que irías e irás. Lo prometiste.

—Pero he cambiado de opinión. Los abogados lo hacen continuamente, según los periódicos.

—Ben, necesitas salir. Necesitas ver algo más que tu despacho y tu apartamento, por muy maravillosos que sean los dos. Necesitas que tus compañeros de profesión sepan que todavía estás vivo.

—Diles tú que estoy vivo. Diles que no fallaré a la próxima reunión. Diles cualquier cosa. Pero que se olviden de mí por esta noche.

Hubo otra pausa, más larga.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien. Pero estoy a mitad de un trabajo y quiero terminarlo.

—Trabajas demasiado, Ben.

—¿Vosotros no? Nos veremos mañana.

Colgó el teléfono antes de que Miles pudiera decir nada más. Se quedó mirando al aparato. Al menos, no había mentido. Estaba a mitad de algo y quería terminarlo, por muy disparatado que fuese. Tomó otro sorbo de whisky. Si Annie estuviese allí, lo habría comprendido. Siempre había comprendido su fascinación por los enigmas y desafíos que otros se dedicaban a esquivar. Había compartido con él mucho de eso.

Movió la cabeza. Pero si Annie estuviese allí, todo sería distinto. Él no se dedicaría a pensar en la forma de huir a un mundo de realidad imposible.

Se interrumpió, consternado por las implicaciones de ese pensamiento. Luego, con el vaso en una mano, volvió al sofá, cogió el catálogo y empezó a leerlo una vez más.

A la mañana siguiente, Ben llegó tarde y malhumorado a las oficinas de Holiday y Bennett, Ltd. A primera hora tenía fijada una comparecencia sobre un debate de fusión de empresas y fue directamente desde su casa a la sede del tribunal para descubrir que, por alguna extraña razón, su conciliación había sido eliminada de la lista de causas. Los funcionarios no tenían la menor idea de cómo había ocurrido, el abogado de la parte contraria no aparecía por ninguna parte y el juez se limitó a decirle que la mejor solución del asunto sería fijar una nueva fecha. Como el tiempo

era esencial para el caso, solicitó una fijación inmediata, pero le respondieron que no podía ser antes de pasados treinta días. El trabajo se acumulaba con la proximidad de las vacaciones, declaró con acritud el funcionario pertinente. Sin dejarse impresionar por una excusa que había oído al menos veinte veces desde el inicio del mes de noviembre, solicitó que se fijase fecha para un requerimiento preliminar. Le dijeron que el juez que veía los diferimientos y alegatos de reparación temporal estaría de vacaciones durante los próximos treinta días en alguna estación de esquí de Colorado, y aún no se había decidido quién lo sustituiría mientras estuviese fuera. Era probable que esa decisión se tomara al final de la semana y entonces podría averiguarlo.

Las miradas que le dirigieron los funcionarios y el juez le sugirieron que así eran las cosas en la práctica del Derecho y que tanto él como cualquier otro tenían que comprenderlo. De hecho, no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Sin embargo decidió no aceptarlo. No estaba dispuesto, y se sentía cansado de todo aquel asunto. Por otra parte, no podía hacer gran cosa. Así que, frustrado y furioso, fue a su trabajo, saludó a las chicas de la zona de recepción con unos «buenos días» casi inaudibles, recogió sus mensajes de teléfono y se retiró al confinamiento de su despacho para desahogarse. No llevaba más de cinco minutos allí, cuando Miles atravesó la puerta.

—Bueno, bueno, parece que no brilla demasiado el sol esta mañana, ¿verdad? — lo provocó su amigo de buen humor.

—Desde luego, para mí no —admitió, meciéndose hacia atrás en el sillón de su mesa—. ¡Qué mundo tan divertido!

—No te ha ido bien en la comparecencia. ¿Me equivoco?

—La comparecencia no se ha producido. Algún incompetente retiró el anuncio. Ahora me dicen que para volver a fijarla hay que esperar a que el infierno se hiele y las vacas vuelen. —Sacudió la cabeza—. ¡Qué vida!

—Bueno, éste es un modo de ganarse la vida. Además, así funciona todo. Correr y esperar, el tiempo es lo único que tenemos.

—¡Pues yo ya estoy hasta la coronilla!

Miles avanzó para sentarse en uno de los sillones situados frente al escritorio de roble. Era un hombre alto y robusto, de cabello y bigote oscuros que daban un poco de madurez a su rostro casi de querubín.

Sus ojos, siempre entornados, parpadearon lentamente.

—¿Sabes cuál es tu problema, Ben?

—Debería saberlo. Ya me lo has dicho bastantes veces.

—Entonces, ¿por qué no me escuchas? ¡Deja de perder el tiempo tratando de cambiar cosas que no puedes cambiar!

—Miles...

—Annie está muerta y el sistema legal funciona así; no puedes cambiar esas

cosas, Ben. Ni ahora ni nunca. Eres como Don Quijote arremetiendo contra los molinos de viento. Estás arruinando tu vida, ¿lo sabías?

La mano de Ben ondeó, como si tratara de apartar a Miles.

—No, no lo sé. Además tu ecuación no está equilibrada. Sé que nada podrá devolverme a Annie; lo he aceptado. Pero quizás no sea demasiado tarde para el sistema legal, para el sistema de justicia que conocíamos y por el que nos dedicamos a la práctica del Derecho.

—Deberías escucharte de vez en cuando —suspiró Miles—. No hay error en mi ecuación, jefe. Es dolorosamente exacta. No has aceptado nunca que Annie esté muerta. Vives dentro de esa maldita concha porque no aceptas lo que ha ocurrido, como si viviendo así fueses a cambiar las cosas. Soy tu amigo, Ben. Quizás el único amigo que te queda. Por eso puedo hablarte de esta forma, porque no puedes permitirme perderme. —El hombre alto se inclinó hacia delante—. Y toda esa palabrería sobre la forma en que funcionaba nuestra profesión me hace pensar en mi padre contándome que tenía que caminar siete kilómetros sobre la nieve para llegar a la escuela. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Vender mi coche y venir caminando al trabajo desde Barrington? No puedes volver atrás el reloj, por mucho que te apetezca. Tienes que aceptar las cosas como las encuentras.

Ben dejó a Miles terminar, sin interrumpirlo. Tenía razón en algo: sólo él podía hablarle de esa forma, y porque era su mejor amigo. Pero Miles siempre había contemplado la vida desde un punto de vista diferente al suyo prefiriendo amoldarse a su entorno en lugar de cambiarlo. Siempre había escogido adaptarse. No comprendía que hay cosas en la vida que un hombre no puede aceptar.

—Olvida a Annie por un momento. —Ben hizo una pausa antes de continuar—. Permíteme sugerirte que los cambios son parte de la vida, que son producto de los esfuerzos de hombres y mujeres insatisfechos con el *statu quo*, y que eso es esencialmente bueno. Permíteme sugerirte que los cambios son con frecuencia el resultado de lo que hemos aprendido, no sólo de lo que hemos imaginado. La Historia juega un papel en los cambios. Por tanto, lo que existió y funcionó bien, no debe ser despreciado como una simple añoranza.

Miles levantó una mano.

—Mira, yo no estoy diciendo...

—¿Puedes quedarte ahí sentado, Miles, y decirme honestamente que te satisface el rumbo que está tomando la práctica de la justicia en este país? ¿Puedes decirme que es tan buena y eficiente como lo era hace quince años cuando empezamos a ejercer? ¡Fíjate en lo que ha ocurrido, por amor de Dios! Estamos hundiéndonos en una ciénaga de leyes y reglamentos que llega desde aquí a China, y ni siquiera los jueces y los abogados entienden la mitad de ellas. Solíamos considerarnos simplemente profesionales de la abogacía. Ahora, con suerte, podríamos

considerarnos competentes en uno o dos campos porque tenemos que estar poniéndonos al día sin cesar para no quedarnos obsoletos. Los juzgados son lentos y están sobrecargados. Con frecuencia, los jueces son abogados mediocres, que han subido al estrado por medio de la política. Los abogados que salen de las universidades ven su profesión como un modo de amasar grandes fortunas y conseguir que sus nombres aparezcan en los periódicos olvidándose de la parte de su misión que consiste en ayudar a la gente. Nuestra profesión tiene peor fama que la Alemania nazi. Nos anunciamos. ¡Date cuenta! Como los vendedores de coches usados, o los comerciantes de muebles. No nos esforzamos por mejorar nuestra formación. No mantenemos la autodisciplina adecuada. Nos limitamos a trabajar sin convicción, para salir del paso.

Miles lo miraba con fijeza.

—¿Has terminado? —le preguntó.

Ben asintió, un poco acalorado.

—Sí, supongo que sí. ¿No me he dejado nada?

Miles sacudió la cabeza.

—Creo que has completado los cien metros de carrera. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, gracias.

—Bueno, un último comentario entonces. He escuchado lo que has dicho, palabra por palabra, y reconozco que estoy de acuerdo con casi todo. Pero, a pesar de eso, he de preguntarte: ¿y qué? Se han dado miles de conferencias, se han organizado miles de comisiones, se han escrito miles de artículos sobre los problemas que acabas de exponer con tanta elocuencia, ¿y qué se ha conseguido?

Ben suspiró.

—No mucho.

—¿Te das cuenta? Y, siendo así, ¿qué crees que puedes conseguir?

—No lo sé. Pero ésa no es la cuestión.

—No, supongo que no lo es para ti. Pero, ¿qué pretendes? Si quieres emprender una guerra solo contra el sistema para cambiarlo, ¡estupendo! Pero un poco de moderación en tu cometido no te hará daño. Un día o dos de descanso cuando los asuntos menos urgentes te lo permitan puede proporcionarte alguna nueva perspectiva y evitar que te quemes del todo. ¿De acuerdo?

Ben asintió.

—De acuerdo. Pero yo carezco de la virtud de la moderación.

Miles hizo un gesto resignado.

—Hablemos de otra cosa. Hablemos de anoche. Lo creas o no, algunas personas de la reunión preguntaron por ti. Dijeron que te echaban de menos.

—Entonces, debían estar muy necesitados de compañía.

Miles se encogió de hombros

—Quizás. ¿Qué era eso tan importante que te impidió asistir? ¿Un nuevo caso? Ben se quedó pensativo, luego sacudió la cabeza.

—No, nada nuevo. Sólo algo que me tenía intrigado. —Dudó un momento. Luego, impulsivamente, cogió su cartera de documentos y sacó el catálogo—. Miles, quiero que veas una cosa realmente extraña. Echa una mirada a esto.

Abrió el catálogo por la página de Landover y se lo pasó a través de la mesa. Su amigo se inclinó hacia delante para cogerlo y volvió a acomodarse en el sillón.

—Reino mágico en venta... Landover. Un lugar de encantamiento y aventura... Eh, ¿qué es esto?

Miles lo volvió para ver la portada.

—Es un catálogo navideño —se apresuró a aclararle Ben—. De Rosen's, de las afueras de Nueva York. Un catálogo de caprichos. Ya sabes, de esos que ofrecen regalos exclusivos.

Miles comenzó a leer de nuevo, terminó y levantó la vista.

—Sólo un millón de dólares, ¿eh? ¡Qué ganga! Volemos a Nueva York para comprarlo. Adelantémonos a la avalancha de gente.

—¿Qué te parece?

Miles lo miró con fijeza.

—Lo mismo que a ti, supongo. ¡Que es obra de un chiflado!

Ben asintió lentamente.

—Eso es lo que yo pensé al principio. Pero Rosen's no pondría un anuncio como éste en su catálogo si no pudiera mostrarlo.

—Entonces debe de ser un montaje. Los dragones serán lagartos grandes o algo así. La magia será juegos de manos —dijo riendo Miles—. ¡Caballeros y doncellas, cortesía de la Agencia Central de Actores; dragones, cortesía del zoológico de San Diego! ¡Johnny Carson dirigirá la exhibición la semana que viene!

Ben esperó a que el otro terminara de reírse.

—¿Eso crees?

—Desde luego que lo creo. ¿Tú no?

—No estoy seguro.

Miles frunció el entrecejo.

Luego leyó el anuncio una vez más. Después le devolvió el catálogo.

—¿Y ésa es la razón de que te quedaras en casa anoche?

—En parte sí.

Hubo un silencio. Miles se aclaró la garganta.

—No me digas que estás pensando en...

El teléfono sonó. Ben lo cogió, escuchó un momento y después miró a su amigo.

—La señora Lang está aquí.

Miles miró su reloj y se levantó.

—Quiere hacer un nuevo testamento, creo. —Vaciló un momento, pareció como si fuese a decir algo más, luego metió las manos en los bolsillos del pantalón y se volvió hacia la puerta—. Bueno, basta ya. Tengo trabajo que hacer. Te recogeré luego.

Abandonó la habitación con gesto preocupado. Ben no intentó retenerlo.

Ben salió temprano del trabajo aquella tarde y se dirigió al gimnasio. Pasó allí una hora en la sala de pesas y luego otra con los sacos de boxeo que años atrás había conseguido que instalasen. Antes de cumplir los veinte había sido boxeador, peleando casi cinco años en Northside. Consiguió un guante de plata y podría haber logrado uno de oro si no hubiese tenido que dejarlo para marcharse a estudiar al este. Pero aún continuaba entrenándose, e incluso iba de vez en cuando a librar un par de asaltos. Pero generalmente sólo practicaba para mantenerse en forma, para conservar los reflejos. Desde la muerte de Annie no había dejado de hacerlo. Le había ayudado a descargar parte de su frustración y su rabia. Le había ayudado a llenar el tiempo.

Era cierto que no conseguía aceptar su desaparición, pensó mientras el taxi avanzaba por entre el denso tráfico, camino de su casa. Podía reconocerlo ante sí mismo, pero no ante Miles. La verdad era que no sabía cómo lograrlo. La había amado con una intensidad alarmante, y ella le había correspondido. Nunca hablaban de eso; no era necesario. Pero era algo que siempre estaba presente. Cuando ella murió, pensó en quitarse la vida. No lo hizo porque sentía en lo más profundo de su ser que no debía hacerlo, que nunca debía ceder a algo tan obviamente erróneo, que a Annie le hubiera horrorizado. De modo que siguió viviendo lo mejor que pudo, pero sin aceptar del todo que ella se había ido. Quizás nunca podría.

En realidad, no estaba seguro de que aquello tuviera demasiada importancia.

Pagó al taxista, entró en el vestíbulo del edificio, saludó a George y subió en el ascensor hasta su apartamento del ático.

Miles lo veía como un recluso apesadumbrado, que se ocultaba del mundo para lamentarse por la muerte de su esposa. Quizás todos lo veían así. Pero la muerte de Annie no había provocado la situación, sólo la acentuó. En los últimos años se había ido encerrando en sí mismo, insatisfecho por lo que consideraba el deterioro continuo de su profesión, inquieto por el modo en que parecía derrumbarse hasta quedar inutilizada para los propósitos que la hicieron necesaria. Miles pensaría que era extraño que se sintiese de esa forma. Doc Holiday, el abogado litigante que había matado a más Goliats de los que cualquier David hubiera soñado. ¿Por qué tenía que sentirse tan frustrado respecto a un sistema que había funcionado tan beneficiosamente para él? Pero es cierto que el éxito personal a veces sólo sirve para destacar las injusticias que afectan a otros. Eso era lo que había ocurrido.

En su apartamento, se sirvió un Glenlivet con agua y se sentó en el sofá del salón

para contemplar las luces de la ciudad a través de las puertas de cristal. Al cabo de un rato, sacó el catálogo de Rosen's de su cartera y lo abrió por la página de Landover. Había estado pensando en eso todo el día. Era lo único que le había interesado de verdad desde que sus ojos lo descubrieron la noche anterior.

¿Y si fuese real?

Se quedó sentado allí durante largo rato, con el vaso en la mano, el catálogo abierto ante él, considerando esa posibilidad.

Sentía que su vida se hallaba en un callejón sin salida. Annie había muerto, la profesión de abogacía, al menos para él, también estaba muerta. Había más casos, más batallas que ganar en los tribunales, más Goliats para que David los derrotase. Pero los excesos y las deficiencias del sistema legal siempre estarían presentes. Al final, tendría que someterse a su ritual con las frustraciones y las decepciones inherentes, y todo perdería sentido. Tenía que haber algo más para él en la vida.

Tenía que haber algo más.

Observó la coloreada escena del caballero luchando contra el dragón, la doncella ante el castillo, el mago lanzando su sortilegio y las criaturas fantásticas que lo contemplaban. Landover. Un sueño ofrecido en un catálogo de regalos navideños.

Escapar al mundo de sus sueños...

Por un millón de dólares, claro. Pero él lo tenía. Tenía dinero suficiente para comprarlo tres veces. Su madre y su padre habían sido ricos y él había disfrutado de una práctica lucrativa de su profesión. Podía disponer del millón de dólares, si es que se decidía a adquirirlo.

Y estaba la entrevista con el tal Meeks. Eso le intrigaba. ¿Cuál era el propósito de la entrevista? ¿Seleccionar a los solicitantes? ¿Se presuponía que habría muchos y existía un criterio para escoger entre ellos? Quizás, si lo que tenían que seleccionar era un rey.

Respiró profundamente. ¿Qué clase de rey sería él? Podía pagar el precio del reino, pero también otros podrían. Física y mentalmente estaba en buena forma, pero también otros lo estarían. Tenía experiencia en la relación con la gente y con las leyes de la que otros podrían carecer. Él era compasivo. Era honesto. Era prudente.

Era un loco.

Acabó la bebida, cerró el catálogo y fue a la cocina a prepararse la cena. Se tomó bastante tiempo para hacer un complicado guiso de buey y verduras, que tomó acompañado de vino. Cuando terminó de comer regresó al salón y se sentó de nuevo en el sofá, ante el catálogo.

Ya sabía lo que iba a hacer. Quizás lo había sabido desde el principio. Necesitaba volver a creer en algo. Necesitaba recuperar la atracción que al principio había ejercido sobre él la práctica del Derecho, la capacidad de asombro y entusiasmo que antes poseía. Y, sobre todo, necesitaba un desafío, porque eso era lo que daba sentido

a la vida.

Landover *podía* ofrecérselo.

Por supuesto, aún no estaba seguro de poder conseguirlo. Tal vez no era más que un complicado montaje como había supuesto Miles, donde los dragones eran iguanas grandes y los caballeros y los magos actores suministrados por la Agencia Central. Tal vez el mundo de los sueños era una farsa, una réplica de algo a lo que sólo la imaginación da visos de realidad. Y suponiendo que existiese tal como estaba representado, tal como lo había dibujado el artista, podría no ser un mundo de ensueño. Podía ser tan vulgar como su vida presente.

Aún así valía la pena jugar, porque había visto los parámetros de su vida actual y no quedaban incógnitas en ella. Además, de algún modo, por alguna razón que no lograba determinar, sabía que, desaparecida Annie, lo peor que podía hacer era no tomar ninguna decisión y continuar como estaba.

Se aproximó al mueble bar y se sirvió otro whisky. Con gesto solemne, brindó con su imagen reflejada en el espejo y bebió.

Se sintió vivificado.

A la mañana siguiente, fue al despacho sólo para cancelar sus compromisos para el resto de la semana en curso y la siguiente, y para solucionar varios asuntos que precisaban su atención inmediata.

Iba a tomarse unas cortas vacaciones, les explicó a las chicas y al estudiante de Derecho que trabajaba para ellos a media jornada. Todo podía esperar hasta que volviese.

Miles estaba en el juzgado de Crystal Lake, de modo que no pudo preguntarle nada. Mejor así.

Después llamó para reservar un billete de avión en el vuelo más próximo.

A mediodía estaba de camino a Nueva York.

MEEKS

La ciudad de Nueva York tenía una apariencia fría, gris y extraña. Los bordes dentados de su esqueleto penetraban en un cielo cubierto de nubes y niebla, y las superficies planas de su piel brillaban a través de una llovizna incesante. Ben la observó mientras se materializaba bajo él, como por arte de magia, cuando el 727 se deslizó sobre las aguas del East River y descendió hacia la desierta pista de aterrizaje. El tráfico fluía por las autopistas como la sangre a través de las venas y las arterias, pero la ciudad tenía aspecto de cadáver.

Tomó un taxi en el aeropuerto de La Guardia para dirigirse al hotel Waldorf, y se acomodó en el asiento trasero mientras el taxista escuchaba música, ignorándolo. Solicitó una habitación individual, resistiendo la tentación de pedir una suite. En Landover no existirían esas suites modernas. Quizás era una tontería, pero en algún momento tenía que empezar, y aquél era tan bueno como cualquier otro. Había que ir paso a paso, según se decía.

Ya en su habitación, dedicó cinco minutos a deshacer el equipaje, luego cogió la guía telefónica de Manhattan y buscó el número de Rosen's. Lo encontró impreso en letras destacadas, marcó el número y esperó. Cuando le respondieron desde la centralita de los almacenes, preguntó por el servicio de clientes y le transfirieron la comunicación. Explicó a la nueva voz que estaba interesado en una oferta del catálogo de obsequios navideños y necesitaba concertar una cita con el señor Meeks. Se produjo una pausa. Tras ella, le preguntaron el número del anuncio y lo pusieron en comunicación con otro teléfono.

Esta vez tuvo que esperar varios minutos. Después, oyó una tercera voz, también de mujer, suave y desconcertada. ¿Podía darle su nombre, dirección y el número de una tarjeta de crédito? Podía. ¿Cuándo deseaba ver al señor Meeks? A la mañana siguiente, si era posible. Se había desplazado desde Chicago para pasar allí unos días. ¿Le iría bien a las diez? Sí, muy bien. Entonces, ¿a las diez en punto? De acuerdo.

Se cortó la comunicación. Se quedó al teléfono un momento más, luego colgó.

Bajó al vestíbulo, compró el *Times*, tomó varios whiskies (Glenlivet con hielo y un poco de agua, como de costumbre) y fue a cenar. Comió con el periódico delante, revisando sus distintas secciones sin interés, con la mente en otra parte. A las siete volvió a su habitación. Vio un reportaje sobre El Salvador, y se preguntó cómo después de tantos años la gente podía continuar matándose sin poner remedio. Siguió un programa de variedades, pero no le prestó atención, absorbido por una repentina necesidad de analizar los pormenores de lo que iba a emprender. Había pensado en eso al menos una docena de veces en el transcurso de aquel día, pero siempre se quedaba con la misma incertidumbre irritante.

¿Sabía en realidad lo que estaba haciendo? ¿Se daba cuenta de en qué iba a

meterse?

Las respuestas fueron exactamente igual que las anteriores. Sí, sabía qué estaba haciendo. Sí, se daba cuenta de en qué iba a meterse. Al menos, hasta donde le era posible. Paso a paso, recordó. Era consciente de que dejaba mucho detrás si se marchaba y el reino de Landover resultaba ser real, pero la mayoría de esas cosas eran posesiones materiales y comodidades adquiridas, y eso le importaba poco. Coches, trenes, aviones, neveras, hornos, lavaplatos, cuartos de baño y máquinas de afeitar; todas las cosas que abandonaba cuando se iba a pescar a Canadá. Pero sus excursiones de pesca sólo duraban pocas semanas. Ahora sería diferente. Este viaje sería mucho más largo y no se parecería a ninguna excursión campestre de la que hubiera oído hablar, o al menos eso creía.

Se preguntó cómo podría ser. ¿Cómo sería ese reino de cuento de hadas llamado Landover, ese reino que inusitadamente se ofrecía a la venta en el catálogo de unos almacenes? ¿Se parecería al País de Oz con magos, brujas y un hombre de hojalata que hablaba? ¿Habría un camino de adoquines amarillos?

Resistió el impulso de meter sus cosas en la maleta, salir a toda prisa de Nueva York y desertar de todo ese asunto. Cuando logró superar aquel estado de ánimo, consideró que lo importante no era la sensatez de su indagación ni el futuro que podía escoger sino la decisión consciente de cambiar su vida y hacer que ese cambio facilitara su propósito de volver a ser lo que había sido. Si te mantienes firme, decía el viejo aforismo, dejas de moverte. Si no te mueves, todo pasará ante ti sin detenerse.

Suspiró. El problema de aquellas sentencias consistía en que parecían más verdaderas de lo que eran en realidad.

El programa de variedades dio paso a las últimas noticias, la información sobre el tiempo y los deportes. Ben se desnudó y se puso el pijama (¿usaría pijama la gente de Landover?), se lavó los dientes (¿se lavarían los dientes en Landover?), apagó el televisor y se acostó.

A la mañana siguiente se despertó temprano, tras un sueño inquieto, como siempre le ocurría la primera noche que pasaba fuera de casa por algún viaje. Se duchó, se afeitó, se puso un traje azul marino, bajó en ascensor al vestíbulo donde compró un ejemplar de la primera edición del *Times*, y fue a desayunar a Oscar's

A las nueve salió hacia Rosen's.

Decidió ir andando. Una mezcla de tozudez y cautela lo impulsó a ello. Los almacenes estaban sólo a media docena de manzanas del hotel, a no más de un paseo. El día era plomizo y helado, pero las lluvias se habían desplazado hacia el norte, a Nueva Inglaterra. Tomar un taxi habría sido tirar el dinero. Además caminando podía acercarse a los almacenes a su paso y llegar cuando quisiera. Era una forma de asimilar lo que iba a hacer. El abogado que había en él siempre apreciaba la ventaja de instrumentar la propia entrada.

Se tomó tiempo, dejando que el contacto con la mañana avivara su conciencia, pero aún así llegó a las nueve cuarenta. Rosen's era un edificio con quince plantas, de cromo y cristal, situado entre dos rascacielos de más de treinta pisos que ocupaban media manzana de la calle Lexington y la mayor parte de una más pequeña en la travesía oeste. Era un establecimiento antiguo remodelado cuando se construyeron los rascacielos para dar a la fachada de piedra un aspecto más atractivo y actual. Los escaparates se alineaban a lo largo de Lexington, llenos de ropa de última moda exhibida por maniquíes de sonrisas heladas y miradas vacías. La corriente del tráfico matutino pasaba ante ellos sin prestarles atención. Ben siguió la línea de escaparates hasta una entrada y atravesó los dos juegos de puertas dobles y el pequeño vestíbulo que había entre ambos para proteger a los almacenes de la meteorología exterior.

La planta baja de Rosen's se abrió ante él, cavernosa, pulida, impersonal. Numerosas vitrinas de metal y cristal se alineaban a través del salón, mostrando joyas, cosméticos y objetos de plata que centelleaban y brillaban bajo la intensa luz fluorescente. Unos cuantos compradores curioseaban por los pasillos que discurrían entre las vitrinas mientras el personal de los almacenes los contemplaban. Nadie parecía muy interesado en fomentar las ventas. Todo tenía el aspecto de algún ritual arcano. Miró a su alrededor. A la derecha, una escalera mecánica atravesaba el techo hasta el piso superior. A su izquierda, una serie de ascensores se alineaban en la pared. Justo delante, en un lugar que ni siquiera el comprador más despistado podría dejar de ver, había un gran cartel recubierto de vidrio que indicaba los distintos departamentos y los pisos en que se hallaban.

Se detuvo un momento para leerlo. No había mención de Meeks. En realidad, no esperaba que la hubiera. Los departamentos estaban ordenados alfabéticamente. En la letra S encontró: Servicios de Clientes, pedidos especiales, undécimo piso. Decidió probar allí. Atravesó el laberinto de vitrinas hasta los ascensores, tomó uno que esperaba abierto y pulsó el botón del piso undécimo.

Al salir de él, se encontró en una zona de recepción cómodamente amueblada con mullidos sillones y sofás. Ante la pared opuesta, había una gran mesa de despacho. Tras ella, estaba sentada una atractiva mujer de unos treinta años, absorbida en una conversación telefónica. Sobre un tablero, una serie de botones luminosos se encendían y se apagaban.

Terminó la conversación, colgó y sonrió amablemente.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

—Mi nombre es Holiday. Tengo una cita a las diez con el señor Meeks.

Tal vez sólo fue producto de su imaginación, pero le pareció que la sonrisa se desvanecía un poco.

—Sí, señor. El señor Meeks no tiene despacho en esta planta. Utiliza uno del ático.

—¿Del ático?

—Sí, señor. —Señaló a otro ascensor bajo un arco a la derecha de Ben—. Pulse el botón marcado con la A. Allí encontrará al señor Meeks. Telefonaré a su recepcionista para avisarle de que va.

—Gracias. —Vaciló un momento—. El señor Meeks es quien se encarga de los pedidos especiales, ¿no?

—Sí, señor. El señor Meeks.

—Vine a esta planta porque el cartel de abajo indica que aquí está el Servicio de Clientes, y se tramitan los pedidos especiales.

La recepcionista se apartó el pelo de la cara con nerviosismo.

—Señor, nuestro cartel no menciona al señor Meeks. Él prefiere que sus clientes pasen por aquí. —Intentó esbozar una sonrisa—. El señor Meeks sólo se encarga de nuestros artículos especiales, una muy selecta colección de mercadería.

—¿Los artículos del catálogo de obsequios navideños?

—Oh, no. De la mayoría de ellos se ocupa nuestro propio personal. El señor Meeks no es un empleado de Rosen's. Es un especialista en ventas, con contrato especial, que actúa como agente nuestro en ciertas transacciones. El señor Meeks sólo se encarga de los artículos más exóticos e insólitos de nuestro catálogo de obsequios, señor Holiday. —Se inclinó un poco hacia delante—. Tengo entendido que él mismo prepara su línea de ofertas.

Ben arqueó las cejas.

—Un fuera de serie en su trabajo, ¿verdad?

Ella desvió la vista.

—Sí, así es. —Cogió el teléfono—. Lo anunciaré en seguida, señor Holiday. —Volvió a señalar al ascensor—. Le estarán esperando cuando llegue. Adiós.

El correspondió a su despedida con otro adiós, entró en el ascensor y pulsó el botón marcado con una A. Las puertas se cerraron, cortando la mirada que la recepcionista mantenía sobre él disimuladamente mientras hablaba por teléfono.

Escuchó el sonido de la maquinaria del ascensor. Había sólo cuatro botones en los paneles que se hallaban sobre y junto a las puertas, con los números 1, 2, 3 y la A. Permanecieron apagados al principio, luego empezaron a encenderse por orden. El ascensor no se detuvo en ninguna de las plantas intermedias. Ben casi deseó que lo hiciera. Empezaba a sentirse como si estuviese adentrándose en la *Dimensión Desconocida*.

El ascensor paró, las puertas se abrieron y se encontró en una zona de recepción casi idéntica a la que había dejado. Esta vez la recepcionista era una mujer de más edad, que quizás había rebasado los cincuenta, y estaba ocupada en ordenar una gran cantidad de papeles apilados sobre su escritorio, mientras un hombre de movimientos nerviosos, situado de pie junto al escritorio y de espaldas al ascensor, le hablaba con

voz aguda y enojada.

—... no tenemos que hacer todo lo que ese viejo bastardo nos diga, y un día de éstos me va a oír. ¡Se cree que todos estamos a su servicio! ¡Si no deja de tratarnos como a criados, le voy a...!

Se interrumpió de repente cuando percibió que la recepcionista captaba la presencia de Ben. Vaciló, se dio la vuelta y entró rápidamente en el ascensor abierto. Al momento, las puertas se cerraron.

—¿Señor Holiday? —preguntó la mujer con voz suave.

Era la que había hablado por teléfono con él la tarde anterior.

—Sí —le confirmó—. Tengo una cita con el señor Meeks.

Ella cogió el teléfono y esperó.

—El señor Holiday, señor. Sí. Sí, de acuerdo.

Colgó el auricular y levantó la vista.

—Sólo tendrá que esperar un momento, señor Holiday. ¿No quiere sentarse?

Miró a su alrededor y tomó asiento en el extremo de un sofá. Junto a él, sobre una mesa, había revistas y periódicos, pero no cogió ninguno. Paseó la mirada por la zona de recepción, una sala alegre y bien iluminada con sólidos escritorios y estanterías de madera, y paredes y suelo de colores claros.

Pasaron varios minutos antes de que sonara el teléfono de la mesa de la recepcionista. Ella lo cogió, escuchó un momento y colgó.

—Señor Holiday. —Se levantó y le hizo una seña—. Por aquí, hágame el favor.

Lo condujo por un corredor que se iniciaba detrás de su zona de trabajo. Estaba bordeado por una serie de puertas cerradas y después se bifurcaba a derecha e izquierda. Eso fue todo lo que Ben alcanzó a ver.

—Siga el corredor, gire a la izquierda y suba la escalera hasta la puerta donde acaba. El señor Meeks lo estará esperando.

Se volvió y regresó a su mesa. Ben Holiday se quedó parado donde estaba durante un momento, mirando primero hacía el corredor vacío, después a la figura de la recepcionista que se retiraba, luego otra vez al corredor.

—¿A qué esperas?, se amonestó a sí mismo.

Avanzó por el corredor hasta donde se bifurcaba y giró a la izquierda. Las puertas cerradas no tenían ninguna placa con un nombre o un número que los distinguiera. Las luces fluorescentes del techo parecían débiles sobre los azules y verdes pastel de las paredes. La gruesa moqueta absorbía el sonido de sus pisadas. Todo estaba en silencio.

Tarareó para sí el tema musical de la *Dimensión Desconocida* cuando llegó a la escalera y comenzó a subirla.

Terminaba en una pesada puerta de roble con paneles en relieve y el nombre de Meeks grabado en una placa de latón atornillada a la madera. Se detuvo ante la

puerta, llamó con los nudillos, giró el pomo de metal labrado y abrió.

Meeks estaba de pie justo frente a él.

Era muy alto, quizás llegara al metro noventa, pero viejo y encorvado, con el rostro arrugado y el cabello encanecido. Llevaba puesto un guante de cuero negro en la mano izquierda. Le faltaba el brazo derecho y la manga vacía de su chaqueta de pana estaba metida en el bolsillo. Sus pálidos ojos azules, duros y firmes, se encontraron con los de Ben. Parecía como si hubiera luchado en no pocas batallas.

—¿Señor Holiday? —preguntó, casi en un susurro.

Su voz sonó con un tono que le recordó el de la recepcionista.

—Soy Meeks —continuó después de que él asintiera—. Por favor, entre y siéntese.

No le tendió la mano, y Ben también se abstuvo de hacerlo.

Se volvió y se alejó arrastrando los pies, impulsándose como si las piernas ya no le respondiesen. Ben lo siguió en silencio, con la atención puesta en lo que le rodeaba. El despacho era elegante, lujosamente decorado, con una enorme mesa de roble tallado a juego con las sillas, cuyos asientos y respaldos estaban tapizados en piel, y mesas de trabajo y mesitas auxiliares llenas de mapas, revistas y archivadores. Tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías desde el techo hasta el suelo, llenas con volúmenes antiguos y objetos de todas clases. Un gran ventanal ocupaba la cuarta pared, pero las cortinas estaban corridas y sólo las lámparas del techo proporcionaban a la habitación una luz extrañamente difusa. La gruesa moqueta de color marrón terroso parecía brotar del suelo como hierba seca. La habitación tenía un leve olor a pulimento de muebles y cuero viejo.

—Siéntese, señor Holiday. —Meeks le señaló una silla situada ante el escritorio, luego continuó su penoso camino hacia el cómodo sillón giratorio del otro lado, dejándose caer sobre su piel gastada con alivio—. Ya no puedo moverme como antes. El clima endurece los huesos. El clima y la edad. ¿Qué edad tiene usted, señor Holiday?

Ben levantó la vista a mitad del acto de sentarse. Los viejos ojos agudos estaban fijos en él.

—En enero cumpliré cuarenta —respondió.

—Una buena edad. —Meeks sonrió ligeramente, pero sin alegría—. Un hombre aún conserva su fuerza a los cuarenta. Sabe la mayor parte de lo que debe saber y es capaz de emplear sus conocimientos de forma conveniente. ¿Es ése su caso, señor Holiday?

Ben vaciló.

—Supongo que sí.

—Eso es lo que muestran sus ojos. Los ojos indican más de un hombre que cualquier cosa que pueda decir. Reflejan su alma. Reflejan su corazón. A veces

incluso expresan verdades que desearían mantener ocultas. —Hizo una pausa—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Café? ¿Un cóctel, quizás?

—No, nada, gracias.

Ben se removió en su asiento con impaciencia.

—Usted no cree que sea real, ¿verdad? —La voz de Meeks era suave, pero las arrugas de su frente se hicieron más profundas—. Landover. Usted no cree que exista.

Ben estudió al otro hombre con atención.

—No estoy seguro.

—Usted aprecia las posibilidades, pero también las pone en cuestión. Busca los retos que se prometen, pero teme que sólo sean molinos de viento hechos de papel. Piensa que es un mundo que nadie ha visto nunca, pero le parece imposible. Utilizando una frase hecha muy repetida, lo considera demasiado bueno para ser cierto.

—Así es.

—¿Como un hombre paseando por la luna?

Ben pensó un momento.

—Más como un voto de confianza. O como un pacto de lealtad y cooperación entre estados afines. O quizás como la protección del consumidor frente a la falsa propaganda.

Meeks lo miró con fijeza.

—¿Es usted abogado, señor Holiday?

—Sí.

—¿Y cree en nuestro sistema de justicia?

—Sí.

—De acuerdo. Pero también sabe que no siempre funciona, ¿verdad? Quiere creer en él pero le decepciona con mucha frecuencia.

—Ésa es una afirmación exacta, supongo —admitió Ben, tras un momento.

—Y cree que podría ocurrir lo mismo en Landover. —Meeks no lo preguntó, lo dio por seguro.

Se inclinó hacia delante, con su gesto vehemente en su rostro arrugado.

—Pues no —continuó—. Landover es exactamente lo que el anuncio promete. Posee todo lo que dice el anuncio y mucho más; cosas que sólo son mitos en nuestro mundo, cosas que sólo se imaginan. Pero en Landover son reales, señor Holiday. Reales.

—¿También los dragones, señor Meeks?

—Todas las criaturas fantásticas, señor Holiday. Tal como se promete.

Ben cruzó las manos ante sí.

—Me gustaría creerle, señor Meeks. Vine a Nueva York para indagar sobre este... artículo del catálogo, porque quiero creer que existe. ¿Puede enseñarme algo que me

pruebe lo que dice?

—¿Se refiere a propaganda, folletos en color, fotografías del país, datos? —Su rostro se tensó—. No existe nada de eso, señor Holiday. Este artículo es un tesoro protegido cuidadosamente. Los detalles sobre dónde se encuentra, qué aspecto tiene, qué puede ofrecer, son información confidencial que sólo podrá darse al comprador que yo, como agente designado por el vendedor, haya seleccionado. Supongo que, siendo usted abogado, sabrá comprender las limitaciones que me impone la palabra «confidencial», señor Holiday.

—¿La identidad del vendedor también es confidencial, señor Meeks?

—También.

—¿Y la razón por la que este artículo se ofrece a la venta?

—Confidencial, señor Holiday.

—¿Por qué alguien desearía vender algo tan maravilloso como ese mundo de fantasía, señor Meeks? No he cesado de preguntármelo. No he cesado de preguntarme si lo que voy a comprar no será más que un trozo del puente de Brooklyn. ¿Cómo voy a saber si su representado tiene derechos suficientes para vender Landover?

Meeks sonrió, en un intento por tranquilizarlo.

—Todo ha sido comprobado antes de que se publicase el anuncio. Yo mismo supervisé la indagación.

Ben asintió.

—De modo que todo depende de su palabra, ¿verdad?

Meeks volvió a retrepase en su asiento.

—No, señor Holiday. Todo depende de la reputación mundial de Rosen's, que está considerado como un establecimiento que siempre entrega lo que ofrece tal como se promete en los catálogos y la publicidad. Todo depende de los términos del contrato que el almacén ofrece al comprador de artículos especiales como éste; un contrato que permite recuperar todo el dinero de la compra, menos una pequeña tasa por los trámites, en caso de que el artículo no resultase satisfactorio. Todo depende del modo en que llevemos a cabo este negocio.

—¿Puedo ver una copia de ese contrato?

Meeks apoyó los dedos de su mano enguantada sobre su mejilla, acariciando las profundas arrugas de su cara.

—Señor Holiday, me pregunto si podríamos retroceder un poco en esta conversación para que yo pudiera cumplir con los términos de mi misión de intermediario respecto a este artículo especial. Usted está aquí para decidir si desea o no comprar Landover. Pero también está aquí para que yo decida si está cualificado o no como comprador. ¿Le molestaría que le hiciera algunas preguntas para averiguarlo?

Ben movió la cabeza.

—Me parece que no. Pero se lo indicaré en caso de que suceda.

Meeks sonrió como el gato de Cheshire y asintió con un gesto.

Durante unos treinta minutos se dedicó a esa tarea. Lo interrogó de forma semejante a la empleada por un abogado hábil con un testigo en la declaración oral de un juicio preliminar; con tacto, con precisión y con una finalidad clara. Meeks sabía lo que buscaba, y lo demostró. Ben Holiday había conocido a abogados muy buenos en sus años de práctica; algunos mejores que él. Pero nunca encontró a nadie que alcanzara la perfección de Meeks.

Al final, sabía casi todo lo referente a él. Ben se había graduado hacía quince años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago, *Summa cum laude*. De inmediato comenzó a ejercer, en una de las firmas más importantes, que dejó después de cinco años para establecer su propio bufete, asociado con Miles, especializándose en pleitos. Había ganado varios casos de repercusión nacional como abogado demandante y resuelto docenas más. Era considerado por sus compañeros como el mejor en su campo. Había sido presidente de la Asociación de Abogados de Chicago y directivo de cierto número de comisiones del Cuerpo de Abogados del Estado de Illinois. Se hablaba de presentar su candidatura para presidente de la Asociación de Abogados Litigantes de América.

Procedía de una familia muy rica. Su madre era adinerada por nacimiento; su padre lo consiguió con su trabajo. Ambos habían muerto. No tenía hermanos. Tras la desaparición de Annie se había quedado prácticamente solo. Tenía algunos primos, por parte de madre, en la Costa Oeste y un tío en Virginia, pero no había visto a ninguno de ellos desde hacía más de cinco años. Contaba con pocos amigos; en realidad, Miles era el único. Sus compañeros lo respetaban, pero él los mantenía a distancia. Su vida, en los últimos tiempos, giraba alrededor de su trabajo.

—¿Tiene alguna experiencia administrativa, señor Holiday? —preguntó Meeks en un momento determinado mirándolo con sus duros ojos, con una expresión que sugería una pregunta más amplia que la formulada.

—No.

—¿Alguna afición?

—Ninguna —contestó, pensando que ésa era la verdad, que de hecho no tenía ninguna afición salvo sus entrenamientos en Northside.

Estuvo a punto de corregir su respuesta, pero luego decidió que no tenía importancia.

Entregó a Meeks el informe de su estado financiero que había preparado para la ocasión, con detalle de su valor neto. Meeks lo examinó en silencio, asintió satisfecho y lo colocó sobre el escritorio delante de él.

—Es usted un candidato ideal, señor Holiday —dijo con suavidad, convirtiendo

el tono susurrante de su voz casi en un siseo—. Usted es un hombre cuyas raíces pueden cortarse fácilmente, un hombre que no tendrá que preocuparse por dejar una familia o unos amigos que investiguen demasiado sobre su paradero. Porque debe saber que no podrá comunicarse con nadie excepto conmigo durante el primer año. Ésta es una de las condiciones obligatorias y no será un problema para usted. También cuenta con suficientes propiedades para hacer la compra, bienes sólidos, no bienes de papel. Ésa es una gran diferencia. Pero lo más importante, quizás, es que usted es un hombre que tiene algo que ofrecer como rey de Landover. No creo que haya pensado mucho en eso, pero esto es algo que interesa mucho a aquellos para quienes actuamos como agentes. Usted tiene algo muy especial que ofrecer.

Hizo una pausa.

—¿Qué? —preguntó Ben.

—Su experiencia profesional, señor Holiday. Usted es abogado. Piense en el bien que puede hacer no sólo interpretando las leyes, sino también promulgándolas. Un rey necesita sentido de la justicia para gobernar. Su inteligencia y su formación le serán muy útiles.

—¿Se refiere a que las necesitaré en Landover, señor Meeks?

—Desde luego —contestó, con rostro inexpresivo—. Un rey siempre precisa de inteligencia y formación.

Durante un momento, Ben creyó detectar algo en la voz del otro que casi convertía la afirmación en un sarcasmo.

—¿Sabe usted cuáles son las necesidades de un rey, señor Meeks?

Meeks esbozó una sonrisa dura y rápida.

—Si se refiere a cuáles son las necesidades de un rey de Landover, la respuesta es sí. Exigimos cualidades básicas en nuestros clientes para tomar en consideración sus propuestas en casos como éste, y la lista de cualidades que se me ha proporcionado me sugiere que el gobernante de Landover necesita las que usted posee.

Ben asintió lentamente.

—¿Quiere decir que mi solicitud ha sido aceptada?

El anciano se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿No tiene que hacerme ninguna pregunta, señor Holiday? ¿No sería mejor que las formulara primero?

Ben se encogió de hombros.

—Sí, es algo que hay que hacer en un momento u otro. Podría ser ahora. ¿Por qué no empezamos por el contrato, que es lo único que puede protegerme de hacer una inversión que la mayoría de la gente consideraría estúpida?

—Usted no pertenece a esa mayoría, señor Holiday. —Su rostro arrugado se ensombreció, cambiando la configuración de las arrugas y marcas como una máscara de goma que se torciera—. El acuerdo es éste: tendrá diez días para examinar su

compra sin ninguna obligación por su parte. Si al final de ese plazo descubre que no es como se anunciaba o le parece insatisfactorio por cualquier otra causa, volverá aquí para que le sea devuelto el dinero pagado menos una tasa del cinco por ciento por los trámites. Un cargo razonable. Supongo que estará de acuerdo.

—¿Eso es todo? ¿Eso es el contrato? —preguntó Ben con incredulidad—. ¿Lo único que cuenta es mi decisión de retirarme?

—Eso es lo único que cuenta. —Meeks sonrió—. Desde luego la decisión debe hacerse en los primeros diez días, como comprenderá.

Ben lo miró con fijeza.

—¿Y todo lo que se anuncia en el catálogo estará allí como se promete? ¿Todo? ¿Los dragones, los caballeros, las brujas, los magos y las criaturas fantásticas?

—Y usted será el rey, señor Holiday. Usted será el hombre a quien todos deberán obedecer. Tendrá un gran poder, pero también una gran responsabilidad. ¿Cree que será apto para tal reto?

La habitación quedó en silencio mientras Ben, sentado frente al viejo Meeks, pensaba en los caminos de su vida que lo habían conducido a aquel momento. No había perdido mucho en ese viaje, exceptuando a Annie. Había aprovechado las oportunidades importantes que se le presentaron. Ahora tenía ante sí una oportunidad mayor que cualquiera de las anteriores y, si la aceptaba, no dejaría nada importante detrás. Sin Annie, sólo le interesaba lo venidero.

Sin embargo, estaba indeciso.

—¿Puedo ver ahora una copia de ese contrato, señor Meeks?

El anciano introdujo la mano en el cajón central de su escritorio y sacó una hoja de papel unida a dos copias. Se lo pasó a Ben a través del escritorio. Éste cogió el contrato y lo leyó con atención. Era tal como el anciano había dicho. El reino de Landover se vendía por un millón de dólares. El anuncio del catálogo se repetía con las garantías adecuadas. Los últimos párrafos aseguraban una devolución completa del precio de la compra menos el cargo por los trámites, si a los diez días de llegar a Landover el comprador decidía devolver el artículo y marcharse del reino. Para tal posibilidad, se le entregaría una llave en el momento de efectuar la compra.

Ben se entretuvo en la lectura de las últimas líneas. El comprador aceptaba la pérdida total de la cantidad pagada si devolvía el artículo en cualquier momento después de transcurridos los diez días o si decidía abandonar Landover por cualquier razón durante el primer año de reinado.

—¿Cuál es la razón de este último pacto? —preguntó, levantando la vista hacia Meeks—. ¿Por qué no puedo regresar por unos días?

Meeks sonrió de forma poco convincente.

—Mi cliente está interesado en que el comprador comprenda las responsabilidades que implica el reinado. Alguien que no esté dispuesto a, ¿cómo

decirlo?, «soportarlo» al menos un año, no será un candidato digno de tal cargo. El acuerdo asegura que no se desatenderán ni abandonarán las obligaciones del trono al menos durante el primer año.

Ben frunció el entrecejo.

—Supongo que debo entender la preocupación de su cliente. —Colocó de nuevo el contrato sobre la mesa, apoyando una mano encima—. Pero todavía me siento un poco escéptico sobre la oferta en general, señor Meeks. Me creo obligado a ser sincero. Todo me parece demasiado ingenuo. Un reino mítico con criaturas fantásticas que nadie ha visto, y del que nadie ha oído hablar hasta ahora. Un lugar adonde nadie ha ido y de donde nunca ha venido nadie. Y todo lo que tengo que hacer es dar un millón de dólares a Rosen's y será mío.

Meeks no dijo nada. Su viejo rostro arrugado permaneció impassible.

—¿Está en Norteamérica ese reino? —insistió Ben.

Meeks continuó callado.

—¿Necesito pasaporte para entrar? ¿O alguna vacuna contra sus enfermedades?

Meeks movió la cabeza con lentitud.

—No necesita pasaporte ni ninguna clase de inmunización. Lo único que necesita es valor, señor Holiday.

Ben enrojeció.

—Creo que también se podría pedir un poco de sentido común, señor Meeks.

—Una compra como la que se propone hacer, señor Holiday, requiere el mínimo de sentido común. Si la base de esta compra fuese el sentido común, ni usted ni yo estaríamos manteniendo esta conversación, ¿no le parece? —La sonrisa del anciano era fría—. Seamos sinceros, como sugiere. Usted busca algo imposible de encontrar en el mundo que conoce. Está cansado de su vida y de todas sus complicaciones. De lo contrario, no se hallaría aquí. Yo estoy especializado en la venta de artículos especiales; artículos raros, que sólo interesan a un mercado reducido, en el que siempre es difícil negociar. No puedo arriesgar mi reputación vendiendo algo que sea falso. Si lo hiciese, no duraría mucho en este negocio. Yo no estoy jugando con usted, y presiento que tampoco usted está jugando conmigo.

»Sin embargo, hay ciertas cosas que ambos debemos aceptar basándonos en la confianza. Yo debo aceptarle como posible gobernante de Landover sólo por su palabra, con pocos conocimientos de su verdadero carácter, cuya única fuente es esta entrevista que estamos manteniendo.

Y usted debe aceptar también sólo por mi palabra lo que le digo respecto a Landover, porque no es posible que se lo muestre de otra forma. Usted debe experimentarlo, señor Holiday. Debe ir allí y descubrirlo por sí mismo.

—¿En diez días, señor Meeks?

—Es tiempo suficiente, créame, señor Holiday. Si descubre que no es lo que

quería, use la llave para volver.

Se produjo un largo silencio.

—¿Significa eso que me ha escogido como comprador? —preguntó Ben.

Meeks asintió,

—Así es. Creo que está muy cualificado. ¿Qué me dice, señor Holiday?

Ben miró el contrato.

—Me gustaría pensarlo un poco.

Meeks rió entre dientes.

—La cautela del abogado. Eso es bueno. Puedo darle veinticuatro horas de opción. Después, el artículo estará de nuevo a disposición de otros compradores, señor Holiday. Mi próxima cita está fijada para la una de mañana. Tómese más tiempo si lo desea, pero no puedo prometerle nada pasado ese plazo.

Ben asintió.

—Veinticuatro horas serán suficientes.

Fue a coger el contrato, pero el señor Meeks lo retiró rápidamente.

—Mi política, y la de los almacenes, es que no salgan copias de nuestros contratos de las oficinas antes de ser firmados. Por supuesto, podrá examinarlo mañana durante todo el tiempo que quiera si decide comprar.

Ben se puso de pie y Meeks lo imitó, alto y encorvado.

—Debería decidirse, señor Holiday —le animó la susurrante voz del anciano—. Creo que usted es la persona adecuada para el puesto.

Ben frunció los labios.

—Quizás.

—Si opta por hacer la compra, el contrato le estará esperando en la mesa de la recepcionista. Dispondrá de treinta días para gestionar los trámites del pago. Cuando éste se reciba, le proporcionaré las instrucciones para que emprenda el viaje a Landover y asuma el trono.

Acompañó a Ben hasta la puerta del despacho y la abrió.

—Hágase un favor. Cómprelo, señor Holiday.

La puerta se cerró tras él y Ben se quedó solo.

Regresó al Waldorf, caminando a través del ajetreo del mediodía, comió sin prisa y se retiró a un salón situado junto al vestíbulo. Sacó su pluma y empezó a tomar notas en un pequeño bloc sobre su entrevista con Meeks.

Había varias cosas que le inquietaban. Una era el propio Meeks. Había algo extraño en ese anciano, algo que iba más allá de su apariencia. Tenía el instinto del abogado con práctica, su olfato y su penetración. Aquel hombre era bastante agradable, pero bajo la superficie había una coraza de, al menos, cinco centímetros de grosor. Los fragmentos de las conversaciones que había escuchado en las zonas de recepción y las miradas que había visto en los rostros de las recepcionistas, le

sugerían que Meeks no era un hombre con quien fuese fácil trabajar.

Pero había algo más que eso, y Ben no lograba determinarlo.

Además estaba el problema de que no había conseguido averiguar lo bastante sobre Landover. Ninguna fotografía, ningún folleto, ninguna propaganda, nada. Demasiado difícil de describir, había pretextado Meeks. Ben sonrió. Si los papeles se invirtiesen y Meeks fuese el comprador estaba seguro de que el viejo no se conformaría con lo que le había dicho.

En realidad no había averiguado nada sobre Landover en la entrevista que no supiese antes de acudir a ella. Seguía ignorando el lugar en que se encontraba y la apariencia que tenía. No sabía nada más que lo descrito en el catálogo.

Escape al mundo de sus sueños...

Quizás.

O quizás iba a escapar al mundo de sus pesadillas.

Todo lo que tenía era la cláusula del contrato que le liberaba de la compra en caso de que decidiese rescindirlo en el plazo de diez días. Eso era justo. Más que justo, en realidad. Sólo perdería los cincuenta mil dólares de los gastos de trámites; una pérdida cara, pero no insoportable. Podía viajar a ese reino mágico con sus criaturas fantásticas, sus dragones y doncellas, y todo lo demás. Si se encontraba con que era algún tipo de estafa, podía volver y reclamar su dinero.

Garantizado.

Durante un momento garabateó unas notas apresuradas sobre el bloc; luego levantó la vista de repente y miró al salón vacío.

La verdad era que nada de aquello importaba demasiado. La verdad era que estaba dispuesto a hacer la compra.

Y ése era el verdadero problema. Eso era lo que más le preocupaba. Estaba dispuesto a gastar un millón de dólares en un sueño porque su vida había llegado a un punto donde nada de lo que tenía ni nada de lo que era le satisfacía ya. Cualquier cosa era preferible a eso, incluso algo tan absurdo como lo que estaba considerando: una fantasía como la de Landover con iguanas y efectos especiales de Hollywood. Miles diría que necesitaba ayuda sólo por plantearse una compra tan ridícula. La ayuda de un profesional serio. En realidad, Miles podría tener razón.

Pero, ¿por qué nada de eso influía en él? ¿Por qué iba a decidirse a comprar a pesar de todo?

Se estiró en el cómodo y mullido sillón. Porque quiero experimentar algo con lo que otros hombres sólo sueñan. Porque no sé si podré hacerlo, y quiero descubrirlo. Porque éste es el único reto verdadero al que me enfrento desde la muerte de Annie y, sin este reto, sin algo que me saque del atasco en que se halla mi existencia presente...

Respiró a fondo, dejando el pensamiento sin completar. Porque la vida es una

serie de riesgos, y cuanto mayor es el riesgo, mayor es la satisfacción que proporciona superarlo.

Y él lo conseguiría. Estaba seguro.

Arrancó sus notas del bloc amarillo y las hizo pedazos.

Apartó de sí el asunto como se había prometido que haría pero su mente ya había decidido. A las diez de la mañana siguiente estaba de nuevo en Rosen's, en la última planta, ante la mesa de la recepcionista de cara al corredor que conducía al aislado despacho de Meeks. La mujer no pareció sorprendida al verlo. Le entregó el contrato con sus copias junto con un impreso con las condiciones de pago de Rosen's que concedía un plazo de treinta días para hacer efectiva la compra de cualquier artículo especial. Leyó el contrato una vez más, vio que era el mismo y lo firmó. Con una copia dentro del bolsillo, salió del edificio y tomó un taxi para dirigirse al aeropuerto de La Guardia.

A mediodía, ya estaba camino de Chicago. Se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

LANDOVER

La satisfacción persistió hasta la mañana siguiente, cuando empezó a descubrir que nadie acogía con entusiasmo su proyecto de cambio de vida.

Primero llamó a su contable. Conocía a Ed Samuelson desde hacía más de diez años y, aunque no eran amigos íntimos, tenían una estrecha relación de negocios y se respetaban mutuamente. Ben había sido el abogado de la empresa de contabilidad de Haines, Samuelson y Roper, durante casi todo ese tiempo. Ed Samuelson fue su contable desde el principio. Probablemente, era el único hombre vivo que conocía el alcance completo de sus propiedades. Ed había llevado sus asuntos cuando sus padres murieron. Le había sugerido la mayoría de las inversiones que Ben había realizado, demostrándole que era un hombre de negocios astuto y perspicaz.

Pero cuando le llamó esa mañana y le dijo, sin preguntarle su opinión, que vendiese bonos y valores por un millón de dólares y que lo hiciera en los próximos diez días, dedujo que Ben había perdido la razón. Explotó a través del auricular del teléfono. ¡Una venta como ésa era una auténtica locura! Los bonos y los títulos sólo podrían liquidarse con pérdidas, porque la precipitación siempre resultaba muy paralizada. Las acciones tendrían que venderse al valor del mercado, y para muchas de ellas el mercado estaba bajo. Ben perdería dinero de cualquier forma. ¡Ni siquiera las deducciones de impuestos obtenibles por una acción tan arriesgada podrían ser una compensación por las pérdidas que sufriría! ¿Por qué demonios era necesario hacer algo así? ¿Por qué necesitaban tan de repente el millón de dólares en efectivo?

En tono paciente y un poco evasivo, Ben le explicó que había decidido realizar una compra para la que necesitaba dinero en efectivo con urgencia. El modo en que lo dijo dejó claro que no estaba dispuesto a revelar la naturaleza de la compra. Ed vaciló. ¿Se encontraba en un apuro? Ben le aseguró que no lo estaba. Sólo era que había tomado una decisión, a la que había llegado tras reflexionar mucho, y que agradecería a Ed su ayuda para conseguir el capital necesario.

No hubo mucho más que discutir. Contra su voluntad, Ed Samuelson accedió a hacer lo que se le pedía. Ben colgó.

Las cosas fueron peor en su despacho. Primero llamó a Miles, y cuando su amigo estuvo sentado enfrente, con el café en la mano, le dijo que había decidido dejar el despacho durante cierto tiempo. A Miles casi se le derramó el café.

—¿Dejarlo? ¿De qué diablos estás hablando, Doc? ¡Esta firma es toda tu vida! ¡Ejercer la abogacía es toda tu vida, lo ha sido desde que murió Annie!

—Quizás eso sea parte del problema, Miles. Quizás necesite alejarme de todo esto una temporada, ver las cosas con una nueva perspectiva. —Se encogió de hombros—. Tú mismo me has dicho que necesitaba salir más, ver algo del mundo que hay más allá de este despacho y de mi departamento.

—Sí, claro, pero no comprendo... Espera un minuto, ¿de qué estás hablando exactamente? ¿Cuánto tiempo piensas ausentarte? ¿Un par de semanas? ¿Un mes?

—Un año.

Miles lo miró, asombrado.

—Al menos —añadió Ben—. Quizás más.

—¿Un año? ¿Un año entero? —Miles estaba rojo de irritación—. Eso no es un descanso, Doc. ¡Es un retiro! ¿Qué se supone que vamos a hacer con tu trabajo cuando te vayas? ¿Qué pasa con tus clientes? ¡No van a quedarse un año sentados esperando a que vuelvas! Se despedirán y se irán a otra firma. ¿Y qué ocurrirá con los juicios que tienes programados? ¿Con los casos que están pendientes? Por amor de Dios, no puedes...

—Cálmate un minuto, por favor —le interrumpió Ben rápidamente—. No voy a saltar por la borda y dejar que el barco se hunda. He pensado en eso. Se lo notificaré a mis clientes personalmente. Los casos pendientes serán traspasados. Si a alguno no le parece bien, le recomendaré otra firma. Creo que la mayoría se quedarán contigo.

Miles apoyó toda su corpulencia contra la mesa de despacho.

—Doc, seamos honestos. Quizás lo que dices sea verdad, en parte al menos. Quizás puedas satisfacer a la mayoría de tus clientes. Quizás acepten tu ausencia de la firma. Pero, ¿por un año? ¿O más? Nos dejarán, Doc. ¿Y qué hay de tu trabajo en los tribunales? Nadie puede llegar y encargarse de eso. Debes dar por seguro que perderemos muchos clientes.

—Podemos permitirnos perder unos cuantos, si no hay más remedio.

—Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que sí hay remedio.

—¿Y si me muriese, Miles? Esta noche, por ejemplo. Muerto y enterrado. ¿Qué harías entonces? Tendrías el mismo problema. ¿Cómo lo resolverías?

—¡No es lo mismo, maldita sea, y tú lo sabes! ¡La comparación es pésima! —Miles se levantó y se inclinó hacia delante con brusquedad, apoyándose en la mesa—. No sé qué mosca te ha picado, Doc. No entiendo nada. ¡Siempre has sido tan endemoniadamente responsable! ¡Un poco heterodoxo en los tribunales, pero siempre sin perder la sensatez, siempre bajo control! Y eres un abogado en verdad brillante. Si yo tuviera la mitad de tu talento...

—Miles, ¿me permitirás...?

El hombre robusto lo cortó con un gesto.

—¿Pretendes pasar un maldito año entero de un lado para otro? ¿Así, sin más? Primero te vas a Nueva York sin una palabra de explicación, detrás de Dios sabe qué, el mismo día en que decides hacerlo, sin ni siquiera hablarme de ello, ni una palabra desde que estuvimos aquí sentados conversando sobre la loca oferta de aquel catálogo de Ross o Rosenberg's o como demonios se llame, y ahora te vas otra vez, como si...

De repente se detuvo, y las palabras murieron en su garganta. Su rostro se quedó

paralizado con un gesto de asombrada comprensión.

—¡Oh, Dios santo! —susurró, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro—. ¡Oh, Dios santo! Es esa maldita fantasilandia del catálogo, ¿verdad?

Ben no le contestó de inmediato, indeciso sobre si debía hacerlo o no. Pretendía mantener en secreto lo de Landover. Pretendía no informar a nadie.

—Miles, siéntate, por favor —dijo al fin.

—¿Sentarme? ¿Cómo quieres que me siente después...?

—¡Siéntate de una vez, Miles! —le cortó Ben.

Miles se quedó inmóvil en la posición en que estaba; después se dejó caer con suavidad en el sillón. La expresión de asombro permanecía en su rostro sofocado.

Entonces fue Ben quien se inclinó hacia delante, con expresión dura.

—Estamos juntos desde hace tiempo, Miles; como amigos y como socios. Nos conocemos bien. Lo hemos logrado al compartir muchas experiencias. Pero no sabemos lo que concierne al otro, porque eso es imposible. Es imposible que dos seres humanos se conozcan por completo, ni siquiera en las circunstancias más favorables. Ésa es la razón de que algunas de las cosas que hacemos sean un misterio para los demás. —Levantó la cabeza—. ¿Recuerdas las veces que me has aconsejado que me retire de un caso porque no estaba lo bastante claro? ¿Lo recuerdas, Miles? Abandona ese caso, me decías. Es un mal asunto. Está perdido. Abandónalo. Pero a veces yo no lo hacía. A veces lo aceptaba y te decía que a mí me parecía correcto. Tú te avenías a mi decisión, aunque no estuvieses de acuerdo con ella y no lo comprendieras. Pero confiabas en mí y asumías el riesgo, ¿verdad?

Hizo una pausa.

—Bueno —continuó— eso es lo que estoy pidiéndote ahora. No me entiendes y no estás de acuerdo conmigo. Pues bien, olvídale y confía en mí.

Los ojos de Miles, que estaban fijos en la mesa, se alzaron.

—¡Doc, estás hablando de un millón de dólares!

Ben movió la cabeza lentamente.

—No, no es eso. Estoy hablando de salvarme, Miles. Estoy hablando de algo que no tiene precio.

—¡Pero es... una locura! —Las manos de Miles agarraron el borde de la mesa hasta que los nudillos se pusieron blancos—. ¡Es una irresponsabilidad! ¡Una absoluta estupidez! ¡Maldita sea!

—Yo no lo veo así.

—¿No? ¿Desembarazarte de tus deberes profesionales, del trabajo de tu vida? ¿Marcharte a vivir a un castillo y luchar contra dragones, suponiendo que haya alguno y no te hayan desplumado? ¿Sin televisión, ni partidos de los Bears, ni el estadio de Wrigley, ni cerveza fría, ni electricidad, ni duchas de agua caliente, ni lavabos, ni nada? Abandonar tu casa y tus amigos y... ¡Dios santo, Doc!

—Piensa que es una excursión larga, de esas en las que te apartas de todo.

—¡Estupendo! ¡Una excursión de un millón de dólares!

—Estoy decidido, Miles.

—A irte a un lugar miserable...

—¡Estoy decidido!

El tono áspero de su voz los dejó disturbados a ambos. Durante un momento se quedaron mirándose en silencio, sintiendo que la distancia existente entre ellos se ensanchaba como si se hubiera abierto un abismo. Entonces, Ben se levantó y rodeó la mesa. Miles se levantó también. Ben apoyó la mano en su hombro y lo apretó.

—Si no hago algo, Miles, voy a acabar mal —susurró—. —Puede que tarde unos meses o quizás un año, pero al final me voy a derrumbar. No puedo dejar que ocurra eso.

Su amigo lo miró, suspiró y asintió.

—Es tu vida, Doc. No puedo decirte cómo tienes que vivirla. No es posible. —Se irguió—. ¿Te tomarás al menos unos días para pensarlo más? Eso no es pedir demasiado, ¿verdad?. Ben sonrió cansadamente.

—¡Ya lo he pensado de un centenar de formas distintas!. Eso es suficiente. Lo he pensado bien.

Miles movió la cabeza.

—Supongo que un hombre obcecado diría lo mismo, ¿no crees?

—Ahora voy a informar a los demás. Te agradecería que te reservaras lo que sabes.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Por qué iba a enterar a nadie de que el abogado principal de nuestra firma ha perdido el juicio? —Dirigió a Ben una última mirada, se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta del despacho—. Estás chiflado, Doc.

Ben salió tras él.

—Sí. Te echaré de menos, Miles.

Reunió al personal y explicó sus planes de ausentarse del despacho. Les habló de su necesidad de apartarse de su vida presente, de la ciudad, del trabajo, de todo lo que le rodeaba, concluyó diciendo que se marcharía pasadas unas pocas semanas y que cabía la posibilidad de que no regresara en un año. Se produjo un silencio aturdido y después una avalancha de preguntas. Respondió a todas sin inmutarse. Al terminar, se marchó a su casa.

No volvió a mencionar Landover. Ni tampoco Miles lo hizo.

Se tomó tres semanas para poner en orden sus asuntos. La mayor parte del tiempo la dedicó a su trabajo, comunicándose con los clientes, revisando su calendario de juicios y reasignando sus casos. El proceso fue difícil. El personal había aceptado su decisión, estoicamente, pero había un sentimiento de disgusto que se reflejaba en sus

miradas y sus conversaciones y que a Ben no le pasó inadvertido. Sentían que estaba desertando, que huía de ellos. Y en verdad, también él se sentía un poco ambivalente frente a esa posibilidad. Por una parte, el desatar los lazos que le unían a la firma y a su profesión le proporcionaba un sentimiento de libertad y alivio. Le parecía que estaba escapando de una trampa. Era como si empezara la vida de nuevo, con la oportunidad de descubrir cosas en que no había reparado la primera vez. Por otra parte, sentía agudas punzadas de incertidumbre y remordimientos por abandonar todo aquello a lo que había dedicado la mayor parte de su vida adulta, y tenía esa sensación de renunciar a todo lo familiar por lo desconocido que caracterizaba a los viajes que se hacen por primera vez.

De todas formas podría regresar cuando quisiera. No había nada definitivo en aquello, al menos de momento.

Volvió a los asuntos de que se estaba ocupando y trató de no pensar en sentimientos contradictorios, pero cuanto más intentaba apartarlos de su mente, más se introducían en ella. Al final, se rindió y aceptó lo inevitable. Dejó que los sentimientos lucharan y bramaran en su interior, dejó que las dudas y las incertidumbres lo torturaran, y descubrió que adquiriría cierto grado de fuerza por ser capaz de resistirlo. Había tomado una decisión, y ahora sabía que podía vivir con ella.

Las tres semanas llegaron a su fin cuando ya había completado su salida de la firma. Estaba libre de obligaciones profesionales, libre para iniciar cualquier camino que decidiese seguir. En este caso, el camino que había escogido conducía a un reino mítico llamado Landover. Sólo Miles estaba enterado de la verdad, y Miles no hablaría de eso. Ni con él, ni con nadie. Miles tenía un temor determinado. Miles estaba convencido de que él estaba loco.

—Llegará un momento, Doc, un momento en un futuro no muy lejano en que se encenderá una bombilla dentro de tu cabeza embotada y por un destello de comprensión tardía, te darás cuenta de que has cometido un gran error. Cuando eso ocurra, regresarás al despacho un poco avergonzado y mucho más pobre, y yo tendré el enorme placer de recibirte con un «ya te lo dije», y lo repetiré al menos media docena de veces. Pero eso a nadie tiene que importarle, excepto a ti y a mí. Así que mantendremos entre nosotros esta estupidez. No hace falta desconcertar a todos los empleados.

Ése fue el último comentario de Miles respecto a su decisión de comprar Landover. Lo hizo el día después de que anunciara su decisión de ausentarse. Desde entonces, sus conversaciones sólo habían tratado de asuntos profesionales. En las tres semanas que siguieron no volvió a pronunciar una palabra sobre Landover. Se contentó con dirigirle miradas significativas y tratarlo de la manera condescendiente con que un psiquiatra trata de penetrar en la mente de su lunática presa.

Ben intentó ignorar este comportamiento, pero su paciencia se fue agotando. Los

días transcurrían lentamente y su ansiedad por acabar la espera iba en aumento. Ed Samuelson lo llamó para anunciarle que los bonos y las acciones habían sido liquidados y que el dinero estaba disponible para la inversión... si Ben estaba seguro de que eso era lo que deseaba hacer sin más consultas. Así era, le aseguró Ben como si no hubiese notado la intencionada sugerencia, y envió el dinero a Rosen's de Nueva York, a la atención del señor Meeks. Tomó las medidas necesarias para que Samuelson manejase sus asuntos financieros por un tiempo indefinido, preparando los correspondientes poderes notariales y autorizaciones suplementarias. El contable los aceptó con una actitud sospechosamente similar a la adoptada por Miles en los últimos tiempos. La paciencia de Ben menguó un poco más. Pagó doce meses adelantados de alquiler de su apartamento y dio órdenes sobre la limpieza y las inspecciones de seguridad. Le pidió a George que vigilase sus cosas, y éste pareció sinceramente deseoso de que tuviese un buen viaje y una agradable estancia dondequiera que fuese. Pensó que George era la única persona que sentía de esa forma. Preparó una versión actualizada de su testamento, canceló las suscripciones de revistas y periódicos, llamó al gimnasio para avisar de que no iría en una temporada y les rogó que cuidasen las instalaciones de boxeo, dio instrucciones sobre su correspondencia a la oficina de correos para que las aplicaran desde el comienzo del mes siguiente y le entregó la llave de su caja de seguridad a Ed Samuelson.

Tras esto, se relajó para esperar un poco más.

La espera terminó la cuarta semana, tres días antes de que acabase el mes. La nieve caía y se arremolinaba en la tarde gris. El fin de semana siguiente al día de acción de gracias y próximo a las fiestas navideñas había inundado la ciudad de ansiosos compradores que deseaban celebrar el nacimiento de Cristo con un intercambio de dinero por objetos. Su descontento por la espera había alimentado en él cierto cinismo malicioso. Se encontraba observando la locura desde el confinamiento de su torre de marfil cuando George le llamó para anunciarle la llegada de un gran sobre procedente de Nueva York.

Era de Meeks. Dentro había una carta, unos billetes de avión, un mapa de carreteras del estado de Virginia y un recibo de curioso aspecto. La carta decía así:

Estimado Sr. Holiday:

Le escribo para confirmarle su adquisición del artículo especial conocido como *Landover*, que figura en nuestro último catálogo navideño. Se ha recibido el pago del importe completo y se encuentra en depósito, pendiente de la estancia de diez días de nuestro acuerdo contractual.

Le incluyo billetes de avión que le llevarán desde Chicago a Charlottesville, Virginia. Los billetes tendrán validez para cualquier vuelo de los próximos siete días, previa presentación a los representantes de la compañía correspondiente.

A su llegada a la terminal de Charlottesville Allegheny, por favor presente el recibo adjunto en el mostrador de información. Habrá un coche reservado a su nombre, que estará a su disposición. También se le entregará un paquete e instrucciones escritas. Lea las instrucciones con atención y guarde bien el contenido del paquete.

El mapa de carreteras del estado de Virginia está marcado en detalle para permitirle completar con éxito la última etapa de su viaje a Landover. Allí le esperan.

En nombre de Rosen's, Ltd., le deseo un agradable viaje.

Meeks

Leyó la carta varias veces, examinó los billetes de avión y el recibo, luego estudió el mapa de carreteras. Una línea de tinta roja trazaba un recorrido por las vías que conducían al oeste de la ciudad de Charlottesville hasta una pequeña «x» marcada en mitad de las montañas del Blue Ridge, justo al sur de Waynesboro. En los márgenes del mapa había instrucciones escritas, ordenadas en párrafos consecutivos. Las leyó, leyó la carta una vez más, luego plegó todos los papeles y volvió a meterlos en el sobre.

Se sentó un rato en el sofá, contemplando el día gris con sus ráfagas de blancos copos de nieve y los sonidos distantes del tráfico de fiesta. Luego fue al dormitorio, preparó una pequeña bolsa de viaje y llamó a George para que le consiguiera un taxi.

A las cinco en punto estaba en O'Hara.

La nevada empezó a arreciar.

En Virginia no estaba nevando. El día era frío y despejado, con un cielo luminoso en el que destacaba un fondo de montañas boscosas, dotadas de destellos cristalinos por el rocío de la mañana. Ben condujo el New Yorker de color azul acero por el carril derecho de la Interestatal 64, tras salir por el oeste de Charlottesville en dirección a Waynesboro.

Transcurrían las últimas horas de la mañana del día siguiente a su partida. Había volado a Washington National, pasado una noche en el Marriott, frente al aeropuerto, y después tomado el vuelo de Allegheny de las siete de la mañana a Charlottesville. Una vez allí, presentó el curioso recibo en el mostrador de información de la terminal, recibiendo a cambio las llaves del New Yorker y una pequeña caja envuelta en papel marrón, dirigida a él. En la caja había una breve carta de Meeks y un medallón.

La carta decía:

El medallón es la llave para entrar y salir de Landover. Póngaselo y será reconocido como el heredero legítimo del trono. Quíteselo y volverá al lugar marcado

con una «x» en el mapa. Sólo usted puede quitárselo, sólo usted. Si lo pierde, no podrá achacarlo a nadie.

Meeks

El medallón era de un metal oxidado y viejo. Tenía grabado un noble montado a caballo y ataviado para la batalla, en la actitud de avanzar bajo un sol situado sobre un castillo que se hallaba en el centro de un lago. Estaba unido a una cadena de eslabón doble. Era una pieza de exquisita artesanía, pero mal conservada. El óxido no podía eliminarse sólo frotando. Se pasó la cadena alrededor del cuello, recogió el coche reservado a su nombre y, ya fuera de Charlottesville, giró al sur y entró en la Interestatal 64.

Cuanto más lejos mejor, pensó mientras conducía hacia Blue Ridge. Todo había salido de acuerdo con los planes.

El mapa proporcionado por Meeks yacía abierto en el asiento de al lado. Había memorizado las instrucciones escritas en él. Tenía que seguir la 64 casi hasta Waynesboro y abandonar la autopista Skyline en su salida sur hacia Lynchburg. Después de treinta kilómetros, llegaría a una desviación de cambio de sentido sobre un promontorio situado frente a las montañas y valles del Parque Nacional de George Washington. Estaba marcado con una señal verde y el número trece en negro. Allí encontraría un teléfono de información y un refugio contra las inclemencias del tiempo. Tendría que llegar allí, aparcar y cerrar el coche dejando las llaves dentro, y cruzar la carretera hasta el sendero del otro lado. Tendría que seguir éste, que se internaba entre las montañas, unos tres kilómetros. En ese punto sería recibido.

El mapa no decía por quién. Ni tampoco la carta.

El mapa sólo indicaba que alguien iría a recoger el coche. El teléfono podría usarse para conseguir el transporte de regreso, en caso de que decidiera volver. Se le proporcionó un número.

Una duda lo asaltó de repente. Se encontraba en camino hacia un lugar desconocido, y nadie excepto Meeks sabía con exactitud dónde se encontraba. Si desapareciese, Meeks se convertiría en el propietario del millón de dólares, suponiendo que todo aquello fuese un fraude bien planeado. Cosas más extrañas sucedían, y por mucho menos.

Lo consideró durante un momento. Después sacudió la cabeza. No tenía sentido. Meeks era un agente de Rosen's, y un hombre que ocupaba tal puesto habría sido cuidadosamente investigado. Además, había muchos modos de poder atrapar a Meeks en un asunto como ése. Miles conocía su propia relación con los almacenes y la razón de ella. Se podía seguir la pista de los fondos transferidos. Había copias de la carta de confirmación de Meeks con sus papeles de trabajo. Y el anuncio de Landover era de conocimiento público.

Apartó las dudas de su mente y se concentró en lo que le aguardaba. La ansiedad que eso le producía había estado afectándole durante semanas. Se hallaba tan nervioso que apenas podía contenerse. Había dormido mal la noche anterior. Se había despertado antes del amanecer. Estaba predispuesto a todo tipo de ideas descabelladas.

Llegó a la entrada de la Skyline en poco más de treinta minutos y la tomó en dirección sur. Los dos carriles serpenteaban, ascendiendo sin cesar por las Blue Ridge, pasando por entre la maraña del bosque y las rocas de las montañas bajo la luz del sol de finales de noviembre. A ambos lados se ofrecían vistas panorámicas, los paisajes del parque nacional y sus senderos que se deslizaban hacia atrás como pinturas asombrosas. El tráfico era escaso. Se cruzó con tres coches que viajaban en dirección opuesta, familias con equipos de camping y equipaje; uno de ellos con un remolque plegable. No se encontró a nadie que viajase hacia el sur.

Veinte minutos después divisó el cambio de sentido con su señal verde y el número trece en negro. Dejó de presionar el pedal del acelerador, condujo el coche fuera de la carretera hacia el arcén de grava y lo detuvo ante el teléfono de información y el refugio. Salió del coche y miró a su alrededor. A su derecha, el arcén se extendía algunos metros hasta los postes y la cadena de una barandilla de seguridad y un promontorio que dominaba kilómetros de bosque y montañas que constituían un pequeño sector del parque nacional. A su izquierda, al otro lado de la carretera desierta, la ladera de la montaña se elevaba a la luz del sol matinal: una mezcla de árboles y rocas envuelta en tenues jirones de niebla. Levantó la vista hacia la cima de la montaña, observando la niebla que se arremolinaba y agitaba como cintas colgadas en el aire. El día estaba tranquilo y vacío, y ni siquiera el paso del viento producía ningún sonido.

Se volvió, entró en el coche y cogió su bolsa de viaje. En realidad, era poco más que un saco de mulotón lleno con las escasas pertenencias que había decidido llevar consigo: una botella de su apreciado Glenlivet con destino a una ocasión especial, útiles de aseo, papel y plumas, varios libros, dos pares de guantes de boxeo, ejemplares recientes de revistas que aún no había leído, esparadrapo antiséptico, un viejo chandal y zapatillas de deporte. No se había preocupado demasiado por la ropa. Pensaba que lo mejor sería vestirse al estilo de los habitantes de Landover.

Cerró el coche, dejando las llaves dentro. Metió su billetera en la bolsa, miró a su alrededor una vez más y cruzó la carretera. Iba vestido con un ligero chandal azul marino, ribeteado en rojo y blanco, y Nike azul marino. Se había puesto las Nike e incluido en su equipaje las zapatillas de deporte porque no se sintió capaz de decidir cuales serían más adecuadas para un viaje como aquél porque dudaba de que existiera algo más cómodo para los pies en el lugar a que se dirigía. Entonces se dio cuenta con extrañeza de que Meeks no se había molestado en darle instrucciones respecto a

la ropa y los objetos personales.

Al alcanzar el lado opuesto de la carretera se detuvo y recorrió con la vista la pendiente arbolada que se alzaba ante él. Las aguas de un pequeño manantial descendían entre las rocas en una serie de rápidos que lanzaban destellos de plata cuando las tocaban los rayos del sol. Un sendero cruzaba sus orillas y desaparecía entre los árboles. Ben se echó la bolsa al hombro y comenzó a caminar.

El sendero serpenteaba en una serie de vueltas y revueltas bordeando la corriente, ensanchándose a intervalos para formar pequeños claros donde unos bancos de madera proporcionaban un lugar de descanso al excursionista. El agua gorgoteaba y lamía la tierra de las orillas y las laderas de roca, el único sonido que se percibía en aquella mañana de finales de noviembre. La carretera y el coche fueron desapareciendo a medida que ascendía, y pronto se encontró rodeado de bosque por completo. La subida se hizo menos empinada, pero el bosque se cerró a ambos lados, dificultando la vista del camino. Finalmente, la corriente se desvió hacia un despeñadero muy profundo y el sendero continuó solo.

Poco a poco empezó a concentrarse una niebla a su alrededor. Entonces se detuvo para volver a mirar. No había nada que ver. Escuchó. No había nada que oír. A pesar de todo, tenía la desagradable sensación de que lo seguían. Una duda momentánea debilitó su firmeza; quizás todo aquel asunto era un gran error. Pero se desembarazó de la duda con rapidez y continuó su marcha. Había tomado la decisión hacía varias semanas y estaba dispuesto a llevarla hasta el final.

El bosque se espesó y la niebla se hizo más densa. Los árboles se estrechaban, cercándolo, como oscuros centinelas esqueléticos, con sus pálidas hojas y ramas verdes, sus enredaderas y matorrales, y su muestrario de juncias. Tuvo que abrirse paso entre pinos y abetos para seguir el camino, y la niebla dio un tono brumoso a una mañana que se había iniciado resplandeciente. Las agujas de los pinos y las hojas secas crujían bajo sus pies y, ocultos a su vista, pequeños animales corrían por entre ellas.

Al menos no estaba solo, por completo.

Estaba muy sediento, pero no se le había ocurrido proveerse de un recipiente con agua. Podía volver atrás y probar el agua de la corriente, mas se sentía remiso a perder más tiempo en eso. Trató de pensar en Miles para distraer a su mente de la sed. Trató de imaginarse a Miles allí en el bosque con él, caminando penosamente entre los árboles y la niebla, resoplando y gruñendo. Sonrió. Miles odiaba cualquier clase de ejercicio que no incluyese jarras de cerveza y servicio de mesa. Creía que Ben estaba loco por continuar su entrenamiento de boxeo después de tantos años de haber abandonado la lucha competitiva. Creía que los atletas sólo eran niños que no habían crecido.

Movió la cabeza. Miles creía una gran cantidad de cosas casi carentes de sentido.

Avanzó con más lentitud cuando la hierba alta le ocultó el camino. Un tupido bosquecillo de pinos se interpuso en su ruta. Penetró en él y se detuvo.

—Uh uh —susurró.

Ante él se elevaba una altísima y abrupta muralla de robles, envuelta en capas de sombras. En su centro había un túnel, que parecía abierto por manos de gigantes. Era oscuro y vacío, un agujero negro sin fin, una madriguera que transcurría entre jirones de niebla, agitados por seres invisibles. Surgían sonidos de la oscuridad distantes y difíciles de identificar.

Ben se quedó parado ante la entrada del túnel, intentando penetrar con la mirada en la niebla y la oscuridad. El túnel tenía unos ocho metros de ancho y el doble de alto. Nunca había visto nada semejante. Al instante supo que nada de su mundo lo había hecho y también a qué lugar conducía. Sin embargo, vaciló. Había algo en el túnel que lo inquietaba, algo que sobrepasaba el hecho de que fuese una creación inhumana. Algo que le repelía.

Miró alrededor con cautela. No vio nada. Podría ser el único ser vivo en el bosque, sin embargo le llegaban sonidos desde un lugar situado delante, sonidos de voces...

Experimentó una súbita y violenta necesidad de girar sobre sus talones y recorrer el camino a la inversa. Fue tan fuerte que dio un paso atrás antes de poder controlarse. El aire del túnel parecía extenderse hacia él, tocándolo con mano de terciopelo que humedecía su piel. Apretó el brazo sobre la bolsa, fortaleciéndose contra la sensación que le producía. Respiró profundamente y exhaló el aire con lentitud. ¿Seguir o volver atrás? ¿Qué elegiría el intrépido aventurero, Doc Holiday?

—Bueno —dijo en voz baja.

Siguió adelante. El túnel pareció abrirse ante él. La oscuridad retrocedía a la misma velocidad que él avanzaba. La niebla le acariciaba de la manera tierna y ansiosa de una amante. Siguió caminando con decisión, dejando que sus ojos mirasen a izquierda y a derecha, sin ver nada. Los sonidos continuaban deambulando desde la lejanía invisible, aún indefinidos. La tierra del bosque era suave y esponjosa, cediendo bajo el peso de su cuerpo cuando la pisaba. Los oscuros troncos y las ramas se entrecruzaban, formando paredes y techo con una maraña de cortezas oscuras y hojas secas que impedían el paso a todo excepto a una luz tenue.

Ben se atrevió a dirigir una rápida mirada atrás. El bosque que acababa de abandonar había desaparecido. La entrada del túnel ya no existía. Tenía la misma distancia delante y detrás, la misma vista en ambas direcciones.

—Los efectos especiales son bastante buenos —dijo.

Se forzó a sonreír, pensando en Miles, pensando en lo ridículo que era sentir lo que estaba sintiendo, pensando en que cada vez le gustaba menos aquel asunto.

Entonces oyó un grito.

Se elevó en la oscuridad y la niebla procedente de algún lugar situado detrás de él. Miró por encima del hombro, sin dejar de andar. Había movimiento en el túnel oscuro. Varias figuras se apartaban apresuradamente de los árboles. Tenían apariencia humana, pero su levedad y esbeltez las convertían casi en etéreas. Aparecieron unos rostros, delgados y angulares, con ojos penetrantes que miraban con fijeza bajo unos abundantes cabellos musgosos, y cejas amarillas como el maíz.

El grito se repitió. Ben no pudo evitar un parpadeo. Una aparición oscura y monstruosa estaba suspendida en el aire, un ser cubierto de escamas y alas membranosas, con garras y espinas. El grito había surgido de él.

Ben dejó de caminar y miró sorprendido. Los efectos especiales cada vez eran mejores. Éste parecía casi real. Soltó la bolsa en el suelo, apoyó las manos en las caderas y observó como el ser adquiría proporciones tridimensionales. Era horrible, tan grande como una casa y tan aterrador como el peor de los sueños. Mas él todavía era capaz de distinguir la ilusión de la realidad. Meeks tendría que esmerarse si esperaba que...

Concluyó el pensamiento bruscamente. La aparición estaba dirigiéndose en línea recta a él... y ya no parecía tan falsificada. Comenzaba a parecer bastante real. Recogió la bolsa y retrocedió. La criatura gritó. Incluso el grito pareció auténtico ahora.

Ben tragó saliva. Quizás se debía a que la criatura era real.

Dejó de pensar y comenzó a correr. La aparición lo siguió, gritando de nuevo. Ahora estaba cerca de él, como una pesadilla que no podía expulsarse del sueño. Se posó sobre el suelo del túnel y comenzó a correr a cuatro patas, con las alas plegadas a la espalda y el cuerpo comprimido y humeante como si lo calentara un fuego interior. Había algo sobre su lomo, una figura tan oscura como ella, acorazada y deforme, con manos engarfiadas que agarraban las riendas para guiarla.

Ben aumentó la rapidez de su carrera, respirando con dificultad y resoplando de miedo. Estaba en buena forma, pero el espanto erosionaba sus fuerzas a toda velocidad y no conseguía alargar la distancia que lo separaba de la criatura. Observó que las extrañas caras se materializaban y se desvanecían a su alrededor; espíritus que emanaban de las nieblas, perdidos en los árboles; espectadores de la caza que tenía lugar en el túnel. Pensó un momento en abandonar el camino y esforzarse por penetrar en el bosque con aquel grupo de caras. Quizás el ser no podría seguirle allí. Era tan grande que, aunque lo intentase, los árboles retrasarían su persecución. Pero podría perderse en la oscuridad y la niebla y nunca lograría encontrar el camino de vuelta. Siguió por el sendero.

La aparición que lo perseguía gritó otra vez, y sintió que el suelo del túnel se estremecía ante su proximidad.

—¡Maldito Meeks! —gritó desesperado.

Podía sentir el medallón rozándole el pecho bajo el chandal. Lo agarró instintivamente. Era el talismán que le habían dado para entrar y, si era necesario salir de Landover. Quizás el medallón lograría que la criatura se desvaneciera...

De repente apareció un jinete en el límite de la oscuridad que tenía delante; una figura brumosa y casi harapienta. Era un caballero, con su armadura abollada y deslucida y una lanza inclinada hasta casi tocar el suelo. Tanto el jinete como el caballo estaban sucios y desarreglados, tan repulsivos por su apariencia como la criatura que perseguía a Ben. La cabeza del jinete se irguió al acercarse, y su lanza se alzó. Detrás de ellos se produjo un súbito destello de luz diurna.

Ben corrió aún más. El túnel se estaba acabando. Tenía que salir, tenía que escapar.

El monstruo aulló. El sonido de su aullido concluyó con un silbido aterrador.

—¡Mantente lejos de mí, maldito! —gritaba Ben, frenético.

Entonces el caballo y el jinete surgieron de repente ante él, enormes y extrañamente pavorosos bajo su manto de suciedad. Una exclamación de sorpresa escapó de los labios de Ben. Había visto antes a ese caballero. ¡Había visto su imagen en el medallón que llevaba!

La respiración de la criatura negra calentó su nuca, fétida y húmeda. El terror irrumpió en su interior, y sintió el toque frío de algo inhumano en su pecho. El caballero espoleó al caballo desde la bruma de la luz solar que marcaba el final del túnel, y los rostros del bosque se arremolinaron como fantasmas incorpóreos. Ben gritó. La criatura negra y el caballero se acercaban a él desde ambos lados, a paso de cargar, como si ignoraran su presencia.

El caballero llegó primero y lo sobrepasó sin detenerse. Los flancos del caballo lo golpearon, apartándolo del camino. Cayó de cabeza en las sombras, y sus ojos se cerraron con fuerza a causa de una repentina explosión de luz.

Las tinieblas lo engulleron y todo giró salvajemente. Se le había cortado la respiración y le resultaba difícil recuperarla. Yacía con el rostro contra la tierra, sintiendo la hierba y las hojas húmedas en su mejilla. Mantuvo los ojos cerrados y esperó a que acabase la sensación de mareo.

Cuando al fin cesó, abrió los ojos con cautela. Se hallaba en un claro. El bosque se elevaba a su alrededor por todas partes, brumoso y oscuro, pero aún pudo ver trazos de luz diurna más allá de la barrera que formaba. Comenzó a levantarse.

Entonces fue cuando vio al dragón.

Se quedó paralizado de incredulidad. El dragón estaba durmiendo a varias docenas de metros a su izquierda, enroscado en una bola junto a una fila de troncos oscuros. Era monstruoso, lleno de escamas, púas, garras y espinas, con sus alas plegadas contra el cuerpo y su morro apoyado en las patas delanteras. Roncaba tranquilamente, lanzando chorros de humo por la nariz de vez en cuando. Los huesos

blancos de algo comido recientemente estaban dispersos a su alrededor.

Ben inspiró, procurando no hacer ruido, en la creencia de que se trataba del ser negro que lo había perseguido por el túnel. Pero no, el ser negro era diferente...

Dejó de preocuparse de eso y comenzó a preocuparse por la forma de alejarse de allí. Deseaba saber si algo de aquello era real, pero no tenía tiempo para meditar sobre el asunto.

Empezó a deslizarse cautelosamente hacia los árboles, para lo que tenía que pasar junto al dragón dormido en dirección a la luz. Llevaba la bolsa colgada al hombro y apretada contra el costado. El dragón parecía sumido en un sueño profundo. Sólo necesitaría un momento para salir de allí. Contuvo la respiración y continuó poniendo un pie delante de otro con el máximo cuidado. Cuando estaba a punto de dejar atrás a la bestia, ésta abrió un ojo.

Ben se quedó paralizado por segunda vez. El dragón lo miró ominosamente, fijando el ojo en él, que permanecía inmóvil ante los árboles. Ben se mantuvo en esa posición un poco más; después comenzó a alejarse con lentitud, de cara al dragón.

La cabeza escamosa giró de repente y se apoyó en la tierra. Ben retrocedió más deprisa entre los árboles y percibió que la luz aumentaba a sus espaldas. Los labios del dragón se curvaron hacia atrás en un gesto casi desdeñoso, mostrando dos filas de dientes ennegrecidos.

Entonces sopló hacia él como un hombre dormido lo haría contra una mosca molesta. El oloroso aliento levantó a Ben del suelo y lo lanzó como un muñeco de trapo a través de la niebla del bosque. Cerró los ojos, se hizo una bola y se abrazó a sí mismo. Cayó bruscamente, rebotó un par de veces y rodó hasta quedarse parado.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en un campo de tréboles. Solo.

QUESTOR THEWS

Unos rayos de sol se filtraron por las grietas de un cielo nublado, bañando la pradera con partículas y retazos de su calidez. Ben parpadeó y miró con los ojos entrecerrados a través del resplandor. El bosque neblinoso y su oscuro túnel no estaban a la vista. Las apariciones tampoco, incluidas la criatura negra, el caballero y el dragón.

Se estiró. ¿Qué demonios les había ocurrido? Se limpió el sudor de la frente. ¿Habían sido reales después de todo?

Tragó saliva. ¡No, desde luego que no eran reales! ¡No podían serlo! ¡No eran más que algún tipo de espejismo!

Miró a su alrededor. El prado en el que se hallaba se extendía ante él como una alfombra de verdes pálidos, azules y rosas; una mezcla de colores que nunca había visto en las hierbas. El trébol era blanco moteado de rojo. El prado descendía hacia un valle, grande e irregular que se elevaba otra vez a lo lejos hasta llegar a una muralla montañosa que formaba una oscura barrera en el horizonte. Detrás de él, los árboles de un bosque se destacaban, oscuros, en la ladera de una montaña. Por todas partes colgaban jirones de niebla.

Las apariciones se habían producido en algún lugar entre los árboles situados detrás de él. ¿Dónde estaban ahora?

¿Y dónde estaba él?

Tardó un rato en ordenar sus pensamientos. La penosa experiencia del túnel del bosque aún le hacía temblar, continuaba asustado por los seres oscuros que le habían salido al paso, confundido por hallarse sentado en el prado. Fuera lo que fuese aquello que lo amenazó en el bosque, ahora se encontraba a salvo. Estaba otra vez en Blue Ridge. Estaba en Virginia, a unos treinta kilómetros de Waynesboro, a pocos kilómetros de la carretera que atravesaba el Parque Nacional de George Washington.

Pero...

Volvió a mirar a su alrededor, con más atención que antes. Algo no encajaba. En primer lugar, el tiempo no era normal. Hacía demasiado calor para finales de noviembre en las montañas de Virginia. Estaba sudando bajo su ropa deportiva y eso no debería suceder, por muy asustado que estuviese por la experiencia sufrida. El aire era mucho más frío cuando entró en el túnel del bosque.

El trébol tampoco era normal. No debería estar florido en noviembre; en especial, un trébol así, blanco y moteado de rojo. Se volvió para mirar al bosque de atrás. ¿Por qué estaban las hojas verdes como recién brotadas a primeros de verano? Las hojas deberían tener un tono otoñal, excepto las agujas de los pinos y abetos.

Se incorporó precipitadamente, quedándose con una rodilla en tierra, invadido por una mezcla de pánico y excitación. El sol estaba exactamente sobre su cabeza, donde

debía estar. Pero en los cielos distantes había dos esferas a escasa altura sobre la línea del horizonte; una de color melocotón, la otra de un malva suave. Ben se sorprendió. ¿Lunas? ¿Dos lunas? No, tenían que ser planetas. Pero, ¿desde cuándo los planetas de su sistema solar podían verse con tanta claridad sin ayuda de aparatos?

¿Qué demonios estaba pasando?

Volvió a sentarse lentamente, obligándose a recuperar la calma. Tenía que haber una explicación lógica para todo aquello, razonó, luchando de nuevo contra la mezcla de pánico y nerviosismo. La explicación era simple. Era lo que le habían prometido. Era Landover. Miró a su alrededor, al prado verde con los tréboles moteados, a los árboles estivales del bosque y a las raras esferas suspendidas sobre el horizonte, y lo aceptó con sensatez. No había razón para preocuparse. No eran más que efectos especiales como los que había encontrado en el túnel del bosque. No era más que una proyección mayor de tales efectos en una parcela de tierra escondida en las montañas de Blue Ridge, de Virginia. No sabía cómo lo habrían logrado, teniendo en cuenta que se hallaba en un parque nacional, pero no cabía duda de que lo habían hecho. Tenía que admitir su asombrosa perfección. El valle con sus temperaturas estivales era de por sí un descubrimiento afortunado, pero las extrañas flores, las esferas que parecían planetas o lunas, y las apariciones del túnel tenían que haber precisado de esfuerzo y conocimientos científicos para ser creados.

Se puso de pie, recobrando seguridad lentamente. La experiencia del bosque lo había trastornado bastante. La criatura negra y el caballero le parecieron casi reales. El caballo le pareció del todo real cuando pasó galopando junto a él y lo lanzó fuera del camino hacia las sombras. Y también pudo sentir el aliento del dragón en su cara. Casi podía creer...

Interrumpió sus razonamientos. Su mirada, que recorría el valle mientras él trataba de resolver aquel rompecabezas, captó algo.

Era un castillo.

Sus ojos se dilataron de sorpresa. Una gran extensión de hierba ocupaba el centro del valle. Era como un tablero de ajedrez formado por campos y prados divididos por ríos sinuosos. El castillo se elevaba en el extremo más próximo de ese tablero. La extraña bruma que cubría el valle se lo había ocultado al principio. Pero ahora comenzaba a distinguir cosas, a ver con claridad.

Una de esas cosas era el castillo

Éste se alzaba a varios kilómetros del lugar en que se encontraba Ben, sumido en nieblas y sombras, tras un denso bosque. Estaba asentado en una isla situada en medio de un lago, rodeado de árboles y colinas. Retazos de niebla flotaban ante él deslizándose como nubes que bajarán a la tierra. Era una ciudadela oscura y ominosa, a la que la niebla dotaba de una apariencia fantasmagórica.

Forzó la vista contra la velada luz del sol para ver con más claridad. Pero la niebla

se cerró de repente y el castillo desapareció.

—¡Maldita sea! —susurró.

¿Había sido también una aparición, otro de los efectos especiales de Landover? Una leve sospecha comenzó a crecer en él. Sintió que el pánico y la excitación volvían. ¿Y si todo lo que estaba viendo era real?

Una voz tronó a sus espaldas, y él se levantó de un salto y se volvió.

—Bueno, ya os he encontrado, vagabundeando por este prado y no en el sitio en que se supone que deberías estar. ¿Os perdisteis en el camino? Parecéis un poco cansado, si no le importa que lo diga. ¿Estáis bien?

El que había hablado se encontraba a unos tres metros de distancia. Parecía una grotesca caricatura de un gitano hecha por algún artista errante. Era un hombre alto, de poco menos de dos metros, pero tan delgado como un palo. Unos mechones de ondeados cabellos blancos caían sobre sus grandes orejas, mezclándose con la barba y las cejas del mismo color y estilo. Las grises ropas que vestía le hacían parecer un espantapájaros, pero estaban adornadas con una serie de cintas brillantes, faltriqueras y alhajas que lo convertían en un trozo de arco iris surgido tras una tormenta. Unas botas de cuero flexible demasiado grandes para sus pies se curvaban hacia arriba por las puntas, y una nariz aguileña dominaba su rostro acongojado y perspicaz. Apoyándose en un bastón nudoso se acercó a él.

—Ben Holiday, ¿verdad? —le preguntó, con un destello de suspicacia en los ojos. Un enorme cristal colgaba de una cadena que rodeaba su cuello, y él trató de ocultarlo entre sus ropas con cierta timidez—. ¿Tenéis el medallón?

—¿Quién es usted? —replicó Ben, tratando de poner al otro a la defensiva.

—Ah, yo lo pregunté primero —contestó el hombre, sonriendo con amabilidad—. La cortesía dicta que vos respondáis antes.

Ben se tensó y en su voz se hizo perceptible un tono de impaciencia por haber sido obligado a jugar al ratón y al gato.

—Muy bien, soy Ben Holiday. ¿Ahora, quién es usted?

—Sí, bueno, estoy relacionado con el medallón. —La sonrisa se acentuó un poco—. Al fin y al cabo podríais ser cualquiera. Por decir que sois Ben Holiday no tenéis que serlo necesariamente.

—Usted también podría ser cualquiera, ¿verdad? —le preguntó Ben en respuesta—. ¿Qué derecho tiene a preguntarme algo sin decirme antes quién es?

—Da la casualidad de que yo soy el enviado para recibirlos, suponiendo, desde luego, que seáis quien afirmáis ser. ¿Puedo ver el medallón?

Ben vaciló, luego sacó el medallón de debajo de sus ropas, sin quitárselo, agarrándolo para que fuese examinado. El hombre alto se inclinó hacia delante, lo examinó un momento y asintió.

—Sin duda sois quien decís. Disculpad mis preguntas, pero la precaución siempre

es conveniente en estos asuntos. Y ahora me presentaré. —Hizo una reverencia, doblando la cintura—. Questor Thews, mago de la corte, primer consejero del trono de Landover, vuestro fiel servidor.

—Mago de... —Ben miró a su alrededor con atención una vez más—. ¡Entonces esto es Landover!

—Landover, y nada más. Bienvenido sea el gran señor Holiday.

—Así que es esto —murmuró Ben, mientras su mente se desbocaba—. ¿Dónde estamos exactamente?

Questor Thews pareció sorprendido.

—En Landover, gran señor.

—Sí, ¿pero dónde está Landover? Quiero decir, ¿en qué lugar de Blue Ridge está Landover? Debe hallarse cerca de Waynesboro, ¿no?

El mago sonrió.

—Oh, bueno, vos ya no estáis en vuestro mundo. Creí que lo habíais entendido. Landover se comunica con muchos mundos por una especie de pórtico, podríamos decir. Las nieblas del reino de las hadas lo conectan con su mundo y con otros mundos. Algunos son fáciles de alcanzar, desde luego; en otros ni siquiera existe la barrera de nieblas. Pero eso lo aprenderéis pronto.

Ben lo miró.

—¿No estoy en mi mundo? ¿Esto no es Virginia?

Questor Thews negó con la cabeza.

—¿Ni los Estados Unidos, ni Norteamérica, ni la Tierra? ¿Nada de eso?

—No, gran señor. ¿Creíais que el reino fantástico que comprasteis podía estar en vuestro mundo?

Ben no le oyó, una desesperada obstinación se había hecho presa de él.

—Supongo que esos planetas del cielo son reales, ¿me equivoco? ¿He de aceptar que existen de verdad?

Questor se giró.

—Son lunas, no planetas. Landover tiene ocho lunas. Dos son visibles durante el día, pero las otras pueden verse también después del anochecer durante la mayor parte del año.

Ben clavó los ojos en él. Luego movió la cabeza lentamente.

—No me creo nada de eso. No me creo ni una palabra.

Questor Thews lo miró con curiosidad.

—¿Por qué no lo creéis, gran señor?

—¡Porque este lugar no puede existir, maldita sea!

—Pero vos tomasteis la decisión de venir aquí, ¿no es cierto? ¿Por qué vinisteis a Landover, si no creíais que podía existir?

Ben no tenía ni idea. Ya no estaba seguro de por qué había ido. Sólo estaba seguro

de que no podía aceptar lo que el hombre le decía. El pánico lo invadió ante la idea de que Landover estuviera en algún lugar distinto de la Tierra. Nunca se le había ocurrido que pudiese estar en algún otro lugar. Significaba que todos los lazos que lo unían con su antigua vida serían cortados, que todo lo que había conocido ya no existiría para él. Significaba que estaba solo en un mundo extraño...

—Gran señor, ¿os importaría que caminásemos mientras hablamos? —le preguntó el mago, interrumpiendo sus pensamientos—. Tenemos mucha distancia que recorrer antes de que llegue la noche.

—¿Ah sí? ¿Dónde vamos?

—A vuestro castillo, gran señor.

—¿Mi castillo? Un momento, ¿se refiere a ese castillo que vi antes de su llegada, el que está en medio del lago sobre una isla?

El otro asintió.

—Ése es, gran señor. ¿Podemos empezar a andar?

Ben negó con la cabeza tozudamente.

—Ni pensarlo. No voy a ninguna parte hasta que sepa con exactitud qué ocurre. ¿Qué me dice de lo que me sucedió en el bosque? ¿También fue real? ¿También lo era el dragón que dormía ante los árboles?

Questor se encogió de hombros con aplomo.

—Puede ser. Hay un dragón en el valle, y a veces duerme la siesta en los márgenes de las nieblas. Las nieblas fueron su hogar hace tiempo.

Ben frunció el entrecejo.

—Su hogar, ¿eh? Bueno, ¿y esa criatura negra con alas y jinete?

Las pobladas cejas del mago se arquearon un poco.

—¿Os referís a una criatura negra y alada? ¿Una criatura que parecía salida de una pesadilla?

Ben asintió ansiosamente.

—Sí, eso parecía.

—Era la Marca de Hierro. —Frunció los labios—. La Marca es un demonio. Me sorprende que lo encontraseis cuando ya habíais penetrado en las nieblas. Creía que... —Se interrumpió, esbozó una rápida sonrisa para tranquilizarlo y se encogió de hombros—. De vez en cuando se pierde algún demonio por Landover. Vos os habéis cruzado con uno de los peores.

—¡Cruzado, por mi tía Agatha! —exclamó Ben—. ¡Intentaba atraparme! ¡Me persiguió por ese túnel del bosque y me habría alcanzado de no ser por ese caballero!

Esta vez las cejas de Questor se arquearon mucho más.

—¿Un caballero? ¿Qué caballero? —preguntó con urgencia.

—¡El caballero del medallón!

—¿Visteis al caballero del medallón, Ben Holiday?

Ben dudó, sorprendido por el enorme interés del otro.

—Lo vi en el bosque, después de que la criatura negra se dirigiera hacia mí. Yo estaba entre los dos, pero el caballo pasó rozándome y me lanzó fuera del camino. Después de aquello me encontré sentado en este prado.

Questor Thews frunció el entrecejo, pensativo.

—Sí, el empujón del caballo explicaría vuestra aparición aquí en vez de en el lugar fijado... —Se interrumpió, luego avanzó unos pasos, inclinándose para mirar a los ojos de Ben—. Debisteis de haber imaginado a ese caballero, gran señor. Debisteis de tener la impresión de que lo veíais. Si volvierais a pensar sobre ello, os daríais cuenta de que visteis algo diferente.

Ben se irritó.

—Si volviera a pensar sobre ello, vería exactamente lo mismo. —Mantuvo la mirada firme—. Vería al caballero del medallón.

Se produjo un largo silencio. Al fin Questor Thews dio un paso atrás y se frotó la oreja, pensativo.

—Bien, bien —dijo.

Parecía sorprendido. Más que eso, parecía complacido. Volvió a fruncir los labios, desplazó peso de un pie a otro y se encogió de hombros.

—Bien —repitió por tercera vez.

Entonces, aquella expresión desapareció con tanta rapidez como había aparecido.

—Tenemos que ponernos en camino, —le apremió—. El día se aproxima a su fin y será mejor que lleguemos al castillo antes del crepúsculo. La distancia es larga.

Comenzó a andar, con su alta figura desgarbada y un poco encorvada, arrastrando las vestiduras por la hierba. Ben lo observó con perplejidad durante un momento, lanzó una rápida mirada a su entorno, se colgó la bolsa al hombro y lo siguió de mala gana.

Recorrieron el prado alto e iniciaron el descenso hacia el lejano cuenco del valle. Éste se extendía debajo de ellos como un edredón confeccionado con trozos de tela de distintos colores, que eran sus granjas, praderas, bosques, lagos y ríos y zonas pantanosas y desérticas. Estaba rodeado de montañas oscuras y arboladas, inmerso en un mar de niebla densa que extendía sus jirones por todo el valle y proyectaba una sombra sobre todas las cosas.

La mente de Ben Holiday funcionaba a toda velocidad, tratando de situar lo que estaba viendo con la imagen que tenía de Blue Ridge. No lo consiguió. Sus ojos recorrían las laderas que bajaban y veían huertos con árboles frutales conocidos: manzanos, cerezos, melocotoneros y ciruelos. Pero también veían otros con frutos de un color y un tamaño totalmente extraños para él. La hierba era de distintas tonalidades de verde, pero también había roja, azulada y turquesa. Dispersos en aquel conjunto de insólita vegetación se destacaban grandes grupos de árboles vagamente

parecidos a las encinas, salvo por el color azul eléctrico que tenían los troncos y las hojas.

Nada de eso guardaba semejanza con las montañas de Blue Ridge de Virginia o con las montañas de cualquier otra parte de los Estados Unidos de que tuviera noticia.

Incluso la luz tenía matices extraños. La niebla le daba un toque sombrío al valle, y éste se reflejaba en los colores de la tierra. Parecía, en cierto modo, que se hallaba en la estación invernal, pero el aire era cálido como en un día de pleno verano y los brillantes rayos del sol se filtraban a través de las nubes.

Ben saboreó, aunque con cautela, la vista, el olor y la textura de la tierra, y descubrió que casi podía creer que Landover era lo que Questor Thews había dicho: otro mundo.

Meditó sobre eso mientras procuraba mantener el paso de su guía. Esta concesión, que se veía obligado a hacer, no era pequeña para él. Cada porción de lógica y cada vestigio de sentido común que albergaban en su mente de abogado le advertían de que Landover era una especie de truco, que los mundos fantásticos sólo existían en los sueños de los escritores y que lo que estaba viendo era una representación de la vieja Inglaterra situada en Blue Ridge, incluido los castillos y los caballeros con armaduras. La lógica y el sentido común decían que la existencia de un mundo semejante, de un mundo que estaba fuera del suyo pero de alguna forma ligado a él, de un mundo que nadie había visto nunca, era tan improbable como para hallarse a un paso de lo imposible: la *Dimensión Desconocida*. Y estaba a un paso porque siempre podría argumentarse que cualquier cosa es *teóricamente* posible, después de todo.

Sin embargo, allí estaba él. ¿Y qué explicación tenía salvo la de Questor Thews? Su aspecto, olor y textura eran reales. Mostraba una apariencia de realidad, pero completamente distinta a la de su mundo. Era algo que incluso excedía a lo descrito en las leyendas del rey Arturo. Aquella tierra era una fantasía, una mezcla de colores y formas y seres que lo sorprendían y lo asombraban a cada paso y también le daban miedo.

Pero su escepticismo inicial comenzaba a ceder. ¿Y si Landover estaba de verdad en otro mundo? ¿Y si era exactamente lo que Meeks le había prometido?

El pensamiento le produjo alegría y eso le aturdió.

Miró de soslayo a Questor. La alta y encorvada figura marchaba decididamente junto a él, arrastrando sus ropas grises por la hierba, ataviado con chales, bandas y faltriqueras de seda de alegres colores, con el cabello y la barba blancos enmarcando su cara de búho. Questor parecía sentirse realmente en casa.

Dejó que su mirada vagara por el valle y, de forma voluntaria abrió las puertas de las profundidades de su mente hasta entonces selladas. Quizás la lógica y el sentido común debían dejar sitio al instinto durante cierto tiempo.

No obstante, unas cuantas preguntas discretas no serían perjudiciales.

—¿No es un poco extraño que hablemos el mismo idioma? —preguntó de repente a su guía—. ¿Dónde lo aprendió?

—¿Hummmm?

El mago lo miró distraídamente, preocupado por otra cosa.

—Si Landover está en otro mundo, ¿cómo es posible que hable tan bien mi lengua?

Questor sacudió la cabeza.

—Yo no hablo vuestra lengua. Hablo la lengua de mi país. Al menos, la de los humanos que en él habitan.

Ben frunció el entrecejo.

—¡Pero ahora está hablando mi lengua! Si no, ¿cómo íbamos a entendernos?

—Ah, ahora comprendo lo que queréis decir. —Questor sonrió—. Yo no hablo vuestra lengua, gran señor, vos habláis la mía.

—¿La suya?

—Sí, las propiedades mágicas del medallón que os han permitido entrar en Landover también os han dado la capacidad de comunicaros sin problemas con sus habitantes, tanto de forma hablada como escrita. —Buscó un momento dentro en una de sus faltriqueras y sacó un mapa desvaído—. Aquí está, leed algo de esto.

Ben cogió el mapa y lo examinó en detalle. Los nombres de las ciudades, ríos, montañas y lagos estaban en su idioma.

—Están escritos en mi idioma —insistió, devolviéndole el mapa.

Questor negó con la cabeza.

—No, gran señor, están escritos en landoveriano, la lengua del país. Se debe a la magia del medallón que vos la entendáis tan bien como la vuestra propia. Yo os estoy hablando en landoveriano ahora.

Ben lo consideró durante un momento, tratando de encontrar más preguntas que formular sobre el lenguaje y la comunicación. Al final decidió que ya se había tratado de lo importante y cambió de tema.

—Nunca había visto árboles como esos —le comentó a su guía, señalando a las extrañas encinas azuladas—. ¿Qué son?

—Son lindoazules. —Questor se detuvo—. Sólo se encuentran en Landover, que yo sepa. Las hadas los crearon con su magia hace miles de años y nos los regalaron. Mantienen alejadas las nieblas y alimentan la vida de nuestro suelo.

Ben frunció el entrecejo con expresión de duda.

—Yo creo que eso lo hace la lluvia y el sol.

—¿La lluvia y el sol? No, la lluvia y el sol sólo colaboran en el proceso. La magia es la fuente de vida en Landover, y los lindoazules tienen una magia muy poderosa.

—¿La magia de las hadas? ¿Como la que permite que nos entendamos?

—La misma, gran señor. Las hadas otorgaron magia al país cuando lo crearon.

Ellas viven ahora en las nieblas que nos rodean.

—¿En qué nieblas?

—Allí. —Questor señaló con un movimiento circular a las montañas que bordeaban el valle, sus picos y sus bosques cubiertos de gris, y luego volvió la vista hacia Ben—. Las hadas viven allí. ¿Visteis rostros entre la niebla al atravesar el bosque desde vuestro mundo al nuestro? —Ben asintió—. Eran los de las hadas. Sólo ese camino que recorrísteis pertenece a los dos mundos. Por eso yo estaba preocupado de que os hubierais alejado tanto de él.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y qué podía ocurrir?

La figura encorvada tiró de sus ropas grises para desprenderlas de un arbusto donde se habían enganchado.

—Mucho. Podíais haberos adentrado excesivamente en el mundo de las hadas y perdido para siempre. —Hizo una pausa—. ¿Tenéis hambre, gran señor?

—¿Qué? —La pregunta sorprendió a Ben.

Estaba aún pensando sobre su incursión en el mundo de las hadas y la posibilidad de haberse perdido para siempre. Hasta aquel momento, el mundo a que había llegado le parecía del todo seguro.

—Comida y bebida. Me parece que debéis de haber carecido de ellas desde hace tiempo.

Ben vaciló.

—La verdad es que no. Comí esta mañana.

—Bueno. Venid por aquí.

Questor avanzó hasta un pequeño grupo de lindoazules, situado junto a un bosquecillo de robles. Esperó a que Ben se acercara, se empinó y arrancó una rama de uno de los árboles. Ésta se rompió con facilidad y sin ruido. El mago se arrodilló, sostuvo la base de la rama con una mano, y la deshojó con la otra. Las hojas cayeron en su regazo, sobre su túnica.

—Probad una —le ofreció, extendiéndosela—. Mordedla.

Ben cogió la hoja, la examinó y con desconfianza, mordió un trozo y lo masticó. Su rostro se iluminó por la sorpresa.

—Sabe como... como melón.

El otro asintió, sonriendo.

—Ahora el tallo. Cogedlo así. —Colocó el extremo partido hacia arriba—. Ahora succionad por ahí, por la parte rota.

Ben obedeció.

—¡Caramba! —susurró—. Sabe a leche.

—Es la base de la alimentación de los humanos del valle —explicó Questor, masticando también una hoja—. Se puede subsistir sólo con lindoazules y agua, si no

se tiene nada más... y hay quien no lo tiene. No siempre fue así, pero los tiempos han cambiado...

Dejó de hablar, como distraído por algo. Luego miró a Ben.

—Los lindoazules crecen por todo el valle. Su capacidad reproductora es sorprendente, incluso ahora. Mirad allí, mirad lo que ha ocurrido.

Señaló al árbol de donde había arrancado la rama. La rotura se estaba cerrando.

—Por la mañana, habrá brotado de nuevo. Dentro de una semana estará exactamente igual a como la encontramos, o así debería ser.

Ben asintió sin hacer comentarios. Pensaba en las insinuaciones cuidadosamente introducidas en la conversación de Questor. «Los tiempos han cambiado... Su capacidad reproductora es sorprendente; incluso ahora... Dentro de una semana estará exactamente igual a como la encontramos, o así debería ser.» Observó los lindoazules que había detrás del escogido por el mago. Parecían menos vigorosos, había signos de marchitez en sus hojas y demasiada inclinación en sus ramas. Algo los estaba perturbando.

Questor interrumpió sus pensamientos.

—Bien, ahora que hemos probado los lindoazules, quizás nos convendría algo más sustancioso. —Se frotó las manos con fuerza—. ¿Os apetecerían unos huevos con jamón, un poco de pan tierno y un vaso de cerveza?

Ben se volvió.

—¿Esconde la cesta de la merienda en una de esas faltriqueras?

—¿Cómo? Oh, no, gran señor. Me limitaré a hacer un conjuro.

—¿Un conjuro dice? —Ben estaba asombrado—. ¿Quiere decir utilizar la magia?

—¡Exactamente! Después de todo, soy un mago. Veamos.

El rostro de búho se tensó y sus pobladas cejas se unieron. Ben dio un paso adelante. No había comido nada desde el desayuno, pero tenía más curiosidad que hambre. ¿Podría utilizar la magia aquel tipo de aspecto estrafalario?

—Un poco de concentración, los dedos extendidos así, un movimiento rápido y... ¡ajá!

Se produjo un destello de luz, y una nube de humo ascendente. En el suelo que tenían delante apareció media docena de cojines dispersos, adornados con borlas y bordados. Ben los miró, sorprendido.

—Bueno, supongo que necesitaremos algo para sentarnos mientras comemos...

—El mago dejó de lado el asunto como si no tuviera importancia—. Debo de haber extendido demasiado los dedos... Ahora lo intentaré otra vez, un poco de concentración, los dedos, un movimiento rápido...

Volvió a producirse el destello de luz y el humo, y sobre el suelo apareció una cesta de huevos y un cerdo entero limpio, lustroso... y crudo, con una manzana en la boca.

Questor miró apresuradamente.

—La magia falla a veces. Pero sólo hay que esforzarse un poco más. —Extendió sus huesudos brazos hacia delante—. Ahora, observad con atención. Concentración, dedos, un movimiento rápido y...

Esta vez el destello fue más luminoso y la humareda mayor. Una enorme mesa de caballetes con comida suficiente para todo un ejército se materializó ante ellos, surgiendo de la nada. Ben saltó hacia atrás, impulsado por la sorpresa. Era evidente que Questor Thews podía hacer uso de la magia como afirmaba; pero, al parecer, su control sobre ella era bastante limitado.

—¡Vaya! Esto no es lo que yo... Lo que ha pasado es, es que... —Questor estaba muy nervioso, con la mirada fija en la mesa de la comida—. Se debe a que estoy un poco cansado, supongo. Intentaré una vez más...

—No importa —lo interrumpió Ben rápidamente. Ya había visto demasiada magia en una sola sesión. El mago lo miró de reojo, disgustado—. Quiero decir que en realidad no estoy hambriento. Quizás deberíamos seguir.

Questor vaciló, luego asintió con la cabeza.

—Si ése es vuestro deseo, gran señor, lo acepto. —Hizo un movimiento rápido con una mano, y los cojines, el cerdo y la mesa con toda la comida se disolvieron en el aire—. Como veis puedo dominar la magia a mi antojo —afirmó con terquedad.

—Sí, ya lo he visto.

—Debéis comprender que la magia que poseo es muy poderosa, gran señor. —Questor estaba decidido a que eso quedara claro—. Necesitaréis de mi magia si ocupáis el trono. Siempre ha habido magos para apoyar a los reyes de Landover.

—Lo comprendo.

Questor lo miró con fijeza y Ben correspondió a su mirada. Lo que en verdad comprendía era que se hallaba solo en una tierra de la que ignoraba casi todo, donde no conocía a nadie excepto a aquel mago incompetente y que no deseaba enemistarse con su único compañero.

—Muy bien, entonces. —La actitud arrogante de Questor desapareció. Ahora se mostraba casi tímido—. Supongo que debemos continuar hacia el castillo, gran señor.

Ben asintió.

—Supongo que sí.

Sin decir nada más, reemprendieron el camino.

La tarde declinaba y, mientras esto sucedía, las nieblas iban aumentando en densidad. Ya casi no quedaba luz diurna. Las sombras se concentraban, formando manchas oscuras, y el color de los campos, prados, bosques y lagos y ríos perdió toda su viveza. Había una lóbrega tensión en el aire, como si se aproximara una tormenta. Pero era evidente que esto no ocurría. El sol aún estaba presente y ningún soplo de

viento agitaba las hojas de los árboles. Otra luna colgaba suspendida sobre el horizonte, recién salida de entre las nieblas.

Ben aún se estaba preguntando en que lugar se había metido.

En él se iba incrementando la sensación de que Landover no era la farsa que Miles Bennett había previsto. Las criaturas no habían sido cedidas por el zoológico de San Diego, ni sus habitantes proporcionados por la Agencia Central de Actores. La magia que Questor había mostrado no era de la clase que se exhibe en un escenario de variedades, sino la clase de magia de que tratan las revistas de fantasía que se venden en quioscos. ¡Seguro que Miles se hubiera quedado atónito con el truco de la mesa! ¿Cómo era posible que alguien conjurara algo así y apareciese al momento, si no estaba de verdad en un mundo fantástico donde la magia era real?

Ése era el otro lado de la moneda con la que jugaba, desgraciadamente. En realidad, Landover no formaba parte de Virginia, ni de los Estados Unidos, ni de América, ni de cualquier otro lugar de la Tierra. Landover era otro mundo diferente por completo, y de algún modo había atravesado un túnel del tiempo para llegar allí.

¡Demonios, era excitante y terrible a la vez!

Por supuesto, eso era lo que había ido a buscar. Hizo la compra para trasladarse a un mundo de fantasía, para ocupar el trono de un reino de fantasía. Pero nunca había imaginado que existiese de verdad. Nunca había creído que fuera tal y como anunciaba el catálogo y el viejo Meeks describió.

De repente recordó a Annie y deseó que estuviese allí. Ella le habría ayudado a aceptar lo que le estaba ocurriendo. Pero Annie se había ido, y precisamente por eso se hallaba en aquel lugar. Landover era su escape del dolor que le causaba su pérdida.

Sacudió la cabeza, reprochándose esos pensamientos. Debía recordar que había ido a ese mundo para renovar su vida, para dejar atrás el pasado, para encontrar una existencia diferente de la que conocía. Había pretendido cortar todos sus vínculos, había deseado empezar de nuevo. En consecuencia, era absurdo lamentarse por haber obtenido lo que quería.

Además, el desafío que representaba lo atraía más que cualquier cosa que hubiese conocido.

Meditó sobre estos asuntos en silencio, dejando que Questor le marcara el camino. El mago no le había proporcionado más información desde el almuerzo frustrado, y pensó que era preferible no hacerle preguntas por el momento. Se concentró en la observación de la tierra que los rodeaba. Primero, en la que podía ver desde la colina alta durante su descenso; después, en la más cercana, cuando ya se hallaba en el valle. Dedujo que avanzaban en dirección este, si el paso del sol por el cielo era una brújula precisa. Las montañas rodeaban el valle y la niebla lo cubría todo. En el extremo sur del valle había una zona de ríos y lagos. En el este sólo desierto y maleza, colinas en el norte y densos bosques al oeste. El centro del valle

era una gran planicie verde de campos y prados. Había castillos en las llanuras centrales; pudo divisar sus torres a través de la niebla. Una hondonada muy oscura y tenebrosa se hallaba en el noroeste, un cuenco profundo que parecía acumular niebla y sombras, haciendo que bulleran como sopa hirviente. Todo esto lo vio durante el descenso desde el prado donde Questor lo había encontrado. Cuando llegaron a pisar el valle vio a las primeras personas. No constituían un grupo impresionante; eran granjeros con sus familias, leñadores y cazadores, unos cuantos vendedores ambulantes con sus mercancías y un jinete portando una bandera heráldica. Excepto este último, todos parecían estar en situación poco próspera. Sus ropas eran viejas, sus herramientas y carretas deterioradas y sus cargas escasas. Los hogares de los granjeros habían visto mejores días y mostraban carencia de cuidados. Todos daban la impresión de cansancio.

Ben vio todo esto desde una cierta distancia, incluida la gente; por tanto, no podía estar seguro por completo de que su apreciación era exacta. Sin embargo, no le pasó por la mente la posibilidad de error.

Questor Thews no hizo ningún comentario.

Poco después dio un brusco giro hacia el norte. Una extensión de colinas boscosas apareció ante ellos, envuelta en volutas de niebla que oscilaban entre los árboles como el humo al salir de las chimeneas de una fábrica. La atravesaron en silencio, avanzando con cuidado donde las ramas y las hojas sombreaban el sendero hasta casi ocultarlo. Estaban muy al norte de la región de lagos y ríos que Ben había visto antes, pero un inesperado grupo de lagos y lagunas apareció entre los árboles, superficies de aguas oscuras que reflejaban la declinante luz del sol. También la niebla colgaba sobre ellos. Ben miró a su alrededor, intranquilo. Había en aquellos bosques una especie de ambiente semejante al del mundo de las hadas.

Treparon por una cadena de crestas altas que se elevaba sobre los árboles del bosque, y Questor indicó a Ben que se detuviese.

—Mirad, gran señor —dijo, señalando.

Miró. A varios kilómetros de allí, rodeado de árboles, nieblas y sombras, había un claro iluminado por el sol. Unos colores se destacaban, nítidos como los del arco iris, que parecían pertenecer a unas banderas ondeando por impulso de una brisa que no llegaba al lugar donde se encontraba Ben.

El brazo de Questor se movió en abanico.

—Ése es el Corazón, gran señor. Allí seréis coronado rey de Landover varios días después de que se haya proclamado vuestra llegada. Todos los reyes de Landover han sido coronados allí. Todos los reyes desde que existe Landover.

Se quedaron un momento más, mirando hacia abajo, a la mancha brillante rodeada de brumas, nieblas y sombras. No hablaron.

Después, Questor se volvió.

—Vamos, gran señor. Vuestro castillo está ahí.
Ben lo siguió sumisamente.

PLATA FINA

Los árboles se estrecharon, la niebla se elevó. Questor Thews y Ben Holiday se hallaban de nuevo en el bosque. Las sombras volvieron a oscurecer el sendero, y los colores del Corazón desaparecieron. Ben avanzaba resuelto, manteniendo el paso del extravagante mago, lo cual no era fácil, porque Questor andaba con gran rapidez a pesar de que arrastraba los pies. Ben se cambió la bolsa de lado, al sentir que los músculos se le agarrotaban. Se frotó los hombros con la mano libre y se subió las mangas del chandal. El sudor empapaba la espalda del jersey.

Pensó, irritado, que lo lógico hubiera sido que enviaran una escolta y una carroza para su nuevo rey, en vez de obligarle a hacer esa caminata. Por otra parte, quizás en Landover no había carrozas. Quizás volaban sobre caballos alados. Quizás Questor Thews debía haber convocado con su magia a un par de ellos.

Se mordió el labio inferior pensativamente, recordando los intentos de Questor para proporcionarle comida. Tal vez era mejor la caminata.

Subieron hacia una nueva línea de cerros donde los abetos crecían tan juntos que sus agujas caídas formaban una alfombra que cubría por completo la tierra. Las ramas golpeaban y arañaban sus caras, y tenían que inclinar la cabeza para evitarlas. Luego los árboles se distanciaron, el terreno comenzó a descender hacia un prado y el castillo apareció ante ellos.

Ben Holiday concentró en él su mirada. Era el mismo que había visto antes, pero ahora podía verlo con más claridad. Se hallaba a medio kilómetro de distancia, en mitad de un lago, sobre una isla con las dimensiones precisas para soportarlo. El lago era de color gris acero, la isla carecía de vegetación exceptuando unos cuantos matorrales. El castillo era una amalgama de rampas, pasadizos, parapetos y torres de piedra, madera y metal que se clavaban en el cielo como dedos de una mano rota. Un sudario de niebla colgaba sobre la isla y las aguas del lago. No existía el color, ni banderas, ni estandartes, ni pendones, nada. La piedra y la madera tenían un aspecto mugriento y el metal parecía oxidado. Aunque los muros daban impresión de fortaleza y los baluartes no se desmoronaban, el castillo tenía el aspecto de un cascarón sin vida.

Parecía la morada de Drácula.

—¿Éste es el castillo de los reyes de Landover? —preguntó Ben con incredulidad.

—¿Hummmmm? —Questor estaba preocupado de nuevo—. Oh, sí, es éste. Éste es Plata Fina.

Ben dejó caer la bolsa de golpe.

—¿Plata Fina?

—Así se llama.

—Plata Fina. ¿Será por su limpieza y brillo?

Las cejas de Questor se alzaron.

—Así fue en otra época, gran señor.

—¿Así fue? Apostaría que de eso hace mucho, mucho tiempo. —La decepción oprimió su estómago—. Parece más la Torre Tenebrosa que el castillo de Plata Fina.

—Es consecuencia del Deslustre. —El mago cruzó los brazos con la mirada ausente—. Era así hace veinte años, gran señor; que no es mucho tiempo, en realidad. El Deslustre lo ha provocado. Antes estaba limpio y brillante como su nombre indica. La piedra era blanca, la madera clara y el metal resplandeciente. No había nieblas que ocultasen el sol. La isla estaba adornada con flores de todos los colores y el lago era de un azul cristalino. El lugar más hermoso del país.

Ben siguió su mirada hasta la pesadilla que les aguardaba abajo.

—¿Qué ocurrió para que cambiase tanto?

—El Deslustre. Cuando el último rey de Landover murió hace veinte años y ningún heredero ascendió al trono, comenzó el proceso. Al principio fue lento, pero luego se aceleró a medida que el tiempo pasaba sin que hubiese rey. La vida escapó de Plata Fina y el Deslustre marcó su decadencia. A pesar de lo mucho que se limpió, frotó y pulió la piedra, la madera y el metal no se consiguió nada. —Miró a lo lejos—. Se muere, gran señor. Sigue a su dueño a la tumba.

Ben parpadeó.

—Habla como si estuviese vivo.

El rostro de búho hizo un gesto de asentimiento.

—Lo está, gran señor, tan vivo como vos y como yo.

—Pero se está muriendo.

—Lenta y dolorosamente.

—¿Y ahí es donde quiere que viva yo, en un castillo agonizante?

Questor sonrió.

—Debéis hacerlo. Sois el único que puede curarlo. —Tomó a Ben del brazo y le hizo avanzar—. Venid conmigo, gran señor. Encontraréis su interior muy agradable, donde su corazón está aún caliente y su vida vigorosa. Las cosas no son tan malas como parecen. Vamos. Lo encontraréis muy acogedor. Vamos.

Bajaron, dirigiéndose hacia donde las aguas del lago lamían suavemente una orilla cubierta de hierbas amarillentas. La maleza crecía en apretadas matas, en los lugares que el agua había erosionado, formando charcos. Las ranas croaban, los insectos zumbaban, y el lago desprendía cierto olor a pescado.

Sobre la orilla había una barca grande con la proa curvada y una cabeza de caballero como mascarón, bordas bajas y popa sin timón. Questor le indicó que lo siguiese y subieron a bordo. Ben se dirigió a un asiento delantero mientras Questor se sentaba en la popa. Cuando acabaron de acomodarse, el bote empezó a moverse. Se arrastró por la orilla para penetrar en el lago y se deslizó por sus aguas. Ben miró a su

alrededor con curiosidad. No logró descubrir ninguna fuente de propulsión en el bote.

—El toque de vuestras manos lo guía —dijo Questor.

Ben bajó la vista hacia sus manos, agarradas a la borda.

—¿Mis manos?

—El bote, igual que el castillo, está vivo. Se le llama deslizador del lago. Responde al toque de aquellos a quien sirve. Vos sois ahora el más importante. Os llevará adonde queráis.

—¿Adónde debo desear que me lleve?

Questor rió con simpatía.

—A la entrada principal, gran señor.

Ben se asió a los bordes y transmitió su pensamiento sin palabras. El deslizador del lago aceleró un poco sobre las aguas oscuras, dejando una estela blanca a su paso.

—Espacio, gran señor, espacio —le aconsejó Questor—. Comunicáis vuestros pensamientos con demasiada urgencia.

Ben aminoró la presión de sus manos y de sus pensamientos, y el deslizador disminuyó su velocidad. Era excitante poder hacer uso de esa pequeña magia. Dejó que sus dedos recorrieran lentamente la superficie lisa de madera de los costados de la embarcación. Eran cálidos y latían, como si fueran parte de un ser vivo.

—Questor. —Se volvió hacia el mago. La sensación de que el deslizador del lago estaba vivo lo inquietaba, pero mantuvo las manos en su sitio—. ¿Qué dijo antes sobre mis posibilidades de curar el castillo?

Los dedos de una mano se levantaron para rozar el rostro de búho.

—Plata Fina, tanto como Landover, necesita un rey. El castillo agoniza por su falta. Vuestra presencia en él renovará su vida. Cuando os instaléis allí, renacerá.

Ben miró al frente, a la aparición espectral con sus torres oscuras y sus almenas, sus muros de piedra descolorida y sus ventanas muertas.

—¿Y si no quiero instalarme ahí?

—Oh, yo creo que querréis —contestó el mago enigmáticamente.

Piensa lo que quieras, se dijo Ben.

Fijó los ojos en el castillo en la niebla y las sombras que lo rodeaban. Imaginó que en cualquier momento aparecería un ser con colmillos en las ventanas de la torre más alta y murciélagos volando en círculos.

Sin embargo, no vio nada.

El deslizador llegó hasta la orilla de la isla. Ben y Questor desembarcaron. Se encontraron ante un pórtico con una reja descendente, una clara invitación a ser deglutidos. Ben se pasó la bolsa de una mano a la otra, dudando. El castillo parecía peor de cerca que desde la cima del cerro.

—Questor, no estoy seguro de...

—Vamos, gran señor —le interrumpió el mago, volviendo a cogerlo del brazo,

empujándolo una vez más hacia delante—. No podéis ver nada importante desde aquí. Además, los otros estarán esperando.

Ben avanzó, inseguro, con la vista alzada hacia los parapetos y las torres. La piedra estaba húmeda y los rincones y huecos llenos de telas de araña.

—¿Otros? ¿Qué otros?

—Los otros que están al servicio del trono; vuestros colaboradores, gran señor. No todos han abandonado el servicio del rey.

—¿No todos?

Pero Questor no le oyó, o decidió aparentar que no le oía, y avanzó apresuradamente por el vestíbulo, obligando a Ben a avivar el paso para no quedarse rezagado. Atravesaron un estrecho patio tan oscuro y mugriento como el resto del castillo, un segundo vestíbulo de menores dimensiones que el primero y un corredor corto que los llevó a un salón. Una luz neblinosa penetraba por las altas ventanas arqueadas, mezclándose con la penumbra y las sombras. Ben miró a su alrededor. La madera de las vigas y las columnas estaba limpia y pulida, como la piedra, y las paredes y suelos cubiertos por tapices y alfombras que conservaban parte de su color original. Incluso había algunos muebles de aspecto sólido. Sin el matiz grisáceo que parecía infiltrarse en todo, la habitación habría resultado casi acogedora.

—¿Véis?, las cosas están mucho mejor dentro —comentó Questor.

Ben asintió sin entusiasmo.

—Precioso.

Cruzaron una puerta que comunicaba con un espacioso comedor ocupado por una enorme mesa con sillas de respaldos altos tapizadas en seda escarlata. Del techo colgaban varias lámparas de plata ennegrecida. A pesar del tiempo veraniego, en el lado opuesto de la estancia había una gran chimenea encendida. Ben entró detrás de Questor y se detuvo.

Tres figuras se hallaban de pie, alineadas a la derecha de la mesa. Sus ojos se encontraron.

—Vuestros asistentes personales, gran señor —anunció Questor.

Ben lo miró sorprendido. El personal estaba compuesto por un perro y dos monos de largas orejas; o al menos dos criaturas que parecían monos. El perro se hallaba erguido sobre las patas posteriores y llevaba unos pantalones con tirantes, una túnica con un escudo heráldico y gafas. Su pelaje era de color dorado y tenía unos pequeños alerones por orejas que parecían agrangados por una idea tardía. El pelo de la cabeza y el morro tenían cierta semejanza con el de un puercoespín. Las criaturas que parecían monos llevaban pantalones cortos y tirantes de cuero. Una era más alta y zancuda que la otra. Esta última, más gruesa, llevaba un delantal de cocina. Ambas tenían las orejas como Dumbo y pies con dedos prensiles.

Questor hizo una señal a Ben y los dos avanzaron hasta detenerse ante el perro.

—Éste es Abernathy, el amanuense de la corte y vuestro secretario personal.

El perro hizo una ligera reverencia y lo miró por encima de las gafas.

—Bienvenido, gran señor —dijo el perro.

Ben saltó hacia atrás a causa de la sorpresa.

—¡Questor, habla!

—Tan bien como vos, gran señor —contestó el perro con dignidad.

—Abernathy es un *wheaten terrier* de pelo liso, una raza que ha dado muchos campeones a la caza —intervino Questor—. Pero no fue siempre perro. Antes era hombre. Se convirtió en perro por un accidente bastante desafortunado.

—Me convertí en perro por tu estupidez. —La voz de Abernathy estaba muy cerca del gruñido canino—. Y sigo siendo un perro por tu estupidez.

Questor se encogió de hombros.

—Bueno sí, en cierto modo fue por mi culpa, supongo. —Suspiró, mirando a Ben—. Estaba intentando disfrazarlo y la magia lo transformó en eso. Desgraciadamente, aún no he logrado descubrir el modo de que recupere su aspecto anterior. Pero se encuentra bien como perro, ¿verdad, Abernathy?

—Estaba mejor cuando era hombre.

Questor frunció el entrecejo.

—Creo que eso podría discutirse.

—Lo dices para justificar lo que hiciste, Questor Thews. De no haber conservado mi inteligencia, que por suerte supera en mucho a la tuya, me hubieran instalado en una caseta y olvidado para siempre.

—Eso es muy poco amable. —El entrecejo de Questor se arrugó aún más—. ¡Quizás hubieras preferido que te convirtiera en gato!

La respuesta de Abernathy sonó como un ladrido. El mago enrojeció del sobresalto.

—Lo he entendido, Abernathy, y quiero que sepas que no lo apruebo. Recuerda donde estás. Recuerda que estás ante el rey.

El rostro peludo de Abernathy se volvió hacia Ben con solemnidad.

—Peor para él.

El mago parecía un poco apurado.

—Bueno, en realidad, gran señor, no tenéis ejército.

—¿Ningún ejército? Pero, ¿por qué?

—Se dispersó hace más de doce años.

—¿Se dispersó? Bien, ¿y que hay de los sirvientes? Ya sabe, lacayos, jardineros... gente encargada del cuidado de las cosas ¿Quién se dedica a eso?

—Nosotros, nosotros cuatro.

Questor señaló a Abernathy y a los dos kobolds.

Ben se sorprendió.

—No hay duda de que el castillo se está muriendo. Pero, ¿por qué no consiguen más ayuda?

—No tenemos dinero para pagarla.

—¿Qué significa «no tenemos dinero»? ¿No hay una tesorería real o algo semejante?

—La tesorería está vacía. No hay nada en ella.

—Bueno, ¿no puede el trono recaudar impuestos de algún modo para obtener dinero? —La voz de Ben se iba elevando cada vez más—. ¿Cómo pagaban cualquier cosa los reyes en el pasado?

—Recaudaba impuestos. —Questor dirigió una mirada furiosa a Abernathy, que movía la cabeza divertido—. Desgraciadamente el sistema tributario dejó de funcionar hace años. Desde entonces no se ha ingresado nada en la tesorería.

Ben soltó la bolsa y se tapó la boca con las manos.

—Veamos. ¿Me he comprado un reino donde el rey no tiene ejército, ni servidumbre, ni dinero? ¿He pagado un millón de dólares por eso?

—No estáis siendo razonable, Ben Holiday.

—¿Eso depende del lugar desde donde se mire, diría yo!

—Debéis tener paciencia. Todavía no habéis visto todo lo que hay que ver en Landover. Los problemas inmediatos de los impuestos, los criados y el ejército pueden resolverse en cuanto se dedique la atención necesaria a buscar soluciones. Debéis recordar que el trono de Landover está vacante desde hace más de veinte años. Y, siendo así, no podéis esperar que todo funcione como debiera.

Questor le dirigió una mirada siniestra, luego señaló a las criaturas que estaban a su lado.

—Estos son kobolds —explicó a Ben, que aún se resistía a la idea de que su asistente personal fuese un perro parlante—. Hablan su propia lengua, que no tiene ninguna semejanza con la nuestra, aunque entienden bastante bien. Tienen nombres en su idioma, pero para vos no significarían nada. Por eso les he dado nombres, que ellos han aceptado. El más alto es Juanete, el mensajero de la corte. El más grueso es Chirivía, el cocinero de la corte. —Los señaló, uno tras otro—. Salud al gran señor, kobolds.

Los kobolds hicieron una reverencia. Cuando se enderezaron, sus bocas se abrieron para mostrar hileras de dientes afilados tras sus sonrisas aterradoras. Emitieron un siseo suave.

—Chirivía es un verdadero kobold —dijo Questor—. Es una criatura fantástica que ha preferido servir en la casa de un humano a andar vagando por ahí. Su tribu es una de las que vinieron del mundo de las hadas y se quedaron. Juanete es un individualista, una criatura de los bosques más que un sirviente. Genéricamente es un kobold, pero también conserva características de otras criaturas fantásticas. Puede

atravesar las nieblas como ellas, pero no quedarse allí. También puede cruzar Landover con la rapidez de las hadas, pero está ligado al castillo de Plata Fina del mismo modo que Chirivía, y siempre debe volver.

—Por razones que el hombre y el perro sólo pueden suponer —intervino Abernathy.

Juanete le dirigió una sonrisa lúgubre y un siseo.

Ben llevó a un lado a Questor Thews. Con cierto esfuerzo logró ocultar su irritación.

—¿Qué pasa aquí exactamente?

—¿Hummmm? —dijo Questor, mirándolo con ojos vacuos.

—Atienda. Si he comprendido bien, el rey de Landover vive en una mazmorra que es atendida por un zoo. ¿Me espera alguna sorpresa más? ¿Qué tengo como ejército, un rebaño de ovejas?

Ben rió sin alegría.

—No abuse del eufemismo. Mire, Questor, vayamos al fondo de la cuestión. ¿Qué más debo saber sobre el rey de Landover? ¿Qué otras malas noticias tiene que darme?

—Oh, creo que falta lo peor, gran señor. —El mago sonrió, como disculpándose. —Tendremos mucho tiempo para hablar de ello. Creo que ahora deberíamos comer. Ha sido un largo día, un largo viaje, y sé que estáis cansado y hambriento.

Ben le cortó en seguida.

—¡No estoy cansado ni hambriento! ¡Quiero saber qué más...!

—Todo a su tiempo, una cosa tras otra. Tenéis que pensar en vuestra salud, gran señor —dijo Questor, ignorando su protesta—. Chirivía preparará la cena. La magia del castillo aún mantiene la despensa bien surtida. Y mientras él se dedica a eso, Abernathy os enseñará vuestras habitaciones donde podréis lavaros, cambiaros de ropa y descansar un poco. Abernathy, por favor, acompaña al gran señor a su alcoba y encárgate de que tenga lo que necesite. Volveré dentro de un rato.

Se volvió y salió a grandes pasos de la sala antes de que Ben tuviese tiempo de poner objeciones. Chirivía y Juanete salieron también. Ben se quedó mirando a Abernathy.

—¿Gran señor?

El perro señaló hacia una escalera en espiral que ascendía hacia la oscuridad del castillo.

Ben asintió con un gesto. Era obvio que no iba a averiguar nada más por el momento.

Juntos, comenzaron a subir.

Resultó ser un recorrido largo y pesado. Subieron una gran cantidad de escalones

y atravesaron media docena de estancias sombrías antes de llegar a las habitaciones designadas. Ben pasó la mayor parte del tiempo absorto en sus meditaciones, ponderando la desagradable noticia de que era el rey sin ninguna de las ventajas del cargo, de que era el señor del Castillo de Drácula y poco más. Debería haber prestado más atención al recorrido, se reprochó cuando llegaron al final, aunque sólo fuera para desandararlo sin necesidad de ayuda. Tenía un vago recuerdo de suelos empedrados y techos con vigas de madera, de puertas de roble y goznes de hierro, de tapices y escudos de armas, de tonos suaves y la decoloración del Deslustre; pero no de mucho más.

—Vuestra sala de baño, gran señor —anunció Abernathy, deteniéndose ante una pesada puerta de madera con trabajos de marquetería.

Ben se asomó al interior. Había una bañera de hierro con patas en forma de garras y adornos en los laterales, llena de agua humeante. También había una bandeja con jabones, un montón de toallas de lino sobre un taburete, junto con una muda de ropa y un par de botas.

El baño era tentador.

—¿Cómo consiguen mantener el agua caliente tanto tiempo? —preguntó contemplando el vapor.

—Es el castillo, gran señor. Todavía conserva parte de su magia. Comida en la despensa, agua caliente para los baños; eso es casi todo lo que puede hacer con las fuerzas que le quedan.

Abernathy se calló y se dispuso a salir.

—¡Espera! —lo llamó Ben de repente. El perro se detuvo—. Yo, eh... sólo quería decir que siento haberme mostrado tan sorprendido de que pudieses hablar. No quería ser descortés.

—Estoy acostumbrado, gran señor —contestó Abernathy, y Ben no supo si se refería a la descortesía o la sorpresa. El perro lo miró por encima de sus gafas—. En cualquier caso, aunque se me conoce en todo Landover como una curiosidad de primer orden, dudo que sea la mayor sorpresa que recibáis.

Ben frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tendréis un montón de cosas que aprender, y las lecciones serán bastante sorprendentes.

Hizo una reverencia, atravesó la puerta y la cerró sin ruido tras él. El gesto preocupado se acentuó en el rostro de Ben. El último comentario parecía una advertencia. Parecía que Abernathy trataba de decirle que lo peor estaba por llegar.

Apartó aquello de su mente, se quitó la ropa y se metió en la bañera. Permaneció dentro casi toda la hora que siguió pensando en lo que le había ocurrido. Curiosamente, el centro de su preocupación había variado por completo desde su

llegada a Landover. Entonces, su interés se enfocaba en averiguar si lo que veía y experimentaba era real o producido por inteligentes efectos especiales y el ingenio de la ciencia moderna. Ahora lo más importante era decidir si debía permanecer allí o no. Las revelaciones de Questor sobre el estado del reino eran de lo más desoladoras. Había pagado un millón de dólares por un trono que carecía de sirvientes, ejército, tesorería y de un programa tributario. Se encontraba más inclinado a aceptar que Landover era en efecto, un mundo fuera del suyo, un mundo en el que la magia tenía una función, que admitir que había comprado un trono sin privilegios.

Sin embargo, se daba cuenta de que no estaba siendo del todo justo. Había pagado por un trono, pero también había pagado por el país, y el país parecía tal y como se anunciaba. Además, era lógico que después de veinte años sin rey que ocupase el trono, la monarquía de Landover tuviera algunas dificultades. No era razonable esperar que un sistema tributario, un ejército organizado, un cuerpo de sirvientes y una próspera tesorería hubiesen sobrevivido a veinte años sin gobierno. Era natural que todo eso se hubiera degradado pasado cierto tiempo. Era lógico que se requiriese su colaboración para conseguir que las cosas volvieran a funcionar.

Entonces, ¿por qué estaba preocupado? Comparado con las expectativas iniciales, Landover colmaba sus esperanzas.

Pero la velada advertencia de Abernathy y sus propias dudas lo llenaban de inquietud, y no podía apartarlas de sí.

Dio por terminado el baño, salió de la bañera y se secó con las toallas. El agua se había mantenido a la misma temperatura mientras estuvo en ella. La habitación era confortable, incluso la piedra del suelo estaba caliente bajo las plantas de sus pies desnudos. Había una extraña vibración en el aire, como si el castillo respirara...

Trató de abandonar aquellos pensamientos, y comenzó a vestirse. Se puso unas medias, ropa interior holgada, unos pantalones de color verde, con cordones y un cinturón, y una ancha túnica de color crema con presillas que se enganchaban en cierres metálicos. La confección de las prendas le pareció extraña, sin los botones, cremalleras, veleros y elásticos a que estaba acostumbrado; pero eran de buena calidad y se sentía cómodo dentro de ellas.

Acababa de calzarse las botas de cuero suave y empezaba a preguntarse dónde estaría Abernathy cuando la puerta se abrió y apareció Questor.

—Bien, parecéis descansado y fresco, gran señor. —El mago sonrió. Una sonrisa un poco exagerada, según Ben—. ¿Encontrasteis el baño a vuestro gusto?

—Sí, mucho. —Ben le devolvió la sonrisa—. Questor, ¿por qué no dejamos toda esta cháchara y vamos?

—¿Esta qué?

—Cháchara. —Ben titubeó, buscando otra expresión mejor—. Pantalla de humo.

—¿Pantalla de humo?

—¡La cortesía social del reino, maldita sea! ¡Quiero saber dónde me he metido!

Questor cabeceó pensativamente.

—Ah, ya sé. ¿Qué os parecería si os mostrase exactamente eso?

Ben asintió al instante.

—Sería estupendo. En realidad, sería fantástico.

—Muy bien. —El mago le dio la espalda y se dispuso a salir de la habitación—. Por favor, venid conmigo.

Abandonaron la sala de baño y volvieron al corredor. Questor llevó a Ben hacia el centro del castillo, donde un par de enormes puertas talladas se abrían a la escalera de una torre que ascendía girando hacia las sombras. Comenzaron a subirla en silencio. Cuando llegaron al final, Questor hizo que Ben presionara con las palmas de las manos la parte superior de la imagen del caballero y el castillo del medallón tallado en una enorme puerta de roble con refuerzos metálicos que había en el muro de la torre. La puerta se abrió sin ruido y ambos la atravesaron.

Entraron en una pequeña sala circular. El muro opuesto a ellos se abría en el centro, desde el suelo hasta el techo, mostrando nubes de niebla que se arremolinaban más allá de las torres del castillo al ascender, destacándose contra el cielo crepuscular. Una barandilla de plata apoyada sobre barrotes describía una curva en la abertura a más de un metro de altura. En su punto medio había fijado un atril. Ben lo miró, y después volvió la vista hacia Questor. La sala tenía el aspecto de una tribuna de orador diseñada para que los mensajes reales llegaran a un auditorio situado en las nubes.

—Ésta es la Landvista —dijo Questor—. Acercaos a la barandilla, por favor.

Ben hizo lo indicado. La barandilla de plata y el atril estaban manchados por el Deslustre pero, debajo de sus efectos, no pudo ver miles de caracteres diminutos grabados en el metal por la mano de algún artesano con gran paciencia. Questor rebuscó en las faltriqueras que llevaba atadas a la cintura y sacó el mismo mapa descolorido que le había enseñado para explicarle por qué podía hablar y leer el landoveriano.

Lo desplegó con cuidado y lo puso sobre el atril.

—Apoyad las manos en la barandilla, gran señor —le dijo.

Ben obedeció. Questor también puso las manos sobre la barandilla. Se quedaron de pie, uno junto al otro, durante un momento, contemplando las nieblas tenebrosas. Ya era casi de noche.

Entonces, un calor repentino se extendió a través del metal, una vibración semejante a la que Ben había captado en la sala de baño.

—Mantened las manos firmes sobre la barandilla —le aconsejó Questor de repente—. Mirad el mapa que tenéis delante y seleccionad cualquier parte de él que deseéis ver. La Landvista os lo mostrará.

Ben le dirigió una mirada de duda, luego se fijó en el mapa. Todo el valle estaba representado en el pergamino, dibujado en varios colores para indicar bosques, ríos, lagos, montañas, llanuras, valles, desiertos, ciudades, territorios y fortalezas, todo marcado con sus nombres. Los colores se habían desvanecido, el pergamino estaba desgastado. Ben lo observó con atención. Después de un rato sus ojos fueron a posarse sobre el castillo de Plata Fina y luego sobre las oscuras y amenazadoras hondonadas que había visto antes desde las alturas. El nombre de las hondonadas estaba medio borrado y no podía leerse.

—Ahí —indicó, inclinando la cabeza—. Esas hondonadas del norte. Enséñeme eso.

—La Caída Profunda —dijo Questor en voz baja—. Muy bien. Agarrad con fuerza la barandilla, gran señor. Respirad profundamente. Concentraos en el mapa.

Ben apretó las manos. Sus ojos se concentraron en el mapa y las hondonadas. Las nieblas que cubrían el castillo de Plata Fina se arremolinaban en sucios jirones ante él, y la oscuridad del anochecer se deslizó sobre la tierra. El tiempo se detuvo. Miró con curiosidad a Questor.

—Concentraos en el mapa, gran señor.

Volvió a concentrarse en el mapa.

Entonces el castillo desapareció por completo, los muros de piedra, torres y almenas se disolvieron en el aire vacío, las nieblas se ausentaron y el cielo nocturno brilló limpiamente, iluminado por una multitud de estrellas. Volaba por el espacio, con la barandilla de plata y el atril como único soporte. Sus ojos se abrieron, sorprendidos, y miraron hacia abajo. El valle se alejaba con rapidez en un vacío de sombras y luz de la luna.

—¡Questor! —gritó, aterrado, tensando sus brazos en preparación para la caída.

El mago estaba junto a él y le cogió la mano.

—No tengáis miedo, gran señor —dijo. Su voz era serena y tranquilizadora, tan normal en el tono como si aún se encontrase de pie en la torre—. Esto sólo es la magia en acción. No hay ningún peligro mientras os mantengáis bien agarrado a la barandilla.

Ben se agarraba con tanta fuerza que sus nudillos habían adquirido un color blancuzco. Descubrió que se hallaba bien afianzado. Como no tenía sensación de movimiento, tampoco podía oír la embestida del viento ni el ruido del pergamino del mapa al ser agitado por el aire. Contuvo la respiración y contempló cómo la tierra se deslizaba bajo sus pies, un panorama de bosques sombríos, montañas puntiagudas y lagos centelleantes. Todas las lunas de Landover estaban visibles, un conjunto de esferas coloreadas que punteaban el cielo de naranja, rosa, verde jade, azul, verde mar, una gama de malvas desvaídos, turquesa y, la más grande de todas, de un blanco brillante. Era la exposición más extraña que Ben había visto.

Se relajó un poco, comenzando a sentirse menos incómodo con lo que estaba ocurriendo. En una ocasión había montado en globo. Este vuelo tenía muchos puntos de semejanza con aquél.

Rodearon las montañas del valle con un arco suave, cruzando sobre las nieblas del mundo de las hadas.

—Allí es donde nace la magia de Landover, gran señor —dijo Questor—. El país de las hadas es el origen de su magia, un lugar fuera del tiempo y con existencia infinita, de siempre y de todas partes. Linda con todos los mundos y a todos tiene acceso. Lo atraviesan corredores que comunican a los mundos exteriores. Los llaman túneles del tiempo, caminos que conducen de un mundo a otro. Vos tomasteis uno de ellos para entrar en Landover.

—¿Quiere decir que el país de las hadas se encuentra entre mi mundo y Landover? —preguntó Ben, dándose cuenta de pronto de que estaba gritando para hacerse oír y que no era necesario.

Questor negó con la cabeza.

—No exactamente. El país de las hadas es un lugar efímero de no-ser, gran señor. Es y al mismo tiempo no es. Está al mismo tiempo en todas partes y en ninguna. No puede ser autónomo, ni es la última fuente de las cosas. ¿Comprendéis?

Ben sonrió.

—Ni una palabra.

—Meditadlo un momento. Está más ligado a Landover que a cualquiera de los mundos con que linda. Landover es una especie de hijastro suyo.

Una curiosa comparación, pensó Ben y observó las nieblas que se alejaban. Entonces empezaron a descender, planeando suavemente hacia la Caída Profunda. Las hondonadas se encontraban justo debajo de ellos. Era una maraña de bosque selvático anidada en las altas montañas que ocupaban el noroeste del perímetro del valle, una región lúgubre y tenebrosa donde la luz no podía penetrar. Las sombras lo cubrían todo, y las nieblas del mundo de las hadas que rodeaban el valle parecían bajar y doblarse como la esquina de una manta.

—Ahí habita la bruja Belladona —explicó Questor—. Se dice que llegó del mundo de las hadas en una época tan remota que nadie la recuerda, excepto ella. Se dice que vino al mundo de los mortales en busca de un amante y que después le fue imposible regresar.

Ben miró hacia abajo. Tenía el aspecto de un pozo que condujera al infierno.

Dieron otra pasada sobre la zona. Iban de horizonte a horizonte, mientras los ojos de Ben elegían nombres escritos en el mapa, uno tras otro. Descubrió la región del Dominador del Río, otra criatura del mundo de las hadas, un duende que había adquirido forma humana y adoptado como morada los lagos y ríos que ocupaban la mitad sur del valle, gobernando a duendes y ninfas que habitaban en sus aguas. Ben

exploró las colinas y pendientes del norte, sobre la Caída Profunda, donde vivían numerosas tribus de gnomos, trolls y kobolds. Algunos de ellos eran mineros, granjeros, cazadores y comerciantes; otros ladrones y asesinos. Algunos eran laboriosos y honestos; otros vagos y malvados. Algunos eran amistosos; otros no. Questor volvió a hablar. Los Señores del Prado ocupaban por completo el valle central, con sus vastas extensiones de tierra de labranza que proporcionaban cuantiosas riquezas a unas pocas familias cuyo linaje databa de muchas generaciones, barones feudales cuyos súbditos eran siervos que cuidaban de los campos y los animales de sus amos.

—¿Esclavos? —le interrumpió Ben, asombrado.

—¡Siervos! —repitió Questor, enfatizando la palabra—. Son hombres y mujeres libres, pero reciben de la tierra y sus frutos sólo lo que les asignan los barones.

Esclavos, pensó Ben. Una rosa llámesela como se la llame...

La voz de Questor seguía oyéndose, pero Ben no se enteró del resto de lo que decía. Su atención fue captada de repente por algo nuevo. Al principio pensó que no era más que una peculiar mancha de oscuridad sobre la silueta de una de las lunas. Luego se dio cuenta de que la mancha se movía.

Iba hacia ellos.

Volaba desde el sur, y era una enorme sombra alada que aumentaba de tamaño en el horizonte. Carente de rasgos distintivos cuando Ben la divisó, comenzó a adquirir una forma definida al acercarse. Sus alas membranosas se abrían, batían y se arqueaban como una monstruosa cometa tensada hasta el punto de ruptura. Un cuerpo en forma de tonel ondeaba como el de una serpiente con el movimiento del vuelo y su piel estaba cubierta de escamas y placas. Sus grandes y engarfiados pies se plegaban contra el cuerpo, y el cuello se arqueaba sobre él, sosteniendo una cabeza tan espantosa que Ben se encogió contra su voluntad.

Era un dragón.

—¡Questor! —susurró con voz ronca, con miedo a gritar.

El mago se giró y alzó la vista hacia la gran bestia.

—¡Strabo! —susurró en respuesta, y podía detectarse cierta reverencia en su voz.

Dejaron de moverse, paralizados en medio del aire. El dragón pasó volando sobre ellos, tan cerca que pareció que iba a rozarlos. No los vio, porque no podían ser vistos, pero a Ben le dio la impresión de que había sentido su presencia. La cabeza se volvió como si los ojos sanguinolentos se fijaran en ellos, y el hocico se abrió. Un silbido agudo y aterrador desgarró la tranquilidad de la noche, desvaneciéndose después en el silencio.

Pero el dragón no se detuvo ni cambió su rumbo. Siguió volando hacia el noreste hasta convertirse de nuevo en una mancha lejana. La miraron hasta que desapareció.

—¡Dios mío! —dijo Ben al fin, casi en un susurro. Su sed de aventuras se había

saciado de repente. Fijó la vista hacia el espacio vacío que se extendía bajo ellos, el espacio en que estaban suspendidos, inmóviles—. ¡Maldita sea! ¡Basta ya, Questor! ¡Volvamos al lugar de donde vinimos!

—El mapa, gran señor —dijo el mago serenamente—. Fijad los ojos en el mapa y buscad el castillo de Plata Fina.

Ben lo hizo sin perder un momento, casi frenético por volver a poner los pies sobre la piedra sólida. Encontró el castillo y concentró sus pensamientos en él. Casi al instante se halló en el interior de la torre, de pie ante el muro abierto, mirando hacia las nieblas.

Soltó la barandilla como si le quemara y dio un paso atrás.

—Esa bestia... era el dragón que me encontré en el bosque —logró decir.

—Sí, gran señor —le confirmó el otro, apartándose también de la barandilla. El rostro de búho estaba pensativo—. Se llama Strabo. Vive en el este, donde el valle se convierte en un erial de desiertos, ciénagas y maleza. Vive allí solo. Es el último de su especie.

Ben cruzó los brazos, invadido por un súbito frío.

—Estuvo a punto de tocarnos.

—Sólo lo pareció. —La sonrisa de Questor fue irónica—. La magia hizo que lo pareciese. En realidad, no llegamos a salir de esta habitación.

—¿No salimos?

—Podéis volver a intentarlo cuando os plazca, gran señor. La magia de Landover está a vuestra disposición. Y ya habéis visto como funciona.

—Demasiado bien, gracias.

—¿Habéis aprendido lo bastante de Landover por esta noche? ¿Os gustaría cenar? Ben había recuperado su compostura.

—Me gustaría. —Inspiró profundamente—. ¿Me aguarda alguna sorpresa con la cena? Si es así, preferiría saberlo ahora, no cuando se haya producido el hecho.

El mago se dirigió a la puerta de la torre.

—No, gran señor. No habrá sorpresas en la cena. Será muy grata. Acompañadme.

Recorrieron a la inversa los corredores, salones y escaleras hasta llegar al comedor. Ben aún tenía preguntas que necesitaban respuesta, pero estaba cansado y hambriento, y las preguntas podrían esperar. Se dejó conducir hasta la cabecera de la mesa y se sentó. Su estómago comenzaba a apaciguarse, el frío abandonó su cuerpo. Después de todo había sobrevivido, sin ningún daño aparente. De modo que si esto era lo peor que tenía que soportar...

—¿Os apetece un poco de vino, gran señor? —Questor interrumpió sus pensamientos. La oscuridad del castillo se había acentuado con la marcha del día. La mano del mago se alzó, señaló a lo alto y las lámparas se encendieron, esparciendo un resplandor dorado sin humo ni llama que, en apariencia, ninguna fuente de energía

alimentaba—. Otro pequeño toque de la magia. ¿Dijo que deseaba vino?

Ben se apoyó en el respaldo de la silla.

—Sí, y deje la botella.

Questor hizo un ademán y el vino apareció a su lado. El mago estaba sentado a su derecha. Abernathy y Juanete aparecieron y se sentaron a su izquierda. Chirivía se uniría a ellos después de la cena. Una familia completa y feliz.

Ben miró al mago.

—Lo diré una vez más, Questor, no quiero sorpresas. Quiero saberlo todo. Quiero cuanto tenga relación con este medallón. Quiero saber quién es Meeks. Quiero saber quién vendió Landover y por qué. Quiero saberlo todo.

Abernathy apoyó sus patas delanteras en la mesa y lo miró por encima de las gafas.

—Yo bebería el vino antes, gran señor, si fuese vos.

La cara peluda le dirigió una sonrisa de connivencia a Juanete, que estaba sentado junto a él. El kobold le correspondió, emitió un siseo y mostró todos los dientes.

Ben bebió vino.

Consumió gran parte de la botella antes de que Chirivía apareciese con la cena. El kobold sirvió un estofado de carne y verduras, pan recién cocido, quesos y pasteles. Por mal que fuesen las cosas al menos no se moriría de hambre.

Comió un plato de estofado con trozos de pan y queso, bebió varios vasos de vino y pensó en Annie, en Miles y en lo que había dejado atrás. Questor discutía con Abernathy sobre cualquier cosa desde la composición de una comida equilibrada hasta el papel de la magia en el cuidado de la salud. Los kobolds sonreían y se comían todo lo que estaba a su alcance. Cuando llegó el momento de repetir, Questor encontró que el estofado estaba demasiado frío y ordenó que lo recalentaran. Chirivía siseó y mostró los dientes. Entonces, Abernathy sugirió que sería mejor tomarlo como estaba. Questor se mostró en desacuerdo. La discusión terminó cuando el mago usó la magia para recalentarlo en la fuente que lo contenía y ésta explotó en llamas propagando el fuego por la mesa y la mantelería de hilo que la cubría. Todos se levantaron de un salto, gritando, siseando y ladrando al mismo tiempo. Questor volvió a usar la magia, y llovió dentro del comedor durante veinte minutos.

Eso fue suficiente para Ben. Con el vaso de vino en la mano y precedido por Abernathy, se retiró a las habitaciones reales, chamuscado, empapado y aturdido. Al acostarse, espero que el día siguiente fuese mejor.

CORONACIÓN

El día siguiente podría haber sido mejor, pero a Ben Holiday no se le dio la oportunidad de averiguarlo.

Aquella noche tuvo sueños de verdad y de fantasía. Soñó con Annie, a quien reencontraba viva, y su alegría por estar con ella y amarla estaba nublada por una sensación persistente de que no se quedaría, de que iba a perderla de nuevo. Soñó con Miles, fanfarrón y cínico, recordándole reiteradamente que ya se lo había advertido mientras paseaban por un Chicago lleno de lindoazules. Soñó con abogados y salas de tribunal donde algunos kobolds siseaban desde los bancos del jurado y los jueces parecían perros peludos. Soñó con edificios altos y calles asfaltadas. Y con un dragón, negro como la noche, que volaba sobre todo aquello. Soñó con demonios y caballeros, con caras que salían de la niebla y castillos que brillaban como el sol.

Soñó, y el mundo se apartó de él.

Al despertar, estaba entrada la mañana. Se encontró en su alcoba, una enorme cámara con tapices y colgaduras de seda, muebles de roble pulido y esculturas heráldicas de piedra. Yacía en su cama, una especie de sarcófago de roble y hierro con dosel que daba la impresión de que también podría ser utilizado con éxito como barcaza. Supo en la etapa del día en que se encontraba por la inclinación de los rayos de luz que penetraban por las altas ventanas arqueadas, pero eran grises y brumosos, como si atravesaran una barrera de niebla. Había quietud en su habitación y en las habitaciones de afuera. El castillo era igual que una concha de piedra.

Sin embargo, estaba caldeado. Plata Fina tenía aspecto de mazmorra y carecía del atractivo visual que tenían incluso los más austeros y vanguardistas edificios de cromo y acero que realzaban en Chicago, pero era acogedor. Estaba templado, desde los suelos que pisaba a los muros que tocaba. La calidez estaba en la atmósfera, a pesar de la niebla y la penumbra, y fluía a través de él como una savia. Era lo que Questor Thews había dicho. Un ser vivo.

Caminando por su interior se sentía bien. Se sentía seguro y cómodo, como se suponía que debía sentirse uno al despertar en su casa.

Se estiró y miró hacia la mesita de noche sobre la que había dejado su bolsa y encontró a Questor Thews sentado en un sillón de alto respaldo, observándolo.

—Buen futuro, Ben Holiday —le saludó.

—Buenos días —contestó él.

Las sensaciones agradables se evaporaron cuando recordó las sombrías revelaciones del mago en la noche anterior. Era un rey sin sirvientes, sin ejército y sin dinero.

—¿Habéis descansado bien? —preguntó Questor.

—Muy bien, gracias.

—Estupendo. Hoy tendréis un día muy ocupado.

—¿Por qué?

—Hoy es vuestra coronación. Hoy seréis coronado rey de Landover. —Questor estaba radiante.

Ben parpadeó sorprendido.

—¿Hoy? —Volvió a parpadear. Sentía una opresión en la boca del estómago—. Espere un minuto, Questor. ¿Qué quiere decir que hoy es la coronación? ¿No me dijo ayer que la coronación no tendría lugar hasta dentro de unos días porque se necesitaría tiempo para informar a todos los que debían ser informados?

—Bueno, eh... sí, dije eso, lo admito. —El mago se cubrió el rostro como un niño atrapado en una falta—. El problema es que no fue ayer cuando dije eso.

—¿Que no fue ayer...?

—Porque hoy no es el día siguiente.

Ben enrojeció y se sentó en la cama con rapidez.

—¿Qué demonios está diciendo?

Questor Thews sonrió.

—Gran señor, habéis estado durmiendo durante una semana.

Ben se quedó mirándole fijamente, en silencio. El mago apartó la vista. Había tanta quietud en la habitación que oía el sonido de su propia respiración.

—¿Cómo puedo haber estado dormido toda una semana? —preguntó al fin.

—¿Recordáis el vino que bebisteis? —Questor un poco turbado—. ¿El vino que os ofrecí? —Ben asintió—. Bueno le añadí unas gotas de tónico somnífero para aseguraros un buen descanso esa noche. —Hizo un ademán con las manos—. Fue la magia que usé. Sólo por una inflexión de voz y un giro. —Se lo demostró—. El problema es que me excedí. Las gotas se convirtieron en un chorro. De modo que os pasasteis una semana durmiendo.

—Sólo un pequeño error de la magia, ¿verdad?

Ben estaba rojo de ira.

Questor se movió con inquietud.

—Me temo que sí.

—¡Pues a mí me parece que no! ¿Cree que soy imbécil? Lo hizo intencionadamente, ¿no? ¡Me obligó a dormir para retenerme aquí! —Ben estaba temblando, fuera de sí—. ¿Cree que he olvidado los diez días de prueba que me otorga el contrato? Se me daba un plazo de diez días para volver a mi mundo y recuperar mi dinero, menos un porcentaje por los trámites. ¡No me diga que no lo sabía! ¡Ahora han transcurrido ocho de esos diez días! Muy conveniente, ¿verdad?

—Un momento, por favor. —Questor estaba tenso—. ¡Si mi verdadera intención hubiese sido reteneros en Landover, gran señor, no os habría hablado de la poción somnífera ni de los días que perdisteis durmiendo! Os habría hecho creer que éste era

vuestro segundo día de estancia aquí y el plazo hubiese concluido antes de que os diérais cuenta.

Ben mantuvo los ojos puestos en él un momento y volvió a echarse.

—Supongo que tiene razón. Supongo que le debo una disculpa, pero francamente estoy demasiado alterado para disculparme. ¡He perdido una semana por su culpa! Y mientras yo dormía, ha seguido adelante con los planes para mi coronación, enviando invitaciones a todas partes. ¡Menos mal que me he despertado, porque, en caso contrario, me habrían coronado en la cama!

—Supe que os despertaríais a tiempo cuando descubrí el origen del problema — se apresuró a asegurar Questor.

—Quieres decir que tenías la esperanza de que sucediera —le interrumpió Abernathy, que apareció en aquel momento en el umbral de la puerta del dormitorio con una bandeja—. El desayuno, gran señor.

Entró y depositó la bandeja sobre la mesita de noche.

—Gracias —murmuró Ben, con sus ojos aún fijos en Questor.

—Lo sabía —dijo el mago con tozudez.

—Bonito día para una coronación —comentó Abernathy, mirando a Ben por encima de sus gafas—. Tengo vuestro traje de ceremonias preparado. Ha sido adaptado a vuestras medidas. Mientras dormíais tuve tiempo sobrado de tomároslas.

—Me lo imagino. —Ben mordió con rabia un trozo de pan—. En una semana se pueden hacer muchas cosas, según parece.

Abernathy se encogió de hombros.

—No demasiadas. Nosotros también bebimos vino, gran señor.

—Sólo fue un error —insistió Questor, arrugando la frente.

—Tú cometes muchos errores de esos —dijo Abernathy con desdén.

—¡Quizás te gustaría que no tratara de ayudar en absoluto!

—¡Nada me gustaría más!

Ben levantó las manos con un gesto de súplica.

—¡Basta! ¡Ya es suficiente! —Los miró, primero a uno y después al otro—. No necesito más discusiones. Como abogado, estoy harto de pleitos. Necesito respuestas. Anoche dije que quería conocer la historia de la venta de este reino; bueno, anoche no, la última vez que hablamos. Así que quizás éste sea el momento adecuado para eso, Questor.

El mago se levantó, dirigió una mirada sombría a Abernathy y luego se volvió hacia Ben.

—Tendréis vuestra explicación, gran señor. Os informaré de todo durante el viaje al Corazón. La coronación tendrá lugar a mediodía, y hemos de salir en seguida para llegar a tiempo.

Abernathy se dirigió a la puerta.

Su expectación no tiene límites.

—Estoy seguro, mago. Gran señor, volveré con sus ropas al momento. Mientras tanto, trate de comer un poco más. La magia del castillo continúa debilitándose, y tal vez pronto tengamos que forrajear en la campiña para sustentarnos.

Salió. Questor lo siguió con la mirada y, después, se volvió hacia Ben.

—Sólo querría añadir, gran señor, que en los dos días que quedan tendréis tiempo suficiente para usar el medallón y volver a vuestro mundo, en caso de que lo deseéis.

Dudó un momento, luego salió por la misma puerta de Abernathy, bajo la mirada de Ben.

—Una semana entera —murmuró, apartando a un lado la bandeja del desayuno y saltando de la cama.

Emprendieron el viaje al cabo de una hora: Ben, Questor, Abernathy y los dos kobolds. Abandonaron el castillo de Plata Fina y su isla yerma en el deslizador del lago, navegando en silencio por las aguas oscuras hasta el prado del otro lado. Después, se internaron en los bosques y las nieblas.

—Lo mejor sería empezar desde el principio, supongo —le dijo Questor a Ben cuando se adentraron entre los árboles del bosque.

Caminaban un poco delante de los otros, hombro con hombro, el mago con un estudiado paso balanceante, la espalda encorvada y la cabeza baja.

—El problema del trono comenzó tras la muerte del viejo rey hace más de veinte años. Las cosas eran muy diferentes entonces. El viejo rey contaba con el respeto de todo el pueblo de Landover. Cinco generaciones de su familia habían gobernado en sucesión, y todos gobernaron bien. Nadie desafiaba el poder del rey, ni siquiera Belladona, ni siquiera la Marca. Entonces había un ejército, sirvientes y leyes que lo regían todo. La tesorería estaba llena, y la magia protegía al trono. El castillo de Plata Fina no estaba sometido al Deslustre; estaba limpio y resplandeciente como algo recién creado, y la isla sobre la que se asentaba era el lugar más bello del país. Había flores y el sol lo inundaba. No había nieblas ni nubes.

Ben miró al frente. Iba vestido con una túnica de seda roja, pantalones y botas hasta las rodillas. Abernathy llevaba los ropajes de ceremonia, la corona y los distintivos del cargo.

—Questor, siento tener que decírselo, pero su explicación está empezando a sonarme a cuento de hadas.

—Luego empeora, gran señor. El viejo rey murió y dejó un único hijo, aún demasiado joven, como heredero al trono. El ayo del príncipe era un mago con grandes poderes pero de moral dudosa. El mago fue más padre para el muchacho que el propio rey, cuidándolo después de la muerte de su madre y durante las frecuentes ausencias del rey de la corte. El joven era apocado, estaba aburrido de Landover y disgustado por las responsabilidades que exigía su posición, y el mago se

aprovechaba de su debilidad. El mago había estado buscando durante algún tiempo el modo de escapar de lo que le parecía una existencia sin perspectivas en Landover. Entonces era el mago de la corte, puesto que yo ocupaba ahora, y se creía destinado a cosas más importantes. Pero ese cargo está ligado al trono y al país por un juramento de magia. No podía irse si el trono no lo liberaba de él. De modo que empleó su notable habilidad en el empleo de las palabras y convenció al hijo del monarca de que ambos debían marcharse de Landover.

Hizo una pausa y su cara de búho se volvió ligeramente hacia Ben.

—El mago era mi hermanastro, gran señor. Vos lo conocéis por el nombre de Meeks.

—Ah... ya. —Ben movió la cabeza de un lado a otro—. Ahora empiezo a ver claro.

—¿Hummmmm?

—Es sólo una expresión. ¿Y no podría dejar de emitir esos hummmmm? Mi abuela, en sus últimos tiempos, solía emplearlos cada vez que le decía algo, y me sacaba de quicio.

—Lo siento. Bien, el problema de salir de Landover es que hay que dejarlo todo aquí. La magia no permite que se saque nada. Ni mi hermanastro ni el hijo del rey podían aceptarlo. Por eso idearon un plan para vender el trono a alguien de otro mundo. Si alguien de otro mundo compraba Landover, mi hermanastro y el hijo del viejo rey podrían quedarse con el producto de la venta en ese otro mundo y transgredir las leyes de éste que les prohibían llevarse nada. De ese modo vivirían cómodamente allá donde fuesen.

—¿Por qué escogieron mi mundo? —preguntó Ben.

—Estuvieron investigando. —Questor sonrió—. Debieron de averiguar que sus habitantes se sentirían más atraídos que otros por la vida de aquí. Landover es la fantasía con que sueñan.

Ben asintió.

—Pero en realidad no es así.

—Sí, bueno. —Questor se aclaró la garganta—. El tiempo pasaba mientras mi hermanastro subvertía al hijo del viejo rey, mientras planeaban la forma de romper los lazos que los unían al país. En realidad, el muchacho nunca quiso ocupar el trono; lo habría abandonado rápidamente en cuanto se le hubiera presentado la ocasión, tan pronto como tuviese la seguridad de estar bien atendido. Mi hermanastro aceptó la responsabilidad de encontrar la forma de que así fuera. Eso conllevó maquinaciones e intrigas. Entre tanto, el reino se desmoronaba. La magia funciona por la fuerza del sometimiento y había muy poco de eso. Las arcas del tesoro se vaciaron. El ejército se dispersó. Las leyes dejaron de aplicarse. La población comenzó a perder su sentido de unidad y a formar campamentos armados. El comercio entre ellos disminuyó hasta

casi interrumpirse. El castillo de Plata Fina no tenía amo, ni servidores que lo cuidasen, y comenzó a caer bajo el Deslustre. La tierra también quedó afectada, agotándose y contaminándose. Mi hermanastro y el hijo del rey se encontraron con el problema de vender eh... ¿Cómo lo dicen en vuestro mundo, gran señor?... Ah sí, «una caja de sorpresas» a algún comprador ingenuo.

Ben elevó la mirada hacia las capas de los árboles, con gesto suplicante.

—Tiene usted poder de persuasión, Questor.

—Sí, pero ya véis, gran señor, en realidad no debería necesitarlo. Sólo he estado tratando de exponeros los hechos. Se necesitaba un rey con autoridad y sabiduría para restaurar Landover y convertirlo en lo que fue en otro tiempo. Las leyes pueden ponerse en vigor, especialmente por alguien como vos que comprende la naturaleza del Derecho. Las arcas del tesoro pueden volver a llenarse, el ejército organizarse de nuevo, y el Deslustre eliminarse de las cosas. Por eso asumí el cargo de mago de la corte cuando mi hermanastro lo dejó. Por eso accedí a ayudar a mi hermanastro a buscar un comprador del trono. Incluso redacté el anuncio.

—¿Usted escribió ese montón de mentiras del catálogo? —preguntó Ben con perplejidad.

—Lo escribí para atraer a la persona adecuada; alguien con imaginación y coraje. —Su dedo huesudo apuntó a Ben—. ¡Y no era un montón de mentiras! —El dedo bajó a la vez que se tensaba el rostro enjuto—. Hice lo que era necesario, gran señor. Landover debe reconstruirse. Se permitió su deterioro desde que la soberanía del antiguo rey acabó, y una pérdida de la magia lo destruirá por completo.

—Ya hemos oído ese discurso, Questor —murmuró Abernathy desde atrás—. Ten la amabilidad de dejarlo.

El mago le lanzó una mirada furiosa.

—Sólo estoy diciendo lo que es necesario que se diga. Y si eso te aburre, tápate los oídos.

—Questor, no comprendo el papel que ha desempeñado usted en el asunto —dijo Ben retomando la conversación anterior—. Si se siente tan vinculado a las necesidades de Landover, ¿por qué permitió que su hermanastro y el hijo del rey arruinasen esta tierra? ¿A qué estuvo dedicado los años que siguieron a la muerte del rey? ¿Dónde se hallaba mientras el trono de Landover estaba vacío?

Questor Thews levantó las manos como para detenerlo.

—Por favor, gran señor, haced las preguntas de una en una. —Se frotó la peluda barbilla con nerviosismo—. Debéis comprender que entonces yo no era el mago de la corte. Lo era mi hermanastro. Y aunque no me guste admitirlo, no tengo la categoría que tiene él. Soy un mal imitador suyo y siempre lo he sido.

—¿Dónde está mi pluma y mi rollo de pergamino? —preguntó Abernathy—. ¡Tengo que dejar constancia escrita de eso!

—De todas formas, he mejorado; ahora que me he convertido en mago de la corte —siguió Questor, ignorando la interrupción—. Mientras mi hermanastro desempeñaba el cargo, yo carecía de empleo fijo. No podía continuar de aprendiz con la edad que tenía, y era incapaz de encontrar otro trabajo en el reino. Viajé un poco, tratando de aprender algo de la magia de las hadas, tratando de encontrar un trabajo en que ocupar mi tiempo. Varios años después de la muerte del rey, mi hermanastro me llamó para que le ayudase en la administración de la corte. Me informó de su intención de abandonar el reino para no volver. Me informó de que el hijo del rey había decidido vender el trono e irse con él. Después, me nombró mago de la corte y consejero del nuevo rey.

Se interrumpió y se volvió de cara a Ben.

—Creyó que le causaría pocos problemas, ya que yo era un mal mago y casi un fracasado en la vida. Creyó que me sentiría tan satisfecho por tener el cargo de mago de la corte que aprobaría cualquier cosa que él deseara. Dejé que lo creyese, gran señor. Fingí cooperar, porque era el único modo de ayudar al país. Era necesario un nuevo rey, si se deseaba que las cosas se arreglasen. Yo estaba decidido a encontrar ese rey. Incluso convencí a mi hermanastro de que me permitiera redactar el anuncio de venta que traería ese rey a Landover.

—Y aquí estoy yo —concluyó Ben.

—Aquí estáis vos —admitió Questor.

—Con un millón de dólares menos.

—Y un reino más.

—Pero mi dinero ha desaparecido, ¿verdad? El contrato que firmé fue un fraude desde el principio. Meeks y el hijo del rey se habrán ido con los dólares, y yo estoy atado a este lugar para el resto de mi vida.

Questor lo observó durante largo rato, y luego negó con un movimiento de cabeza.

—No, gran señor, no estáis atado a este lugar por más tiempo del que decidáis. El contrato era válido, la cláusula contenida en él era válida, y el dinero os estará esperando si volvéis antes de que se cumpla el plazo de diez días.

Ahora fue Ben quien se detuvo.

—¡Maldita sea! —susurró y observó a Questor durante un momento—. No tenía que haberme dicho eso. Podía haberme dejado creer que el dinero se había perdido y que tendría que quedarme.

El mago parecía triste.

—No, nunca podría hacer algo semejante, gran señor.

—Sí, sí podría —intervino Abernathy—. Y lo haría, si creyese que le era factible sacar ventaja. —Se agachó y se rascó el cuello con la pata trasera—. ¿Habrás garrapatas en este bosque? —preguntó—. Odio las garrapatas.

Siguieron su camino en silencio. Ben pensaba en todo lo que Questor le había dicho. En el viejo Meeks y el hijo del rey conspirando para hacer dinero rápido con la venta del trono del reino e instalarse con él en un nuevo mundo. Decidió que aquello era posible. Pero faltaba una pieza en aquel puzzle. El problema consistía en que no lograba descubrir cuál era. Sabía que se hallaba en alguna parte, mas no era capaz de encontrarla. Utilizó su habilidad de abogado para ese propósito, pero la pieza perdida continuó eludiéndolo.

Al cabo de un rato dejó de buscarla. Tarde o temprano daría con ella, y en aquel momento tenía que enfrentarse a un problema mayor. Ocho de los diez días del plazo de prueba habían transcurrido ya. Por tanto, sólo le quedaba el hoy y el mañana para decidir si renunciaba a la compra y regresaba a casa. Podía hacerlo. Questor se lo había asegurado y él le creía. La cuestión se centraba en *querer, no en poder*. Nada en Landover había resultado ser como se anunciaba en el catálogo... excepto en el más amplio de los sentidos. En realidad, había dragones, caballeros y todo lo demás. También existía la magia y él era el rey, o estaba a punto de serlo. Pero la fantasía no se mostraba como había imaginado, ni siquiera se aproximaba. El dinero que había pagado le parecía excesivo para lo que había obtenido.

E incluso así... El querellante cedía el paso al defensor. E incluso así había algo indefinido en Landover que le atraía. Lo más probable era que se tratara del desafío. Le molestaba aceptarlo; mas para ser honrado consigo mismo, temía admitirlo ya. No le gustaba tener que retroceder ante nada. No le gustaba perder. Le dolía admitir que había cometido un error al ir allí, al pagar un millón de dólares por una fantasía que en verdad era una fantasía, aunque no la que él deseaba. Era un abogado en ejercicio con el instinto y la testarudez de un abogado en ejercicio, y no le gustaba retroceder ante ninguna clase de lucha. Seguramente eso le esperaba en Landover, porque el trono estaba en ruinas, y haría falta un gran esfuerzo para restaurarlo. ¿Se sentía incapaz de hacerlo? ¿Es que le era imposible medir sus capacidades con las de cualquiera de los súbditos que debía gobernar?

Miles le habría dicho que no valía la pena. Miles habría levantado las manos y regresado a la civilización, al estadio de Soldier, a los ascensores y a los taxis. Sus compañeros de profesión habrían hecho lo mismo.

Annie no. Annie le hubiera aconsejado que aguantase y se hubiera quedado con él. Pero Annie estaba muerta.

Sus mandíbulas se tensaron. Cuando decidió ir allí, él también estaba muerto, y volvería a estarlo si lo abandonaba y volvía. Ésa era la razón de que hubiera aceptado el riesgo: el deseo de vivir. Aún pensaba que en aquel lugar era posible, aún creía que Landover podía ser su hogar. Además, el dinero era sólo dinero...

Pero, ¿un millón de dólares? Le parecía oír la exclamación de incredulidad de Miles. Le parecía verlo alzando las manos con desaprobación.

Le sorprendió descubrir que sonreía ante la idea.

Al llegar el mediodía, en ese preciso instante, la niebla y los árboles se separaron sin previo aviso y el pequeño grupo entró en un claro inundado por la luz del sol, donde la hierba lanzaba destellos verdes, dorados y carmesíes. En los límites del claro, rodeándolo, crecían lindoazules, a intervalos regulares y en perfecta formación. Sólo los que contactaban con los árboles del bosque mostraban los signos de marchitez que Ben había observado en su viaje hacia allí. Unos tablones barnizados de roble blanco formaban un estrado en el centro del claro, sobre el que se asentaba un trono. En las esquinas del estrado había candelabros de brillante plata que sostenían altas velas blancas, con pabilos nuevos. Detrás del estrado se alzaban banderas de varios colores e insignias, y por todas partes había reclinatorios tapizados en terciopelo blanco.

Questor extendió su brazo abarcando todo el claro.

—Éste es el Corazón, gran señor —dijo con voz suave—. Aquí habéis de ser coronado rey de Landover.

Ben contempló el roble y la plata relucientes del estrado, las banderas y las velas, la hierba y los lindoazules.

—No hay signos del Deslustre, Questor. Todo parece como si fuese... nuevo.

—El Deslustre aún no ha llegado al Corazón, gran señor. La magia es más fuerte aquí. Venid.

Avanzaron en silencio, deslizándose entre las filas de reclinatorios tapizados en terciopelo hasta llegar al estrado y al trono, que los esperaban en el centro del claro. El aire estaba lleno de olores aromáticos y los colores de las hierbas y de los árboles parecían rielar y mezclarse como si fuesen líquidos. Ben sintió una sensación de paz y respeto que le recordó el sagrario de la iglesia donde lo llevaban los domingos por la mañana cuando era un muchacho. Le sorprendió descubrir que todavía lo recordaba.

Llegaron ante el estrado y se detuvieron. Ben miró a su alrededor. El Corazón estaba desierto. En sus contornos había unos cuantos pastores y campesinos, de aspecto desaliñado, con sus esposas e hijos, murmurando entre sí y mirando con incertidumbre a Ben. Media docena de cazadores en ropa de trabajo formaban un apretado grupo en las sombras del bosque, donde no llegaban los rayos del sol. Un mendigo, con túnica y pantalones de cuero sucios y viejos, estaba sentado con las piernas cruzadas en la base de un roble que mostraba signos de marchitez.

Aparte de ellos, no había nadie.

Ben frunció el entrecejo. Había una mirada de derrota casi de desesperación en los ojos de aquella gente que le preocupó.

—¿Quiénes son? —preguntó a Questor en voz baja.

Questor giró la vista hacia el andrajoso grupo.

—Espectadores.

—¿Espectadores?

—De la coronación.

—Bueno, ¿dónde están los demás?

—Quizás lleguen tarde, para hacerse notar —dijo Abernathy en tono inexpresivo.

Detrás de él los kobolds emitieron un suave siseo y mostraron los dientes.

Ben puso una mano sobre el hombro de Questor y lo atrajo hacia sí.

—¿Qué ocurre, Questor? ¿Dónde está todo el mundo?

El mago se frotó la mejilla nerviosamente.

—Es posible que los que vengan se retrasen un poco, retenidos quizás por algo que no habían previsto cuando...

—Espere un minuto —lo interrumpió Ben—. Acláreme eso de «los que vengan» ¿significa que algunos no tienen intención de venir?

—Bueno, sólo era un modo de hablar, gran señor. Desde luego, todos los que puedan vendrán.

Ben cruzó los brazos y le miró a los ojos.

—Y yo soy Papá Noel. Mire, Questor, he vivido lo bastante como para reconocer a un zorro aunque se oculte en un agujero. ¿Qué está pasando aquí?

El mago se balanceó con embarazo.

—Eh... bueno, sí, la verdad es que vendrán muy pocos.

—¿Cuántos son muy pocos?

—Quizá sólo un par.

Abernathy se aproximó.

—Se refiere a nosotros cuatro, gran señor, y a esos pobres que están ahí entre las sombras.

—¿Sólo ustedes cuatro? —Ben miró a Questor con ojos incrédulos—. ¿Nadie más? La coronación del primer rey de Landover tras un período de veinte años...

—Vos no sois el primero, gran señor —dijo Questor suavemente.

—Pero me dijo...

—Vos no sois el primero —repitió el mago.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ben.

—Ha habido otros antes que vos, gran señor; otros reyes de Landover tras la muerte del viejo rey. Vos sólo sois el último que asciende al trono. Siento que tengáis que oír esto ahora. Hubiera preferido comunicároslo después de la ceremonia de la coronación...

—¿Cuántos?

El rostro de Ben estaba enrojecido por la ira.

—... hubiese terminado y nosotros... ¿Qué ha preguntado?

—¡Reyes, maldita sea! ¿Cuántos ha habido?

Questor Thews se contorsionó.

—Varias docenas, quizás. Francamente, he perdido la cuenta.

El retumbo de un trueno llegó desde un lugar lejano a través de los árboles y la niebla. Las orejas de Abernathy se elevaron.

—¿Varias docenas? —Ben no lo oyó. Sus brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo y los músculos de su cuello se hicieron visibles al tensarse—. ¡Comprendo por qué has perdido la cuenta! ¡Comprendo por qué no se molesta la gente en venir!

—Al principio venían, claro —continuó el otro, con una voz irritantemente serena y la mirada tranquila—. Se desplazaban hasta aquí porque creían. Incluso cuando dejaron de creer, siguieron viniendo por curiosidad. Pero, al pasar el tiempo, ya no quedaron curiosos. Hemos tenido demasiados reyes, gran señor, que no lo eran de verdad. —Hizo un gesto brusco en dirección a los que estaban en los límites del bosque—. Ahora sólo vienen los que están desesperados.

El trueno volvió a sonar, más fuerte y desde más cerca, un retumbo profundo y sostenido que resonó en el bosque y sacudió la tierra. Los kobolds sisearon y sus orejas se aplastaron contra sus cabezas. Ben miró a su alrededor. Abernathy gruñía.

Questor lo cogió del brazo.

—¡Subid al estrado, gran señor! ¡Daos prisa! —Ben vaciló, con gesto preocupado—. ¡Por favor! —insistió el mago, empujándole—. ¡Vienen los demonios!

Ésa fue razón suficiente para Ben. Los kobolds ya corrían hacia delante, y él los siguió. El trueno repercutió en todo su alrededor haciendo temblar los árboles y la tierra.

—Al parecer, váis a tener espectadores, gran señor —dijo Abernathy, mientras subía de un salto los escalones del estrado.

Estuvo a punto de que se le cayeran las ropas ceremoniales y las cadenas del cargo.

Ben subió detrás, mirando por encima del hombro. Exceptuándolos a ellos, el Corazón estaba desierto. Los granjeros, los pastores, sus familias, los cazadores y el mendigo se habían retirado en busca de las sombras protectoras del bosque. La niebla y la penumbra de los árboles de alrededor parecían presionar contra el soleado claro.

—Ayuda al gran señor a ponerse la ropa y las cadenas —ordenó Questor Thews a Abernathy, ya en el estrado—. ¡Deprisa!

Abernathy se irguió sobre sus patas traseras y comenzó su tarea.

—Espere un minuto, Questor —objetó Ben, con los ojos puestos en la oscuridad que tenía enfrente—. No estoy seguro de querer seguir con esto.

—Es demasiado tarde, gran señor. ¡Debéis hacerlo! —El rostro de búho había adquirido de pronto dureza y decisión—. Confiad en mí. No correréis ningún riesgo.

Ben pensó que tenía razones sobradas para cuestionar tal afirmación, pero Abernathy estaba ya ajustando los broches de las ropas. El amanuense tenía una gran habilidad para ser un perro, y Ben se encontró observándolo a pesar de la situación. Se sorprendió. Las zarpas de Abernathy estaban provistas de dedos toscos, pero articulados.

—Falló incluso en eso —murmuró el amanuense al captar la expresión del rostro de Ben—. Esperemos que actúe mejor con vos.

Las sombras y la niebla se mezclaron y giraron con tinta removida en el lado opuesto del claro, y el silencio se tornó de repente en aullidos de viento. El trueno que anunciaba la llegada de los demonios culminó con un bronco rugido que estremeció la tierra del bosque. Ben se volvió. El viento fustigaba con tal fuerza sus ropas que las ponía en peligro de romperse. Abernathy se apartó, emitiendo profundos gruñidos, y los kobolds sisearon como serpientes y le mostraron sus dientes a la oscuridad.

Entonces los demonios surgieron de la niebla y la penumbra, materializándose como si pasaran a través de un agujero abierto en el aire vacío; un ejército de flacas figuras armadas tan sombrías como la noche. Las armas y las armaduras producían ruidos metálicos, y los cascos de las horribles y sinuosas monturas golpeaban la roca y la tierra, resonaban y se extinguían. El ejército desaceleró su avance hasta detenerse con gran estruendo. Blancos dientes y ojos rojizos brillaban en la niebla, y las garras y espinas resaltaban de la masa, como si se tratara de un único ser. El ejército se situó frente al estrado en una línea irregular, centenares de demonios comprimidos entre los árboles del bosque y los reclinatorios desocupados, llenando el vacío dejado por el paso del trueno con el sonido de sus respiraciones. El viento aulló una vez más y desapareció.

El claro estaba calmado por el sonido de sus pesadas respiraciones.

—Questor... —llamó Ben en voz baja, paralizado en el lugar en que se encontraba.

—No os mováis, gran señor —le susurró el mago.

La horda de demonios se agitó y las armas se alzaron con unanimidad. Un aullido demencial salió de la garganta colectiva del ejército. Abernathy retrocedió, con las mandíbulas dispuestas a morder. Los kobolds daban la impresión de haber enloquecido, susurrando y chillando con furia, agazapándose a ambos lados de Ben.

—Questor... —intentó éste de nuevo, en tono un poco más apremiante.

Entonces apareció la Marca. Los demonios se dividieron de repente por el centro, y surgió en medio de ellos. Iba montada en su serpiente alada que, en realidad, era mitad serpiente y mitad lobo, un ser salido de la más inmunda pesadilla. La Marca se ocultaba por completo bajo una armadura negra, opaca y desgastada por el uso, provista de armas y púas serradas. Un yelmo con una calavera se apoyaba en sus

hombros, con la visera bajada.

Ben Holiday deseó estar en cualquier otra parte.

Questor Thews avanzó un paso.

—¡Arrodillaos, gran señor! —Su voz fue un susurro.

—¿Qué?

—¡Arrodillaos! ¡Tenéis que convertirlos en rey! Los demonios han venido a verlo, y no debéis hacerles esperar.

—El rostro de búho se crispó de impaciencia. —¡Arrodillaos para el juramento!

Ben se arrodilló, con los ojos puestos en los demonios.

—Colocad las manos sobre el medallón —ordenó Questor. Ben lo sacó de debajo de su túnica y lo hizo—. Ahora repetid estas palabras: «Seré uno con el país y su pueblo, fiel a todos y desleal a ninguno, sometido a las leyes del trono y de la magia, comprometido con el mundo en que estoy. Rey, de ahora en adelante». Decidlo.

Ben dudó.

—Questor, no me gusta...

—Decidlo, Ben Holiday. ¡Si de verdad queréis ser rey tenéis que decirlo!

La exhortación fue dura y certera, como si procediese de una persona distinta a Questor Thews. Ben le mantuvo la mirada. Podía sentir un movimiento de impaciencia en las filas de demonios.

Alzó el medallón hasta que pudo ser visto con claridad por todos, sin apartar los ojos de los de Questor.

—Seré uno con el país y su pueblo, fiel a todos y desleal a ninguno, sometido a las leyes del trono y de la magia, comprometido con el mundo en que estoy. Rey, de ahora en adelante. Pronunció las palabras con seguridad y valentía. Estaba sorprendido de haberlas recordado tan fácilmente, como si las hubiera aprendido antes. El claro se hallaba silencioso. Dejó caer el medallón sobre su pecho.

Questor Thews asintió con la cabeza y su mano se elevó hasta pasar por encima de la cabeza de Ben.

—Levantaos, majestad —dijo con voz queda—. Ben Holiday, Rey de Landover, Gran señor y Vasallo.

Ben se levantó, y la luz del sol cayó sobre él al filtrarse de pronto por la capota de niebla. El silencio del claro se hizo más profundo. Questor Thews se inclinó lentamente y apoyó una rodilla en tierra. Abernathy lo imitó y los kobolds también lo hicieron.

Pero los demonios se quedaron donde estaban. La Marca permaneció sobre su montura y ninguno de quienes lo rodeaban se movió.

—¡Enseñadle el medallón otra vez! —susurró Questor con disimulo.

Ben se volvió y levantó la mano derecha con el medallón, sintiendo en los dedos la silueta del caballero montado, el lago, el castillo y el sol naciente. De las filas

negras de los demonios se alzó un rumor, y varios se inclinaron. Pero la Marca hizo una rápida señal con el brazo, indicando a todos que se quedasen donde estaban, de pie. La calavera se volvió hacia Ben, desafiante.

—¡Questor, esto no funciona! —murmuró con un extremo de la boca.

En aquel instante, se produjo movimiento en las filas de los demonios. Sobre su monstruosa y alada montura, la Marca avanzaba entre la niebla y las sombras. Los demonios la seguían.

Ben se quedó frío.

—¡Questor!

Pero entonces se produjo un destello de luz al otro lado del Corazón, como si algo brillante hubiera captado un rayo de sol. Salió de las sombras del bosque en un punto situado entre los demonios que avanzaban y el estrado en que se hallaban Ben y sus compañeros. Los demonios aflojaron el paso, desviando los ojos. Ben y sus amigos se volvieron.

Un caballo y un jinete tomaron cuerpo las nieblas.

Ben Holiday se asombró. Era el caballero que había encontrado en el túnel del tiempo cuando se dirigía a Landover, el caballero cuya imagen estaba grabada en el medallón, una estatua de hierro deteriorada y sucia sobre un caballo cansado. Su lanza descansaba erecta sobre el estribo y su figura estaba inmóvil. Parecía esculpido en piedra.

—¡El Paladín! —susurró Questor con incredulidad.

La Marca se levantó sobre el arnés que lo unía a su montura, dirigiendo la calavera hacia el caballero. Los demonios se encogieron en las sombras y la niebla que lo cubrían todo a su alrededor, y se oyeron susurros de incertidumbre. El caballero se mantuvo inmóvil.

—Questor, ¿qué ocurre? —preguntó Ben, pero el mago se limitó a mover la cabeza.

Los demonios y el caballero permanecieron frente a frente un momento más, separados por la extensión iluminada del Corazón, midiéndose como criaturas acorraladas. Entonces la Marca levantó un brazo, con el puño cerrado, y la calavera se inclinó, aunque sólo levemente, hacia Ben. Girando a su montura, volvió a la oscuridad. El ejército que lideraba giró con él. Los gritos y los aullidos rompieron el silencio, el viento aulló, y los cascos y las botas resonaron de nuevo. Los demonios se disolvieron en el aire del que habían salido.

La niebla y la penumbra retrocedieron y la luz del sol retornó. Ben no podía creer aquello. Cuando se volvió para mirar al caballero y su caballo, éstos también habían desaparecido. El claro estaba desierto, sin tener en cuenta a los cinco que se hallaban en el estrado.

Entonces se produjo un nuevo movimiento en las sombras. Los campesinos y

pastores con sus familias, los cazadores y el mendigo solitario aparecieron de nuevo, reuniéndose en los límites del bosque con actitud vacilante. En sus ojos había miedo y asombro. No se acercaron, pero uno a uno fueron arrodillándose en la tierra.

El corazón de Ben estaba acelerado y su cuerpo empapado de sudor. Aspiró en profundidad y se giró hacia Questor.

—¡Quiero saber qué está pasando, maldita sea! ¡Quiero saberlo ahora!

Questor Thews parecía haberse quedado literalmente sin habla por primera vez desde el momento en que lo conoció. Intento decir algo, se detuvo; lo volvió a intentar y sólo logró mover la cabeza. Ben miró a los demás. Abernathy jadeaba como si hubiera estado corriendo. Los kobolds estaban agazapados el uno contra el otro, con las orejas caídas hacia atrás y los ojos entornados.

—Agarró el brazo de Questor.

—¡Respóndame!

—Gran señor, yo no... no sé como explicaros... —El rostro de búho se retorció como si lo estuvieran atornillando—. Nunca hubiese creído...

Ben levantó con rapidez una mano para detener sus evasivas.

—¡Por favor, Questor, domínese!

El otro asintió, irguiéndose.

—Sí, gran señor.

—¡Y responda a la pregunta!

—Gran señor, yo... —Volvió a interrumpirse.

La cabeza peluda de Abernathy asomó por encima de un hombro del mago.

—Esto puede ser interesante —comentó.

Parecía haber recuperado el control con más rapidez que el resto.

Questor le dirigió una mirada asesina.

—¡Tendría que haberte convertido en gato! —le espetó.

—¡Questor! —presionó Ben con impaciencia.

El mago se volvió, aspiró profundamente, cabeceó con expresión pensativa y se encogió de hombros.

—Gran señor, no sé cómo decíroslo. —Esbozó una débil sonrisa—. Ese caballero, ese que está en el medallón que lleva, el que se enfrentó a la Marca, no existe. —La sonrisa desapareció—. Gran señor, acabamos de ver a un fantasma.

PALADÍN

Miles solía decir que había abogados y *abogados*; el problema era que abundaban los primeros y escaseaban los segundos. Solía decirlo cuando estaba encolerizado por la actuación incompetente de algún compañero de profesión que le afectaba.

Ben Holiday se repetía mentalmente esa frase durante el camino de vuelta a Plata Fina, cambiando un poco las palabras para adaptarlas a la situación presente. Había fantasmas y *fantasmas*. Había fantasmas imaginarios y fantasmas reales, espectros de la mente y apariciones efectivamente vivas que vagaban en la noche. Tenía motivos para suponer que abundaban los primeros y escaseaban los segundos, aunque quizás eso fuera lo mejor.

En cualquier caso, el caballero grabado en el medallón que llevaba, el caballero que se había interpuesto dos veces entré él y la Marca, el caballero que se materializaba y desaparecía como si fuese humo, formaba parte de la última categoría y no era fruto de una reacción química resultante de la comida o la bebida de una tierra extraña. Estaba tan seguro de eso como de que Questor Thews le ocultaba algo sobre las circunstancias que rodearon la venta del trono de Landover.

Y él deseaba conocer la verdad.

Pero de momento no iba a enterarse de muchas cosas según parecía.

Questor, después de proclamar que el caballero era un fantasma que había dejado de existir mucho tiempo atrás, se negó a tratar del asunto hasta que llegaran a Plata Fina. Ben protestó con vehemencia, Abernathy lanzó algunas pullas sobre la cobardía, los kobolds sisearon y mostraron sus dientes a los demonios desaparecidos, pero el mago se mantuvo firme. Ben Holiday tenía derecho a conocer la historia completa que había detrás de la aparición del fantasma (¿le había llamado Paladín?) pero tendría que esperar a que estuviesen de nuevo entre los muros del castillo. El rostro de búho se aplacó, la figura encorvada se giró, Questor Thews avanzó con decisión hacia el bosque sin volver la vista atrás. Como Ben no deseaba quedarse solo en el claro después de lo ocurrido se apresuró tras él como un patito obediente detrás de su madre.

No se estaba comportando como un rey, se reprochó. Pero, ¿a quién estaba engañando? Era tan rey de Landover como presidente de los Estados Unidos. Había sido proclamado rey por un mago inepto, alguien convertido en perro y una pareja de monos siseantes y pagado un millón de dólares por ese privilegio (apretó los dientes al pensarlo), pero aún seguía siendo un intruso que vagaba por un país extraño, sin conocer las costumbres ni la lengua de todos sus habitantes.

Pero eso cambiaría, se prometió. Haría que cambiase o, al menos, sabría si era posible.

Invirtieron toda la tarde en el viaje de vuelta. La penumbra cubría el brumoso

valle y los canales de agua cuando divisaron Plata Fina. La triste y solitaria apariencia de la fortaleza deprimió aún más el ánimo de Ben Holiday. Volvió a pensar en los diez días de plazo para regresar a su mundo que le otorgaba el contrato y, por primera vez, admitió que aprovecharlos era lo sensato.

Ya dentro del castillo, Questor ordenó a Chirivía que hiciera la cena y a Juanete que preparara ropas limpias para Ben. Después indicó a Ben y Abernathy que lo siguieran e inició el camino que los llevó a las entrañas del castillo. Atravesaron numerosos corredores e incontables salas, todos enmohecidos y manchados por el Deslustre, pero iluminados por lámparas sin humo y caldeados por la vida que poseía. Los colores destacaban débilmente en el gris, y pequeños sectores de madera y piedra pulidas brillaban. Había la sensación de que algo importante y bello desaparecía por acción del Deslustre, y Ben se preocupó. Trató de rechazar ese sentimiento mientras continuaba silenciosamente tras de Questor. Sólo había dormido una vez entre aquellos muros y el castillo no tenía un significado especial para él. Si el mago no le hubiese dicho de que era un ser vivo...

Dejó de pensar en eso cuando cruzaron una enorme puerta de roble con bisagras de hierro y penetraron en un patio de escasas dimensiones con una capilla en el centro. La capilla estaba tan mugrienta y descolorida como el resto de Plata Fina, aunque las nieblas eran menos densas y quedaban vestigios de luz sobre la piedra y la madera del techo, los muros y los vidrios manchados de las altas ventanas arqueadas. Cruzaron el patio hacía la escalinata de la capilla, la subieron hasta llegar a unas puertas de roble trabajadas en marquetería y sujetas con bisagras de hierro y las abrieron.

Ben atisbo en la escasa luz. Los suelos, techo y paredes estaban decorados en blanco y escarlata pero los colores habían palidecido; todo el interior de la capilla presentaba un aspecto mohoso y gris. No había altar, ni bancos. En la parte alta de los muros colgaban emblemas heráldicos con escudos y armas afianzados debajo. Un reclinatorio, tapizado y con soporte para los brazos, estaba frente al estrado que ocupaba el centro de la estancia. Una figura solitaria se hallaba de pie sobre el estrado. Era el caballero del medallón.

Ben se sobresaltó. Por un momento creyó que el caballero estaba vivo y esperando. Después se dio cuenta de que sólo era una armadura vacía.

Questor entró en la capilla.

—Venid, gran señor —dijo.

Ben lo siguió, con los ojos fijos en la figura del estrado. Abernathy fue detrás. La armadura estaba abollada y rayada como si hubiese intervenido en muchas batallas, sin brillo, ennegrecida por el Deslustre. Un enorme espadón estaba enfundado en una vaina junto a una de sus caderas, y una maza con cabeza triangular colgaba de su guarnición de cuero junto a la otra. Una de las manos metálicas sostenía una gran

lanza con punta de hierro. Las tres armas estaban tan deterioradas como la armadura e incrustadas de suciedad y tizne. Había un adorno en el peto y también en el escudo que yacía cerca de la lanza, un emblema que representaba al sol naciente sobre Plata Fina.

Ben tomó una bocanada de aire. Ahora que se encontraba ante la armadura podía estar seguro de que se hallaba vacía. Pero también estaba seguro de que era la misma armadura que vestía el caballero que había intervenido dos veces en sus encuentros con la Marca.

—Le llamaban el Paladín —dijo Questor a su lado—. Era el campeón del rey.

Ben lo miró.

—Era él, ¿verdad? ¿Qué le ocurrió?

—Desapareció después de la muerte del viejo rey, y nadie lo ha visto desde entonces. —Los ojos agudos se encontraron con los de Ben—. Es decir, hasta ahora.

—¿Ya no cree que imaginaba cosas mientras atravesaba el túnel del tiempo?

—Nunca lo creí, gran señor. Sólo tuve miedo de que hubiéseis sido objeto de un engaño.

—¿Engañado por quién?

Se quedaron frente a frente, en silencio. Abernathy se rascó una oreja.

—Esta significativa pausa en su digresión sugiere que algún secreto grande y terrible va a ser revelado —dijo Ben al fin—. ¿Indica que voy a enterarme de lo que aún se reserva?

Questor Thews asintió con la cabeza.

—Así es.

Ben cruzó los brazos.

—Muy bien. Pero esta vez cuéntemelo todo, no sólo una parte como siempre. No más sorpresas, ¿de acuerdo?

El otro asintió una vez más.

—No más sorpresas, gran señor. De hecho, es vuestra desconfianza lo que me ha impulsado a solicitar que Abernathy nos acompañara. Abernathy es historiador de la corte, además de amanuense. Él me corregirá rápidamente si cometo algún error. —Suspiró—. Quizás os fiéis más de su palabra que de la mía.

Ben esperó. La mirada de Questor Thews se dirigió a la armadura vacía y luego recorrió la capilla con más detenimiento. Parecía absorto en sus meditaciones. El silencio adquiría más profundidad con el transcurso de los segundos y el crepúsculo esparció sus sombras por la débil luz.

—Puedes empezar cuando quieras —gruñó Abernathy con impaciencia—. La cena se enfría en la mesa mientras estamos aquí.

—Me resulta difícil saber por dónde debo empezar —dijo Questor, volviéndose hacia Ben—. Eran otros tiempos, ¿sabéis? Han pasado veinte años. El viejo rey

gobernaba y el Paladín era su campeón, como había sido el campeón de los reyes de Landover desde que se estableció la monarquía. Nació de la magia, fue creado por las hadas como lo fue Landover, extraído de las nieblas de su mundo para que formase parte de éste. Jamás nadie vio su rostro. Siempre estaba embutido en la armadura que tiene delante, en metal de la cabeza a los pies, con la visera bajada y cerrada. Era un enigma para todos. Incluso a mi hermanastro le parecía un misterio sin solución.

Hizo una pausa.

—Landover es algo más que un mundo fronterizo al de las hadas, es la puerta al mundo de las hadas. Fue creado con ese propósito. Pero mientras que el mundo de las hadas es eterno y está en todas partes a la vez, Landover existe en un punto determinado del tiempo y el espacio. Se halla en el punto final de los túneles del tiempo que parte de todos los demás mundos. Algunos de ellos están más próximos que otros. Algunos mundos están a sólo un paso a través de las nieblas mientras que otros, como el suyo, exigen el recorrido de un túnel largo. Los mundos más próximos siempre han sido aquellos donde la magia era real y su uso generalizado. Sus habitantes eran con frecuencia descendientes de las criaturas del mundo de las hadas que emigraron, se extraviaron o fueron expulsadas. Cuando salían del mundo de las hadas no podían regresar a él. Pocas han sido felices en el exilio. La mayoría han tratado de buscar un modo de volver. Para todas, Landover ha sido siempre la llave.

—Espero que todo esto nos lleve a alguna parte —comentó Ben con cierto sarcasmo.

—Depende de lo lejos que queráis viajar —gruñó Abernathy.

Questor elevó los hombros, cruzando los brazos bajo sus ropas.

—El Paladín tenía encomendada la protección del rey, que a su vez tenía encomendada la del país. Era necesario ese protector. Existían, dentro y fuera de Landover, seres que habrían utilizado el país para sus propósitos si el rey y su protector hubiesen faltado. Pero la magia que lo protegía era formidable. No había nadie capaz de enfrentarse al Paladín.

Ben frunció el entrecejo, recelando.

—Questor, no irás a decir que...

—Os diré, gran señor, sólo lo que es —lo interrumpió el mago rápidamente—. Deseabais que os contase toda la historia, y voy a satisfaceros. Cuando el viejo rey murió y su hijo no ocupó el trono, aquellos que siempre habían estado esperando fuera comenzaron a merodear por las entradas. El Paladín se había ido, desapareció tras el viejo rey, y nadie pudo encontrar una forma de hacerle volver. Los meses transcurrieron hasta convertirse en años mientras el hijo crecía y hacía planes con mi hermanastro para abandonar el país. El trono seguía vacante, el Paladín ausente. Mi hermanastro usó toda su considerable magia en un intento de localizar al caballero errante, pero toda su magia, a pesar de ser mucha, no fue suficiente. El Paladín había

desaparecido y parecía improbable que regresara.

»Como es natural, eso animó a los merodeadores de las fronteras de Landover. Si el Paladín se había marchado definitivamente, si su magia se había debilitado, Landover podría estar a su alcance. Recordad, gran señor, que muchos estaban dispuestos a dar cuanto poseían por entrar en el mundo de las hadas. Mi hermanastro vio eso y supo que tendría que actuar con rapidez o Landover escaparía de su control.

El rostro de búho se tensó.

—De modo que trazó un plan. El trono del reino debía ser vendido a un comprador que habitara en un mundo muy distante, que se convertiría en rey de Landover y liberaría al hijo y a mi hermanastro de las leyes que los ligaban a él. Pero venderían el trono por un tiempo limitado; digamos, seis meses o un año. De ese modo, el trono revertiría en ellos y podrían volverlo a vender. Con ese procedimiento, incrementarían sus fortunas personales de forma constante, y eso le permitiría al hijo vivir donde eligiese y a mi hermanastro aumentar las posibilidades de conseguir poder en otros mundos. La dificultad estribaba en encontrar compradores decididos.

—¿Por eso contactó con Rosen's? —preguntó Ben.

—Al principio no. Empezó actuando como vendedor independiente. Sus compradores solían ser bastante indeseables, ricos pero con principios tan dudosos como los suyos. Con frecuencia eran hombres que necesitaban escapar temporalmente de su mundo. Landover era un refugio perfecto para ellos; podían jugar a ser reyes, vivir bastante bien con las comodidades de Plata Fina, y luego volver a su propio mundo cuando el período de pertenencia hubiese terminado.

—Criminales —susurró Ben—. Le enviaba criminales. —Movié la cabeza con incredulidad, luego alzó la vista—. ¿Y qué pasaba con los que venían y no querían irse? ¿No ocurrió nunca eso?

—Sí, ocurría de vez en cuando —reconoció Questor—. Pero yo me encargaba de que se marchasen a tiempo, tanto si estaban dispuestos a hacerlo como si no. Tenía magia suficiente para conseguirlo. —Frunció el entrecejo—. Aunque a veces me he preguntado qué haría mi hermanastro para lograr que le devolvieran el medallón esos delincuentes cuando ya estaban en sus hogares. La magia debía avisarle de su presencia, pero, ¿cómo sabría el lugar donde encontrarlos y cómo recuperaría el medallón...?

Dejó la frase inacabada y se encogió de hombros.

—No importa. El hecho es que durante cierto tiempo consiguió vender el reino por períodos limitados y hacer un buen negocio. Pero sus clientes eran imprevisibles, y el estado de las cosas en Landover estaba empeorando con esta sucesión de falsos reyes. Además, el dinero no llegaba con suficiente rapidez. Por eso decidió ofrecer el trono en venta definitiva, no a personas poco fiables como las que había tratado, sino al público en general. Contactó con Rosen's. Les dijo que estaba especializado en

proporcionar artefactos originales y servicios desacostumbrados. Los convenció de su eficacia localizando mediante su magia varios tesoros y curiosidades que se creían perdidos. Cuando fue aceptado como fuente legítima de tales ofertas, les ofreció la venta de Landover. Supongo que al principio no debieron de creerle, pero encontró un modo de convencerlos. Envió a uno de ellos para que lo comprobara.

Hizo un gesto feroz y sus ojos se entrecerraron.

—Pero había un detalle respecto a la venta que los directivos de Rosen's no sospecharon, gran señor. Mi hermanastro y el hijo del viejo rey no tenían intención de renunciar a algo tan valioso como el reino de Landover. Una condición previa al ofrecimiento les dio el control exclusivo de la selección de los compradores. Valiéndose de eso podrían vender el trono a alguien demasiado débil para soportarlo, para que revirtiese en ellos, permitiendo que volvieran a venderlo. Incluso podrían vender opciones preferentes, situando a quienes las adquirieran en cabeza de una lista imaginaria. En Rosen's nunca se conocerían sus criterios de selección. La dificultad no estaba ahora en encontrar clientes interesados, sino en encontrar clientes interesados que poseyesen medios para realizar la compra y les faltara carácter para sustentar la corona con éxito.

Ben enrojeció.

—¿Como yo, supongo?

El mago se encogió de hombros.

—Me preguntásteis antes cuántos reyes había habido en Landover desde la muerte del viejo rey. Ha habido más de treinta.

—Treinta y dos, para ser exactos —intervino Abernathy—. Dos el año en curso. Vos sois el tercero.

Ben le miró, asombrado.

—Dios Santo, ¿tantos?

Questor asintió.

—El plan de mi hermanastro ha funcionado a la perfección, hasta ahora. —Hizo una pausa—. Creo que ha cometido un error con vos.

—Yo en su lugar no tomaría en cuenta esa afirmación, gran señor —dijo Abernathy de inmediato—. Las cosas son más complicadas de lo que parecen. Cuéntale el resto, mago.

El rostro de búho se tensó.

—¡Lo haré si se me da la oportunidad! —Miró a Ben—. Este último plan era bueno, pero incluía dos posibilidades problemáticas. En primer lugar, era obvio para mi hermanastro que no todos los compradores carecerían del suficiente carácter para superar las dificultades del gobierno Landover. Aunque los entrevistase personalmente, podía equivocarse y elegir a uno que no retrocediera ante los desafíos que el reino ofrece. En tal caso, no recuperaría Landover para venderlo otra vez. La

segunda posibilidad era más seria. Cuanto más tiempo el reino languideciera por falta de un rey fuerte o por una sucesión de fracasos, más aumentaría la desorganización de los asuntos y más difícil sería el éxito para cualquier rey. Eso concordaba con sus deseos, pero implicaba dar más oportunidades para usurpar la corona a aquellos que merodean en el exterior, lo cual suponía un peligro importante.

Questor hizo una pausa.

—Así que encontró una solución para ambos problemas. Incitó a la Marca para que luchara por el trono.

Ben comenzó a imaginar lo que llegaría a continuación.

—La Marca gobierna Abaddon, el submundo que yace bajo Landover. Abaddon es un lugar demoníaco, un pozo negro de exilio para los peores de aquellos que fueron expulsados del mundo de las hadas desde el amanecer de los tiempos. Nada podría ser más apetecible para los demonios encerrados allí que regresar al mundo de las hadas, y el único camino pasa por Landover. Cuando mi hermanastro hizo que esa idea llegara a la Marca y éste se convenció de que el Paladín ya no era el protector de Landover, el señor de los demonios salió de Abaddon y se proclamó rey.

Las cejas del mago se unieron sobre sus viejos ojos penetrantes.

—Había una trampa en eso, sin duda, y mi hermanastro lo sabía. La Marca no podía ser verdaderamente rey mientras otro gobernase bajo la protección de la ley y la magia del medallón lo amparara. Sólo le era factible proclamarse rey y lanzar un desafío por el derecho. Así, al llegar el punto álgido de cada invierno, cuando los lindoazules pierden su color hasta quedarse blancos, la Marca viene a Landover y lanza su desafío al rey. Hasta el momento, ninguno lo ha aceptado.

—No me extraña —comentó Ben en voz baja—. Quisiera estar seguro de que lo he entendido todo, Questor. ¿En qué consiste tal desafío?

Las pobladas cejas se alzaron.

—Es una confrontación de fuerzas, gran señor.

—¿Se refiere a una justa con lanzas o algo así?

Abernathy le tocó el hombro.

—Se refiere a un combate a muerte con las armas que se elijan.

Se produjo un momento de silencio que pareció interminable. Ben aspiró profundamente.

—¿Eso es lo que me espera, una lucha a muerte con el demonio? —Sacudió la cabeza con incredulidad—. No me extraña que nadie permanezca mucho tiempo en el trono. Aunque lo desearan, aunque tuvieran intención de enderezar las cosas, tarde o temprano habrían de enfrentarse con la Marca. ¿Y qué conseguirían con intentarlo? —Se estaba enfureciendo de nuevo—. Así que eso es lo que espera de mí, ¿verdad, Questor? ¿Esperan que acepte un desafío que nadie aceptaría? ¿Para eso haría falta que perdiera el juicio!

La figura encorvada se balanceaba sobre sus pies.

—Quizás. Pero podría funcionar de otra forma con vos. Ninguno de los anteriores contó con ayuda. Después de veinte años de ausencia, el Paladín ha acudido dos veces en vuestro apoyo.

Ben se volvió hacia Abernathy.

—¿Me está diciendo la verdad? ¿El Paladín nunca se ha presentado para ayudar a otros?

Abernathy negó con la cabeza solemnemente.

—Nunca, gran señor. —Se aclaró la garganta—. Me duele admitirlo, pero el mago tiene razón. Creo que las cosas podrían ser distintas con vos.

—Pero yo no tengo ninguna relación con las apariciones del Paladín —insistió Ben—. No sé si he sido causa de su presencia. Sólo sé que estaba allí. Además, usted mismo dijo que no era más que un fantasma. De cualquier forma, me dio la impresión de que se hallaba en mal estado. La Marca parecía el más fuerte de los dos y en absoluto intimidado por ese campeón que tiene encomendada la protección del rey. Con franqueza, no puedo creer nada de esto. Ni siquiera sé hasta que punto lo entiendo. Retrocedamos un poco. Questor, su hermanastro Meeks vende el trono a un desconocido como yo por un precio elevado, escogiéndolo en función de su debilidad de carácter o de su falta de voluntad de permanencia. Y además, si se diera el caso de que su elección resultara errónea, tiene a la Marca preparada para impedir que se quede. Pero la Marca no puede ocupar el trono mientras otro posea el medallón. ¿Me equivoco? ¿Entonces en qué se beneficia la Marca? ¿Es que Meeks va a dejar de enviar candidatos mes tras mes y año tras año?

Questor asintió.

—Pero la Marca es un demonio, y los demonios tienen larga vida, gran señor. El tiempo pierde significado para quien puede permitirse esperar, y la Marca puede esperar mucho. Al final, mi hermanastro y el hijo del rey se cansarán del juego y habrán acumulado suficientes riquezas y poder para desinteresarse de la corona de Landover. Cuando eso ocurra, dejarán de molestarse por el asunto y abandonarán Landover a su destino.

—Ah —dijo Ben, comprendiendo—. Y cuando eso ocurra la Marca se adueñará de Landover por abandono.

—Esa es una posibilidad. La otra es que mientras tanto el demonio encuentre un modo de apoderarse del medallón. No puede quitárselo por la fuerza a quien lo porta pero, antes o después, alguno de los muchos reyes de Landover tendrá un descuido y lo perderá... o alguien aceptará el desafío de la Marca y será...

Ben alzó las manos.

—No lo diga. —Titubeó un momento—. ¿Y los otros merodeadores? ¿Los de los mundos fronterizos de Landover? ¿Qué están haciendo?

El mago se encogió de hombros.

—Todavía no son lo bastante fuertes para enfrentarse con la Marca y los demonios de Abaddon. Algún día quizás lo sean. Ahora, sólo el Paladín posee tal fuerza.

Ben frunció el entrecejo.

—Lo que continúo sin entender es la razón de que desapareciera tras la muerte del viejo rey. Si es verdaderamente el protector del país y del trono, ¿qué lo impulsó a desaparecer cuando se produjo un cambio de reyes? ¿Y qué ocurrió con las hadas? ¿No dijo usted que habían creado Landover como paso a su mundo? Entonces, ¿por qué no lo protegen?

Questor movió la cabeza sin responder. Abernathy también guardó silencio. Ben los observó durante un rato. Luego su mirada volvió a la armadura del estrado. Estaba deslustrada y oxidada, golpeada y arañada, algo semejante a la carrocería de un coche destinado al desguace. Eso era todo lo que quedaba del protector de Landover, del protector del rey. Avanzó hasta el reclinatorio y levantó la vista hacia la funda de metal. Era la que había visto entre las nieblas en el túnel del tiempo y después en el bosque que rodeaba al Corazón. ¿No había sido sólo parte de esas nieblas? Entonces no lo pensó, pero ahora estaba menos seguro. Aquél era un país de magia, no de ciencias exactas. Los sueños y las visiones podían parecer más reales que la propia realidad.

—Questor, usted llamó fantasma al Paladín —dijo al fin, sin volverse a mirarlo—. ¿Cómo puede ayudarme un fantasma?

No contestó en seguida.

—No siempre lo fue. Quizás necesita dejar de serlo.

—¿Se refiere a la vida de después de la muerte?

—Fue creado por la magia —respondió Questor con suavidad—. Quizás la vida y la muerte no tengan significado para él.

—¿Se le ocurre alguna idea sobre el procedimiento de averiguarlo?

—No.

—¿Alguna sugerencia para conseguir que vuelva?

—No.

—Me lo imaginaba. Todo lo que podemos hacer es esperar que se presente antes de que la Marca lance su próximo desafío y me convierta en el último de la larga línea de fracasos reales.

—Tenéis otro camino a elegir. Podéis usar el medallón. Él puede conducirnos de vuelta a vuestro mundo en cuanto lo decidáis. La Marca no puede deteneros. Con sólo desearlo, os encontraréis allí.

En los labios de Ben se dibujó una sonrisa irónica. Maravilloso. Con entrechocar tres veces los zapatos rojos diciendo «nada hay como el hogar», se encontraría de

regreso en Kansas. Maravilloso. Pero tenía que hacerlo dentro de las próximas veinticuatro horas, si no quería que se evaporara su millón de dólares. Y tanto si decidía hacerlo en ese plazo como si esperaba a que la Marca saliese de su pozo oscuro para enfrentarse a él, saldría corriendo, abandonando Landover tal y como había dicho: como el último de una larga línea de fracasos reales.

Su mandíbula se tensó. No le gustaba perder. No le gustaba rendirse.

Por otra parte, tampoco estaba interesado en morir.

—¿Cómo me habré metido en esto? —se preguntó en voz baja.

—¿Decíais algo? —quiso saber Questor.

Se apartó del estrado y de la armadura, y sus ojos buscaron las figuras del mago y el amanecer entre las sombras alargadas del crepúsculo.

—No —suspiró—. Sólo murmuraba.

Los otros asintieron sin palabras.

—Sólo pensaba en voz alta —insistió Ben.

Asintieron de nuevo.

—Sólo...

Los tres se contemplaron en silencio y ninguno dijo nada más.

Era casi de noche cuando salieron de la capilla y volvieron sobre sus pasos por los corredores y salas del castillo. Las lámparas sin humo esparcían su resplandor entre las sombras. El suelo y los muros desprendían calidez.

—¿Qué gana usted con todo esto? —le preguntó Ben al mago.

—¿Hummmmm?

La figura encorvada se giró.

—¿Tiene una comisión de los beneficios de las ventas del trono?

—¡Gran señor!

—Bueno, me dijo que ayudó a redactar el anuncio de venta, ¿verdad?

Questor estaba sofocado y nervioso.

—No he recibido ninguna parte del dinero generado por las ventas de Landover —le espetó.

Ben se encogió de hombros y miró a Abernathy. Pero por una vez el amanuense no hizo comentarios.

—Lo siento —se disculpó Ben—. Sólo me preguntaba por qué está involucrado en este asunto.

El otro hombre no dijo nada y Ben no incidió en el tema, aunque pensó en él mientras caminaban para acabar decidiendo que las ganancias de Questor eran la realización del mayor deseo de su vida: la posición y el título de mago de la corte. Su hermanastro le había brindado esa posibilidad y Questor, que había sido toda su vida un hombre sin rumbo definido, la había aprovechado.

¿No es ése también mi caso?, se preguntó de repente.

El pensamiento lo consternó. En primer lugar, ¿por qué había comprado el trono de Landover? No lo había hecho pensando que sería una versión de la Ciudad del Sol situada en otro mundo, donde poder retirarse, jugar al golf y meditar sobre la finalidad de la existencia del hombre. Lo había comprado para escapar de un mundo y una vida que carecían del estímulo del riesgo. Se hallaba tan a la deriva como había estado Questor Thews en otros tiempos. El reino de Landover le ofrecía un rumbo y un desafío.

Entonces, ¿cuál era el problema?

En realidad, lo que le preocupaba era que ese desafío pudiera matarlo, literalmente. Aquello no era un tribunal de justicia con su juez, su jurado y sus reglas. Era un campo de batalla con armaduras, escudos, lanzas... y una sola regla: la supervivencia del mejor. Era un rey sin corte, sin ejército, sin tesoro y sin súbditos interesados en obedecer a un soberano que se negaban a reconocer. Era un rey con un castillo que se convertía en polvo poco a poco, cuatro asistentes sacados de un cuento de los hermanos Grimm y un fantasma del siglo diecinueve como protector. Puede que no estuviese buscando una Ciudad del Sol, pero tampoco algo como aquello. ¿O sí?

Siguió dándole vueltas al asunto cuando llegó la cena.

Cenó en el gran comedor con Questor, Abernathy y los dos kobolds. Habría comido solo de no haber insistido en que los otros lo acompañasen. Ahora eran sirvientes del rey de Landover, había puntualizado Questor, y los sirvientes no compartían la mesa con su señor, a menos que fuesen invitados. Ben anunció su invitación permanente para todos hasta nuevas órdenes.

La cena fue menos ceremoniosa que la anterior. Hubo velas y elegante vajilla de porcelana. La comida fue excelente, y nadie se sintió obligado a esmerarse en su servicio. La conversación se mantuvo bajo mínimas. Juanete y Chirivía comieron en silencio, mientras Questor y Abernathy sólo intercambiaron breves comentarios irónicos sobre los hábitos alimenticios de los hombres y de los perros. Ben probó todo lo que había en el mesa, más hambriento de lo que lógicamente debería estar, cuidadoso con el vino y sumido en sus pensamientos. Nadie hizo comentarios sobre la coronación. Nadie mencionó a la Marca ni al Paladín.

Fue todo muy civilizado, y también interminable.

Al final, Ben despidió a todos de la mesa y se quedó solo, sentado a la luz de las velas. Sus pensamientos permanecían ocupados por Landover. ¿Debía permanecer allí o marcharse? ¿Qué consistencia tenía el muro de problemas irresolubles contra el que se golpeaba la cabeza? ¿Qué sentido tenía para él continuar haciéndolo?

¿Cuántos camellos podrían pasar por el ojo de una aguja?

Las respuestas a todas esas preguntas se le escapaban. Se fue a la cama persiguiéndolas.

A la mañana siguiente se despertó poco después de la salida del sol, se lavó en una palangana que había en el dormitorio, se puso el chandal y las Nike, y atravesó los corredores de Plata Fina en dirección a la entrada principal. Trató de no producir ruidos en su desplazamiento, pero Abernathy debió de oírlo puesto que lo estaba esperando en el rastrillo de la entrada.

—¿Deseáis desayunar, gran señor? —preguntó, bajando las gafas sobre su peluda nariz para mirarlo por encima.

Ben negó con la cabeza.

—Todavía no. Primero quiero correr.

—¿Correr?

—Sí, correr. Siempre he corrido hasta que vine a Landover y lo preciso. También tengo necesidad de los ejercicios que hacía en el gimnasio de Northside, de las prácticas de lucha y rapidez, y del entrenamiento en solitario con saco. Boxeo, lo llamamos. Supongo que eso no significa nada para ti.

—Es cierto que los perros no boxean —contestó Abernathy—. Pero sí corren. ¿Por dónde pensáis correr esta mañana, gran señor?

Ben dudó.

—Todavía no lo sé. Probablemente por los alrededores del valle donde da el sol.

Abernathy asintió.

—Enviaré a alguien para que os acompañe.

Ben hizo un gesto de rechazo.

—No lo necesito, gracias.

El perro lo miró un instante.

—Yo, no estaría tan seguro —dijo antes de volverse y empezar a caminar hacia el fondo del vestíbulo.

Ben lo contempló mientras se alejaba. Después se dirigió con paso rápido a donde se encontraba el deslizador del lago, atravesando la verja y las grandes puertas. Subió a él y sus pensamientos hicieron que la embarcación se desplazara a gran velocidad por las aguas grises. No era necesario ir siempre acompañado a todas partes, pensó con tozudez. No era un niño desvalido.

Aseguró el deslizador en la otra orilla, bajó y comenzó a correr en la penumbra; primero por la ladera del valle, luego empezó a ascender. Cuando llegó al reborde, giró a la izquierda y siguió bordeando el bosque. Bajo él, yacía el valle envuelto en sombras. Arriba, la pálida luz dorada del sol bañaba el nuevo día a través de los jirones de niebla.

Corría sin esforzarse, sintiendo las suaves pisadas de sus zapatos deportivos sobre la tierra húmeda. Su mente estaba despejada y alerta, y sus músculos fuertes. No se había encontrado tan bien desde que llegó a Landover, y eso lo llenaba de

satisfacción. Los árboles se deslizaban con rapidez a ambos lados, y la tierra pasaba suavemente debajo. Aspiró el aire y dejó que su cuerpo fuera relajándose.

Aún tenía planteados los dilemas de la noche anterior y buscaba las soluciones adecuadas. Se estaba iniciando el último día del plazo convenido para la rescisión del contrato. Si no se decidía en su transcurso, perdería el millón de dólares pagados. También se hallaba en juego su vida, aunque Questor Thews había asegurado que el medallón lo llevaría de vuelta a su mundo en cualquier momento que él lo deseara. De todas formas, la alternativa era clara. Quedarse e intentar resolver la gran cantidad de problemas que tenía el reino de Landover, arriesgándose a un enfrentamiento con la Marca y perder el millón de dólares, o regresar a su mundo y a su antigua vida, admitiendo que la compra era el timo que Miles había anunciado, y recuperar la mayor parte del millón de dólares que pagó. Ninguna de las opciones era para entusiasmarse. Ninguna de las opciones ofrecía mucha esperanza.

Su respiración se aceleró, sintiendo que el esfuerzo de la carrera comenzaba a afectar a sus músculos placenteramente. Se forzó más, incrementando un poco la rapidez de la marcha, tratando de superar la barrera de su resistencia. Sus ojos captaron el rápido paso de algo oscuro, de algo que se movía en el bosque. Aguzó la vista en su búsqueda. No había nada más que árboles. Siguió adelante. Debía haberlo imaginado.

Pensó de nuevo en el Paladín, el caballero errante del reino. Presentía de algún modo que el Paladín era la clave de todos los problemas del trono de Landover. Era demasiada coincidencia que, al morir el viejo rey, el Paladín desapareciera y todo empezara a funcionar mal en Landover. Había una conexión entre esos tres hechos que necesitaba comprender. Podría llegar a conseguirlo si, como pensaba Questor, el Paladín había aparecido dos veces debido a su presencia. Quizás pudiera encontrar un modo de hacer que el Paladín regresara por tercera vez, y descubrir si en realidad era un fantasma.

El sol fue ascendiendo mientras él corría, y casi estaba mediada la mañana cuando empezó a bajar la pendiente del valle hacia el deslizador del lago. Dos veces más le pareció ver algo moviéndose entre los árboles, pero en ninguna de las dos distinguió nada al mirar con más atención. Recordó la velada advertencia de Abernathy, pero le restó importancia. También había gente que te prevenía sin cesar contra los peligros de las calles de Chicago, pero no es posible pasarse la vida metido en un fanal.

Meditó sobre aquello mientras el deslizador del lago volvía a Plata Fina. La vida estaba llena de riesgos. La vida tenía que vivirse así, porque en otro caso, ¿qué sentido tenía? Controlar los riesgos era importante, por supuesto, pero aceptarlos era necesario. Siempre había tratado de hacérselo comprender a Miles. A veces se hacen cosas porque se consideran justas. A veces se hacen cosas porque...

Recordó de repente las caras de los campesinos, los pastores y sus familias, los cazadores y el mendigo que había viajado hasta el Corazón para asistir a su coronación. Había en ellas una especie de esperanza desesperanzada, como si quisieran creer que él podía ser rey. Eran muy pocos, desde luego, y a él difícilmente se le podría responsabilizar de ellos, pero...

Su pensamiento se interrumpió con la llegada del deslizador del lago a la orilla, frente a la entrada principal del castillo. Se puso en pie con lentitud y, recuperando sus pensamientos, se dejó absorber por ellos. Apenas fue consciente de que Abernathy le aguardaba en la sombra del pórtico.

—¿El desayuno, gran señor?

—¿Qué? —preguntó Ben, sobresaltándose—. Oh, sí, eso estaría bien. —Salió de la embarcación y se dirigió al castillo—. Y envíame a Questor lo antes que puedas.

—Sí, gran señor. —El perro le siguió, con un golpeteo de pezuñas contra la piedra—. ¿Habéis disfrutado de la carrera?

—Sí, mucho. Siento no haber esperado, pero no creí necesario que alguien me acompañase.

Hubo un momento de silencio. Ben se dio cuenta de que el perro miraba de vez en cuando hacia atrás.

—Creo que debo deciros, gran señor, que Juanete os ha escoltado durante el paseo. Lo envié para seguridad.

Ben trató de sonreír.

—Me pareció ver algo. Pero su presencia no era imprescindible, ¿verdad?

Abernathy se encogió de hombros.

—Eso depende de la habilidad que poseáis para libraros del lobo montés, la criatura cavernícola y el wump de pantano con que os acechaban en espera de la ocasión de convertiros en su desayuno. —Giró por un pasillo adyacente—. Y hablando de desayuno, el vuestro está esperando en el comedor. Enviaré al mago.

Ben lo siguió con la mirada. ¿Wump de pantano? ¿Criatura cavernícola? De pronto el sudor inundó su frente. ¡Cielo santo, no había visto ni oído nada! ¿Sería una broma de Abernathy?

Se detuvo un momento y luego se apresuró. No le parecía que Abernathy perteneciera a la clase de gente capaz de gastar bromas semejantes. Por lo visto había estado en peligro sin saberlo.

Desayunó solo. Chirivía se lo sirvió y abandonó la estancia. Abernathy no reapareció. En un momento, mientras comía, vio a Juanete de pie entre las sombras de una de las entradas laterales. El kobold sonrió mostrando todos sus dientes, que eran como púas blancas, y desapareció. Ben no correspondió a su sonrisa.

Casi había terminado cuando entró el mago. Apartó el plato y le dijo que se sentara con él.

—Questor, quiero saber exactamente cómo están las cosas ahora, comparadas con la situación en que se encontraban en vida del viejo rey. Quiero saber lo que funcionaba entonces y lo que no funciona ahora. Quiero averiguar qué debe hacerse para que todo vuelva a su estado anterior.

Questor Thews asintió con lentitud, juntando las cejas sobre sus ojos penetrantes. Cruzó las manos sobre la mesa.

—Lo intentaré, gran señor, aunque algunas cosas pueden escapar de mi apresurada relación. Algunas ya las conocéis. Había un ejército al servicio del rey de Landover, que ha desaparecido. Había una corte con sirvientes, y sólo quedamos Abernathy, Chirivía, Juanete y yo. Había un tesoro, del que no queda nada. Había un sistema tributario y ofrendas anuales, que no existen ya. Había unas leyes en vigor, que ahora son ignoradas o sólo cumplidas en parte. Había acuerdos, alianzas y pactos de entendimiento entre los pueblos del país, en su mayoría ya caducados o repudiados abiertamente.

—Deténgase ahí. —Ben se frotó la mejilla, pensativo. —¿Quién entre los súbditos del rey continúa aliado con quién en este momento?

—Nadie está aliado con nadie. Humanos, semihumanos, criaturas fantásticas... nadie confía en nadie.

Ben frunció el entrecejo.

—Y a nadie le sirve de gran cosa el rey, ¿no es cierto? No, no se moleste en contestar. Puedo hacerlo sin ayuda. —Se detuvo un momento—. ¿Alguno de ellos es lo bastante fuerte para oponerse a la Marca?

El mago dudó.

—Belladona, quizás. Su magia es muy poderosa. Pero incluso ella tendría dificultades para sobrevivir a un duelo con la Marca. Sólo el Paladín tiene la fuerza suficiente para vencer al demonio.

—¿Y si todos se uniesen?

Questor Thews tardó un poco más en responder.

—Sí, en ese caso la Marca y sus demonios podrían ser desafiados con éxito.

—Pero primero haría falta que alguien los uniese.

—Sí, haría falta.

—El rey de Landover podría ser ese alguien.

—Sí, podría.

—Mas, en este momento, el rey de Landover ni siquiera puede reunir una multitud para su coronación, ¿verdad?

Questor no dijo nada. Ambos se observaron a través de la mesa.

—Questor, ¿qué es un wump de pantano? —preguntó al fin Ben.

El mago frunció el entrecejo.

—¿Un wump de pantano, gran señor? —Ben asintió—. Un wump de pantano es

una variedad de criatura del bosque, un ser espinoso y carnívoro que se esconde en las tierras pantanosas y paraliza a sus víctimas con la lengua.

—¿Caza en las primeras horas de la mañana?

—Así es.

—¿Caza humanos?

—Puede hacerlo. Gran señor, ¿qué...?

—Y Juanete, ¿podría vencer a uno de esos wumps de pantano?

Questor se tragó el resto de la pregunta que había iniciado. Su rostro de búho se contorsionó.

—Un kobold es un buen contrincante casi para cualquier ser vivo. Son luchadores feroces.

—¿Por qué Juanete y Chirivía continúan en Plata Fina cuando el resto del personal se ha ido?

El rostro de búho se contorsionó aún más.

—Están aquí porque se han comprometido a servir al trono y a su rey. Los kobolds no toman sus promesas a la ligera. Cuando hacen una, jamás la rompen. Así que mientras exista un rey en Landover, Juanete y Chirivía permanecerán aquí.

—¿Ésa es la misma razón para Abernathy?

—Sí. Está aquí por su voluntad.

—¿Y tú?

Hubo una larga pausa.

—Sí, gran señor, también sirve para mí.

Ben se retrepó en la silla. Guardó silencio durante un momento con los ojos fijos en Questor y los brazos cruzados. Parecía que escuchaba el susurro de los pensamientos del mago mientras ordenaba los propios.

Después sonrió con esfuerzo.

—He decidido continuar como rey de Landover

Questor Thews correspondió a su sonrisa.

—Está bien. —Parecía realmente satisfecho—. Siempre supe que lo haríais.

—¿De verás? —Ben rió—. Entonces sabía más que yo. He tomado la decisión ahora mismo.

—¿Puedo preguntaros qué os ha decidido?

La sonrisa desapareció del rostro de Ben. Vaciló, recordando en aquel momento a los pocos que habían acudido a presenciar su coronación. En realidad, no eran muy distintos de los clientes a quienes había jurado representar ni él era muy diferente del abogado que había prestado tal juramento. Quizás les debía algo, después de todo.

No se lo dijo a Questor. Se limitó a encogerse de hombros.

—He estado pensando en las consecuencias de mi decisión. Si me quedo, me costará un millón de dólares; admitiendo que pueda encontrar un modo de seguir

vivo. Si me voy, me costará mi propia estimación. Me gustaría creer que mi propia estimación vale un millón de dólares.

El mago asintió.

—Quizás sí.

—Además, no me gusta dejar las cosas a medias. Me exaspera pensar que Meeks me eligió porque esperaba que hiciera precisamente eso. Deseo con todas mis fuerzas destrozarse sus expectativas. En el mundo de donde vengo tenemos una máxima: no te enfurezcas, haz que lo pague. Cuanto más tiempo me quede, más posibilidades tendré de lograrlo. Valen la pena los riesgos que implica.

—Los riesgos son considerables.

—Lo sé. Y supongo que, exceptuándome a mí, nadie pensaría dos veces en asumirlos.

Questor reflexionó un momento.

—Es posible que no. Pero nadie más está en vuestros zapatos, gran señor.

Ben suspiró.

—Bueno, en cualquier caso, el asunto está decidido. Me quedo. —Se estiró lentamente—. Lo que tengo que hacer ahora es concentrarme en encontrar los caminos adecuados para controlar los problemas de Landover antes de que acaben conmigo.

Questor asintió.

—Y el primero de esos problemas es la repulsa de algunos súbditos del rey a reconocerse como tal. O de reconocerse a sí mismos como súbditos. Tenemos que lograr que prometan lealtad al trono.

El mago asintió de nuevo.

—¿Cómo conseguiréis eso?

—Todavía no lo sé. Pero hay algo que doy por seguro. Nadie va a venir a hacer esa promesa. Habrían asistido a la coronación, en caso de tener ese propósito. Como no lo hicieron, nosotros iremos en su busca dondequiera que estén.

Questor frunció el entrecejo.

—Tengo reservas respecto a ese plan, gran señor. Podría ser peligroso.

Ben se encogió de hombros.

—Quizás, pero no veo que tengamos muchas opciones en este asunto. —Se levantó—. ¿Le importaría sugerirme por dónde debo empezar?

Questor suspiró y se levantó también.

—Sugiero, gran señor, que empecemos por el principio.

SEÑORES DEL PRADO

Muchos habían prometido servir a los reyes de Landover, familias que durante generaciones lucharon en los ejércitos de los grandes señores y estuvieron junto a sus tronos. Muchos podían hablar con orgullo de su historia de servicios leales y fieles. Pero nadie había servido tan bien y durante tanto tiempo como los señores del Prado, y se aconsejó a Ben Holiday que acudiese a ellos en primer lugar.

—La nobleza de los barones se remonta a miles de años. En algunos data de la época en que se creó Landover —explicó Questor Thews—. Siempre han estado al lado del rey. Formaban la espina dorsal de su ejército, constituían el núcleo central de sus consejeros y su corte. Algunos llegaron a ser reyes de Landover, aunque no en los últimos cientos de años. Siempre eran los primeros en ofrecer sus servicios. Cuando el viejo rey murió, fueron los últimos en partir. Si deseáis algún apoyo, gran señor, deberéis obtenerlo de ellos.

Ben aceptó la sugerencia, aunque fue más una imposición que una sugerencia, y salió de Plata Fina al amanecer del día siguiente hacia las heredades de los barones campesinos; Questor Thews, Abernathy y los dos kobolds lo acompañaban. Ben, el mago y el amanuense iban a caballo porque el viaje era largo. Los kobolds podrían haber ido de la misma forma si lo hubieran deseado, pero los kobolds, en general, utilizaban poco los caballos, porque eran más rápidos y fuertes que el mejor caballo de carreras; por tanto, solían viajar a pie. Ben no tuvo problemas para entender eso. Además, los caballos se ponían nerviosos si los montaban los kobolds. Cualquier ser que fuese capaz de acabar con un lobo montés, una criatura cavernícola y un wump de pantano sin mucho esfuerzo, también lo ponía nervioso a él.

El grupo que partió aquella mañana tenía un aspecto peculiar. Questor iba delante, con su alta figura vestida de la forma llamativa acostumbrada caminando con indolencia por un campo de hierba grisácea que en otros tiempos había sido verde y destinada a pastos. Ben lo seguía sobre Espoleta, un alazán con una mancha blanca en forma de horquilla en las clavículas que le daba el nombre y propenso a asustarse por cualquier cosa y salir corriendo. Dos veces lo hizo montándolo Ben, que se aferró con todas sus fuerzas temiendo por su vida. Después del segundo incidente, Questor le golpeó con fuerza el hocico y lo amenazó, utilizando el lenguaje del animal, con recurrir a la magia. Esto pareció calmar a Espoleta. Seguía Abernathy sobre un bayo, portando el estandarte del rey con la figura del Paladín saliendo a caballo del castillo al amanecer, bordada en rojo sobre un fondo blanco. Era muy extraño ver a un terrier de pelo largo, con gafas y túnica, cabalgando y sosteniendo una bandera, pero Ben reprimió la sonrisa porque Abernathy no lo encontraba divertido en absoluto. Chirivía iba al final, tirando de varias cuerdas largas, que estaban atadas a otros tantos burros cargados con comida y ropas. Juanete se había adelantado por orden de Questor para

avisar a los barones de que el rey de Landover deseaba reunirse con ellos.

—No tendrán opción, se verán obligados a recibirlos —afirmó Questor—. Los dictados de la cortesía les prohíben cerrar las puertas a un señor cuya posición es igual o superior a la suya. Desde luego, también podrían recibirnos como a un simple viajero que busca refugio y comida, pero eso no sería digno tratándose del rey.

—Poco es indigno de mí en este momento —contestó Ben.

Cabalgaban entre la niebla y las sombras de las primeras horas de la mañana. Borearon la orilla del lago hasta donde ésta giraba hacia el este; entonces, se apartaron para trepar lentamente hacia el reborde del valle. Varias veces se volvió Ben Holiday a mirar la silueta de Plata Fina que se destacaba en el cielo del amanecer, austera y descolorida, con sus torres, almenas y muros devastados como si fuesen víctimas de alguna enfermedad sin nombre. Se sorprendió al descubrir que le disgustaba alejarse de él. Su apariencia podía recordar la del castillo de Drácula e incluso provocar repulsión, pero él había sentido su calidez y tomado contacto con la vida que lo animaba. Se había mostrado amable con él, acogiéndolo. Se dio cuenta de que deseaba poder hacer algo para ayudarle.

Encontró reconfortante pensar que tal vez lo conseguiría.

Después dejaron atrás el castillo, las nieblas y el valle al alejarse en dirección este por la tierra accidentada y boscosa que conducía al centro de Landover. Viajaron durante la mayor parte del día, deteniéndose una vez para comer y varias para un breve descanso. Al anochecer, tuvieron a la vista la amplia extensión de campos y cultivos que constituían el Prado.

Esa noche acamparon en un bosquecillo de abetos, sobre una loma que dominaba un llano cubierto de hierba destinada a pasto de ganado vacuno y cabras y un grupo de pequeños cobertizos y casas de madera unos kilómetros más al este. Ben desmontó, aliviado, del lomo de Espoleta cuando Questor indicó que se detuviesen. Hacía tiempo que no montaba a caballo. En realidad hacía casi veinte años. La última vez fue estando en la universidad. Ahora, en otro mundo y después de tanto tiempo, volvía a experimentar las consecuencias de una larga cabalgada. Su cuerpo estaba rígido, la tierra se movía a su alrededor cuando intentaba andar y persistía la sensación de que el caballo estaba aún entre sus piernas, a pesar de haber desmontado. Sabía que a la mañana siguiente estaría dolorido de los hombros para abajo.

—¿Podéis venir un momento, gran señor? —le preguntó Questor, haciéndole una seña.

Ben sintió deseos de estrangularlo por pedirle aquello, pero controló su irritación y avanzó hacia él.

Recorrieron sólo la corta distancia que los separaba del borde de la loma y se detuvieron con la vista puesta en las llanuras de debajo.

El brazo de Questor se extendió hacia el horizonte, como si quisiera abarcar todo el paisaje.

—El Prado, gran señor, las posesiones de las antiguas familias, las baronías de Landover. Sus dominios ocupan más de la mitad del reino. En el último cómputo había veinte familias, y esas veinte gobiernan toda la tierra, sus habitantes, sus aldeas y sus bienes; sometidas a la voluntad del rey, por supuesto.

—Por supuesto. —Ben siguió contemplando el valle—. Dijo veinte familias en el último cómputo. ¿Qué significa en el último cómputo?

El mago se encogió de hombros.

—Las familias se funden por medio del matrimonio. Otras aceptan la protección de familias más fuertes. Otras se extinguen, con un poco de ayuda a veces.

Ben lo miró de reojo.

—Maravilloso. Deduzco que no se llevan muy bien entre ellos.

—Regular. Unidos bajo el viejo rey, estaban menos dispuestos a aprovecharse unos de otros. Divididos por la falta de monarca, se han vuelto recelosos e intrigantes.

—Una circunstancia que debería trabajar en mi favor, ¿no le parece?

El rostro de búho se volvió hacia él.

—Es posible.

Ben asintió.

—Existe también la posibilidad de que sus recelos e intrigas se dirijan contra mí.

Questor hizo chasquear la lengua.

—Yo estaré con vos, gran señor. Además, no es probable que pierdan su tiempo y esfuerzo en tratar de deshacerse de un rey que consideran esencialmente inútil. Después de todo, se negaron a asistir a vuestra coronación.

—Es usted un torrente de sabiduría —dijo Ben con sequedad—. ¿Qué haría yo sin su apoyo?

—Oh, eso forma parte de mis servicios al trono.

Questor no había captado la ironía o había decidido ignorarla.

—Bueno, ¿pues qué más debo saber?

—Nada más. —Se volvió hacia él—. En tiempos mejores, estas tierras eran fértiles, los bienes abundantes, y había siervos voluntarios suficientes para formar una docena de ejércitos que sirviesen al rey de Landover. Las cosas han cambiado, como veréis en el viaje de mañana. Pero lo que se ha torcido puede enderezarse, si encontráis un modo de conseguir la lealtad de los señores del Prado.

Miró a lo lejos una vez más, dio media vuelta y se dirigió al campamento. Ben observó su marcha y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Lo intentaré —murmuró.

Tardaron una hora más de las necesarias en instalar el campamento. Debían alzarse las tiendas y Questor tomó la iniciativa de ayudar en la operación con el

empleo de su magia. Las tiendas se inflaron como globos y flotaron hacia arriba, posándose en las copas de los árboles. Se requirió toda la notable habilidad atlética de Chirivía para volver a bajarlas. Los caballos se soltaron de sus ataduras cuando Abernathy ladró (para su vergüenza) al ver al gato de una granja que andaba perdido, y pasó una hora más hasta que lograron atraparlos y devolverlos al campamento. Después de que las provisiones fueran descargadas y los estandartes del rey colocados, dieron de comer y beber a los animales e instalaron los lechos para dormir; todo sin el menor incidente.

La cena, sin embargo, fue un desastre. Había estofado de buey con verduras que olía muy bien mientras se cocinaba, pero perdió su aroma después de que Questor tratara de avivar el fuego, creando un infierno en miniatura que dejó a la marmita y su contenido negros y carbonizados. El fruto de los lindoazules era moderadamente satisfactorio, pero Ben hubiese preferido al menos un plato de estofado. Questor y Abernathy discutieron sobre el comportamiento de los hombres y de los perros, y Chirivía siseó hacia ambos. Ben empezó a considerar la conveniencia de anular la invitación de que lo acompañaran en las comidas.

Era casi la hora de dormir cuando Juanete regresó de su viaje al Prado para anunciarles que los barones estarían esperando para recibir al nuevo rey de Landover a su llegada a Rhyndweir. Ben no sabía qué era Rhyndweir y tampoco le importaba. Estaba demasiado cansado y hambriento. Se fue a dormir sin preocuparse de aquello.

Llegaron a Rhyndweir a media tarde del día siguiente, y Ben tuvo la oportunidad de ver lo que era. Rhyndweir era un castillo enorme e irregular asentado sobre una amplia meseta en la conjunción de dos ríos. Las torres y los parapetos se elevaban más de cuarenta metros sobre los muros de las fortalezas para lancear el azul neblinoso del cielo de la tarde. Desde el amanecer habían estado atravesando el Prado en dirección este, siguiendo los caminos laberínticos que serpenteaban por las tierras bajas del valle, atravesando aldeas, granjas y cobertizos para el ganado. Dos veces habían divisado los muros de un castillo situado lejos de donde se hallaban, irreales como espejismos bajo el resplandor del sol de Landover. Pero ninguno era tan grande y asombroso como Rhyndweir.

Ben movió la cabeza. Plata Fina salía malparado de la comparación y le dolió pensar en él.

Las casas y aldeas de la gente común del Prado tampoco resultaban favorecidas en la comparación. Los campos parecían desolados y los cultivos afectados por diversas clases de plagas. Las cabañas y chozas de los granjeros y pastores estaban descuidadas, como si sus propietarios no se preocupasen de ellas. Las tiendas y puestos de las aldeas estaban mugrientos y desgastados. Todo parecía estar desmoronándose. Questor asintió, confirmando la expresión de Ben. Los señores del

Prado pasaban demasiado tiempo peleándose entre sí.

Ben devolvió su atención a Rhyndweir. Observó el castillo en silencio mientras se aproximaba con sus compañeros por un camino que corría paralelo al más septentrional de los ríos. Varias tiendas y cabañas se alineaban en la unión de los ríos bajo la extensa sombra del castillo, cerca de sus puertas. Los siervos los miraron con curiosidad cuando cruzaron un puente de madera que daba acceso al castillo, con sus utensilios bajos y sus cabezas alzadas en silenciosa contemplación. Muchos tenían la misma mirada cansada pero expectante de los que acudieron al Corazón.

—Durante veinte años no han visto a un rey de Landover dirigiéndose al castillo de sus amos —dijo Questor con voz suave—. Vos sois el primero.

—¿Nadie más ha hecho el esfuerzo? —preguntó Ben.

—Nadie —contestó el mago.

Los cascos de sus caballos resonaron sobre los tablones del puente y repiquetearon con suavidad en la tierra polvorienta. Delante, el camino ascendía hacia los muros del castillo y las puertas abiertas. Los pendones ondeaban en los parapetos, sedas brillantes aleteando en el viento. Había banderas colgadas de sus astas sobre las puertas y heraldos que avanzaron para tocar sus trompetas en tonos agudos que rompieron la quietud de la tarde. A ambos lados del camino de entrada se alineaban caballeros montados que formaban la guardia de honor, con sus lanzas alzadas a modo de saludo.

—Eso me parece excesivo, dada su actitud respecto a la coronación, ¿no cree? —murmuró Ben.

Tenía la misma sensación de vacío en el estómago que siempre experimentaba en sus intervenciones importantes en los tribunales.

El rostro de Questor estaba contorsionado.

—Sí, parece un poco excesivo.

—En mi mundo, cuando la gente se muestra demasiado amable es mejor cubrirse las espaldas.

—Vos no corréis ningún peligro, gran señor —respondió el mago rápidamente.

Ben sonrió y no hizo comentarios. Habían llegado a las puertas, tras pasar por el corredor formado por la guardia de honor. El estridente sonido de las trompetas aún resonaba en el valle. Ben hizo un recuento rápido. Había al menos un centenar de caballeros en la guardia. Las armaduras y las armas resplandecían. Los yelmos provistos de visera miraban al frente. Los caballeros eran estatuas de hierro que se mantenían en su lugar sin hacer el menor movimiento. Ben iba erguido sobre su montura. Cada músculo de su cuerpo le dolía por la marcha del día anterior, pero no se permitió mostrarlo. Aquello no era una recepción, sino una demostración de fuerza. Aparentemente se trataba de comprobar quién impresionaba a quién. Se volvió para mirar a su pequeño séquito y deseó poder contar con algo más.

Penetraron en la penumbra de la entrada entre los altísimos muros y bajo las grandes banderas cruzadas. En el patio aguardaba una delegación, un grupo de hombres en pie, en traje de ceremonia y enojados.

—Los señores del Prado —le susurró Questor—. El más alto, el que los precede, es Kallendbor, el propietario de Rhyndweir. Su hacienda es la mayor, y su poder más fuerte que el de los demás señores. Él tomará la iniciativa en lo que va a suceder.

Ben asintió con un gesto. Había olvidado el dolor de su cuerpo y su estómago se había asentado. Estaba reflexionando sobre lo que iba a decir, como si fuese a presentar un caso en los tribunales. Suponía que, en cierto modo, era algo parecido. Iba a resultar interesante.

Questor hizo que el grupo se detuviese a una decena de metros de los señores reunidos y miró a Ben. Ambos desmontaron. Los pajes se adelantaron para tomar las riendas de sus caballos. Abernathy siguió sobre el suyo, con la bandera del rey colgando en su asta. Chirivía y Juanete estaban de pie, uno a cada lado, encogidos y expectantes. Nadie parecía sentirse cómodo.

Kallendbor se destacó del grupo de barones y fue a su encuentro. Ignorando a Ben, se dirigió a Questor a quien saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Bienvenido, Questor Thews —dijo—. Veo que has traído a nuestro nuevo rey de visita.

Ben se colocó ante el mago de inmediato.

—Fue decisión mía venir aquí, barón Kallendbor. Pensé que sería más rápido que esperar a que me visitasen.

Hubo un momento de silencio mientras los dos se contemplaban. Los ojos de Kallendbor se estrecharon ligeramente, pero su rostro permaneció impassible. Era varios centímetros más alto que Ben y unos diez kilos más pesado. Tenía el cabello y la barba rojizos y fuerte musculatura. Se mantenía erguido, dando la impresión de mirar por encima de Ben.

—Las coronaciones son tan frecuentes en Landover últimamente que es difícil asistir a todas —dijo con sarcasmo.

—Espero que a partir de ahora se produzca un brusco descenso —contestó Ben—. La mía será la última durante cierto tiempo.

—¿Ah sí? ¿La última? —Sonrió sardónicamente—. Puede ser un propósito difícil de conseguir.

—Quizás. Pero, de todas formas, lo intentaré. Por favor, trate de comprender, Kallendbor. Yo no soy como los otros que llegaron a Landover y se marcharon ante el primer problema. He venido para ser rey, y lo seré.

—La compra de una corona no hace necesariamente a un rey —murmuró alguien del grupo que estaba detrás de Kallendbor.

—Ni el haber nacido en una determinada familia hace necesariamente a un señor

—respondió Ben al instante—. Ni la compra de una hacienda, ni las alianzas matrimoniales, ni el robo mediante engaño, ni la conquista por las armas, ni una docena de otros procedimientos y artimañas utilizados desde el amanecer de los tiempos. Nada de eso hace señores o reyes. Las leyes son quienes otorgan coronas y baronías, para que haya cierto orden en la vida. Sus leyes, señores del Prado, me han hecho rey de Landover.

—Leyes antiguas en cuya redacción nosotros no intervinimos —gruñó Kallendbor.

—Pero a las que están sometidos —respondió Ben.

Se produjo un rápido murmullo de voces airadas, y algunas miradas furiosas. Kallendbor fijó la vista en él, sin hablar, como midiéndolo. Después hizo una reverencia, conservando el rostro inexpresivo.

—Habéis demostrado tener iniciativa al venir aquí a reuniros con nosotros, gran señor. Seáis pues bienvenido. No hay necesidad de continuar de pie en este patio. Entremos al salón y compartamos la cena. Baños primero, si os place. Parecéis cansado, ¿os gustaría reposar un poco? Vuestras habitaciones están preparadas. Hablaremos más tarde.

Ben asintió, hizo una señal a sus acompañantes y juntos siguieron a los señores del Prado a través del patio y el gran salón que comunicaba con él. La luz penetraba por ventanas altas y arqueadas, provistas de cristales y rejas, llenándolo todo, proporcionando al castillo una atmósfera brillante y fresca.

Ben se acercó a Questor.

—¿Cómo cree que están las cosas?

—Han accedido a hospedarnos —susurró el mago—. Es más de lo que esperaba de ellos.

—¿De veras? ¡Eso no es lo que dijo!

—Ya lo sé. Pero no me pareció oportuno preocuparos.

Ben lo miró con fijeza un momento, luego movió la cabeza.

—No cesa de maravillarme, Questor.

—¿Hummmm?

—Nunca. ¿Hasta qué punto podemos confiar en esta gente?

El mago siguió adelante, sonriendo.

—Yo no me fiaría mucho, y mantendría mis cinco sentidos alerta en la cena, si fuese vos.

Lo que siguió fue un rato de descanso y relajación en las habitaciones destinadas al rey de Landover y su séquito. Había dormitorios para todos, baños con agua caliente y suaves jabones, ropas limpias y botellas de vino. Ben hizo uso de todo, menos del vino. Sus experiencias con él no habían sido demasiado gratas. Además, no confiaba en Kallendbor y los otros barones más que Questor, y quería mantener la

mente clara para cuando llegase el momento de exponer su caso. Dejó el vino sin abrir sobre la bandeja y advirtió que los otros también lo habían hecho.

A la llegada del crepúsculo, les avisaron para la cena. Fue una comida suntuosa servida en el gran salón del castillo en una larga mesa colmada de viandas y docenas de botellas de vino. Ben volvió a abstenerse de la bebida. Empezaba a sentirse paranoide al respecto, pero no podía evitarlo. Se sentó en el centro de la larga mesa con Kallendbor a su derecha y un barón llamado Strehan a su izquierda. Questor había sido situado en un extremo, Abernathy y los kobolds en otra mesa más pequeña. Ben comprendió en seguida que lo habían aislado deliberadamente. Pensó en poner objeciones a su colocación, pero luego decidió dejar pasar el asunto. Tarde o temprano, sería sometido a prueba, y ésta podía iniciarse allí. Era importante que convenciera a los señores del Prado de que él era capaz de afrontarla solo.

La conversación fue amable, pero mínima, durante la primera parte de la comida, y sólo después de que el plato principal, consistente en cerdo asado y faisán, estuvo casi acabado, se volvió a abordar el tema del reino. Ben estaba preguntándose si los señores del Prado comían siempre tan opíparamente o si aquello era un esfuerzo deliberado para impresionarle, cuando Kallendbor habló.

—Pareéis un hombre decidido, gran señor —lo halagó, mientras levantaba el vaso en saludo.

Ben asintió, pero dejó su vaso sobre la mesa.

Kallendbor bebió y colocó el vaso con cuidado ante sí.

—No envenenaríamos a un rey si deseáramos su muerte. Nos limitaríamos a esperar que la Marca acabara con él.

Ben sonrió, con expresión inocente.

—¿Es eso lo que han planeado para mí?

El curtido rostro se arrugó en muestra de diversión. Unas cicatrices blancas se destacaron sobre la piel bronceada.

—No hemos planeado nada malo contra vos. No hemos planeado nada en absoluto. Estamos aquí para enterarnos de lo que nos habéis planeado para nosotros, gran señor.

—Somos súbditos leales al trono, y siempre apoyamos al rey —añadió Strehan en el otro lado—. Pero en los últimos tiempos hemos tenido problemas para saber quién era el rey.

—Serviríamos con lealtad si pudiéramos asegurarnos de que el rey que solicita nuestros servicios es un verdadero rey no un rey falso que no tiene más intereses que los propios y desprecia los nuestros —continuó Kallendbor—. Desde la muerte del viejo rey y el exilio de su hijo, hemos estado sometidos a un aluvión de reyes que duraron meses, semanas, o incluso días, y se fueron antes de que pudiéramos aprender sus nombres. A nadie le interesa prometer lealtad a tales reyes.

—Sería una traición a los monarcas que han protegido el reino desde el comienzo de los tiempos —dijo Strehan—. ¿De qué serviría prometer lealtad a un rey que no puede hacer nada por nosotros?

Primer puyazo, pensó Ben, pero no respondió.

—Vos podríais ser otro de esos reyes —continuó Strehan.

Ben sonrió.

Strehan era un hombre de rostro delgado y anguloso, incluso más alto que Kallendbor.

—Pero no lo soy —respondió.

—Entonces debéis explicar cuáles son vuestros planes para nosotros, gran señor —insistió Kallendbor—. Debéis explicar cuáles son las ventajas que nos ofrecéis para que sepamos si hemos de prometeros lealtad.

Continúa, pensó Ben.

—Me parece que las ventajas de la promesa deberían ser obvias —contestó—. Un rey es una figura de autoridad central que gobierna toda la tierra. Proclama y hace cumplir las leyes que se aplican a todos por igual. Protege contra las injusticias que de otro modo se multiplicarían.

—¿En el Prado no hay injusticias! —le espetó Strehan.

—¿Ninguna? —Ben movió la cabeza con expresión de duda—. He llegado a comprender que incluso entre iguales hay siempre disensión; con bastante frecuencia, en ausencia de una autoridad central, toma forma violenta.

Kallendbor frunció el entrecejo.

—¿Creéis que hay querellas entre nosotros?

—¡Creo que, si se diera ese caso, podrían sentirse tentados a eliminarse unos a otros! —Ben dejó que el asombro se mostrara en sus rostros durante un momento, luego se inclinó hacia delante—. Centremos la cuestión. Ustedes necesitan un rey en Landover. Siempre ha habido un rey y siempre lo habrá. Es la forma de gobierno que el pueblo reconoce y las leyes apoyan. Si permiten que el trono siga vacante, o si continúan negándose a reconocer a quien lo ocupa por derecho, estarán arriesgándolo todo. Ésta es una tierra de gentes diversas y grandes problemas. Esos problemas necesitan soluciones y ustedes no pueden solucionarlos solos. Ustedes no se llevan bien entre sí desde que falta el viejo rey, y necesitan a alguien que lo reemplace. Yo soy el que necesitan, y les diré por qué.

Los demás comensales se habían ido callando a medida que la conversación entre Ben y los dos señores se hacía más acalorada, y ahora todos escuchaban. Ben se puso de pie lentamente.

—Vine aquí porque los señores del Prado han sido siempre los primeros en prometer lealtad al trono de Landover. Questor me lo dijo. Me dijo que debía empezar por aquí si deseaba reunir los cabos sueltos del reino. Y este reino es de

ustedes. El trono y las leyes promulgadas les pertenecen a ustedes y a todas las gentes de este valle. Han perdido ambas cosas y necesitan recuperarlas antes de que Landover se desmorone hasta un punto que haga imposible su reconstrucción. Yo puedo lograrlo. Puedo lograrlo porque vengo de un mundo diferente por completo. No tengo prejuicios que me coarten, ni obligaciones predeterminadas que cumplir, ni favoritos a quien deba complacer. Estoy habilitado para ser honesto y justo. Abandoné todo lo que tenía para venir aquí, así que pueden estar seguros de la honradez de mis intenciones. Tengo una experiencia en las leyes de mi país que me permitirá interpretar las suyas con ecuanimidad.

«Ustedes necesitan que esas leyes se cumplan, señores del Prado. Lo necesitan para conseguir una estabilidad en sus vidas sin tener que recurrir a las armas. La prosperidad se consigue con la fe y el apoyo mutuos, no con amenazas. Sé que no hay tranquilidad entre las haciendas. Sé que no hay tranquilidad entre las gentes de Landover. Y eso continuará hasta que accedan a respaldar al rey. La historia y la ley así lo requieren.

—Nos hemos arreglado bastante bien hasta ahora sin un rey que nos gobierne —intervino un barón, irritado.

—¿Está seguro? —Ben movió la cabeza—. No lo creo. El Deslustre que afecta a la vida en Plata Fina está también asolando el Prado. He visto el estado enfermizo de sus campos y los rostros insatisfechos de los siervos que trabajan allí. Todo el valle se está deteriorando. ¡Necesitan un rey! ¡Contémpense a sí mismos! Empiezan a sentirse incómodos los unos con los otros, puedo captarlo a pesar de ser un extranjero. Están amenazados por demonios y por seres que ambicionan esta tierra. Divididos, no lograrán resistir durante mucho tiempo, creo yo.

Otro se puso en pie.

—Incluso aunque fuera cierto lo que dice, ¿por qué debemos prometeros lealtad como gran señor? ¿Qué os hace pensar que podéis actuar mejor que vuestros predecesores?

—Mi autoconocimiento —Ben respiró profundamente y sus ojos se encontraron con los de Questor. —Porque soy más fuerte que ellos.

—Yo no quiero saber nada de esto —gruñó otro señor desde el lado opuesto de la mesa—. Una promesa de lealtad a vos nos enfrentaría con la Marca y los demonios que le sirven.

—Ya están en peligro —puntualizó Ben—. Si ningún rey se opone a la Marca, llegará un día a esta tierra y la reclamará para sí. Únanse a mí, para que juntos podamos detenerlo.

—¿Podremos? —Strehan fue ahora quien se levantó sobrepasando en altura a Ben—. ¿Qué esperanza tenemos, gran señor? ¿Habéis luchado contra demonios como la Marca? ¿Dónde están vuestras cicatrices de las batallas?

Ben enrojeció.

—Si estamos juntos...

—¡Si estamos juntos no será mejor que si estamos solos! —comentó secamente Strehan—. ¿De qué nos serviríais si carecéis de experiencia en la guerra? ¡Lo que nos estáis pidiendo es que demos nuestras vidas para defender la vuestra!

Varias voces se elevaron manifestando su acuerdo. Ben sintió que empezaba a perder el control de la situación.

—No pido a nadie que se arriesgue por mí —dijo—. Lo que pido es una alianza con el trono, la misma alianza que tenían con el viejo rey. Pediré esa alianza a todos los súbditos de Landover. Pero primero se la pido a ustedes.

—¡Muy bien expuesto, gran señor! Pero, ¿y si somos nosotros quienes os pedimos una alianza?

El que había hablado era Kallendbor. Se puso lentamente de pie junto a Ben, con una expresión dura en su rostro barbado. Strehan volvió a tomar asiento. Los otros señores guardaron silencio.

Ben le lanzó una rápida mirada a Questor en demanda de ayuda, observó la confusión reflejada en el rostro del mago y apartó la vista.

—¿A qué clase de alianza se refiere? —preguntó, volviéndose hacia Kallendbor.

—Un matrimonio —le contestó con naturalidad.

—¿Un matrimonio?

—El vuestro, gran señor. Con la hija de cualquier casa que elijáis. Tomad por esposa a alguna de nuestras hijas, una esposa que os dará hijos, una esposa que os ligará a nosotros con lazos de sangre. —Kallendbor esbozó una leve sonrisa—. Entonces os prometeremos lealtad. ¡Entonces os reconoceremos como rey de Landover!

Hubo un momento interminable de silencio. Ben se quedó tan asombrado que tardó en entender lo que se le pedía. Cuando lo consiguió, comprendió también la verdad que yacía tras aquello. Se le pedía que proporcionara a los señores del Prado un heredero legítimo al trono de Landover, alguien que pudiera gobernar después de él. Pensó que, una vez nacido, tal heredero no tendría que esperar mucho para ascender al trono.

—No puedo aceptar —dijo al fin. Vio con los ojos de su mente el rostro juvenil de Annie, y se avivó el dolor por su pérdida—. No puedo aceptar porque mi esposa murió hace poco tiempo y aún me siento incapaz de tomar otra.

Al instante, se dio cuenta de que ninguno de ellos comprendía lo que terminaba de decir. Miradas furiosas aparecieron en todos los rostros. Dedujo que en las baronías de Landover, como en las baronías medievales de su mundo, el matrimonio era una cuestión de conveniencia. No lo sabía, y ahora era demasiado tarde para averiguarlo. Había tomado una decisión equivocada según los criterios de los señores

del Prado.

—¡Ni siquiera es un verdadero hombre! —dijo despectivamente Kallendbor.

Otros señores gritaron aprobando esta afirmación.

Ben se mantuvo firme.

—Soy rey por derecho.

—¡Es un rey de comedia, como los otros! ¡Un fraude!

—¡Lleva el medallón, barón Kallendbor! —gritó Questor desde el otro extremo de la mesa, abandonando su asiento para acercarse.

—¡Puede que lo lleve, pero de poco le sirve! —El señor de la barba roja tenía sus ojos fijos en Ben. Los demás continuaban gritando. Kallendbor se dirigió a ellos, alzando la voz—. No tiene autoridad sobre el Paladín ¿verdad? No cuenta con ningún campeón que pueda luchar por él contra hombre o demonio. No tiene a nadie más que a ti, Questor Thews. ¡Será mejor que le consigas uno!

—¡No necesito que nadie me defienda! —Ben se interpuso entre Kallendbor y el mago que se aproximaba—. ¡Puedo defenderme contra cualquiera!

En el mismo instante en que lo dijo deseó no haberlo hecho. La habitación se quedó en silencio. Vio la sonrisa que se dibujó en el rostro duro de Kallendbor y el brillo de sus ojos.

—¿Os gustaría probar vuestra fuerza contra la mía, gran señor? —le preguntó con voz suave.

Ben sintió la humedad del sudor bajo los brazos y a lo largo de la espalda. Reconoció que se había metido en una trampa de la que no podría salir.

—Una confrontación de fuerzas no suele probar nada, barón Kallendbor —contestó, sosteniéndole la mirada.

La sonrisa de Kallendbor se hizo despectiva.

—Era de esperar que un hombre que sólo confía en las leyes para su protección diga eso.

Lo rabia inundó a Ben.

—De acuerdo. ¿Cómo sugiere que pruebe mi fuerza contra la suya?

—Gran señor, no puedo permitir... —comenzó a decir Questor, pero fue silenciado por los gritos de los que estaban reunidos alrededor de la mesa.

Kallendbor se mesó la barba lentamente.

—Bueno, hay un gran número de posibilidades, todas ellas...

Fue interrumpido por un brusco ladrido en el otro extremo de la mesa. Era Abernathy que, en su excitación por ser escuchado, había adoptado la forma de comunicación propia de su especie.

—Perdonadme —dijo al instante mientras las risitas sofocadas empezaban a aumentar—. Barón Kallendbor, parecéis haber olvidado la etiqueta que esta situación demanda. Habéis sido vos quien ha desafiado. Por tanto, su oponente tiene derecho a

elegir modo.

Kallendbor frunció el entrecejo.

—He supuesto que, perteneciendo a otro mundo, no conoce los duelos de éste.

—Sólo necesita conocer una variación de ellos —replicó Abernathy, observándolos por encima de sus gafas—. Disculpádmeme un momento, por favor.

Abandonó la mesa caminando erecto, con la cabeza alta. Las risas disimuladas se elevaron en el grupo de señores cuando el perro salió del salón. Ben dirigió una rápida mirada a Questor, que se encogió de hombros y movió la cabeza. El mago tampoco tenía idea de lo que pensaba hacer el amanuense.

Pasados unos momentos, Abernathy volvió con dos pares de guantes de boxeo; los que Ben había llevado a Landover para mantenerse en forma.

—Lucha a puñetazos, barón Kallendbor —anunció el terrier de pelo liso.

Kallendbor echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¿Lucha a puñetazos? ¿Con eso? ¡Preferiría usar los nudillos desnudos que esas fundas de cuero rellenas!

Abernathy colocó los guantes sobre la mesa entre los dos combatientes.

—Gran señor —dijo haciendo una reverencia—. Quizás sería mejor que perdonaseis el imprudente desafío del barón Kallendbor. No sería agradable verlo herido por su incapacidad para manejar las armas elegidas por vos.

—¡No! ¡No retiro el desafío!

Kallendbor cogió un par de guantes y comenzó a ponérselos. Strehan se volvió para ayudarlo.

Abernathy le alargó el segundo par a Ben.

—Es muy fuerte, gran señor. Tened cuidado.

—Creí que no sabías nada de boxeo —susurró Ben, poniéndose un guante. Questor apareció a su lado y le ayudó a atar los cordones—. ¿Cómo los encontraste?

—Yo fui el encargado de desempaquetar vuestras posesiones cuando llegasteis a Plata Fina —respondió Abernathy, dirigiendo a Ben lo que habría sido una sonrisa procediendo de otro—. Estos guantes estaban junto con una revista que mostraba cómo se usan. Miré las ilustraciones. Nuestros juegos se parecen mucho. Vos lo llamáis boxeo, nosotros lucha a puñetazos.

—¿Quién lo hubiera imaginado? —susurró Ben.

Kallendbor tenía los guantes puestos y estaba desnudo hasta la cintura. Ben contempló con impaciencia como Questor se afanaba. Los músculos sobresalían del torso y los brazos de Kallendbor y las cicatrices de heridas de mil batallas se entrecruzaban en su cuerpo. Parecía un gladiador de película de romanos.

Dejaron un espacio libre en el centro de la habitación, rodeado por los servidores del castillo y los señores del Prado. El espacio era un poco más grande que el doble de un cuadrilátero normal de boxeo.

—¿Alguna regla para este juego? —preguntó Ben, respirando profundamente para calmarse.

Questor asintió.

—Sólo una. El que siga en pie al final de la pelea será el ganador.

Ben golpeó un guante contra otro para comprobar la tirantez de los cordones.

—Ya está. Supongo que no me será difícil recordarlo.

Rodeó la mesa y entró en el improvisado cuadrilátero. Kallendbor le estaba esperando. Se detuvo un momento junto a la multitud, con Questor, Abernathy y los dos kobolds detrás de él.

—Bueno. ¿Qué le vamos a hacer?

—Yo os cuidaré, gran señor —susurró Questor apresuradamente.

Ben se volvió.

—Nada de magia, Questor.

—Pero, gran señor, vos no podéis...

—Nada de magia. Se lo repito.

El mago hizo una mueca y asintió de mala gana.

—El medallón os protegerá de todas formas —dijo, pero no parecía muy seguro respecto a eso.

Ben dejó atrás el asunto y se adentró en el cuadrilátero. Kallendbor avanzó hacia él al mismo tiempo, con las manos alzadas y los brazos abiertos como si pretendiera atraparlo. Ben le golpeó con la izquierda y se apartó de lado. El hombre grande se volvió, gruñendo, y Ben le golpeó una, dos y tres veces más. Los golpes eran fuertes y rápidos, haciendo que la cabeza de Kallendbor retrocediera. Ben se movía con una ágil danza, sintiendo que la adrenalina fluía por su cuerpo. Kallendbor rugió con furia y fue hacia él sacudiendo ambos brazos. Ben lo esquivó, recibiendo los golpes en los brazos y los hombros, luego se lanzó contra el cuerpo del otro y le asestó una serie de rápidos puñetazos, se apartó, golpeó y alcanzó la mandíbula de Kallendbor con un gancho de la derecha.

Éste cayó al suelo, con una expresión de asombro en el rostro. Ben se separó danzando. Oyó los gritos de ánimo de Questor y las exclamaciones y gritos de los señores del Prado. La sangre fluía por su cuerpo y le pareció que el corazón le latía en los oídos.

Kallendbor se puso en pie lentamente, con los ojos destellando de furia. Era tan fuerte como Abernathy le había advertido. No sería fácil vencerlo.

De nuevo se dirigió hacia Ben, esta vez con cautela, protegiéndose la cara con los puños. Los luchadores fintearon y golpearon moviéndose en círculo. El rostro barbudo de Kallendbor estaba sofocado y furioso. Golpeaba los guantes de Ben, buscando una abertura.

Entonces arremetió de repente. Fue rápido y cogió a Ben desprevenido. Los

golpes llovieron sobre él, atravesando su guardia, llegando a la cara. Éste se apartó danzando, devolviendo los golpes con sus puños. Pero Kallendbor no aflojaba. Arremetió contra Ben con una fuerza ciega, tirándolo al suelo. Trató de levantarse, pero los golpes salvajes de Kallendbor lo alcanzaron dos veces en el mismo lado de la cabeza y lo hicieron caer de nuevo.

Los gritos de los señores del Prado llegaron como un rugido a los oídos de Ben, y ante sus ojos se arremolinaban luces de colores. Kallendbor estaba de pie, inclinado sobre él, golpeándolo con ambas manos, y el olor del sudor llenaba el aire. Ben se alejó rodando hasta chocar con el anillo de espectadores. Unas manos lo empujaron en dirección contraria. Las botas y las rodillas de Kallendbor lo golpearon y sintió que el dolor le atravesaba el cuerpo. Se encogió formando una bola, apretando los guantes contra la cara y los antebrazos sobre el pecho.

Sintió la presión del medallón que llevaba colgado del cuello.

El dolor se estaba haciendo insoportable. Supo que iba a perder la conciencia si no hacía algo rápidamente. Se puso de rodillas, preparándose. Cuando Kallendbor le embistió de nuevo, se agarró a sus piernas, tiró de él para hacerle perder el equilibrio y lo tiró al suelo.

Ben logró ponerse en pie, sacudiendo la cabeza para librarse del aturdimiento, alzando los guantes ante su cara. Kallendbor se levantó también. El aire de su respiración siseaba al pasar entre los dientes. Una extraña luz había aparecido detrás del hombre grande y la multitud de espectadores, y parecía aumentar de intensidad por momentos. Ben sacudió la cabeza, tratando de concentrarse en el avance de Kallendbor. Pero los otros también habían advertido la presencia de la luz. Las cabezas comenzaron a girarse y la multitud a abrirse mientras la luz avanzaba hacia ellos. Había una figura dentro de la luz, un caballero de armadura abollada y vieja, con la visera del yelmo bajada.

Se percibía un audible jadeo en la multitud de señores y siervos.

El caballero era el Paladín.

Todos los reunidos fijaron sus ojos en él, y un murmullo se extendió en el súbito silencio mientras la figura resplandecía en la luz. Algunos cayeron de rodillas, gritando del mismo modo que los demonios habían hecho cuando apareció en el Corazón. Kallendbor se quedó de pie, indeciso, en el centro del círculo, con las manos bajas, los ojos puestos hacia el espectro.

El Paladín resplandeció un momento más y desapareció. La luz se disolvió en la penumbra del crepúsculo.

Kallendbor se giró hacia Ben.

—¿Qué truco es este, rey de comedia? ¿Por qué habéis traído ese fantasma a Rhyndweir?

Ben sacudió la cabeza con furia.

—No he traído más que...

Questor cortó el resto de lo que iba a decir.

—Barón Kallendbor, estáis equivocado respecto a lo ocurrido. En otras dos ocasiones, el Paladín apareció cuando la seguridad del gran señor estaba amenazada. ¡Esto ha sido un aviso, señores del Prado, de que este hombre, Ben Holiday, es el verdadero rey de Landover!

—¿Nos ha avisado un fantasma envuelto en luz? —se burló Kallendbor, escupiendo sangre con sus labios partidos—. ¡Has usado tu magia para asustarnos, Questor Thews, y has fracasado! —Miró a Ben con desprecio—. Este juego ha terminado. No quiero saber nada más de vos ni de vuestro circo ambulante. ¡Me niego a aceptaros como a mi rey!

Los gritos de los otros señores hicieron eco a esta declaración. Ben se quedó donde estaba.

—¡Tanto si me aceptan como si no, soy el rey! —afirmó—. Pueden ignorarme del mismo modo que pueden ignorar cualquier verdad, pero seguiré siendo un hecho en sus vidas. Cree que puede arrinconar las leyes que me convirtieron en rey, Kallendbor, pero no será por mucho tiempo. ¡Encontraré el modo!

—¡No necesitáis mirar tan lejos, rey de comedia! —Kallendbor estaba fuera de sí. Se quitó los guantes y se los arrojó a Ben. —¿Os proclamáis rey de Landover? ¿Aseguráis que tenéis al Paladín a vuestro servicio? Muy bien, demostrad que decís la verdad librándonos de una plaga que nos atormenta y contra la cual somos impotentes. ¡Libradnos de Strabo! ¡Libradnos del dragón!

Avanzó con arrogancia hasta colocarse ante Ben.

—Hace ya veinte años que el dragón ataca nuestro ganado y destruye nuestras propiedades. Lo hemos perseguido de extremo a extremo de Landover, pero posee la magia del antiguo mundo y es imposible matarlo. Vos sois heredero de la antigua magia, suponiendo que seáis quien afirmáis ser. ¡Libradnos del dragón, rey de comedia, y me inclinaré ante vos y os prometeré lealtad!

Un rugido de aprobación surgió de las gargantas de todos los reunidos.

—¡Libradnos del dragón! —gritaron al unísono.

Los ojos de Ben continuaron fijos en los de Kallendbor.

—¡Hasta entonces, os ignoraré al igual que ignoro a las hormigas que se mueven bajo mis pies! —le susurró Kallendbor.

Se volvió y salió del círculo seguido por los otros señores. Lentamente, el salón comenzó a vaciarse. Ben se quedó solo con Questor, Abernathy y los kobolds. Los cuatro se adelantaron para quitarle los guantes y limpiarle la sangre y el sudor de la cara y el cuerpo.

—¿Qué es esa historia del dragón? —les preguntó.

—Después, gran señor —respondió Questor, dando unos toques suaves en un

hematoma que comenzaba ya a formarse bajo uno de sus ojos—. Lo más importante ahora es un baño y una noche de descanso.

Ben negó con la cabeza.

—¡Aquí no! ¡No pasaría una noche aquí ni aunque afuera me aguardara un desierto! Recojamos todo. Nos vamos ahora mismo. Hablaremos del dragón por el camino.

—Pero, gran señor...

—¡Ahora, Questor!

Nadie se atrevió a hablar más de esa cuestión. Pasada una hora, el pequeño grupo salía de Rhyndweir y se internaba en la noche en dirección oeste.

SAUCE

La decisión que tomó Ben de abandonar Rhyndweir tan de repente no resultó muy afortunada. Apenas habían dejado atrás las tiendas y cabañas que se alineaban en las inmediaciones del castillo, cuando empezó a llover. La lluvia cayó lentamente al principio, como una salpicadura sobre sus caras, leve y suave. Luego las gotitas se convirtieron en chaparrón y éste en aguacero. Las nubes ocultaron las lunas y las lejanas estrellas, y todo se volvió tan negro como la pez. El viento aullaba en las llanuras y campos del Prado, empujando a los viajeros como el soplo de un gigante. Ante aquello, decidieron buscar un refugio, pero ya estaban empapados hasta los huesos.

Entraron, para pasar la noche, en un pajar ruinoso y vacío, que había estado repleto en otros tiempos. La lluvia, impulsada por el viento, penetraba por las grietas y orificios de las paredes y el tejado, y apenas encontraron sectores secos. Ben y sus compañeros se acomodaron en el gran pesebre que había en un extremo. Era la parte más seca de la construcción y estaba lleno de paja. Cualquier posibilidad de encender una hoguera quedaba descartada, de modo que tuvieron que resignarse a cambiar de ropa y compartir las mantas. Questor se ofreció a utilizar su magia para conseguir calor sin llamas, cosa que había intentado con éxito en una ocasión, pero Ben se lo prohibió. La magia de Questor evidenciaba una peligrosa propensión a los incendios, y aquel pajar era el único refugio a la vista.

Además, razonó Ben obstinadamente, soportar la tormenta en tan malas condiciones parecía un castigo apropiado por el modo en que había complicado las cosas en Rhyndweir.

—Lo he estropeado todo, Questor —le dijo mientras se reunían en la oscuridad y escuchaban el tamborileo de la lluvia en el tejado.

—¿Hummmm?

La atención de Questor estaba concentrada en limpiar la suciedad y la sangre de los numerosos cortes y rasguños que Ben había sufrido en la pelea con Kallendbor.

—Lo he enredado todo. Me he comportado con torpeza. Caí en la trampa de Kallendbor aceptando su estúpido reto. Perdí la serenidad. Dejé que el asunto se me escapara de las manos. —Suspiró y se apoyó contra un lado del pesebre—. Debí haber expuesto mejor la situación. ¡Qué gran abogado soy! ¡Qué gran rey!

—Creo que hicisteis lo que debíais, gran señor.

Ben le dirigió una mirada escéptica.

—¿Lo cree?

—Era obvio que fracasaríais en vuestro intento de conseguir la lealtad de los señores del Prado, a menos que la aceptarais según sus condiciones. Si os hubierais mostrado dispuesto a casaros con la hija de alguna de las familias, ahora contaríais

con su lealtad. Habríais tenido una esposa y una docena de parientes que apoyarían vuestro reinado, un reinado que habría sido demasiado corto. —El mago se encogió de hombros—. Pero vos sabíais tan bien como yo lo que pretendían, ¿verdad?

—Sí.

—Por tanto obrasteis correctamente al rechazar la oferta, y creo que demostrasteis una gran serenidad en tales circunstancias. Creo que si se hubiera permitido que la pelea continuase, le habríais vencido.

Ben rió.

—Agradezco su voto de confianza. Sin embargo, me parece que no deja nada al azar.

—¿A qué os referís?

—Me refiero a que desobedeció mi orden de no utilizar la magia evocando la imagen del Paladín cuando parecía que iba a perder.

El rostro de búho se quedó inmóvil frente al suyo, como una imprecisa silueta en la oscuridad. Apartó a un lado los lienzos manchados de sangre.

—No lo hice, gran señor. Apareció el Paladín.

Hubo un largo silencio.

—Entonces ya se ha presentado tres veces —susurró al fin Ben, con perplejidad evidente—. Cuando estaba atrapado en el túnel del tiempo con la Marca, cuando los demonios aparecieron en la coronación y ahora en el Prado. Pero parecía lo que usted dijo: un fantasma. Parecía como si sólo fuese una imagen de luz. ¿Qué es en realidad?

El mago se encogió de hombros.

—Quizás lo que parece, quizás algo más.

Ben dobló las rodillas contra su cuerpo, tratando de entrar en calor.

—Creo que está ahí fuera. Creo que está intentado volver.

Miró a Questor para obtener confirmación.

Éste negó con la cabeza.

—No lo sé, gran señor. Quizás.

—¿En qué circunstancias se presentaba en el pasado? Debe de haber algo que pueda decirme al respecto, algo sobre la razón por la que se aparecía al viejo rey, y el sistema que empleaba.

—Aparecía cuando era convocado —contestó el mago—. Sólo cuando lo hacía el portador del medallón. El medallón es parte de la magia, gran señor. Existe un vínculo entre él, los reyes de Landover y el Paladín. Pero únicamente los reyes de Landover han comprendido por completo la esencia del vínculo.

Ben sacó el medallón de debajo de su túnica y lo contempló.

—Quizás si lo froto, le hablo o me limito a apretarlo con la mano consiga que se muestre el Paladín. ¿Qué opina?

Questor se encogió de hombros. Ben hizo las tres cosas y nada ocurrió. Las

repitió deseando la aparición del Paladín, con las manos cerradas sobre el medallón, apretando con tanta fuerza que podía percibir el grabado de su superficie. Nada ocurrió.

—Supongo que debería haber imaginado que no sería tan fácil. —Suspiró y dejó caer el medallón, sintiendo su peso en la cadena que rodeaba su cuello. Miró hacia un agujero del tejado del pajar cuando el viento hizo traquetear las ripias contra sus soportes—. Explíqueme qué ocurre con el dragón y los señores del Prado.

La figura encorvada del mago se inclinó un poco más para acercarse.

—Ya oísteis lo más importante de labios de Kallendbor. Los señores del Prado están en guerra con Strabo. El dragón es su némesis. Los ha acosado durante casi veinte años, desde que el viejo rey murió. Quema sus cosechas y sus casas, devora sus ganados y, en ocasiones, a sus siervos. Arrasa sus tierras a voluntad, y no lo pueden detener.

—Porque el dragón forma parte de la magia, ¿no es así?

—Sí, gran señor. Strabo es el último de su especie. Era una criatura del mundo de las hadas hasta que se exilió hace miles de años. No puede ser dañado por las armas de los mortales, sólo por la magia que lo creó. Ésa es la razón de que Kallendbor os retara a que los libraseis del dragón. Está seguro de que no podréis porque está seguro de que sois un fraude. Un verdadero rey de Landover invocaría la magia del medallón y convocaría al Paladín para que cumpliera sus órdenes.

Ben asintió.

—Todo vuelve al Paladín, ¿no? Dígame, Questor, ¿por qué acosa el dragón de esa forma a los señores del Prado?

El mago sonrió.

—Es un dragón.

—Sí, ya lo sé. Pero no siempre se ha comportado así, me imagino. Al menos mientras el rey vivía.

—Es verdad. En otros tiempos no salía de su tierra. Quizás le tenía miedo al viejo rey. Quizás el Paladín lo mantuvo allí hasta que el rey murió. Podéis imaginar lo que os plazca. Vuestra imaginación es tan buena como la mía.

Ben suspiró y volvió a apoyarse contra un lado del pesebre. Le dolía todo el cuerpo.

—¿Por qué siempre evade mis preguntas? ¡Maldita sea! ¡Se supone que es el mago de la corte y mi consejero personal, pero, al parecer, no sabe mucho de nada!

Questor desvió la vista.

—Hago lo que puedo, gran señor.

Ben se arrepintió de sus palabras y apoyó una mano en el hombro de Questor.

—Lo sé. Siento haberlo dicho.

—Estuve fuera de la corte en vida del viejo rey, y nunca mantuve con mi

hermanastro relaciones muy íntimas. En caso contrario, quizás tendría algunas respuestas a vuestras preguntas.

—Olvídelo, Questor. Siento lo que dije.

—La situación tampoco ha sido fácil para mí.

—Lo sé, lo sé.

—Tuve que aprender la magia prácticamente solo. No conté con tutor ni maestro que me instruyesen. Me vi obligado a preservar el trono de Landover mientras pastoreaba a un rebaño de reyes que se asustaban de su propia sombra y no querían más desafío del que se afronta al contemplar a los caballeros en una justa. —Su voz se fue elevando—. He dado cuanto tenía para conservar el trono, incluso mientras estaba hostigado por desdichas que habrían acabado con cualquier...

El gruñido de Abernathy lo interrumpió bruscamente.

—¡Por favor, mago, basta de monólogos! ¡Estamos cansados de llorar por el relato de tus desgracias y ya no podemos más!

La boca de Questor se cerró con un audible chocar de dientes.

Ben sonrió a pesar suyo. La cara le dolió al hacerlo.

—Espero no ser uno más de esos infortunados reyes que ha descrito, Questor —dijo.

La furiosa mirada del otro estaba todavía sobre Abernathy.

—Es difícil —dijo, sin apartarla.

—Bueno. Dígame una cosa más. ¿Podemos confiar en que Kallendbor cumpla su palabra?

Questor volvió hacia él.

—Respecto al dragón, sí. Hizo un juramento.

Ben asintió.

—Entonces debemos encontrar un modo de desembarazarnos del dragón.

Se produjo un momento interminable de silencio. Ben pudo sentir cómo los otros se miraban en la oscuridad.

—¿Alguna idea sobre el procedimiento para hacerlo? —preguntó.

Questor negó con la cabeza.

—Nunca se ha hecho nada semejante.

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó Ben con cierta frivolidad, preguntándose al mismo tiempo a quién trataba de convencer—. Usted dijo que sólo mediante la magia nos libraríamos del dragón. ¿Quién puede ayudarnos a encontrar esa magia?

Questor reflexionó.

—Belladona, desde luego. Es la más poderosa de los llegados del mundo de las hadas. Pero es tan peligrosa como el dragón. Creo que tendríamos más suerte con el Amo del Río. Al menos, éste se mostró leal a los reyes de Landover en el pasado.

—¿Es una criatura de la magia?

—Lo fue en otro tiempo. Vino del mundo de las hadas hace siglos. Pero aún conserva parte de sus conocimientos ancestrales y podría ayudarnos. Como recordareis, os sugerí que le dedicásemos nuestra segunda visita, incluso en caso de que los señores del Prado os hubieran prometido lealtad.

Ben asintió.

—Entonces está decidido. Mañana nos dirigiremos a la tierra del Amo del Río. — Se estiró, se metió bajo las mantas, titubeó un momento y luego dijo—: Puede que no sea importante para ustedes, pero quiero darles las gracias por su apoyo.

Se produjo un murmullo de reconocimiento y el ruido de los otros al volverse en la cama. Todo quedó en silencio durante un momento, excepto por el golpeteo de la lluvia al caer y la suave embestida del viento.

Después, Abernathy habló.

—Gran señor, ¿sería mucho pedir que evitásemos acampar en pajares de aquí en adelante? Creo que en esta paja hay pulgas.

Ben sonrió y se dejó invadir por el sueño.

Al amanecer, la lluvia había cesado y el resplandor del sol apareció a través de la niebla y las nubes que aún quedaban. El pequeño grupo reemprendió la marcha por el valle de Landover, esta vez girando hacia el sur donde estaba la tierra del Amo del Río. Viajaron durante todo el día; Ben, Questor y Abernathy a caballo, los kobolds a pie. De nuevo, Juanete se adelantó para anunciar su llegada. Pasaron por las tierras bajas de las haciendas de los señores del Prado a media tarde, dejando atrás las grandes extensiones de praderas y campos de cultivo. Al anochecer, se adentraron en la región de colinas ondulantes del Amo del Río.

Ben observó que la vida era diferente allí. El matiz de las cosas era más brillante y auténtico, como si el deterioro de la magia no les hubiera afectado tanto. Era una zona de lagos y ríos enclavada en hondonadas y valles, con huertos y bosques diseminados sobre suaves pendientes, de hierbas y helechos mecidos por el viento como las olas de un mar. Las nieblas eran más densas en el sector de las colinas, atrapadas en bolsas como nubes varadas, arrastrándose de la hondonada al valle y del valle a la hondonada. Pero el verde de la hierba y los árboles, y el azul de los lagos y ríos, eran más intensos y limpios que en el Prado. Las pinceladas rosas, rojas y violetas no tenían el tono invernal que caracterizaba a las llanuras. Incluso los lindoazules parecían tener más vitalidad, aunque algunas manchas oscuras enturbiaban su belleza.

Ben preguntó a Questor a qué se debía.

—El Amo del Río y los que le sirven están más cerca de las viejas costumbres que la mayoría. Aún conservan restos de la magia, y los utilizan para mantener

limpias las aguas y la tierra en que habitan. —Questor paseó la mirada por los alrededores y se encogió de hombros—. La magia del Amo del Río sólo proporciona una protección superficial contra el debilitamiento de la magia de la tierra. Los signos de marchitez y oscurecimiento son ya evidentes. El Amo del Río y sus seguidores procuran contenerlos lo mejor que pueden. No obstante, llegará el día en que les será imposible evitarlos.

—¿Y todo eso ocurre porque Landover no tiene rey?

A Ben le resultaba difícil aceptar la correlación entre ambas situaciones.

—No *tenía* rey, gran señor. No ha tenido rey durante veinte años.

—Los treinta y dos fracasos no cuentan mucho, ¿verdad?

—Contra el deterioro de la magia, nada; como podéis ver. Vos seréis el primero que cuente para algo.

Quizás sí, quizás no, pensó Ben sombríamente, recordando su falta de éxito con los señores del Prado.

—No lo entiendo. ¿Nadie es consciente del problema? Quiero decir que el país está agonizando sólo porque no pueden ponerse de acuerdo para apoyar a un rey.

—No creo que ellos perciban el asunto de esa forma, gran señor —dijo Abernathy, inclinándose hacia delante en su caballo.

Ben volvió la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Se refiere a que la conexión entre la falta de rey y el deterioro de la magia de la tierra me lo he inventado yo —intervino Questor, obviamente irritado con el amanuense—. Se refiere a que nadie más los relaciona.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Y si ellos tienen razón y usted está equivocado?

El rostro de búho se tensó.

—¡Entonces todo lo que vos y yo estamos intentado sería una pérdida de tiempo colosal! ¡Pero ocurre que ellos no tienen razón ni yo estoy equivocado! —Questor se giró para mirar a Abernathy y luego volvió a su posición anterior—. He tenido veinte años para meditar sobre el problema, gran señor. He observado y estudiado. He utilizado la magia que poseo para comprobar mi teoría. Puedo decir con cierta seguridad que Landover necesita un rey para sobrevivir.

Su defensa fue tan contundente que dejó callado a Ben. Abernathy fue el primero en hablar.

—Si has acabado por el momento con tu tentativa de autorreivindicación, Questor Thews, quizás me permitas decir unas palabras para explicar a qué me refería cuando dije que otros no perciben el asunto como nosotros. —Miró por encima de sus gafas a Questor, mientras el mago se enderezaba en su silla sin dignarse a mirar hacia atrás—. Me refería a que la falta de percepción de los otros no es respecto al problema,

sino respecto a la solución. La mayoría ve con bastante claridad que el deterioro de la magia se produjo a partir de la muerte del viejo rey. Pero nadie cree que la coronación de un nuevo rey sea la solución total del problema. Unos piensan que deben ponerse limitaciones a esa solución, otros que debe buscarse una solución distinta. Y los menos que no debe buscarse ninguna solución.

—¿Ninguna solución? ¿Quién cree eso? —preguntó Ben con asombro.

—Belladona lo cree. —Questor tiró de las riendas de su caballo, dejando de lado por el momento su enfado con Abernathy—. Sólo le importa la Caída Profunda, y su propia magia mantiene las hondonadas como ella las desea. Si la magia de la tierra desapareciese, la suya sería la más poderosa.

—Los señores del Prado aceptarían como rey a uno de los suyos, pero no a un extraño —dijo Abernathy, como colofón de lo expuesto—. Aceptarían la solución, pero con restricciones.

—Y el Amo del Río busca otra solución distinta por completo, una solución para su propio uso —concluyó Questor.

—Eso es lo que quise decir —afirmó Abernathy, enojado.

El mago se encogió de hombros.

—Pues debiste haberlo dicho.

Las sombras empezaron a concentrarse rápidamente sobre la tierra cuando penetraron en un pequeño bosquecillo de álamos para acampar durante la noche. Una cordillera boscosa se destacaba en el horizonte occidental y el sol ya comenzaba a sumergirse tras las copas de sus árboles, filtrando entre las ramas sus rayos de luz dorada. Al sur del campamento había un lago, una gran extensión de agua gris y destellante sobre la que flotaba la niebla en densas nubes. Los pájaros volaban por el cielo nocturno en círculos amplios y lentos.

—Ese lago se llama Irrylyn —informó Questor, cuando desmontaron y le entregaron las riendas de los caballos a Chirivía—. Se dice que en determinadas noches a mitad del verano, los duendes y las ninfas del Amo del Río se bañan en sus aguas para conservar la juventud.

—Debe de ser un espectáculo muy interesante —comentó Ben bostezando y estirándose, convencido de que era más interesante aún una buena noche de descanso.

—Algunos creen que las aguas tienen el poder de conservar la juventud. —Questor estaba sumido en sus pensamientos—. Incluso hay quien cree que las aguas pueden transformar a los viejos en jóvenes.

—La gente cree cualquier cosa —gruñó Abernathy, sacudiéndose hasta que su pelaje se libró del polvo que lo aplastaba—. Me he bañado en esas aguas más de una vez y lo único que he conseguido es oler un poco mejor.

—Algo que deberías considerar ahora —le aconsejó Questor, arrugando la nariz con desagrado.

Abernathy gruñó en respuesta y se alejó a paso lento hacia la oscuridad. Ben contempló su marcha y luego se volvió hacia Questor.

—Me parece una buena idea que voy a aprovechar, Questor. Me siento como un felpudo. ¿Existe alguna razón por la que no pueda quitarme todo este polvo?

—Ninguna razón, gran señor. —El mago ya estaba alejándose, en busca de Chirivía—. Supongo que será mejor que yo me encargue de la cena.

Ben fijó la vista en el lago. Luego se volvió.

—¿Hay algún peligro allí que yo deba conocer? —le gritó, recordando de pronto al wump de pantano, la criatura cavernícola y al otro ser, cuyo nombre no había retenido.

Pero Questor estaba demasiado lejos para oírle, su figura encorvada ya no era más que una sombra vaga en la niebla. Ben dudó, mirándole; después se encogió de hombros y volvió a concentrar su atención en el lago. Si las ninfas y los duendes se bañaban en las aguas del Irrylyn, ¿qué peligro podía haber? Además, Abernathy estaba allí.

Caminó entre las sombras hacia la orilla del lago. Éste se extendía ante él como un espejo de plata, reflejando retazos de niebla y las esferas coloreadas de las lunas de Landover. Sauces, chopos y cedros formaban una bóveda sobre su cabeza y parecían gigantes encorvados en la escasa luz crepuscular. Los pájaros lanzaban los gritos agudos que reservaban para el final del día. Ben se desnudó y se quitó las botas, escudriñando en la penumbra para localizar a Abernathy. El perro no se veía por ninguna parte, ni tampoco se oían sus movimientos.

Dio unos pasos en el agua y quedó sorprendido. ¡Estaba caliente! Era como si se hallara en una bañera. Su agradable contacto suavizó y relajó los músculos de sus piernas. Se agachó y la tocó con la mano, seguro de que la diferencia de temperatura entre el aire y el agua debía ser la responsable de aquella extraña sensación. Pero no era así, estaba caliente de veras, como si fuese una gigantesca fuente termal.

Siguió avanzando con cautela hasta que el agua le llegó a la rodilla y la sombra de su cuerpo se proyectó sobre ella. Algo más resultaba curioso. Tenía la sensación de estar pisando arena. Se agachó de nuevo y cogió un puñado del fondo del lago. ¡Era arena! La examinó con atención a la luz de las lunas para asegurarse. Se encontraba en el lago de un bosque, cuyo fondo debía ser de fango o de roca. ¡Y era de arena!

Se adentró más, empezando a preguntarse si sería cierto que alguna clase de magia actuaba en el Irrylyn. Volvió a mirar a su alrededor en busca de Abernathy, pero el perro había desaparecido. Continuó su avance lentamente hasta que el agua le llegó al cuello, sintiendo que la calidez le penetraba en su cuerpo, abandonándose a esa sensación. Ahora estaba a varios metros de la orilla. La pendiente del fondo era suave y descendía de forma gradual, no más de tres o cuatro centímetros por metro. Nadó hacia el interior, estirando el cuerpo, respirando a intervalos regulares. Vio una

segunda cala frente a él y nadó hacia allí. Era pequeña, con apenas unos treinta metros de anchura. Pasó ante ella en dirección a una tercera. Cambió su forma de nadar, del *crawl* a la braza, para no hacer ruido, con la cabeza fuera del agua encarada a su punto de destino. La luz lunar llenaba el agua de franjas de diversos colores, y la niebla que derivaba sinuosamente en lo alto la sombreaba de gris. Ben cerró los ojos y nadó.

La tercera cala era aún más pequeña, de apenas unos veinticinco metros. Los juncos ocultaban la orilla, y los cedros y los sauces formaban una bóveda sobre las aguas, proyectando oscuras sombras sobre el lago. Ben se sumergió bajo el agua y buceó por la ensenada en dirección a las sombras.

Emergió cerca de la orilla y se encontró frente a una mujer, a no más de tres metros de distancia. Estaba dentro del agua que la cubría hasta las rodillas, y tan desnuda como él. No hizo ningún intento de huir ni de cubrirse. Parecía un animal inmovilizado por el terror.

Ben Holiday la miró y, sólo por un instante, los ojos de su mente vieron a alguien que creía haber perdido para siempre. El agua se escurría por sus ojos y parpadeó para apartarla.

—¿Annie? —susurró con incredulidad.

Entonces las sombras y la niebla que la cubrían se desplazaron y pudo ver que no era Annie, sino otra persona.

Y quizás también otra clase de ser.

Su piel era verde pálido, tersa y perfecta, casi plateada cuando captaba el reflejo de las aguas del Irrylyn. Sus cabellos también eran verdes, del tono oscuro de las hojas de los árboles, recogidos en trenzas que le llegaban a la cintura, entrelazadas con flores y cintas. Pero el cabello le crecía también en franjas estrechas en la parte posterior de los antebrazos y las pantorrillas, como sedosas crines que agitaba suavemente la brisa nocturna del lago.

—¿Quién eres? —le preguntó ella con voz dulce.

Fue incapaz de responder. Al verla con claridad y apreciar su exquisita belleza quedó impresionado, puesto que superaba el poder de la imaginación. Era la criatura más hermosa que había visto.

Ella dio un paso adelante. Su rostro era tan juvenil que la hacía parecer casi una niña.

—¿Quién eres? —repitió.

—Ben —contestó con dificultad, sin pensar en otra respuesta más adecuada.

—Yo soy Sauce —dijo ella—. Y ahora te pertenezco.

De nuevo se quedó atónito. La joven avanzó, y ahora fue él quien se convirtió en el animal asustado a punto de huir.

—Ben. —Su voz adquirió una cadencia suave y melodiosa al hablarle—. Soy una

sílfide, la hija de un duende que se convirtió en humano y una ninfa de los bosques. Fui concebida a mitad del año, bajo las ocho lunas llenas, y mis hados fueron urdidos en las enredaderas y las flores de los jardines en que yacían mis padres. Dos veces al año, decretaron mis hados, tenía que venir al Irrylyn en la oscuridad y bañarme en sus aguas. Al hombre que me viese así, y no a otro, le pertenecería.

Ben sacudió la cabeza, moviendo los labios.

—Pero eso es una locura... ¡No puede ser! ¡Ni siquiera te conozco! ¡Tú no me conoces!

Ella se detuvo ante él, lo bastante cerca para poder tocarlo con sólo extender la mano. El deseo que lo hiciera. La necesidad de aquel contacto ardía en su interior. Luchó contra aquello con todas sus fuerzas, sintiéndose atrapado por las emociones que lo inundaban.

—Ben —susurró la sílfide y el sonido de su nombre pareció rodearlo—. Te pertenezco. Siento que es así. Siento que los hados tenían razón. Me entrego, como las sílfides de antaño. Me entrego al único que me ve así. —Su rostro se alzó y en las perfectas facciones se reflejaron los colores del arco iris de las lunas—. Debes tomarme, Ben.

Él no lograba apartar los ojos de ella.

—Sauce. —La llamó por su nombre, mientras luchaba por controlar sus emociones que se desbocaban—. No puedo tomar... lo que no me pertenece. Yo no soy de este mundo, Sauce. Apenas sé...

—Ben —susurró ella con urgencia, impidiéndole continuar—. Nada importa excepto lo que ha ocurrido. Te pertenezco. —Se acercó un poco más—. Tócame, Ben.

La mano de Ben se alzó. Los recuerdos de Annie destellaron en su mente con la luminosidad de un rayo, y aún así su mano continuó alzada. La calidez de las aguas del Irrylyn y del aire lo envolvió tan ceñidamente que casi le cortó la respiración. Los dedos de la ninfa tocaron los suyos.

—Acompáñame, Ben —le susurró.

Ardió por dentro. Un fuego rojiblanco consumía su razón. Ella era la necesidad que nunca había conocido. No podía renunciar. Los colores y el calor lo cegaron para todo lo que no fuese ella, y el mundo se desvaneció. Agarró con fuerza la mano de Sauce y sintió que estaban unidos.

—Ven conmigo —insistió ella, acercándose más.

Él la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos.

—¡Gran señor!

Todo se nubló. Se produjo un crujido en la maleza y un ruido de pisadas. Los juncos se agitaron, y el silencio de la noche se rompió. Sauce se escurrió de entre sus brazos.

—¡Gran señor!

Abernathy hizo su aparición en la orilla, jadeando, próximo al agotamiento, con las gafas torcidas sobre su nariz peluda. Ben lo miró con silencioso asombro; luego, sus ojos recorrieron los alrededores con ansiedad. Estaba solo en la pequeña cala, desnudo y tembloroso. Sauce se había ido.

—¡Por lo que más queráis, no volváis a alejaros sin que uno de nosotros os proteja! —dijo Abernathy con una mezcla de irritación y alivio en la voz—. Creí que vuestra experiencia en Plata Fina había sido suficiente lección.

Ben apenas le oyó. Estaba examinando las aguas y la orilla en busca de Sauce. La necesidad de ella aún le quemaba como el fuego, y no podía pensar en nada más. Pero no la encontraba.

Abernathy se sentó sobre sus patas traseras, rezongando para sí.

—Bueno, supongo que no tenéis la culpa. El principal responsable es Questor Thews. Vos le dijisteis que deseabais bañaros en el lago y él debería haber sabido que no podíais ir sin el acompañamiento de Chirivía. El mago se muestra incapaz de comprender los peligros que representa esta tierra para vos. —Hizo una pausa—: ¿Gran señor? ¿Os encontráis bien?

—Sí —respondió Ben, sin demora.

¿Había sido Sauce alguna extraña alucinación? Su aspecto era tan real...

—Parecéis un poco angustiado —dijo Abernathy.

—No, no, estoy bien... Sólo me creí... haber visto algo.

Se volvió y avanzó hacia la orilla, dejando las aguas del Irrylyn por la tierra seca. Abernathy llevaba una manta y lo envolvió en ella. Ben se la ciñó.

—La cena está esperando, gran señor —le anunció el perro, estudiando a Ben con más atención por encima de sus gafas. Se las colocó bien—. Quizás un poco de sopa os confortará.

Ben asintió mecánicamente.

—Eso suena bien. —Titubeó un momento—. Abernathy, ¿sabes lo que es una sílfide?

El perro lo observó un instante más.

—Sí, gran señor. Una sílfide es una especie de hada de los bosques, una descendiente femenina de los duendes y las ninfas, según me han dicho. Nunca he visto a ninguna, pero se supone que son muy bellas. —Sus orejas se atiesaron—. Muy bellas según los humanos. Los perros pueden disentir.

Ben desvió la mirada hacia la oscuridad.

—Me lo imagino. —Respiró profundamente—. ¿Dijiste sopa? Me gustaría tomar un cuenco.

Abernathy se volvió y empezó a alejarse.

—El campamento está por allí, gran señor. La sopa será bastante buena si el mago

ha conseguido contenerse y no emplear su magia.

Ben se volvió para lanzar una rápida ojeada a la cala. Las aguas del lago brillaban serenas a la luz de las lunas. La orilla estaba vacía.

Sacudió la cabeza y se apresuró tras Abernathy

La sopa era buena. Ben Holiday la ingirió y consiguió quitarse la heladez que le había hecho temblar tras descubrir que estaba solo en la cala. Questor se tranquilizó al verlo regresar sin daño y se pasó toda la cena discutiendo con Abernathy sobre quién debía asumir la responsabilidad de la desaparición del gran señor. Ben no intervino. Los dejó discutir, habló cuando le hablaron, y se reservó sus pensamientos. Tras dos cuencos de sopa y varios vasos de vino, entró en un agradable sopor, mientras contemplaba las llamas de la pequeña hoguera que Chirivía había encendido. Ni siquiera se preocupó de no beber vino.

Poco después se retiró para dormir. Se envolvió en las mantas y le dio la espalda al fuego, quedando encarado a las aguas plateadas del lago, sobre las que derivaban y se arremolinaban los jirones de niebla, cubiertos por la noche. Escuchó el silencio que se había asentado sobre toda la región. Escudriñó la oscuridad en busca de sombras.

Aquella noche durmió bien, y soñó. No con Annie ni con Miles. No con la vida que había dejado al penetrar en Landover, ni con Landover y los innumerables problemas a los que tenía que enfrentarse como rey.

Soñó con Sauce.

AMO DEL RÍO

Juanete volvió al amanecer. La mañana era helada y húmeda. La niebla y las sombras se extendían sobre el bosque como una esponjosa manta gris sobre un niño dormido. Estaban desayunando cuando el kobold apareció entre los árboles, como un fantasma escapado de los sueños de la pasada noche. Se dirigió hacia Questor, habló con él en una mezcla ininteligible de gruñidos y siseos, saludó a los demás con la cabeza, y se sentó para acabar con lo que quedaba de pan, fruta y cerveza.

Questor informó a Ben de que el Amo del Río había accedido a recibirle. Ben asintió, sin comentarios. Sus pensamientos estaban en otro lugar. Las visiones de Sauce aún persistían en su mente, imágenes tan nítidas que parecían más reales que soñadas. Al despertar, pensó que pronto se desvanecerían, y lo deseó puesto que sentía que, en cierto modo, había traicionado a Annie. Pero las visiones habían sido demasiado intensas y él, contradictoriamente, estaba ansioso por conservarlas a pesar del sentimiento de culpa. ¿Por qué había soñado con Sauce? ¿Por qué los sueños habían sido tan intensos? Terminó de comer sumido en sus meditaciones, sin advertir las miradas que intercambiaban Questor y Abernathy.

Se pusieron en marcha poco después, como una pequeña procesión de fantasmas, serpenteando en silencio entre la media luz. Iban en fila de a uno, bordeando la orilla del Irrlyln por un camino demasiado estrecho incluso para una persona. Era un viaje a través de la fantasía. El vapor se elevaba sinuosamente del suelo del valle, producido por el contacto entre la tierra caliente y el aire frío, en busca de los retazos de niebla que se arremolinaban en el bosque. Los árboles se erguían oscuros y húmedos, destacándose sobre el gris; una maraña de altísimos robles de negros troncos, olmos, nogales nudosos, sauces y cedros. Los fantasmas de la imaginación aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos, criaturas veloces que se burlaban y divertían. Ben se sintió aturdido por la irrealidad de todo, como si no consiguiese despertar por completo del sueño de la noche anterior, como si hubiera sido drogado. Cabalgaba en una niebla que velaba su mente y sus ojos, esforzándose por dilucidar lo que era real a través de la maraña de imágenes difusas. Pero sólo los árboles mojados por la niebla y la superficie plana del lago eran verdaderos.

Entonces, el lago desapareció con el resto del mundo y sólo quedaron los árboles. La mañana avanzó y, a pesar de eso, las nieblas y las sombras permanecieron y siguieron susurrando secretos ocultos.

Se filtraban sonidos suaves a través de la densa bruma, indicios de otras vidas y otros acontecimientos que Ben sólo podía imaginar. Escrutó la bruma a cada vuelta tratando de vislumbrar a Sauce, porque una voz insistente en su interior le decía que estaba allí, en algún lugar entre los sonidos y las sombras, observándolo. Siguió escrutando, pero no la encontró.

Poco después se les apareció el duende del bosque.

Habían hecho girar los caballos bajo un puente formado por una serie de árboles caídos, precedidos por Juanete, cuando el duende surgió de las nieblas junto al kobold. Era una figura pequeña pero fuerte, apenas más alto que Chirivía, con la piel tan marrón y estirada como la corteza de un árbol y un espeso cabello que le cubría la nuca y los hombros. Iba vestido con ropas holgadas de color terroso, con las mangas y perneras cortos, y botas atadas con cordones de cuero a sus tobillos. No hizo que la procesión se detuviera. Por el contrario, se situó junto a Juanete y siguió su paso a través de la bruma, moviéndose como un pájaro, con rapidez y nerviosismo.

—¡Questor! —La voz de Ben fue un áspero siseo, más alto de lo que él pretendía—. ¿Quién es ése?

El mago, que cabalgaba justo delante, se inclinó hacia atrás en la silla llevándose un dedo a los labios.

—No levantéis la voz, gran señor. Nuestro guía es un duende de los bosques al servicio del Amo del Río. Hay más a nuestro alrededor.

Recorrió la niebla con la mirada. No vio a ninguno.

—¿Nuestro guía? ¿Nuestro guía hacia donde?

Su voz había descendido hasta no ser más que un leve susurro casi inaudible.

—Nuestro guía para Elderew, el lugar en que mora el Amo del Río.

—¿Necesitamos un guía?

Questor se encogió de hombros.

—Es más seguro tener uno, gran señor. Elderew está rodeado de ciénagas y muchos se han perdido en el camino. La región de los lagos puede ser traicionera. El guía es una cortesía del Amo del Río, una cortesía que brinda a todos sus invitados cuando llegan.

Ben examinó una vez más la opaca cortina de niebla.

—Espero que a la salida brinde la misma cortesía a sus invitados —murmuró para sí.

Continuaron en ruta entre los árboles. En la niebla aparecieron de repente otras figuras delgadas y fuertes como el guía, algunas con el aspecto veteado de la madera, otras semejantes a palos nudosos, varias lisas y bruñidas como si estuviesen recubiertas de plata. Se colocaron en silencio a los lados de la comitiva y agarraron con las manos las riendas de los caballos para conducirlos. Charcas y pantanos llenos de juncales se materializaban a lo largo del trayecto que seguían, vastos banales cenagosos donde nada se movía excepto la niebla. El sendero se estrechó aún más, desapareciendo por completo en ocasiones, dejándolos sumergidos en el agua que llegaba a las cinturas de sus guías y casi a las grupas de los caballos. En el agua nadaban criaturas, algunas con aletas, otras con escamas de reptiles, varias con rostros casi humanos. Había seres que salían repentinamente de la niebla y danzaban

sobre el cielo como moscas carentes de peso. Surgían de entre las brumas y desaparecían con gran rapidez. Ben se sintió despierto por completo. Los sueños de la noche precedente se habían disipado al fin, dejándole sólo borrosos recuerdos y sentimientos fragmentados. Su mente se agudizó mientras forzaba los ojos en la penumbra para contemplar a los seres que le rodeaban con incredulidad. Lo había invadido una súbita e intensa sensación de desesperanza. Duendes, ninfas, nereidas, náyades, espíritus elementales... Recordó todos esos nombres al ver a aquellas criaturas aparecer y esfumarse. Recordó las lecturas de su infancia, cuando le apasionaban los relatos fantásticos y de terror, y revivió el asombro que le produjeron ante los extraños seres que había encontrado. Siempre creyó que tales criaturas sólo podían existir en la mente del escritor y tomar vida a través de su pluma, deseando en secreto que no fuese así. Sin embargo, allí estaban los habitantes del mundo que había escogido y sabía menos de ellos que de las criaturas de ficción que había descubierto en su juventud. ¿Cómo iba a convencerlas de que lo aceptasen como rey? ¿Qué podía decirles para que le prometieran su lealtad?

La posibilidad de éxito era nula. La conciencia de eso le aterrorizó tanto que, por un instante, se quedó paralizado sin saber qué hacer. Las figuras delgadas y sombrías de las gentes del Amo del Río se deslizaban en la niebla a su alrededor, y las vio como seres extraños para quienes él sólo era un objeto de curiosidad. Con los señores del Prado fue distinto. Había una similitud de apariencia, una sensación de igualdad. Pero eso no existía con las criaturas del Amo del Río.

Apartó la indecisión y el miedo de su mente. Arrinconó la desesperanza que sentía, y lo hizo con una furia sorprendente. Tales sentimientos eran meras excusas para abandonar, y eso nunca lo haría. Podían establecerse lazos con seres de cualquier tipo. Antes que él, había habido reyes que gobernaron a esas criaturas; también él podría. Encontraría un modo de hacérselo comprender. Haría cualquier cosa que fuese necesaria, pero nunca se rendiría. Nunca.

—¿Gran señor?

Abernathy estaba a su lado, con una expresión interrogante en sus ojos marrones. Ben miró hacia abajo. Sus manos agarraban la perilla de la silla de montar con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. El sudor había humedecido la espalda y los costados de su túnica. Entonces se dio cuenta de que su rostro reflejaba la intensidad de sus sentimientos.

Respiró profundamente y se tranquilizó, relajando la presión de sus manos.

—Fue sólo un escalofrío —se excusó, obligándose a desviar la mirada, y espoléó al caballo para dejar a Abernathy atrás.

A través de la niebla que los precedía, apareció un gran grupo de añosos cipreses, con retazos de musgo colgando de sus ramas y raíces nudosas que se clavaban como garras en el suelo. El pequeño grupo y los fantasmagóricos guías lo atravesaron,

sumiéndose en sus sombras y en el olor de la tierra fétida. El camino seguía un curso sinuoso a través de los árboles, rodeando lagunas oscuras que parecían cristales opacos y charcos pantanosos que desprendían vapor. La arboleda de cipreses era grande y requería tiempo atravesarla. Los minutos transcurrieron velozmente y la luz del día adquirió un tono crepuscular.

Entonces los árboles se dispersaron y el terreno comenzó a empinarse. Ascendieron con lentitud hasta que la niebla se disipó y se encontraron bajo la luz del sol. Las ciénagas dejaron lugar a una tierra más firme, poblada de cipreses, robles y olmos. El fuerte olor de las tierras bajas se convirtió en otro más suave y agradable emanado de los pinos y de los cedros. Los rostros de la niebla se distinguían ahora como figuras escurridizas que corrían por todas partes, pero tenían la consistencia de seres reales. Se elevaron voces del bosque que tenían delante. Ben presintió que el final del viaje se aproximaba, y su pulso se aceleró.

Una ráfaga de color se filtró entre los árboles, guirnaldas de flores se balanceaban colgando de las ramas, y el sonido del agua al correr llenaba el ambiente. El bosque se abrió ante ellos, el camino se ensanchó y un enorme anfiteatro sin techar emergió en la luz. Ben lo miró asombrado. El anfiteatro estaba compuesto por árboles vivos que formaban un círculo abierto alrededor de una zona de hierbas y flores. Había pasillos y asientos hechos de ramas y troncos, sujetos y adaptados a la estructura del anfiteatro. Las ramas se enlazaban en lo alto para formar una impresionante bóveda natural, y los rayos del sol irrumpían entre ellas, rayando las hierbas de abajo como el arco iris después de una tormenta.

—Gran señor —le llamó en voz baja Abernathy desde atrás—. Mirad.

Señaló, no al anfiteatro, sino a lo que había detrás. Ben sintió que el aliento se detenía en su garganta. Lo que estaba viendo era casi irreal. Árboles que doblaban en altura a los que formaban el anfiteatro se elevaban hacia el cielo en el bosque situado más allá, como columnas de enormes proporciones que empequeñecían incluso a las secoyas que había visto cuando viajó con Annie a California. Las grandes ramas angulosas se entrelazaban, uniendo un árbol con el siguiente, creando una red compleja e intrincada que hacía que todos se fundieran en uno.

Había una ciudad entera bajo aquellas ramas.

Era una magnífica y grandiosa representación artística de un imaginado país de las hadas. Cabañas y tiendas empotradas en las ramas de los árboles gigantes, interconectadas por carriles y senderos que descendían gradualmente hacia el suelo del bosque, donde la mayor parte de la ciudad se asentaba entre una serie de canales alimentados por un río que atravesaba el centro de la ciudad. Era el suave fluir de las aguas de río lo que habían oído antes. El techo que formaban las hojas de los árboles ocultaba el cielo, pero la luz del sol se colaba entre ellas. El color de las flores y los matorrales alegraba las casas y las tiendas, los jardines y los setos, los canales y los

senderos. La niebla envolvía la ciudad como un suave velo, y los tonos grises e invernales que caracterizaban al valle estaban ausentes.

Las criaturas fantásticas del Amo del Río llenaban los senderos arbóreos y los canales; sus rostros angulares y sus delgados cuerpos se confundían con las sombras de la tierra al atravesar la niebla.

—Esto es Elderew —anunció Questor innecesariamente, porque Ben ya lo había deducido hacía rato.

Los miembros del pequeño grupo se adentraron en el anfiteatro, las tenues figuras de sus guías fueron deslizándose una tras otra hasta que sólo quedó el que apareció primero. Pasaron por la sección abierta hasta el rueda interior. Juanete iba delante, junto al guía, seguido de Questor, Ben y Abernathy, que se mantenía un poco rezagado enarbolando con energía el estandarte rojo y blanco del rey con la figura del Paladín. Chirivía y los animales de carga cerraban la marcha. Un comité de recepción salió a su encuentro desde uno de los varios túneles que penetraban en el anfiteatro por debajo de sus asientos, y se detuvo a la entrada del túnel. En él había hombres y mujeres. Aunque Ben no podía distinguir las caras desde la distancia en que se hallaba, no le fue difícil apreciar la similitud de sus indumentarias con las de sus guías y muestras de la misma piel con aspecto de madera.

Se detuvieron en el centro del rueda, desmontaron y se dirigieron a pie hacia donde aguardaba el comité de recepción. Los kobolds y Abernathy seguían ahora a Questor y a Ben, y el guía se había quedado atrás con los animales. Ben dirigió una rápida mirada al mago.

—Si tiene algún consejo de última hora que dar, Questor, se lo agradecería —susurró.

—¿Hummmm?

Los pensamientos del mago estaban de nuevo en otra parte.

—¿Sobre el Amo del Río? ¿Sobre la clase de persona que es?

—Qué clase de criatura, querrá decir —comentó áridamente Abernathy desde atrás.

—Es un duende, gran señor —respondió Questor—. Una criatura del mundo de las hadas que se hizo medio humana al llegar a Landover y adoptar este valle como hogar, un ser de los bosques y el agua, un... un, uf... —El mago se detuvo a pensar—. Es realmente difícil de describir cuando se intenta.

—Será mejor que lo descubráis por vos mismo —dijo Abernathy con ironía.

Questor se quedó pensativo y luego asintió.

—Sí, quizás sí.

Estaban ya demasiado cerca del grupo para que Ben formulara otra pregunta, aunque hubiera deseado hacerla para aclarar el tema. Por tanto, concentró su atención en un rápido estudio de sus anfitriones. Identificó al Amo del Río. Se encontraba en

el centro y un paso delante de los otros, una figura alta y delgada ataviada con pantalones, túnica y capa de color verde bosque, botas bruñidas y cinturón de cuero; con una fina diadema de plata alrededor de la frente. Su piel tenía un tono plateado y era granulosa como la del guía, casi escamosa, pero su cabello era negro y abundante en la nuca y los antebrazos. Los ojos y la boca estaban muy definidos, y la nariz era casi inexistente. Parecía una talla de madera.

Los restantes miembros del grupo eran jóvenes en su mayoría, hombres y mujeres de diversas formas y estaturas. Los había con rostros amarronados granulados como el del guía, un par con rostros plateados como el del Amo del Río, uno en forma de palo y casi sin facciones, otro recubierto por una piel rojiza, otro con el color y la apariencia de un reptil, otro de un blanco fantasmagórico con profundos ojos negros y...

Ben disminuyó la velocidad de su paso, luchando para que su cara no mostrara la impresión que acababa de recibir. Una de aquellas figuras, la que estaba a la izquierda del Amo del Río, era Sauce.

—¡Questor! —Su voz fue un siseo bajo—. La chica de la izquierda, ¿quién es?

Questor lo miró con disimulo.

—¿Quién?

—¡La chica de la izquierda! ¡La del pelo y la piel verde!

—Ah, la sílfide —Questor dirigió una sonrisa amable a quienes esperaban, hablándole a Ben casi sin mover los labios—. Se llama Sauce. Es hija del Amo del Río. —Hizo una pausa—. ¿Qué diferencia...?

Ben siseó para que guardase silencio. Siguieron avanzando mientras la mente de Ben funcionaba con rapidez, y sus ojos se apartaban de los otros para fijarse en Sauce. Ella le aguantó la mirada con gesto desafiante.

—Bienvenido, gran señor —saludó el Amo del Río cuando llegaron hasta él. Incluyó levemente la cabeza, y los que estaban con él lo imitaron—. Bienvenidos a Elderew.

Disimulando la sorpresa que le había producido la presencia de Sauce, Ben trató de ordenar sus pensamientos dispersos.

—Agradezco la bienvenida. Agradezco también que me reciba en su casa habiendo avisado con tan poco tiempo.

El Amo del Río se rió. Fue una risa espontánea y sincera que llenó el anfiteatro con su sonido, pero el rostro cincelado permaneció impassible.

—El hecho de que hayáis venido dice mucho en vuestro favor, gran señor. Vos sois el primero en hacerlo desde que el viejo rey murió. Sería un ser absurdo si me negase a recibirlos después de tan larga espera.

Ben sonrió cortésmente, pero la sonrisa fue sustituida por la sorpresa cuando advirtió que el Amo del Río tenía branquias a un lado del cuello.

—Parece que ha sido una larga espera para todos —logró decir.

El Amo del Río asintió.

—Muy larga. —Se volvió—. Esta es mi familia, gran señor: mis esposas, mis hijos y mis nietos. Muchos de ellos no habían visto nunca a un rey de Landover y pidieron asistir.

Los presentó uno por uno. Las branquias de su cuello vibraban levemente cuando hablaba. Ben escuchó con paciencia, inclinando la cabeza a cada nombre, saludando de la misma forma a Sauce cuando le fue presentada, sintiendo que sus ojos le quemaban. Cuando el Amo del Río hubo terminado, Ben presentó a los miembros de su grupo.

—Sean todos bienvenidos —dijo el Amo del Río en respuesta, y dio la mano a cada uno—. Esta noche habrá una fiesta en vuestro honor y un desfile. Podéis considerar a Elderew como vuestra casa mientras permanezcáis con nosotros. —Dedicó a Ben lo que podía interpretarse como una sonrisa—. Y ahora creo que deberíamos hablar de lo que os ha traído hasta aquí, gran señor. Es costumbre de la región de los lagos discutir los asuntos directamente y con claridad. Mientras vuestros compañeros son conducidos al pueblo, vos y yo conferenciaremos a solas. ¿Aceptáis?

Ben asintió.

Ni siquiera miró a Questor para ver si lo aprobaba. El mago no podía prestarle ayuda en esta ocasión. Sabía lo que debía hacer, y sabía que debía hacerlo solo. Además, el Amo del Río no parecía mal intencionado, a pesar de los enigmáticos comentarios de Abernathy.

El Amo del Río despidió a su familia con instrucciones para acompañar a Questor, Abernathy y los kobolds a sus aposentos. Luego se volvió hacia Ben.

—¿Os gustaría ver algo del pueblo mientras hablamos, gran señor? —preguntó.

Fue más una sugerencia que una pregunta, pero Ben asintió complacido. El Amo del Río le señaló uno de los túneles que transcurrían bajo el anfiteatro y él lo siguió sin decir nada. Le dirigió una última mirada a Sauce, que lo contemplaba desde la velada luz del sol, antes de entrar en las sombras.

Cuando emergieron en el otro extremo del túnel, el Amo del Río le condujo a lo largo de la orilla de un canal bordeado de macizos de flores y setos cuidadosamente podados hasta un parque que se extendía alrededor del anfiteatro. Allí había niños jugando, pequeñas figuras veloces de distintos tamaños y formas que reflejaban la diversidad de su ascendencia, cuyas voces alteraban y alegraban la tranquilidad de la tarde. Ben sonrió con añoranza. Hacía mucho tiempo que no oía el ruido que producían los niños al jugar. Aquellos niños eran iguales a los de su mundo, excepto por su apariencia.

Pero, no debía olvidar que Landover era ahora su mundo.

—Sé que habéis venido a Elderew para pedirme lealtad al trono, gran señor —le

informó el Amo del Río de repente, con su rostro de plata como una máscara inexpresiva. Su expresión nunca cambiaba, nunca reflejaba ni la más pequeña parte de sus pensamientos—. Sé también que antes fuisteis a ver a los señores del Prado con la misma petición, que fue rehusada. —Ben lo miró con cierto asombro, pero el Amo del Río se encogió de hombros—. Oh, no debéis sorprenderos de que sepa tales cosas, gran señor. He pertenecido al mundo de las hadas, y aún conservo un poco de la magia que poseía entonces. Tengo ojos en muchos rincones del valle.

Hizo una pausa, después habló sobre la construcción del parque y del sistema de canales que atravesaba Elderew. Ben escuchó con paciencia, viendo que pretendía llevar la conversación a su propio ritmo, y dejó que lo hiciese. Caminaron hasta un bosquecillo de olmos que bordeaba los árboles gigantescos que formaban el armazón de la villa.

—Respeto la iniciativa y el valor que habéis demostrado al emprender un viaje a este valle, gran señor. —El Amo del Río volvió al tema de la visita de Ben—. Creo que sois más fuerte que los otros que reclamaron antes el trono de Landover. En cualquier caso, vuestro comportamiento en Rhyndweir lo sugiere. Creo también que sois un hombre franco y decidido, así que os ahorraré las maniobras evasivas de la diplomacia. He reflexionado sobre vuestra petición, conociéndola como os he dicho, y debo rechazarla.

Siguieron caminando en silencio. Ben estaba aturdido.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo al fin.

—No veo la ventaja de acceder a eso.

—Yo podría mostrarle muchas.

El Amo del Río asintió.

—Sí, ya lo sé. Podríais argumentar que unidos seríamos más fuertes, que un gobierno central beneficiaría a todas las gentes del país. Podríais argumentar que los pobladores del país no pueden confiar unos en otros mientras no haya un rey. Que estamos amenazados desde fuera por los mundos vecinos y desde dentro por la Marca y sus demonios. Podríais argumentar que la tierra está afectada por una enfermedad causada por el deterioro de la magia que la hizo, y que acabará muriendo. —Se volvió a mirarlo—. ¿He enumerado correctamente los argumentos que ibais a exponer?

Ben asintió con la cabeza lentamente.

—¿Cómo puede responder a ellos? ¿Cómo puede desmontarlos?

—Os contaré una historia. —El Amo del Río condujo a Ben a un banco tallado en una enorme roca. Se sentaron—. La gente de la región de los lagos procede del mundo de las hadas, gran señor. La mayoría llegó aquí en una época ya olvidada incluso por nosotros. Somos seres del mundo de las hadas que decidimos vivir en un mundo de humanos. Nos hemos hecho mortales por elección, sometiéndonos a los

efectos del paso del tiempo. Somos espíritus elementales: criaturas de madera, tierra y agua, duendes, ninfas, nereidas, náyades... Abandonamos el mundo de las hadas y nos instalamos en la región de los lagos. Hicimos de ella paraje de belleza, gracia y salud. Lo hicimos porque ése era nuestro primer propósito al trasladarnos a Landover. Vinimos para darle vida, no sólo a la región de los lagos, sino a todo el valle.

Hizo una pausa.

—Tenemos ese poder, gran señor, el poder de dar vida. —Se inclinó hacia delante, como un buen profesor instruyendo a su alumno—. Como veis, no hemos perdido toda la magia. Aún tenemos poder de curación. Logramos que una tierra assolada por alguna enfermedad o plaga se recupere del todo. Venid conmigo un momento y comprobaréis lo que os digo.

Se levantó y se acercó hasta un grupo de arbustos que se adentraba en el bosquecillo de olmos. Las hojas mostraban signos de marchitez y manchas, como los lindoazules que Ben había encontrado en su viaje a Plata Fina.

—¿Veis la enfermedad que se muestra en las hojas? —preguntó el Amo del Río.

Se agachó y colocó la mano sobre el arbusto, cerca de donde el tronco penetraba en el tierra. Había concentración en su cara. Su respiración se hizo más lenta y su cabeza se inclinó hasta tocar el pecho con la barbilla. El arbusto se estremeció, respondiendo a su toque. La marchitez y las manchas desaparecieron, el color se avivó y el arbusto se irguió en la luz de la tarde.

—Tenemos el poder de curar —repitió el Amo del Río, conservando aún la intensidad de su mirada—. Lo habríamos usado en beneficio de toda la tierra si se nos hubiera permitido hacerlo. Pero hay muchos que desconfían de nosotros, y muchos más a quienes no interesa el trabajo que hacemos. Prefieren tenernos confinados en la región de los lagos, y nosotros nos hemos sometido a sus deseos. Si prefieren considerarnos peligrosos porque somos diferentes, los dejaremos en su error. Pero no se conforman con eso, gran señor. Continúan perjudicando a la tierra que usan. Hacen que la enfermedad se extienda a causa de su descuido y negligencia. Provocan la enfermedad no sólo a sus propias casas del valle, sino en las nuestras también, en los ríos y en los bosques que nos pertenecen.

Ben asintió. Quizás, después de todo, compartían problemas comunes.

—Su mundo no es muy diferente del mío, Amo del Río. También allí hay muchos que contaminan la tierra y el agua, y se despreocupan de la seguridad y la salud de los demás.

—Entonces, gran señor, comprenderéis el final que le he dado a esta historia. —El Amo del Río le miró de frente—. La región de los lagos nos pertenece a quienes vivimos en ella y la cuidamos. Es nuestra casa. Si los habitantes del valle prefieren destruir las suyas, no es de nuestra incumbencia. Nosotros tenemos el poder de curar a los ríos y los bosques, y lo haremos mientras sea necesario. La pérdida de la magia

que se produjo con la muerte del viejo rey no nos causó mayores problemas de los que ya existían. Los señores del Prado, los trolls, los kobolds, los gnomos y todos los otros habían esparcido la enfermedad por Landover mucho antes de eso. Nada ha cambiado para nosotros. Siempre hemos sido un pueblo aislado, y sospecho que siempre lo seremos. —Movi6 la cabeza con lentitud. Os deseo 6xito, gran se6or, pero no puedo prometeros lealtad. Vuestra llegada al trono de Landover no cambia nada para las gentes de la regi6n de los lagos.

Ben observ6 el arbusto que el Amo del R6o hab6a curado y cruz6 los brazos sobre el pecho solemnemente.

—Questor Thews me dijo que el Amo del R6o y su pueblo trabajaban para curar la enfermedad que se extiende por Landover. Pero, ¿no es cierto que el trabajo para impedir el avance de la enfermedad es cada d6a m6s dif6cil? La p6rdida de la magia propaga la enfermedad con demasiada rapidez. Llegar6 un momento en que su habilidad no ser6 suficiente, un momento en que la plaga ser6 tan fuerte que la magia de la tierra morir6.

El rostro del Amo del R6o era como de piedra.

—Los otros pueden perecer porque carecen del talento necesario para sobrevivir, gran se6or, pero no nos ocurrir6 a nosotros.

Ben frunci6 el entrecejo.

—Esa declaraci6n de independencia parece demasiado optimista, ¿no cree? ¿Qu6 hay de la Marca y sus demonios? ¿Podr6n sobrevivir a ellos?

Hab6a una nota de irritaci6n en su voz.

—Ni siquiera nos ver6n si as6 lo deseamos. Podemos desaparecer en la niebla en un instante. No representan ning6n peligro para nosotros.

—¿De veras? ¿Y si ocupan Elderew?

—Entonces volveremos a establecernos. Ya lo hicimos antes. La tierra ofrece siempre los medios para sobrevivir cuando se posee magia.

Su tranquila seguridad resultaba exasperante. Era la viva imagen del sabio proverbial que vive entre sus libros sin ver nada del mundo que no estuviese escrito all6. Le pareci6 que, despu6s de todo, el escepticismo de Abernathy ten6a cierto fundamento. La mente de Ben se esforzaba en encontrar argumentos que descartaba en seguida. Era obvio que el Amo del R6o hab6a decidido no prometer lealtad a ning6n rey de Landover, y no parec6a f6cil que algo le hiciera cambiar de opini6n. Sin embargo, Ben era consciente de que deb6a encontrar un modo.

Una luz se encendi6 dentro de su cabeza.

—¿Qu6 hay de la raz6n que le indujo a venir a Landover, Amo del R6o? ¿Qu6 hay de su trabajo aqu6?

El rostro cincelado lo mir6.

—¿Mi trabajo aqu6, gran se6or?

—Su trabajo, el trabajo que trajo a toda su gente desde el mundo de las hadas a Landover. ¿Qué hay de él? Dejó el paraíso y la vida sin tiempo ni final para entrar en un mundo de tiempo y muerte. Aceptó ser humano. Lo hizo porque quería limpiar Landover, dar la salud y la seguridad a su tierra, árboles, montañas y aguas. No sé por qué tomó tal decisión pero lo hizo. Ahora deduzco de sus palabras que abandona. No me parece que pertenezca a ese tipo de personas. ¿Va a volverse de espaldas y dejar que todo el valle enferme y se marchite sólo para demostrar que tiene razón? Una vez que la enfermedad haya adquirido la suficiente extensión y profundidad, ¿podrá encontrar magia para remediarlo?

El Amo del Río le miró con fijeza y en silencio. Frunció el entrecejo levemente y un indicio de duda se asomó en sus ojos.

Ben atacó de nuevo sin demora.

—Si me promete lealtad, pondré fin a la contaminación de las aguas y los bosques. Detendré la propagación de la enfermedad, no sólo aquí, en la región de los lagos, sino por todo el valle.

—Una noble ambición, gran señor. —El Amo del Río parecía casi triste—. ¿Cómo lo vais a lograr?

—Encontraré la forma.

—¿Cómo? Carecéis incluso de la escasa magia que poseía el viejo rey, la magia que le daba dominio sobre el Paladín. Lleváis puesto el medallón, lo he visto bajo vuestra túnica, pero es poco más que un símbolo de vuestro cargo. Gran señor, sólo sois un rey de nombre. ¿Cómo podéis hacer lo que prometéis?

Ben respiró profundamente. Aquellas palabras lo habían herido, pero tuvo cuidado de no mostrar el enojo en su voz.

—No lo sé. Pero encontraré una forma.

El Amo del Río se quedó silencioso un instante sumido en sus pensamientos. Luego asintió con un movimiento de cabeza y habló lentamente y con cuidada medida.

—Muy bien, gran señor. Nada se pierde por permitirnos intentarlo. Habéis hecho una promesa que recordaré. Poned fin a la contaminación. Detened la propagación de la enfermedad. Conseguid que los otros que habitan en el valle se avengan a trabajar con nosotros para preservar la tierra. Cuando hayáis logrado eso, os prometeré lealtad. —Extendió la mano—. ¿De acuerdo, gran señor?

Ben también extendió la suya.

—De acuerdo, Amo del Río.

Se estrecharon las manos. El ruido de las risas de los niños sonó suavemente a lo lejos. Ben suspiró para sí. Otra promesa condicionada. Estaba construyendo un castillo de naipes.

Dirigió al Amo del Río su mejor sonrisa de abogado.

—¿No sabrá por casualidad algún modo de expulsar al dragón del Prado?

ELDEREW

El Amo del Río no conocía ningún modo de expulsar al dragón del Prado. Ni nadie que él supiese. Tal vez Belladona, especuló mientras guiaba a Ben por el bosque de olmos hacia el parque donde jugaban los niños. La bruja de la Caída Profunda tenía una magia más poderosa que cualquier otra criatura del valle. Pero ni siquiera Belladona se había atrevido nunca a retar a Strabo. En cualquier caso, Belladona nunca accedería a ayudarlo, aunque tuviese los medios para hacerlo. Siempre había odiado a los reyes de Landover porque contaban con los servicios del Paladín, y el Paladín era más poderoso que ella.

Los tiempos cambian, pensó Ben, desesperanzado.

Estaban también las hadas, desde luego, añadió el Amo del Río como si se le acabara de ocurrir. Las hadas siempre habían tenido control sobre los dragones. Debido a eso, estos huyeron o fueron expulsados de su mundo y llegaron al valle. Pero tampoco ayudarían a Ben. Las hadas no ayudaban a nadie, a menos que fuese por propia iniciativa. Moraban en las nieblas, escondidas en su mundo sin tiempo y sin fin, y vivían sus vidas de acuerdo con sus reglas. Ben ni siquiera podía ir allí para pedirles ayuda. Nadie había entrado en el mundo de las hadas y vuelto de él.

Juntos pasearon por Elderew; el Amo del Río relatando la historia de su ciudad y de su pueblo, Ben pensando en la cuadratura del círculo o, en lo que era lo mismo, en qué podía hacer para desempeñar con éxito sus tareas de rey. La tarde terminó. Aunque la ciudad era interesantísima y maravillosa, el paseo dejó agotado a Ben. Escuchó atentamente, hizo comentarios en el lugar adecuado, formuló las preguntas convenientes y esperó con paciencia de santo la ocasión para excusarse.

La ocasión no se presentó. El crepúsculo se extendió y el Amo del Río lo condujo a su alojamiento, una casa de una sola planta provista de varios porches y apartamentos, jardines recónditos y una impresionante plantación de lindoazules. Arriba, los senderos arbóreos de la ciudad, intensamente iluminados, ascendían en espiral a través de la niebla del techo del bosque en arcos de bruma dorada. Risas y voces alegres llegaban hasta ellos. Para algunos, la jornada laboral había terminado.

Ben entró en la casa. La luz diurna se desvanecía a sus espaldas, y la promesa de una noche de fiesta hecha por el Amo del Río se cernía sobre él como un negro velo. Lo que menos deseaba en aquel momento era asistir a una fiesta.

Los otros le estaban esperando cuando entró. Los saludó lacónicamente y se desplomó sobre una cómoda mecedora de mimbre almohadillada.

—He fracasado otra vez —anunció con cansancio.

Questor se sentó enfrente.

—¿Os ha negado su promesa de lealtad, gran señor?

—Más o menos. La prometió con la condición de que antes encuentre un modo de

impedir que los otros habitantes del valle sigan contaminándolo. Tengo que conseguir su juramento de que trabajarán con los pobladores de la región de los lagos para mantenerlo limpio.

—Os advertí que sería difícil, gran señor —declaró Abernathy en tono triunfal. Ben volvió la vista hacia él. Recordaba la advertencia del amanuense con un contenido distinto, pero no había nada que ganar con discutirlo.

—Creo que habéis actuado bastante bien, gran señor —le informó Questor, ignorando a Abernathy.

Ben suspiró:

—Questor, por favor...

—Hablo en serio, os lo aseguro —añadió el mago sin pérdida de tiempo—. Tenía que rehusar de forma definitiva. Fue leal al viejo rey por un sentimiento de respeto a la monarquía que había gobernado cientos de años y por evitar los problemas que podían derivarse de su negativa a la obediencia. Pero la gente de la región de los lagos nunca se ha sentido unida a los demás, ni tampoco ha sido aceptada por ellos.

—El Amo del Río dijo algo al respecto. ¿Cuál es el problema?

Questor movió la cabeza.

—Sobre todo la falta de entendimiento. Las gentes de los lagos pertenecen al mundo de las hadas y poseen una magia que los otros del valle no tendrán nunca. Decidieron exiliarse de un mundo que es considerado por muchos como perfecto, un mundo sin tiempo y sin cambios, un mundo donde se puede ser inmortal. La gente de la región de los lagos vive de un modo distinto a los otros, y su concepción de las prioridades de la vida es diferente. Todo eso alimenta la desconfianza, los celos y la envidia... y muchas más emociones destructivas.

—Existe la otra cara de la historia, por supuesto —intervino Abernathy detrás de Questor—. La gente de los lagos siempre ha tenido dificultad de relación con los restantes pobladores de Landover. Suelen mantenerse apartados discutiendo sobre los valores que deberían ser impuestos mientras ellos permanecen aislados. Le reprochan a los otros que propaguen la enfermedad y la plaga por su uso indebido de la tierra y las aguas, pero se mantienen escondidos en las nieblas y el bosque.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Es tan mala la contaminación de la que se quejan?

Questor se encogió de hombros.

—Bastante. Los señores del Prado alteran la tierra mediante sus cultivos y ganados, y cazan en los bosques para obtener comida. Los trolls minan las montañas del norte para extraer minerales y sus residuos envenenan los arroyos que alimentan el valle. Otros contribuyen también de diferentes modos.

—Es difícil complacer a todos, gran señor —añadió Abernathy, parpadeando pensativamente bajo las cejas.

—Sabias palabras. —Ben se encontró pensando de pronto en la vida que había dejado tras de sí en Chicago—. Cuantas más cosas se cambian, más cosas siguen igual.

Questor y Abernathy se miraron.

—¿Gran señor? —preguntó Questor.

Ben se levantó y estiró la cabeza, sacudiéndola.

—Olvídenlo. ¿Cuándo comienzan los festejos de esta noche?

—En seguida, gran señor —respondió el mago.

—¿Un baño, gran señor? —preguntó Abernathy—. ¿Ropas limpias?

—Ambas cosas. ¡Y alguna idea, si alguien la tiene, de cómo comportarnos para agradar a todos hasta el punto de inducirlos a reconocer el dichoso trono!

Juanete y Chirivía sisearon y gesticularon en el otro lado de la sala. Ben les dirigió una mirada funesta, hizo ademán de abandonar la habitación y se detuvo.

—¿Sabéis? No me fastidiaría tanto la fiesta que nos aguarda si creyese en la posibilidad de encontrar la forma de cambiar la opinión del Amo del Río, pero no creo. —Hizo una pausa para pensar—. De todas formas, ¿con cuánto tiempo cuento para intentarlo?

—Estos festejos suelen durar toda la noche, gran señor —contestó Questor.

Ben suspiró cansadamente.

—Maravilloso —murmuró, y salió de la habitación.

La predicción de Questor resultó acertada. La fiesta comenzó poco después de la puesta del sol y duró hasta su salida. Era evidente que se celebraba en honor a la visita del gran señor de Landover, pero Ben tuvo la impresión de que los habitantes de la región de los lagos habrían asistido con el mismo entusiasmo si su objetivo hubiese sido otro. En realidad, no se le había tenido en cuenta para ningún detalle de su organización y duración.

Los festejos comenzaron con un desfile. Ben estaba sentado en el anfiteatro con los miembros de su pequeño séquito, el Amo del Río y su familia, Sauce entre ellos, y otros cientos más, mientras niños y jóvenes con antorchas y banderas entraban corriendo por el sector abierto y en un caleidoscopio de color y luz, entonando canciones. Formaron círculos concéntricos y giraron lentamente unos alrededor de otros. Los vítores y gritos de la gente reunida se elevaron en muestra de entusiasmo. Una banda de músicos situada justo debajo de Ben, hizo sonar sus flautas, trompetas, instrumentos de cuerda y gaitas. La música era fuerte y excitante, impulsando el movimiento de los danzantes, acelerando su ritmo a cada instante.

Pronto los grandes círculos concéntricos se estrecharon, y sus componentes se transformaron en frenéticos bailarines que se contorsionaban y giraban, con las antorchas y las banderas ondeando sobre sus cabezas. El vino y la cerveza se

escanciaban con generosidad en el ruedo y el anfiteatro, y todos se unieron a los cánticos, marcando el compás a palmadas. El sonido se elevó y se extendió por entre los grandes árboles de los bosques de Elderew, llenando la noche hasta ahogar cualquier otro ruido. La niebla se disipó y las lunas de Landover se destacaron en el cielo, como brillantes esferas de color semejantes a enormes globos. Sus rayos de luz irisada se filtraron a través de las hojas y las ramas para mezclarse con los del fuego de las antorchas y obligar a las sombras a retirarse.

Ben renunció a buscar una oportunidad para volver a hablar con el Amo del Río sobre su lealtad al trono. Nadie estaba interesado en algo que no fuera divertirse. Los cánticos y gritos anulaban todo esfuerzo de conversación normal, y el vino se consumía a una velocidad que le pareció asombrosa. Aceptó un vaso por no ser descortés y le pareció bastante bueno. Luego bebió otro, porque, tal como estaban las cosas, ¿qué demonios podía importar? Al poco tiempo, estaba más que animado y participando en la diversión. Questor y los kobolds bebieron con él; al parecer, con las mismas consecuencias. Sólo Abernathy se abstuvo, protestando que el vino no era bueno para los animales. Pronto, también ellos cantaron y batieron palmas.

El Amo del Río se mostraba complacido de que Ben lo estuviera pasando bien. Se dirigía a él de vez en cuando, con su inexpresivo rostro arrebolado y sus oscuros ojos brillantes, para darle de nuevo la bienvenida a Elderew y preguntarle si podía hacer algo por él. Ben estuvo tentado de darle la respuesta obvia, pero se contuvo. Era evidente que el Amo del Río tenía buenas intenciones, y la diversión era contagiosa. No lo había pasado tan bien desde mucho tiempo antes de llegar a aquella extraña tierra.

A medida que la noche transcurría la fiesta se animaba más y la gente que ocupaba los asientos del anfiteatro comenzó a bajar para mezclarse con los que habían participado en la exhibición. Los cánticos y bailes se hicieron más rápidos, los habitantes de la región de los lagos danzaban entre las sombras como si fuesen aún las criaturas de la magia que habían sido. El Amo del Río tomó de la mano a una de sus esposas, una delgada ninfa, y la condujo al ruedo. Llamó a Ben y a sus acompañantes, y a los miembros de su familia para que se uniesen a él. La mayoría lo hicieron. Ben se levantó, dudó, miró hacia atrás, al lugar donde Sauce había estado, descubrió su ausencia y volvió a sentarse. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué tenía él que celebrar? Los efectos del vino se disiparon con rapidez asombrosa, dejándolo frente a la desagradable verdad de los resultados de sus esfuerzos, y perdió el deseo de continuar en la fiesta.

Se levantó otra vez, aún inestable, se excusó apresuradamente, y se dirigió a la salida más próxima. Abernathy fue detrás, pero le ordenó que se quedara con una frase cortante. Los duendes, ninfas, nereidas y náyades se arremolinaron a su paso, bailando y cantando, arrebatados por el espíritu de la celebración. Ben se abrió paso

entre ellos con rapidez. Ya había tenido demasiados acompañantes para un solo día, y deseaba estar solo.

Las sombras lo envolvieron cuando entró en el túnel. Después, se encontró de nuevo en el bosque. Las luces parpadeaban en los senderos arbóreos ascendentes y los ruidos de la fiesta empezaron a disminuir. Avanzó en la oscuridad, ansioso por regresar a su alojamiento y alejarse de la fiesta. Tenía el estómago revuelto por el vino. De repente sintió náuseas y vomitó. Se irguió, esperó a que la cabeza y el estómago se asentasen y siguió adelante. Cuando llegó a la casa, se dirigió a un porche lateral y se derrumbó en un sillón de mimbre de respaldo alto.

Eres fantástico, ironizó.

Se sentía deprimido y cansado. Había tenido demasiada confianza en sí mismo al principio. Estaba convencido de que podía ser rey de Landover. Poseía inteligencia y capacidad, era compasivo, tenía experiencia en el trato con la gente y en la aplicación de las leyes. Y, lo que era aún más importante, necesitaba ese reto y se creía preparado para él. Pero todo eso parecía irrelevante en el esquema general de las cosas. Sus intentos para conseguir el mínimo reconocimiento que requería un rey no habían tenido éxito... sólo un montón de pactos condicionales. Los aliados más próximos del viejo rey lo habían rechazado, y los demás se igualaban. Había perdido los servicios del protector del rey, ahora convertido en algo similar al fantasma de una casa abandonada, y la Marca y los demonios estrechaban su asedio con el paso de los días.

Se estiró y contempló la noche. *Bueno, ¿y qué?*, pensó obstinadamente. Nada lo vinculaba a Landover, excepto su amor propio. Lo único que tenía que hacer era usar el medallón y regresar a Chicago, con un millón de dólares menos, pero sano y salvo. Había fallado en otras cosas antes, y sin duda volvería a fallar. Debía aceptarlo como uno de sus fracasos.

Durante un momento casi lo aceptó, después se encontró pensando en las caras de los pocos que habían asistido a la coronación, los campesinos y sus familias, los cazadores, aquellos que le miraban como a un rey en el que podían creer. Su decisión era mala para ellos, sin duda. Tras eso, se preguntó cómo podía ser tan petulante.

—Así que no eres tan maravilloso.

Algo se movió en la sombra de los árboles cercanos al porche.

—¿Ben?

Era Sauce. Surgió de entre los árboles y avanzó hacia él, como una figura fantasmagórica vestida de seda blanca, con su cabello verde resplandeciendo a la luz. Parecía niebla iluminada por la luna cruzando un lago negro, efímera pero increíblemente bella. Llegó hasta él, con la seda ceñida a su cuerpo.

—Te he seguido, Ben —le dijo con voz suave, pero sin el menor matiz de disculpa—. Sabía que estabas cansado y vendrías a dormir. Pero no te duermas

todavía. Ven conmigo primero. Ven conmigo y contempla la danza de mi madre.

Sintió una tensión en la garganta cuando ella se acercó.

—¿Tu madre?

—Es una ninfa de los bosques, Ben, tan integrada en la naturaleza que no puede vivir entre la gente de Elderew. Mi padre nunca ha podido lograr que lo acompañara. Pero la música la atraerá e impulsará su ansia de bailar. Irá a los viejos pinos y me buscará. Ven conmigo. Quiero que estés presente.

Entró en el porche, extendió la mano y se detuvo.

—¡Oh!, tu cara. ¡Alguien te ha golpeado! —Casi no se acordaba de la paliza que le había propinado Kallendbor. La mano de la sílfide tocó su frente con suavidad—. No vi las contusiones en el Irrylyn.

Pasó rápidamente los dedos sobre su cara y de inmediato el dolor desapareció. Ben no pudo evitar que sus ojos reflejaran sorpresa.

—Las pequeñas heridas pueden curarse, Ben —susurró—. Las que son visibles.

—Sauce... —comenzó a decir él.

—No te pediré que te vengas conmigo hasta que estés preparado. —Sus dedos, cálidos y suaves, se detuvieron en la mejilla—. Ahora sé quién eres. Sé que procedes de otro mundo y todavía no estás en armonía con el nuestro. Esperaré.

Él sacudió la cabeza.

—Sauce...

—¡Vamos, Ben! —Le cogió la mano con firmeza y tiró para que se levantara del sillón—. ¡Vamos! —Lo precedió camino de los árboles—. ¡Mi madre no esperará!

Corrieron por el bosque. Ella era la imagen de un ser cuya existencia era difícil creer, él la sombra que proyectaba detrás. Pasaban velozmente entre los árboles, cogidos de la mano hasta que él se encontró perdido y desorientado sin que eso le produjera la menor preocupación. El calor del toque de Sauce lo inundaba y su deseo de ella comenzó a crecer en su interior.

Al cabo de un rato aminoraron la marcha, al adentrarse en el bosque neblinoso y sombrío que se hallaba fuera de Elderew. Los sonidos de la fiesta aún se oían, pero distantes y amortiguados. Los rayos coloreados de la luz de las lunas traspasaban las capas de los árboles para salpicar la tierra de manchas brillantes. Sauce agarraba con fuerza la mano de Ben, y su calor era igual que fuego. La suave crin de su antebrazo le rozaba la muñeca como flecos de seda. Ella zigzagueaba entre los árboles y los arbustos, bordeando con agilidad los guardianes gigantes y a sus retoños.

Entonces los árboles de madera dura dieron paso a los pinos, que eran gigantes y añosos. Sauce y Ben se abrieron paso entre sus ramas de agujas, hasta llegar a un claro.

Allí la madre de Sauce danzaba en un prisma de coloreada luz lunar.

Era pequeña, apenas más alta que una niña, con facciones delicadas y hermosas.

El cabello plateado le llegaba hasta más abajo de la cintura, y la piel de su cuerpo menudo era de color verde pálido como la de su hija. Iba vestida de gasa blanca y emanaba un resplandor que parecía proceder de su interior. Saltaba y giraba, como impulsada por una locura que sólo a ella pudiese afectarle, en el claro iluminado al son de la música lejana.

—¡Madre! —musitó Sauce con la mirada llena de excitación y felicidad.

Los ojos de la ninfa del bosque se encontraron un instante con los de su hija, pero no enlenteció el ritmo del baile. Sauce se arrodilló en silencio en un extremo del claro, tirando de Ben para que la imitara. Juntos se sentaron en silencio y contemplaron al fantasma que desplegaba su magia ante ellos.

Ben no llegó a saber cuánto duró el baile. El tiempo pareció detenerse en aquel claro. Todo lo que le preocupaba al regresar del anfiteatro perdió importancia hasta quedar olvidado. Sólo existían Sauce, él y la dama que danzaba. Sintió que se habían fundido en uno por la belleza y la gracia de aquel baile. Sintió que estaban unidos de modo que no lograba entender. Sintió que la unión se producía y no se resistió.

Entonces la danza finalizó. Se produjo una quietud repentina, un silencio, y pareció que la música había dejado de sonar. La madre de Sauce se volvió un instante fugaz para mirarlos y desapareció. Ben se quedó absorto. Volvió a oír la música de la fiesta, pero la ninfa del bosque se había desvanecido como si nunca hubiese estado allí.

—¡Oh, madre! —susurró Sauce, llorando—. Es tan hermosa, Ben. ¿Verdad que es hermosa?

Ben hizo un gesto afirmativo, sintiendo la pequeña mano sobre la suya.

—Es muy hermosa, Sauce.

La sílfide se levantó, forzándolo a levantarse con ella.

—Ben. —Pronunció su nombre con tanta suavidad que él casi no lo oyó—. Ahora te pertenezco. El gran señor y la hija de las criaturas fantásticas, seremos uno. Debes pedir a mi padre que me permita acompañarte cuando te vayas. Debes decirle que me necesitas, porque así es en realidad. Si le dices eso, él me dejará.

Ben negó con la cabeza rápidamente.

—Sauce, no puedo pedir...

—Eres el gran señor, y tus peticiones no pueden ser denegadas. —Apoyó un dedo en los labios para indicarle que callase—. No soy más que una de las muchas hijas de mi padre, una cuya madre no vivirá nunca con el hombre con quien yació para darme la vida, una hija a quien su padre aprecia según su estado de ánimo. Pero tu debes reclamarme, Ben.

El rostro de Annie destelló en su mente, como un contrapunto al fuego que la joven encendía en su cuerpo.

—No puedo hacer eso.

—No comprendes la magia de las gentes del mundo de las hadas, Ben. Lo veo en tus ojos, lo oigo en tu voz. Pero Landover es el centro de esa magia y debes aceptar lo que significa.

Sauce le soltó la mano y se separó unos pasos.

—Ahora debo irme. Debo permanecer sobre la tierra que mi madre ha honrado. Vete, Ben. Vuelve por el bosque, el camino se abrirá para ti.

—No, espera, Sauce.

—Haz lo que te he dicho. Mi padre debe entregarme. —Su rostro delicado se elevó hacia los rayos coloreados de las lunas que bañaban el claro—. Oh, Ben, es como si mi madre estuviera a mi alrededor, envolviéndome, atrayéndome a ella. Aún puedo sentirla. Su esencia me llega desde la tierra. Esta noche puedo estar con ella. Vete, Ben. Aléjate.

Pero él siguió de pie, negándose a hacer lo que le pedía. ¿Por qué era tan insistente en afirmar que le pertenecía? ¿Cómo podría hacerle comprender que eso era imposible?

La joven giró en el centro del claro, bella, sensual, delicada. La deseaba tanto en aquel momento que las lágrimas brotaron en sus ojos.

—¡Sauce! —gritó, y avanzó.

Ella detuvo su girar para mirarlo, con los pies afianzados en la tierra y los brazos alzados hacia el cielo. Ben se detuvo. Un repentino resplandor comenzó a emanar de la sílfide, el mismo resplandor que despedía su madre mientras danzaba. Sauce rieló, haciéndose transparente y empezó a crecer y deformarse. Ben se protegió los ojos con la mano y cayó sobre una rodilla a causa de la impresión. Sauce estaba cambiando ante él, transformándose en algo totalmente distinto. Sus brazos y sus piernas se tornaban oscuros y nudosos, extendiéndose, dividiéndose y estirándose.

Parpadeó y no volvió a verla. En su lugar había un árbol. Era el árbol que le daba nombre. Se había convertido en un sauce.

Ben lo miró con asombro, y sintió que una ala de miedo y repulsión irrumpía en él. Trató de oponerse, pero no tuvo éxito. Ella había dicho que se alimentaría de la tierra. Le había dicho que su madre la atraía hacia sí. ¿Qué clase de ser era?

Esperó que le llegase la respuesta, solo, rodeado por la niebla y las sombras del bosque. Esperó, pero no le llegó ninguna respuesta.

Podría haber pasado la noche allí si Juanete no hubiera aparecido, saliendo de repente de entre los árboles, para cogerlo del brazo y llevárselo como a un niño desobediente. Siguió al kobold sin protestar, demasiado aturdido para hacer otra cosa. Emociones contrapuestas luchaban en su interior, torturándole. Sauce era hermosa y estaba llena de vida, y su necesidad de ella increíblemente fuerte. Pero, al mismo tiempo, le repelía, por ser una criatura de apariencia amorfa que podía convertirse en

árbol con tanta facilidad como en un ser humano.

Al salir del claro, no miró atrás; no hubiese podido soportarlo. Estaba avergonzado por lo que sentía. Caminó entre los viejos pinos detrás de Juanete. Entonces comprendió que el kobold le había seguido. Questor y Abernathy lo debían de haber enviado. No querrían correr ningún riesgo después de su desaparición en el Irrylyn.

De repente, deseó que no lo hubieran encontrado esa noche. Deseó haber desaparecido. Deseó un millar de cosas más que podían haber ocurrido y nunca ocurrirían.

El viaje de regreso fue breve. Los otros estaban esperándolo en la casa, con expresiones ansiosas en sus rostros. Le hicieron sentarse y se agruparon a su alrededor.

—Debisteis hablarnos de la sílfide, gran señor —le dijo Questor, tras cambiar unas cuantas palabras con Juanete—. Os hubiéramos informado de lo que os esperaba.

—Ya os advertí que los habitantes de la región de los lagos no eran como nosotros —dijo Abernathy, y Ben no supo si reír o llorar.

Questor impuso silencio al amanuense.

—Debéis entender algo, gran señor —siguió el mago, volviéndose de nuevo hacia Ben—. Sauce es hija de un duende y una ninfa. Su padre es sólo medio humano. Su madre tiene más de bosque que de humana, es un espíritu enraizado en la tierra. Una parte de eso le fue transmitida a Sauce al nacer, y ella requiere el mismo alimento. Es un ser cambiante; debe su vida tanto a las formas vegetales como a las animales. Para ella es natural adoptar unas y otras. Ella es así. Pero sé que vos lo consideraréis extraño.

Ben movió la cabeza lentamente, sintiendo que parte de su conflicto interior se disipaba.

—No más extraño que todo lo que ha ocurrido, supongo.

Se sentía mareado y exhausto, necesitado de sueño.

Questor dudó un momento.

—Debéis de haberle tomado un gran afecto.

Ben asintió, recordando.

—Dijo que me pertenecía.

Questor dirigió una rápida mirada a Abernathy. Los kobolds contemplaron a Ben con ojos brillantes e interrogativos.

—Pero no es cierto —continuó al final—. Ella pertenece a la región de los lagos. Pertenece a su familia y a su gente.

Abernathy murmuró algo que nadie entendió y se apartó del grupo. Questor no dijo nada. Ben los estudió en silencio durante un momento, luego se puso de pie.

—Me voy a la cama —anunció.

Se encaminó al dormitorio, y todos los ojos le siguieron. Al llegar ante la puerta, se volvió:

—Regresamos a casa —les dijo, y esperó sus reacciones—. Mañana, a primera hora.

Nadie dijo nada. Cerró la puerta tras de sí y se quedó solo en la oscuridad.

GNOMOS NOGNOMOS

Salieron de Elderew a la mañana siguiente, poco después de que amaneciera. La niebla colgaba sobre la región de los lagos como un velo, y el aire de la madrugada era húmedo y tranquilo. El día parecía adecuado para que los fantasmas y los duendes cobraran vida. El Amo del Río acudió a despedirlos, y no parecía ninguna de las dos cosas. Questor lo había llamado y se presentó. No podía haber dormido, porque la fiesta acababa de terminar, pero parecía descansado y vivaz. Ben le dio las gracias en nombre del grupo por la hospitalidad que les habían dispensado, y el Amo del Río, con su rostro granuloso y cincelado tan inexpresivo como una piedra plana, hizo una breve reverencia de reconocimiento. Ben miró a su alrededor varias veces buscando a Sauce, pero no la vio. Volvió a considerar su petición de que se le permitiese acompañarlo a Plata Fina. Una parte de él lo deseaba, la otra parte no podía permitirlo. La indecisión cedió paso a la espera de la oportunidad, pero el tiempo se acabó y él se fue sin haber tratado del asunto con su padre.

Cabalgaron en dirección norte durante el resto del día, abandonando la región de los lagos y sus nieblas para entrar en las grandes extensiones grises del extremo occidental del Prado y, desde allí, a las colinas arboladas que rodeaban Plata Fina. La luz del sol apenas se filtraba por el cielo nublado que los cubrió durante todo el viaje de vuelta, y en el aire se captaba el olor de la lluvia. Al anochecer desembarcaron del deslizador del lago y recorrieron a pie los escasos metros que los separaban de las puertas del castillo. Entonces, empezó a llover.

Llovió durante toda la noche, de forma fuerte y continua, aislándolo del mundo situado más allá de las paredes que los acogían. Para Ben, eso fue bueno. Sacó la botella de Glenlivet que había guardado en espera de una ocasión especial, reunió a Questor, Abernathy y los dos kobolds en la mesa del comedor, para que la compartieran con él. Los cuatro bebieron con lentitud sus vasos mientras él acababa con la botella. Les habló de la vida en su mundo, de Chicago y su gente, de sus amigos y su familia; de multitud de cosas ajenas a Landover. Le respondieron amablemente, pero después fue incapaz de recordarlo y, en realidad, no le importó. Cuando el whisky llegó a su fin y los temas de conversación se agotaron, se levantó y se fue a la cama tambaleándose.

Questor y Abernathy estaban en su dormitorio cuando se despertó al día siguiente. Se sentía muy mal y la lluvia continuaba cayendo.

—Buenos días, gran señor —le saludaron al unísono, con expresión sombría. Tenían el aspecto de los portaféretos en un funeral.

—Volved cuando me haya muerto —les ordenó, se dio la vuelta y volvió a dormirse.

Se despertó por segunda vez a mediodía. No había nadie en su habitación. La lluvia había cesado, y el sol enviaba débiles rayos de luz hacia la tierra a través de un velo de niebla. Se incorporó hasta quedar sentado, mirando al infinito. Su cabeza latía y tenía mal sabor de boca. Estaba tan enfadado consigo mismo que le costó trabajo abstenerse de gritar.

Se lavó, vistió y bajó las escaleras del castillo hacia el gran salón. Se tomó tiempo, observando los muros de piedra, los adornos de plata deslustrada, los tapices y las colgaduras descoloridas. Sintió que el calor del castillo lo alcanzaba, como la caricia confortadora de una madre. Hacía tiempo que no sentía algo semejante. Sus manos rozaron la piedra en correspondencia.

Questor, Abernathy y los kobolds estaban en el gran salón ocupados en distintas tareas. Todos levantaron la vista a su llegada. Avanzó hacia ellos y se detuvo.

—Siento lo de anoche —se disculpó de inmediato—. Supongo que tenía necesidad de desahogarme. Espero que todos hayan descansado bien, porque tenemos mucho trabajo por delante.

Questor miró a los otros y después de nuevo a Ben.

—¿Dónde vamos ahora, gran señor? —preguntó.

Ben sonrió.

—A la escuela, Questor.

Las clases comenzaron aquella misma tarde. Ben era el alumno; Questor, Abernathy, Juanete y Chirivía los maestros. Ben lo había meditado con detenimiento, en su mayor parte de forma intermitente mientras se sucedían las diversas etapas de embriaguez y pesadumbre, pero con detenimiento. Había pasado la mayor parte del tiempo desde su llegada a Landover corriendo de un lado para otro sin objetivo. Questor podía afirmar que las visitas al Prado y a Elderew habían sido provechosas, y quizás lo fueron, pero en verdad había estado dando palos de ciego. Era un extranjero en una tierra cuya existencia parecía imposible. Intentaba gobernar regiones que nunca había visto. Intentaba pactar con gobernantes y líderes de los que nada sabía. Por muy competente, trabajador y bien intencionado que fuese, no podía esperar asimilar todo aquello con tanta rapidez como intentaba. Había lecciones que aprender, y ya era hora de que las aprendiera.

Comenzó por Plata Fina. Dedicó el resto de la tarde a recorrer el castillo desde los sótanos a las torres, acompañado de Questor y Abernathy. Pidió al amanuense que le relatara la historia del castillo y de sus reyes desde la época más remota de que tuviera noticia. Pidió al mago que llenase las lagunas que advirtiera. Aprendió todo lo que pudo de los acontecimientos acaecidos en aquellos corredores y cámaras, torres y parapetos, jardines y lagos. Usó la vista, el oído y tacto para absorber su vida, y se compenetró con el castillo.

Aquella noche cenó tarde en el salón y pasó la hora de la cena y las dos horas que

la siguieron con Chirivía, aprendiendo a reconocer lo consumible y lo venenoso que había en el valle. Questor se quedó con ellos, traduciendo lo que Chirivía explicaba.

Al día siguiente utilizó la Landvista. Questor lo acompañó las primeras veces, atravesando el valle de un extremo a otro, estudiando la geografía, las provincias, los pueblos, las fortalezas y los castillos, y a la gente que los habitaba. A media tarde, habiendo logrado familiarizarse un poco con la magia y aprendido a ampliar el vasto alcance de la Landvista de acuerdo con sus necesidades, viajó solo y repasó mentalmente la información proporcionada por el mago.

A partir de entonces, hizo uso de la Landvista todos los días centrandose ahora su atención en la historia del valle, enlazando acontecimientos con lugares y gentes. Questor actuaba de profesor una vez más, y demostró una paciencia infinita. Era difícil para Ben asociar datos y fechas a lugares y cosas de los que tenía tan poca información previa. Questor tuvo que repetir las lecciones una y otra vez. Pero Ben tenía buena memoria y estaba decidido a aprender. Al final de la primera semana de clases, tenía unos conocimientos aceptables sobre Landover.

También realizó excursiones por los alrededores de Plata Fina, paseos a pie, sin intervención de la magia. Juanete fue su guía y mentor en estos paseos. El kobold le condujo desde el valle a los bosques y montañas que rodeaban el castillo para estudiar *in situ* las formas de vida que poblaban la zona. Siguió las huellas de un lobo montés, persiguieron hasta su guarida a una criatura cavernícola y descubrieron un par de wumps de pantano. Desenterraron ratas de túnel, serpientes y reptiles de distintas formas, acorralaron a gatos de diversas variedades y espionaron a distancia los nidos enclavados en las rocas de las aves de rapiña.

Estudiaron la flora. Questor los acompañó en las primeras salidas como intérprete. En las siguientes, prescindieron de él. Ben y Juanete descubrieron que podían comunicarse bastante bien sin ayuda.

Diez días después, Ben usó la Landvista para buscar a Strabo. Fue solo. Pretendía medir sus progresos en el aprendizaje del control de la magia. Primero pensó en buscar a Sauce, pero habría sido como si estuviese espíandola y no le pareció bien. Por tanto, eligió al dragón. Éste le aterrorizaba, y quería saber cómo podía manejar ese miedo. Estuvo explorando la mayor parte del día hasta encontrar al dragón ocupado en devorar media docena de reses al norte del Prado, royendo y mascando los cadáveres. El dragón pareció sentir su presencia cuando estuvo a unos diez metros de distancia. El hocico escamoso se levantó y se abrió, mordiendo con sus dientes ennegrecidos y afilados el aire que los separaba. Ben resistió cinco largos segundos y luego se alejó rápidamente, satisfecho.

Deseaba hacer una incursión sin compañía por los bosques que rodeaban Plata Fina para comprobar lo que había aprendido de Juanete, pero Questor se opuso. Al fin, acordaron un paseo diurno en el que Juanete le seguiría sin intervenir a menos

que fuese amenazado. Salió al amanecer para regresar a la caída de la tarde, y no vio a Juanete ni una sola vez. Tampoco vio a la criatura cavernícola ni a la víbora arbórea que el kobold mató cuando lo rondaban para convertirlo en su almuerzo. Se consoló pensando que, aunque no había visto a ninguna de las dos, sí había visto y eludido a varios wumps de pantano, lobos, reptiles y un gato enorme que también lo habrían convertido en su almuerzo con la misma rapidez.

Pasadas dos semanas, podía recitar de memoria la historia reciente, las demarcaciones geográficas, las plantas comestibles y las venenosas, las criaturas que habitaban en el valle, el funcionamiento del orden social que regía las principales razas, y las reglas que cualquier manual de supervivencia básica en Landover debía incluir. Siguió trabajando con la Landvista. Aún no tenía la suficiente confianza en la magia para llevar a cabo la última prueba que se había propuesto: la búsqueda de la bruja Belladona en las hondonadas de la Caída Profunda. Belladona nunca se aventuraba a salir de los confines de la opresiva oscuridad de la Caída Profunda, y él aún no se había atrevido a intentar una intrusión.

Estaba batallando todavía con sus miedos cuando un problema más urgente apareció en las puertas del castillo

—Vienen a visitaros, gran señor —anunció Abernathy,

Ben se hallaba inclinado sobre su mesa de trabajo en una de las salas de la planta baja, examinando con atención mapas antiguos del valle. Levantó la vista, sorprendido, y vio al amanuense seguido de Questor, que se mantenía discretamente detrás.

—¿A visitarme? —preguntó.

—Gnomos, gran señor —le informó Questor.

—Gnomos, nognomos —añadió Abernathy con un toque de desprecio en su voz.

Ben los contempló con ojos atónitos. Retiró los mapas.

—¿Qué son gnomos nognomos?

Sus lecciones con Questor nunca los habían mencionado.

—Una especie de gnomos, bastante patética me temo —contestó Questor.

—Una especie bastante despreciable, querrás decir —lo corrigió Abernathy con frialdad.

—No tienen por qué ser despreciables.

—Pero lo son.

—Siento decirte que estás mostrando tus prejuicios personales, Abernathy.

—Expreso una opinión bien cimentada, Questor Thews.

—¿Qué es eso? ¿Qué están discutiendo? —interrumpió Ben. Volvieron la vista hacia él, desconcertados—. No importa —les dijo, dando por terminado el tema con un gesto de su mano—. Sólo quiero saber qué son nognomos.

—Son una tribu de gnomos que viven al pie de las colinas del norte, bajo los altos

picos del Melchor —respondió Questor, adelantándose a Abernathy—. Viven enterrados en túneles y guaridas que ellos mismos excavan. La mayor parte del tiempo la pasan bajo tierra...

—Donde deberían quedarse —intervino Abernathy.

—... pero de vez en cuando merodean por los alrededores —siguió Questor, dirigiendo una mirada fulminante a Abernathy—. ¿Tendrías la bondad de no molestar? —Sus ojos regresaron a Ben—. No están bien vistos. A menudo se apropian de cosas que no les pertenecen sin dar nada a cambio. Las excavaciones de sus túneles pueden constituir un serio perjuicio cuando se adentran en los campos de pastos o de cultivo. Son extremadamente territoriales y, una vez asentados, no hay quien los eche. No les importa quien sea el propietario de la tierra; cuando se establecen, se quedan.

—¡Todavía no le has dicho lo peor! —insistió Abernathy.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo? —resopló Questor, dando un paso atrás.

—¡Comen perros, gran señor! —casi gritó Abernathy, incapaz de contenerse más. Su hocico se contrajo para enseñar los dientes—. ¡Son caníbales!

—Por desgracia es cierto. —Questor se adelantó de nuevo, apartando a Abernathy con el hombro—. Aunque también comen gatos, y nunca te he oído quejarte por eso.

Ben hizo un gesto.

—Terrible. ¿Y por qué ese nombre?

—Es una abreviatura, gran señor —explicó Questor—. Los gnomos se hicieron tan fastidiosos con sus excavaciones y sus saqueos que todos empezaron a expresar abiertamente su deseo de que se fueran, repitiendo la frase «no queremos gnomos». Con el transcurso del tiempo la frase se abrevió y se convirtió en el apodo con el que se los conoce: nognomos.

Ben movió la cabeza con incredulidad.

—Parece un cuento de los hermanos Grimm. Los gnomos nognomos. Bueno, ¿qué trae a los gnomos por aquí?

—Sólo os lo dirán a vos, gran señor. ¿Accedéis a recibirlos?

Pareció que Abernathy iba a morder a Questor, pero logró controlarse, inmovilizando el hocico a mitad de su trayectoria. Questor se meció hacia atrás sobre los talones, en espera de la respuesta de Ben.

—El calendario de audiencias reales no está precisamente lleno —respondió Ben, mirando primero a Abernathy y después a Questor—. No veo que recibir a quienes se han tomado la molestia de venir aquí pueda hacer daño a nadie.

—Confío en que recordaréis haber pronunciado esas palabras, gran señor —dijo Abernathy, ofendido—. Hay dos esperando. ¿Los hago entrar?

Ben tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—Sí, por favor.

Abernathy salió y volvió al cabo de unos momentos con los gnomos nognomos.

—Fillip y Sot, gran señor —le anunció enseñando los dientes.

Los gnomos se adelantaron e hicieron una reverencia tan profunda que sus cabezas tocaron el suelo de la sala. Eran las criaturas de apariencia más mísera que Ben había visto. Apenas sobrepasaban el metro veinte de altura, sus cuerpos eran gruesos y peludos, sus rostros recordaban al de los hurones y lucían una barba que les llegaba desde la nariz al cuello. Vestían unas ropas que el mendigo más pobre habría rehusado, y daban la impresión de no haberse bañado desde que nacieron. El polvo cubría sus cuerpos y sus ropas; la suciedad y la mugre estaban incrustadas en las arrugas de la piel y bajo las uñas que parecían enfermas. Unas orejas pequeñas y puntiagudas asomaban a los lados de sus gorros adornados con plumas rojas, y las curvadas uñas de los dedos de los pies sobresalían por las puntas de sus botas destrozadas.

—Magnífico gran señor —saludó uno.

—Poderoso gran señor —añadió el otro.

Levantaron las cabezas del suelo y le miraron con ojos parpadeantes. Parecían topos salidos a la superficie para echar un vistazo a la luz del día.

—Yo soy Phillip —dijo uno.

—Yo soy Sot —dijo el otro.

—Hemos venido a ofrecer nuestra promesa de lealtad al gran señor de Landover en nombre de todos los gnomos nognomos —dijo Phillip.

—Hemos venido para deseáros felicidad —dijo Sot.

—Os deseamos larga y saludable vida —dijo Phillip.

—Os deseamos muchos hijos —dijo Sot.

—Os ofrecemos nuestras habilidades y nuestra experiencia para que las empleéis del modo que os plazca —dijo Phillip.

—Os ofrecemos nuestros servicios —dijo Sot.

—Pero primero hemos de exponeros un pequeño problema —dijo Phillip.

—Así es —afirmó Sot.

Esperaron, una vez finalizadas sus presentaciones. Pero Ben se preguntó si sólo era que se habían quedado sin aliento.

—¿Qué problema tenéis? —quiso saber.

Los otros se miraron el uno al otro. Sus rostros de hurón gesticularon, mostrando unos dientes afilados y puntiagudos como dagas.

—Trolls —dijo Phillip.

—Los trolls de la montaña —dijo Sot.

Esperaron de nuevo. Ben se aclaró la garganta.

—¿Qué ocurre con ellos?

Aunque no sabía nada de los gnomos nognomos sí había oído algo de los trolls de

la montaña.

—Se han llevado a nuestra gente —dijo Phillip.

—No a toda, pero a una cantidad considerable —le corrigió Sot.

—Nosotros escapamos —dijo Phillip.

—Estábamos ausentes —dijo Sot.

—Invadieron por sorpresa nuestras madrigueras y guaridas, y se llevaron a nuestra gente con ellos —dijo Phillip.

—Capturaron a todos los que encontraron —dijo Sot.

—Se los llevaron al Melchor para que trabajaran en las minas y en los hornos —dijo Phillip.

—Se los llevaron a los fuegos —se lamentó Sot.

Ben comenzó a componer la imagen. Los trolls de la montaña pertenecían a una raza bastante primitiva que vivía en las cumbres del Melchor. Su principal ocupación era la extracción de minerales de las rocas para convertirlos con la ayuda de sus hornos en armas y armaduras, que vendían a los otros habitantes del valle. Los trolls de la montaña constituían un grupo aislado y retraído, pero no solían crear problemas a sus vecinos y nunca habían empleado esclavos para su trabajo.

Miró a Questor y a Abernathy, que estaban detrás de los gnomos. El mago se encogió de hombros y el amanuense le dedicó una de sus clásicas miradas que significaban «ya os lo dije».

—¿Por qué los trolls de la montaña capturaron a vuestra gente? —preguntó Ben a los gnomos.

Phillip y Sot se miraron, pensativos; después movieron las cabezas de un lado a otro.

—No lo sabemos dignísimo gran señor —dijo Phillip.

—No lo sabemos —dijo Sot.

Sin duda, eran los peores mentirosos con que Ben se había topado nunca. No obstante, decidió actuar diplomáticamente.

—¿Por qué creéis que los trolls de la montaña capturaron a vuestra gente? —insistió.

—Es difícil decirlo —dijo Phillip.

—Muy difícil —añadió Sot.

—Puede haber múltiples razones —dijo Phillip.

—Múltiples —repitió Sot.

—Es posible, supongo, que mientras buscábamos comida nos hayamos apropiado de alguna cosa que creíamos abandonada pero que los trolls consideraban suya —especuló Phillip.

—Es posible que nos hayamos apropiado de algo que creyésemos sin propietario pero que, en realidad, les pertenezca a ellos —añadió Sot.

—Los errores de esa clase se producen con frecuencia —dijo Phillip.

—Con frecuencia —dijo Sot.

Ben asintió. No pudo creer ni por un momento que hubiesen actuado por error. Su único error había sido creer que podían actuar impunemente.

—Si fue una equivocación —observó Ben—. ¿por qué los trolls de la montaña no se limitaron a pedir que se les devolviese lo que era suyo?

Los gnomos parecían bastante incómodos. Ninguno respondió.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de propiedad creéis que ha sido indebidamente tomada? —les preguntó.

Phillip fijó la vista en sus botas, y los dedos de sus pies se movieron en muestra de inquietud. Las facciones de hurón del otro se contrajeron como si deseara desaparecer bajo la piel.

—A los trolls les gusta tener mascotas —dijo Phillip al fin.

—Los trolls son muy aficionados a las mascotas —añadió Sot.

—Lo que más les gusta son los perezosos arbóreos —dijo Phillip.

—Se los dan a sus hijos para que jueguen —dijo Sot.

Una terrible sospecha cruzó por la mente de Ben.

—Siempre pueden devolverse las mascotas de las que uno se apropia por error, ¿verdad? —les preguntó.

—No siempre —dijo Phillip, aparentando pesadumbre.

—No, no siempre —añadió Sot.

Ben miró a Abernathy con el rabillo del ojo. Los pelos del cuello del amanuense estaban tan erizados como las púas de un puerco espín acorralado.

—Os comisteis a esos animales, ¿verdad? —les preguntó.

No dijeron ni una palabra. Los dos se quedaron absortos en la contemplación de sus botas. Luego desviaron la mirada hacia las paredes. Abernathy emitió un gruñido grave y amenazador, y Questor siseó para pedirle silencio.

—Esperad fuera, por favor —dijo Ben a los gnomos.

Phillip y Sot se volvieron rápidamente y salieron del salón, con sus pequeños cuerpos oscilando con torpeza al moverse. Phillip miró hacia atrás una vez, como si fuese a decir algo más; después, lo reconsideró y se apresuró a salir. Questor los siguió hasta la puerta y la cerró a sus espaldas.

Ben miró a sus asistentes.

—Bueno, ¿qué pensáis?

Questor se encogió de hombros.

—Creo que es más fácil atrapar y devorar a un perezoso domesticado que a uno salvaje.

—¡Creo que alguien debería comerse unos cuantos gnomos para ver qué tal

saben! —dijo Abernathy.

—¿Te interesa esa clase de comida? —preguntó Questor.

Ben dio un paso adelante con impaciencia.

—No os estoy preguntando qué pensáis de lo que hicieron. Os pregunto si creéis que debemos prestarles ayuda.

Abernathy se quedó asombrado. Sus orejas se aplastaron hacia atrás y sus gafas resbalaron en ángulo sobre la nariz.

—¡Antes preferiría acostarme en una cama llena de pulgas, gran señor! ¡Antes preferiría compartir mi habitación con gatos!

—¿Y qué decís de que los trolls hayan obligado a esa gente a servirles como esclavos? —les presionó Ben.

—¡Para mí está claro que esa situación la provocaron ellos! —respondió al amanuense—. En cualquier caso, tenéis preocupaciones más importantes que los gnomos nognomos.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Tú crees?

—Gran señor —intervino Questor adelantándose—. El Melchor es una región peligrosa y los trolls de la montaña nunca han sido los súbditos más leales al rey. Son un pueblo tribal, muy primitivo, poco proclive a aceptar cualquier intervención en su región. El viejo rey los mantuvo a raya permaneciendo apartado de sus asuntos. Cuando tenía que intervenir, lo hacía respaldado por un ejército.

—Y yo no tengo ningún ejército que me respalde, ¿verdad? —concluyó Ben—. Ni siquiera cuento con los servicios del Paladín.

—Gran señor, los gnomos nognomos no han hecho más que causar problemas desde los tiempos más lejanos que cualquiera pueda recordar. —Abernathy dio un paso para ponerse al nivel de Questor—. ¡No son más que una molestia dondequiera que van! ¡Son caníbales y ladrones! ¿Cómo podéis pensar en ayudarles?

Questor asintió, evidenciando su conformidad.

—Quizás lo mejor sea rehusar su petición, gran señor.

—No, Questor —contestó Ben con rapidez—. Ésa es exactamente la clase de petición que no puedo rehusar. —Su mirada pasó del mago al amanuense, y luego movió la cabeza—. No lo entienden, ¿verdad? Vine a Landover para ser rey. No puedo elegir la ocasión en que debo ejercer como rey y sobre quién debo hacerlo. Soy rey ahora y en cualquier otro momento, y para todo el que me necesite. Ésa es la forma en que deben funcionar las monarquías. Lo sé por la historia de mi mundo. Un rey debe proclamar y administrar las leyes de su reino con justicia y equidad sobre todos con sus súbditos. No pueden existir favoritismos. No puede haber excepciones. Lo que haga por los señores del Prado y los duendes y ninfas de Elderew debo hacerlo por los gnomos nognomos. Si incumplo una vez mi obligación, sentaré un

precedente para ocasiones venideras y podré acogerme a él cuando me parezca oportuno.

—Pero vos no contáis con ningún apoyo, gran señor —argumentó Questor.

—Quizás no. Pero si tengo éxito ayudando a los gnomos podré contar con su apoyo la próxima vez. Los gnomos han ofrecido su lealtad, que es más de lo que tenía antes de que se presentaran. Se merecen algo por eso. Quizás los otros prometerán lealtad también si ven que el trono puede ser útil incluso para los gnomos nognomos. Quizás reconsideren su postura.

—Quizás las vacas vuelen sobre el castillo —refunfuñó Abernathy.

—Quizás —reconoció Ben—. He visto cosas más extrañas desde que estoy aquí.

Durante un momento se miraron en silencio.

—No tengo confianza en esa idea —dijo Questor, con su rostro de búho arrugado por las dudas.

—Ni yo —agregó Abernathy.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Ben—. Tampoco a mí me gusta. Pero, a pesar de todo vamos a seguir ese camino. Vamos a hacerlo porque es lo que tenemos que hacer. Manos a la obra. Es momento de enfrentarse de nuevo al mundo real. Que entren esos gnomos.

Questor y Abernathy hicieron una reverencia de aceptación y salieron de la sala murmurando entre dientes.

Los gnomos nognomos volvieron deshaciéndose en excusas. Los perezosos eran el manjar favorito de su pueblo. Sí, eran manjar delicioso, añadió Sot. Ben les cortó al instante. Su petición sería aceptada, les dijo. Iría con ellos al Melchor para ver si podía obtener la liberación de los cautivos de los trolls. Saldrían de Plata Fina al amanecer. Phillip y Sot lo miraron con asombro y cayeron de rodillas, humillándose de un modo excesivo. Ben hizo que se los llevasen en seguida.

Esa noche, después de cenar, subió a la Landvista solo. Los gnomos habían sido encerrados en sus habitaciones por Abernathy, que se negó a permitir que anduviesen libremente por el castillo, y los demás estuvieron ocupados en los preparativos para él viaje. Ben pudo disponer de tiempo sin que nadie lo molestara. Decidió echar una ojeada a la región del lago.

La noche era neblinosa y sombría, como muchas otras, con las siete lunas coloreadas de Landover levemente visibles sobre la línea del horizonte y las lejanas estrellas punteando la niebla nocturna como las luces de las calles. La Landvista le llevó de inmediato a la región de los lagos, y descendió lentamente a Elderew. La ciudad estaba iluminada por las antorchas situadas en los senderos y caminos, y la gente permanecía aún fuera de sus casas. El sonido de las risas y las conversaciones le hizo sentir cierta incomodidad al acrecentar su sensación de intrusismo. Se deslizó

sobre el anfiteatro, sobre las viviendas y comercios de la ciudad, la casa que le sirvió de alojamiento y los densos bosques. Encontró los añosos pinos entre los que había danzado la madre de Sauce. Estaban desiertos. El árbol en el que Sauce se había transformado ya no se hallaba en su lugar. A ella tampoco se la veía por ninguna parte.

Permaneció en los bosques un rato, pensando en Annie. No podía explicarse por qué, pero necesitaba pensar en ella. También necesitaba estar con ella, pero sabía que Annie se había ido y que era inútil lamentarse. Se sintió solo, como un viajero alejado de su hogar y sus amigos. Estaba desorientado. Tenía la sensación de haberse aislado de todo, y las razones que lo habían impulsado a hacerlo cada vez le parecían menos sólidas. Necesitaba que alguien le dijese que todo saldría bien, que actuaba correctamente, que llegarían tiempos mejores.

Pero no había nadie que se lo dijera. Estaba solo.

La medianoche llegó y pasó antes de que decidiese regresar a Plata Fina. Apartó las manos de la barandilla de la Landvista y se encontró en casa.

TROLLS DE LA MONTAÑA

La mañana sucedió a la noche, como ocurre siempre, pero Ben se despertó cuestionándose la evidencia de que tenía que ser así. Estaba de mal humor, con los nervios tensos, después de haber tenido un sueño deprimente sobre la muerte y la futilidad personal. La gente se moría, moría a su alrededor, y él era impotente para salvarla. No había conocido a ninguno de aquellos seres en su vida, pero en el sueño parecían muy reales. Parecían amigos. No quería que muriesen, pero era incapaz de evitarlo. Había intentado despertarse para escapar de lo que ocurría, pero no lo logró. En su sueño existía esa sensación terrorífica de intemporalidad que se produce cuando el subconsciente sugiere que el despertar no llegará nunca, que la única realidad es el sueño. Cuando sus ojos se abrieron al fin vio que el alba se filtraba neblinosa y gris a través de las ventanas. El mundo de su sueño había sido neblinoso y gris, una penumbra en la que ni el día ni la noche se sucedían.

La perspectiva era demasiado tétrica para considerarla, y la apartó de su mente desarrollando una gran actividad. Se levantó, se lavó, se vistió, terminó de preparar sus cosas para el viaje al norte, se reunió con Questor, Abernathy, Juanete, Chirivía, Phillip y Sot en el desayuno, comió, revisó las provisiones en los animales de carga, ya al otro lado del lago, montó a Espoleta, y dio la orden de marcha. Se cuidó de no concederse tiempo para volver a pensar en el sueño. Ahora estaba casi olvidado, como un recuerdo que se desvanecía. El rey de Landover, seguido por los miembros de su corte y los gnomos nognomos, salía de su castillo una vez más.

Viajaron hacia el norte a través de la región de las colinas durante todo el día, atravesando pendientes boscosas, hondonadas y pequeños valles cubiertos de arbustos y orillas de lagos poblados de maleza. Pasaron al oeste del Prado y al este la Caída Profunda. El sol estaba velado por las nubes y la niebla, como una bola blanca que apenas expulsaba las sombras de la noche. La tierra que recorrían parecía desolada y enferma. Las hojas y los arbustos tenían tonos oscuros y manchas de marchitez. La hierba parecía mate y amarillenta como si se hubiese helado, y los árboles estaban llenos de hongos que succionaban su savia. La enfermedad de la tierra se agravaba y la vida huía de ella.

Al anochecer, Strabo pasó sobre el pequeño grupo. El dragón apareció por el oeste, como una enorme sombra alada más oscura que los cielos bajo los que volaba. Los gnomos nognomos lo vieron en el mismo momento y juntos descabalgaron del caballo que compartían y desaparecieron entre la maleza. El resto del grupo observó en silencio el paso del dragón hacia el este. Se precisaron quince minutos para que Ben y sus acompañantes convencieran a los gnomos para que saliesen de su escondite y continuaran el viaje.

Aquella noche acamparon en un valle pequeño resguardado por manzanos y

abedules. La luz se convirtió pronto en penumbra y en ella comieron la cena. Nadie tenía mucho que decir. Todos estaban sumidos en sus propios pensamientos. Cuando terminaron se fueron a dormir.

Amaneció un día muy parecido al anterior: gris, neblinoso y desapacible. Borearon el Prado hasta las estribaciones montañosas que ascendían al Melchor. Las nieblas del mundo de las hadas que rodeaban el valle se habían deslizado hasta las laderas de la montaña, formando una capa gris que lo oscurecía todo. Cabalgaron hacia ella. Al llegar el mediodía fueron engullidos por la niebla.

Juanete los guiaba con paso firme y estable, forzando su vista, más aguda que las de sus compañeros. Siguieron un camino salpicado de rocas que pronto se convirtió en sendero y después en una vereda estrecha y surcada. Los muros rocosos y las sombras los rodearon. Ya se encontraban en el Melchor. La luz comenzó a desvanecerse por la proximidad del crepúsculo, y eso los obligó a conducir los caballos a pie, puesto que la marcha se hizo lo bastante insegura para exponerlos al riesgo de una caída. Phillip y Sot se aferraban más el uno al otro a medida que avanzaban, murmurando entre sí, evidenciando su inquietud. Ben forzaba su mirada a través de la niebla y la oscuridad para ver lo que tenían delante.

Había un sentimiento creciente de desesperación en Ben Holiday. Durante todo el día se había esforzado por ignorarlo, pero persistía y por fin consiguió su atención. El viaje a las tierras de los trolls de la montaña para intentar que los gnomos nognomos fueran liberados era más importante de lo que deseaba admitir. Quizás fuera su última oportunidad. No había logrado nada positivo desde que aceptó su cargo en el reino. Si fracasaba también allí, con aquellos desdeñados y necesitados gnomos, ¿dónde podría ir? La noticia de su fracaso se extendería sin tardanza. Nadie volvería a solicitar su ayuda. Se convertiría en el rey de comedia que decía el barón Kallendbor.

La noche se asentó. El camino se hizo más incierto y tuvieron que seguir más despacio. Sonaban truenos a lo lejos, un sordo retumbo acompañado del rápido destello de algún relámpago. Un resplandor rojizo y difuso comenzó a teñir la oscuridad. Ben lo observó con atención. Los truenos adquirieron nuevos tonos, ya no eran los sonidos de una tormenta que se aproximaba sino algo más.

Juanete les indicó que se detuvieran, intercambió unas palabras con Questor, y el mago se volvió hacia Ben. El resplandor rojizo procedía del fuego de los hornos de los trolls. Los truenos y relámpagos eran los ruidos de los fuelles en funcionamiento y los destellos del metal que se fraguaba.

Ben le indicó a Abernathy que desplegara la bandera del rey y la enarbolase ante ellos. El grupo siguió avanzando.

Minutos después, alcanzaban la cima de un risco. La estrecha vereda se ensanchó al terminar el desfiladero y se encontraron en la entrada del infierno. Al menos eso le pareció a Ben. El infierno era un valle rodeado por altísimos picos rocosos que

desaparecían en un techo de niebla y oscuridad. Los fuegos ardían por todas partes. En enormes hornos de roca, donde ésta estaba tan caliente que fulguraba; en marmitas de hierro, donde el metal fundido borboteaba y humeaba; en fosos excavados en la roca y en la tierra, donde las llamas lamían los residuos y el combustible; y en cazoletas con soportes de hierro destinadas a iluminar el perímetro del valle para propiciar la vigilancia. Los fuegos desprendían un resplandor carmesí que lo bañaba todo. Por mitad del valle serpenteaba un río estrecho, con aguas color de sangre. Las sombras fluctuaban, proyectadas por las llamas contra la piedra, como si fueran seres encadenados a las rocas. Entre los fuegos había casas bajas, construidas con bloques de piedra y tejas. Cerca de ellas, se hallaban los corrales. Estaban hechos de estacas de hierro y alambres, y destinados a guardar seres vivos, animales y también humanos. El que estaba en el centro albergaba un grupo de unos cincuenta gnomos, andrajosos, de aspecto aterrorizado, con sus caras de hurones enterradas en cuencos de comida y cubos de agua. También había gnomos fuera del corral, ocupados en alimentar los fuegos. Sus espaldas estaban encorvadas, sus cabezas bajas y sus cuerpos peludos chamuscados y ennegrecidos. Acarreaban el combustible, alimentaban a los hornos con metal en bruto y fraguaban los metales fundidos. Eran los condenados de la tierra enviados a su castigo eterno.

Los trolls estaban allí para encargarse de que el castigo fuese aplicado adecuadamente. Había cientos de ellos, oscuros, deformes, caminando con torpeza por el valle de un fuego a otro; algunos ocupados en un trabajo concreto, otros en dirigir su desarrollo. Los trolls eran seres hoscos, de robustos miembros, con rostros impasibles y casi carentes de facciones, con cuerpos musculosos y desproporcionados. Sus extremidades eran largas y gruesas, más fuertes que sus cuerpos delgados. Tenían los torsos inclinados y los hombros demasiado anchos para los ligamentos y tendones que los unían, las cabezas oblongas y hundidas en sus pechos cubiertos de pelo. Su piel tenía el aspecto de las tostadas quemadas, una apariencia irregular. Los pies nudosos y aplastados se agarraban a la roca y a la tierra con la seguridad de las pezuñas de una cabra montesa.

Ben sintió que el aire salía de sus pulmones como si fuese succionado por los fuegos. A pesar del calor sofocante, sintió frío. Las cabezas giraban hacia ellos y los cuerpos deformes se acercaban. El pequeño grupo ya había sido visto.

—Desmontad —ordenó Ben en voz baja.

Se bajó del caballo, y también lo hicieron Questor y Abernathy. Chirivía se adelantó para unirse a Juanete y los dos sisearon en advertencia a los trolls, enseñando los dientes blancos bajo la luz de los fuegos. Phillip y Sot se escondieron detrás de Ben, apretándose contra sus piernas.

Frente a ellos, a pocos metros, se habían reunido unas docenas de trolls. Figuras grotescas con ojos amarillos y actitud inequívocamente hostil. De uno de los fosos de

residuos, situado a sus espaldas, se elevó un surtidor de fuego, que explotó con gran estrépito. Ni una cabeza se volvió.

—Enséñales la bandera —ordenó Ben a Abernathy.

El amanuense dejó caer la bandera en ángulo de modo que su escudo quedara visible. Los trolls la miraron sin interés. Ben esperó un momento, desvió un instante los ojos hacia Questor y se adelantó.

—¡Soy Ben Holiday, gran señor de Landover! —gritó. Su voz reverberó en los muros de roca y se extinguió—. ¿Quién es vuestro jefe?

Los trolls lo observaron, pero ninguno se movió. Había un jefe en aquella tribu. Ben lo sabía por los informes de Questor.

—¿Quién habla en vuestro nombre? —preguntó con voz firme e imperiosa.

Un nuevo troll llegó al grupo, y éste se dividió para dejarle paso. Era una criatura tan tosca como las otras, pero lucía un collar de plata. Habló con rapidez en una lengua que Ben no reconoció.

—Quiere saber qué estamos haciendo aquí, gran señor —tradujo Questor—. Parece irritado.

—¿Entiende lo que digo?

—No lo sé, gran señor, pero es posible.

—Háblele en su lengua, Questor. Dígale otra vez quién soy. Dígale que como no acudí a la coronación cuando se le convocó, he decidido venir a verlo y que ahora debe darme su promesa de lealtad.

—Gran señor, no creo que...

La expresión de Ben era dura.

—¡Dígaselo, Questor!

Questor cambió unas palabras con el troll, y se produjo un rumor de descontento en las filas de los reunidos. El troll alzó un brazo y el rumor cesó. Luego volvió a hablarle a Questor.

El mago se volvió hacia Ben.

—Dice que no sabe nada de coronación alguna, que no hay rey en Landover y no lo ha habido desde que murió el viejo rey. Dice que no prometerá lealtad a nadie.

—Maravilloso. —Ben mantuvo sus ojos sobre el jefe.

Sacó el medallón de debajo de su túnica y lo sostuvo de modo que pudiera ser visto. Hubo un murmullo de reconocimiento. Los trolls se miraron entre sí y retrocedieron con torpeza.

—Dícales que domino la magia, Questor —ordenó—. Y que estoy dispuesto a hacerles una demostración si es necesario.

El rostro de búho se tensó, y después reflejó duda.

—Hágalo, Questor —insistió en voz baja.

El mago volvió a hablar. Los trolls murmuraron entre sí, inquietos. El jefe parecía

confuso. Ben esperó. El calor de los fuegos lo alcanzaba y el sudor empapaba sus ropas. Sentía las caras de los gnomos nognomos pegadas a sus piernas y espiando a los trolls. Los segundos transcurrían sin que nada ocurriese. Si no hacía algo de inmediato, perdería la pequeña ventaja que había conseguido.

—Questor, dígame otra vez que debe prometer lealtad al trono. Dígame que debe entregarme, como muestra de buena fe, a los gnomos nognomos que tiene prisioneros para que me sirvan. Dígame que debe hacerlo ahora, que no tengo tiempo que perder, que me espera la bruja de la Caída Profunda. Dígame que no me desafíe.

—¡Gran señor! —exclamó Questor con incredulidad.

—¡Dígaselo!

—Pero, ¿y si le desafíais y mi magia falla?

—¡Pues correremos la misma suerte que los gnomos, maldita sea!

El rostro de Ben estaba sofocado y furioso.

—¡Sed cauto, gran señor! —le avisó Abernathy, asomando su morro de repente.

—¡Al demonio con la cautela! —Ben se giró con brusquedad—. ¡Con fanfarronadas o sin ellas, tenemos que intentar algo...!

Abernathy le interrumpió con un siseo de advertencia.

—Gran señor, creo que entiende lo que decís.

Ben se quedó paralizado. El jefe lo estaba observando, sus ojos amarillos mostraron astucia de repente. Lo había entendido todo. Ben lo supo al instante. El troll dio una orden a los que estaban detrás, y éstos empezaron a desplegarse para rodear al pequeño grupo.

—Use la magia, Questor —susurró Ben.

El rostro del mago estaba gris a causa de la incertidumbre y el miedo.

—¡Gran señor, no sé si podré!

—¡Si no lo hace, tendremos grandes problemas! —Ben mantuvo sus ojos fijos en Questor—. ¡Úsela!

El mago titubeó. Su alta figura, con los colores del arco iris en sus ropas, parecía una estatua sobre el fondo de los fuegos y la noche. Entonces, se volvió de repente, hacia los trolls, levantando los brazos. Ellos gritaron. Los brazos de Questor giraron como aspas de molino, las palabras salieron a borbotones de su garganta y el aire se llenó de luces.

Comenzaron a llover flores

Caían desde no se sabe dónde rosas, peonías, violetas, lilas, margaritas, crisantemos, orquídeas, lirios y todas las demás clases de flores que crecen bajo el sol. Descendían sobre ellos y sobre los trolls en grandes cantidades, los golpeaban y caían al suelo.

Era difícil saber quién estaba más sorprendido. Era evidente que todos esperaban algo distinto, incluido Questor, que hizo un gran esfuerzo para recobrase después de

la primera impresión, elevando los brazos por segunda vez para un nuevo intento con la magia. Fue demasiado lento. Los trolls de la montaña ya habían reaccionado. Se lanzaron sobre los miembros del pequeño grupo en un ataque por sorpresa. Parecían enormes. Ben gritó para prevenir a sus acompañantes. Vio a los kobolds, oyó sus siseos, oyó dentellar a Abernathy, sintió que los gnomos Phillip y Sot se aferraban a él para protegerse, y olió la mezcla de cenizas y humo.

Entonces, los trolls cayeron sobre él. Fue golpeado, derribado por la fuerza de la embestida. Su cabeza chocó contra la tierra dura y el aire frente a él explotó en una luz cegadora. Después, no hubo más que oscuridad.

Se despertó como un prisionero en el infierno de Dante. Estaba encadenado a un poste en el corral central, con gruesos grilletes cerrados alrededor de las muñecas y tobillos. Se hallaba sentado, apoyado en el poste y, a través de una bruma de humo, lo miraban con curiosidad docenas de gnomos peludos. Su cabeza latía y su cuerpo estaba bañado en sudor y suciedad. El hedor de los hornos y los fosos de residuos llenaba el aire, provocándole náuseas. Los fuegos ardían a todo alrededor, y sus luces carmesíes cubrían como un manto la roca y el valle.

Ben parpadeó y giró la cabeza lentamente. Questor y Abernathy estaban encadenados a otros postes cercanos, despiertos y conversando en susurros. Los kobolds tenían las manos y los pies atados con cadenas y unidos a argollas de hierro fijadas al suelo de piedra. Ninguno de los dos parecía consciente. Los trolls patrullaban. Sus figuras deformes eran poco más que sombras vagando silenciosamente en la noche.

—¿Estáis despierto, gran señor?

—¿Os encontráis bien, gran señor?

Phillip y Sot asomaron las cabezas sobre el mar de caras que los espiaban. Los ojos de hurón le miraron con solicitud. En aquel instante, el mayor deseo de Ben era estrangularlos. Se sentía como un trofeo exhibido en el zoológico. Se sentía como un bicho raro. Y, sobre todo, se sentía fracasado. Todo a causa de ellos. Estaba allí por ellos. ¡Todo había ocurrido por ellos!

Pero eso no era cierto, y él lo sabía. Estaba allí por decisión propia, porque lo había querido.

—¿Os encontráis bien, gran señor? —preguntó Phillip.

—¿Podéis oírnos, gran señor? —preguntó Sot.

Ben calmó su furia mal dirigida.

—Puedo oírlos. Estoy bien. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—No mucho, gran señor —dijo Phillip.

—No más de unos minutos —dijo Sot.

—Nos capturaron a todos —dijo Phillip.

—Nadie escapó —dijo Phillip.

—Nadie —repitió Sot.

Decidme algo que no sepa, pensó Ben con amargura. Miró a su alrededor. Estaban encerrados por verjas de alambre espinoso de un metro ochenta de altura. Las puertas eran de madera, muy gruesas, y estaban aseguradas con cadenas. Dio un tirón experimental a las que sujetaban sus muñecas y tobillos. Eran firmes, tanto en sus eslabones como en su unión con las argollas. Escapar no iba a ser fácil.

¿Escapar? Se rió mentalmente. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Cómo iba a escapar de aquel lugar?

—¡Gran señor! —Se volvió al oír su tratamiento. Questor se había dado cuenta de que estaba despierto—. ¿Os halláis herido, gran señor?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo están usted y Abernathy? ¿Y los kobolds?

—Bien, creo. —El rostro de búho parecía negro a causa del hollín—. Juanete y Chirivía se llevaron la peor parte, me temo. Lucharon con fiereza para defenderos. Hizo falta más de una docena de trolls para controlarlos.

Los kobolds se agitaron de pronto en sus cadenas, como para corroborar la afirmación del mago. Los ojos de Ben se fijaron en ellos durante un momento; después, volvieron a Questor.

—¿Qué nos harán? —preguntó.

Questor negó con la cabeza.

—No lo sé. Nada agradable, supongo.

Ben pudo imaginárselo.

—¿Puede usar la magia para liberarnos? —preguntó.

Questor movió la cabeza con más energía.

—La magia no funciona estando mis manos encadenadas. No tiene poder cuando el hierro me sujeta. —Dudó un momento—. Gran señor, siento haber fracasado. Traté de hacer lo que me pedisteis. Invoqué a la magia para que nos ayudase. No respondió. Parece que... no puedo dominarla... como me gustaría.

Se interrumpió con la voz quebrada.

—No es culpa suya —dijo Ben—. Yo soy el causante de lo ocurrido, no usted.

—¡Pero yo soy el mago de la corte! —insistió Questor con vehemencia—. ¡Debí haber sido capaz de usar la magia para impedir que actuara ese puñado de trolls!

—¡Y yo debí haber tenido la suficiente inteligencia para hacer lo mismo! Pero, al parecer, en esta ocasión ambos nos hemos quedado un poco cortos, así que olvídalo, Questor. Olvide todo lo pasado. ¡Concéntrese en encontrar un modo de salir de este corral!

Questor Thews se echó hacia atrás, deprimido. Parecía muy afectado por la situación y ya no era el guía seguro que había conducido a Ben. Tampoco Abernathy

dio una respuesta. Ben apartó la vista de ellos.

Fillip y Sot se acercaron un poco.

—Tengo sed —dijo Phillip.

—Tengo hambre —dijo Sot.

—¿Cuándo podremos marcharnos de aquí, gran señor? —preguntó Phillip.

—¿Cuándo? —preguntó Sot.

Ben los miró con incredulidad. ¿Quizás en la próxima década de nunca jamás? ¿Quizás el día del juicio? ¿Creían de veras que iban a salir de allí? Estuvo a punto de echarse a reír. Aparentemente lo creían.

—Dejadme que lo piense —les pidió y sonrió con valor.

Les dio la espalda y contempló el interior del corral. Se descubrió deseando haber llevado consigo alguna arma de su mundo. ¿Un bazoka? ¿Un tanque pequeño? La amargura aumentó en él. Ése era el problema que conllevaba mirar hacia atrás: daba una visión perfecta de lo que se debía haber hecho cuando ya era demasiado tarde. Al tomar la decisión de ir a Landover, no se le pasó por la cabeza que necesitaría un arma. No se le ocurrió que podría encontrarse en una situación semejante.

De repente se preguntó por qué el Paladín no había aparecido cuando le atacaron los trolls. Fantasma o no, siempre había hecho acto de presencia cada vez que se encontraba en peligro. Hubiese celebrado verlo también en esta ocasión. Analizó el asunto durante un momento antes de llegar a la conclusión de que la única diferencia entre la presente y las anteriores ocasiones era que en ésta no había pensado en el medallón. Pero eso parecía una conexión muy débil. Después de todo, había tratado de convocar al Paladín cuando probó el poder del medallón, y no había ocurrido absolutamente nada.

Se recostó contra el poste. El latido de la cabeza comenzaba a debilitarse. El infierno no era tan malo como lo había sido cinco minutos antes. Entonces le había parecido insoportable, ahora casi se podía aguantar. Reflexionó durante un momento sobre su vida, repasó todas las cosas malas que le habían sucedido para compararlas con su situación actual. La comparación no era imposible. Se acordó de Annie, y se preguntó qué diría si lo viese así. Era probable que ella se hubiera desenvuelto mejor en unas circunstancias como aquéllas; siempre había sido más flexible, más adaptable.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Habían compartido muchas cosas. Había sido su única verdadera amiga. ¡Cómo deseaba verla aunque sólo fuera una vez más!

Se secó disimuladamente los ojos y se enderezó. Trató de pensar en Miles, pero sólo pudo evocarlo repitiendo «te lo dije» una y otra vez. Pensó sobre su decisión de trasladarse a Landover, al reino de cuento de hadas cuya existencia era imposible. Pensó sobre el mundo que había dejado atrás, en todas las comodidades e irritaciones que no volvería a experimentar. Comenzó a catalogar los deseos y sueños que jamás

vería cumplidos.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba rindiéndose. Se comportaba como si fuese a morir.

Sintió vergüenza. La fuerza de voluntad que lo había impulsado en tantas luchas se reforzó de nuevo. No se rendiría. Ganaría también esta batalla.

Lo que necesitaba era saber cómo.

Las dos caras de hurón se pusieron de nuevo a la vista.

—¿Habéis tenido ya tiempo suficiente para pensar, gran señor? —preguntó Phillip.

—¿Habéis decidido ya cuándo nos marchamos, gran señor? —preguntó Sot.

Ben suspiró.

—Estoy en ello —les aseguró.

Las horas transcurrieron. La medianoche pasó, y los trolls de la montaña comenzaron a retirarse a descansar. Varios se quedaron de servicio para cuidar los hornos y los fuegos, pero los restantes desaparecieron en sus cabañas de piedra.

Questor y Abernathy se durmieron. La mayoría de los gnomos nognomos los imitaron. Phillip y Sot se acurrucaron a sus pies. Sólo los kobolds acompañaron a Ben en su vigilia. Se tumbaron de costado, incapaces de permanecer sentados, con sus estrechos ojos agudos fijos en él, mostrando sus dientes blancos en las sonrisas exasperantes que les eran propias. Ben les sonrió una o dos veces. Eran unas criaturas tenaces. Los admiró y lamentó haberlos metido en ese lío. Lo lamentó por todos.

Casi había amanecido cuando sintió que una mano le rozaba la cara. La niebla y el humo cubrían el valle. Las sombras proyectadas por los fuegos se perseguían unas a otras a través de la bruma, como fantasmas rojos y negros. El aire estaba helado. Las hogueras con llamas bajas.

—Ben.

Se dio la vuelta y vio a Sauce. Estaba agachada frente a él, a un lado del poste. Un deteriorado vestido de color terroso ocultaba su cuerpo frágil y un capucha ensombrecía su rostro y su cabello. Parpadeó con incredulidad, suponiéndola parte de algún sueño.

—Ben —repitió, y sus ojos verdemar lo contemplaron bajo la capucha—. ¿Estás bien?

Él asintió mecánicamente. Era real.

—¿Cómo me has encontrado? —susurró.

—Te seguí —respondió ella, acercándose más. Su cara estaba a unos centímetros de la suya, las sombras se apartaron de sus rasgos exquisitos. Estaba muy hermosa—. Te dije que te pertenecía, Ben. ¿No me creíste?

—No era una cuestión de creer, Sauce —trató de explicarle—. No puedes pertenecerme. Nadie puede.

Ella movió la cabeza con determinación.

—Hace tiempo que decidí que así sería, Ben. ¿Por qué no puedes entenderlo?

Sintió que le invadía un sentimiento de impotencia. La recordó en las aguas del Irrylyn, la recordó convirtiéndose en árbol entre los pinos. Lo atraía y repelía al mismo tiempo, y no podía separar los sentimientos mezclados.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó.

—Para liberarte —respondió ella. Sacó de debajo de su capa una argolla con llaves de hierro—. Debiste haberme pedido a mi padre, Ben. Él te habría dado permiso si lo hubieras solicitado. Pero no lo hiciste, y por eso me vi obligada a marcharme por decisión propia. Ahora no puedo volver.

—¿Qué quieres decir con que no puedes volver?

Ella comenzó a probar las llaves en las cerraduras de los grilletes, tratando de hacerlas girar.

—Está prohibido para todo aquel que abandona la región de los lagos sin el permiso de mi padre. El castigo es el exilio.

—¿Exilio? ¡Pero si eres su hija!

—Ya no, Ben.

—¡Entonces no debiste salir de allí, maldita sea! ¡No debiste marcharte si conocías las consecuencias!

La mirada de ella era firme.

—No tuve elección.

La tercera llave encajó y los grilletes se abrieron, liberándolo. Ben miró a la sílfide con rabia y frustración, y luego con desesperanza. Ella se apartó deslizándose hacia Questor, Abernathy y los kobolds. Fue soltándolos uno a uno. La luz del día comenzaba a extenderse por el este del cielo, sobre las montañas. Los trolls no tardarían en despertar.

Sauce volvió a acercarse.

—Tenemos que irnos, Ben.

—¿Cómo entraste aquí sin ser vista? —preguntó.

—Nadie puede ver a los habitantes de la región de los lagos si ellos no lo desean. Entré en el valle pasada la medianoche y le robé las llaves a un vigilante. Las puertas estaban abiertas. Pero tenemos que marcharnos ya; el engaño será descubierto.

Le tendió el enorme llavero y él lo cogió. Sus dedos se rozaron. Ben vaciló, pensando de repente en lo que la sílfide había arriesgado. Debió de haber seguido sus pasos desde que abandonó la región de los lagos. Debió de estar espíándolo desde entonces.

Impulsivamente extendió sus brazos y la rodeó.

—Gracias, Sauce —susurró.

Ella correspondió a su abrazo, con una calidez que le quemó.

—¡Gran señor!

Questor le tiraba de la túnica con premura.

Soltó a Sauce y miró a su alrededor, alertado. Los gnomos nognomos se agitaban en su sueño, frotándose los ojos y estirando sus miembros peludos. Algunos estaban ya despiertos.

—¿Ha llegado el momento de irnos, gran señor? —preguntó Phillip, levantándose medio dormido.

—¿Ha llegado el momento, gran señor? —repitió Sot, levantándose también.

Ben los miró, recordando la razón que le había llevado allí. Abernathy se acercó.

—Gran señor, será bastante difícil para nosotros cinco escabullimos sin ser vistos. ¡No podemos pretender que nos acompañen todos esos gnomos!

Miró a su alrededor una vez más. La niebla y el humo comenzaban a disiparse. El cielo se aclaraba. Había señales de vida en varias cabañas de piedra. Todo el pueblo estaría despierto en pocos minutos.

Contempló las ansiosas caras de Phillip y Sot.

—Nos vamos todos —dijo con serenidad.

—¡Gran señor...! —empezó a protestar Abernathy.

—¡Questor! —llamó Ben en voz baja, ignorando al amanuense. Questor se acercó—. Necesitamos despistarlos.

El mago palideció, a la vez que su rostro de búho se contorsionaba.

—Gran señor, ya os he fallado una vez...

—Entonces no vuelva a fallar —le cortó Ben—. Necesitamos despistarlos en cuanto lleguemos a las puertas del corral. Haga algo para distraer a los trolls. Haga explotar uno de los hornos o que caiga una montaña sobre ellos. Cualquier cosa... ¡pero haga algo!

Cogió a Sauce del brazo y comenzó a cruzar el recinto. Juanete y Chirivía los adelantaron al momento para despejar su camino, avanzando cautelosamente en la penumbra. Las figuras peludas de rostro de hurón se agruparon detrás de ellos.

Vio que una figura delgada y deforme se aproximaba a las puertas.

—¡Juanete! —avisó con un susurro.

El kobold atravesó las puertas en un momento y sacó las cadenas de sus anillas. Cogió por sorpresa al troll, antes de que éste supiese qué estaba ocurriendo, y lo silenció.

Ben y Sauce salieron corriendo, con Questor y Abernathy pisándoles los talones. Los gnomos nognomos les siguieron. Voces de alarma rompieron la tranquilidad reinante segundos después, gritos agudos que interrumpieron el sueño de los trolls de la montaña. Salieron de sus casas tropezando y gruñendo. Los gnomos se dispersaron. Sus figuras rechonchas se movían con mucha más rapidez de lo que pudiera imaginarse. Ben se detuvo. Había trolls por todas partes.

—¡Questor! —gritó frenéticamente.

Sobre sus cabezas explotó una intensa luz blanca, y apareció Strabo. El dragón volaba sobre el valle lanzando fuego por doquier. Los trolls huyeron alocados en busca de refugio, y los gnomos nognomos gritaron de terror. Ben contempló la escena con incredulidad. ¿De dónde había salido el dragón?

Entonces vio a Questor, cuyos brazos giraban a toda velocidad mientras él retrocedía dando traspiés. En ese mismo instante se dio cuenta de que Strabo tenía sólo una pata, de que sus alas no estaban centradas adecuadamente en su cuerpo de tonel, de que había unos extraños grupos de plumas alrededor de su cuello y de que el fuego que lanzaba a la tierra no prendía en nada. El dragón era falso. Questor había logrado lo que se proponía.

Sauce también se dio cuenta. Lo cogió del brazo y juntos recorrieron apresuradamente a la inversa el camino que los había conducido allí la noche anterior. Los demás les siguieron. Questor cerrando filas. El dragón ilusorio empezaba ya a desintegrarse, perdiendo partes de su cuerpo mientras volaba de acá para allá sobre los atónitos trolls. Ben y sus compañeros continuaban su carrera a través de la niebla. Dos veces fueron interceptados, pero Juanete eliminó a los atacantes con una rapidez asombrosa. Llegaron al desfiladero en pocos minutos. El camino se despejó ante ellos.

Ben se arriesgó a mirar hacia atrás por última vez. El dragón se había destrozado por completo, los pedazos de magia caían en la niebla y el humo como un puzzle roto. Los trolls permanecían en un estado de completa confusión.

El pequeño grupo corrió entre las sombras del desfiladero, y los trolls, los fuegos, el valle y la locura quedaron tras ellos.

CRISTAL

Estaba casi mediada la mañana cuando Ben y sus compañeros dieron por terminada su huida. Salieron a salvo del Melchor, debajo de los riscos y desfiladeros neblinosos y sombríos, en las estribaciones donde los gnomos nognomos fueron capturados. Los gnomos habían desaparecido hacía tiempo y, al parecer, los trolls de la montaña habían perdido interés por el asunto. Ya no había razón para continuar corriendo.

Ben, mientras se apoyaba con cuidado en el tronco de un roble, pensó que había sido una gran carrera. Era vergonzoso admitirlo, pero en realidad habían estado corriendo para salvar sus vidas, no en una competición.

Sauce, Questor, Abernathy y los kobolds se reunieron a su alrededor, sentándose en un círculo sobre una hierba invernal de color rosáceo. Las nubes se acumulaban sobre sus cabezas formando un denso manto gris y el olor de la lluvia llenaba el aire. Tomaron una comida ligera consistente en hojas y tallos de los lindoazules que crecían en las proximidades y bebieron agua de un manantial que bajaba de las montañas. No tenían nada más para comer o beber. Todas sus pertenencias, caballos incluidos, se habían quedado con los trolls.

Ben comió y bebió sin prestar atención a lo que hacía y trató de ordenar sus pensamientos. Podrían discutirse los relativos méritos del asunto hasta que las vacas construyeran sus propios hogares, pero las cosas no iban bien para el soberano de Landover. La trayectoria de sus actuaciones era desastrosa. Con la excepción de los que estaban sentados a su alrededor, no había conseguido ni un solo aliado. Los señores del Prado que por tradición apoyaban al trono, lo habían recibido con frialdad y tratado de sobornarlo sin éxito. Al no conseguirlo, lo habían echado prácticamente de Rhyndweir. El Amo del Río se había comportado con más amabilidad, pero sólo porque le era indiferente lo que el trono dijese o hiciera, puesto que creía que la salvación de su pueblo estaba en sus propias manos. Los trolls de la montaña lo habían hecho prisionero y sin duda asado de no haber huido de sus corrales; gracias, se recordó a sí mismo, no a su actuación, sino a la perseverancia de Sauce y a un giro fortuito de los acontecimientos que permitió a Questor utilizar la magia de un modo más o menos correcto para variar.

Estaban los gnomos nognomos, desde luego. Phillip y Sot le habían prometido su lealtad. ¿Pero de qué le servía? ¿Qué valor tenía la lealtad de un pueblo que vivía enterrado y a quien todos despreciaban por ser ladrones, carroñeros y cosas peores?

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó en voz alta, y todos lo miraron con sorpresa—. Lo que tenemos es esto. Los señores del Prado, Kallendbor, Strehan y los demás prometerán lealtad al trono el día que los libere del dragón, algo que nadie ha sido capaz de hacer ni yo sé cómo hacerlo. El Amo del Río prometerá

lealtad al trono el día en que consiga la promesa de los señores del Prado de que van a dejar de contaminar sus tierras y sus aguas y a trabajar con él para mantener el valle limpio. Y eso no se puede ni soñar. Los trolls de la montaña prometerán lealtad al trono el día que pueda volver al Melchor sin temor a que me conviertan en un asado. Estupendo, también. —Hizo una pausa—. Creo que esto describe la situación, ¿verdad?

Nadie dijo nada. Questor y Abernathy intercambiaron miradas de incertidumbre. Sauce parecía no haberlo entendido, nada, lo que en realidad era imposible. Los kobolds le observaban con sus ojos brillantes e inteligentes, mostrando sus sonrisas de agujas afiladas.

Se enrojeció con una mezcla de vergüenza y rabia.

—La verdad es que no he conseguido ningún progreso. Cero. Nulo. Nada. ¿Alguien puede decir lo contrario?

Tuvo la esperanza de que alguien lo intentase.

Fue Questor.

—Gran señor, creo que estáis siendo demasiado severo con vos mismo.

—¿De veras? ¿Es que la realidad no se ajusta a lo que he dicho, Questor Thews?

—Lo que habéis dicho es verdad hasta cierto punto, gran señor. Pero habéis omitido un detalle importante en vuestra relación.

—¿Ah sí? ¿Cuál es?

Questor se mantuvo firme.

—La dificultad de vuestro cargo. No es fácil ser rey en Landover ni bajo las mejores circunstancias.

Los otros asintieron, demostrando su «acuerdo».

—No —se apresuró a negar Ben, moviendo la cabeza—. No puedo admitir eso. No puedo disculparme apelando a las circunstancias. Se han de aceptar las circunstancias que se encuentran y sacar de ellas el mejor partido posible.

—¿Por qué crees que no lo has conseguido, Ben? —quiso saber Sauce.

La pregunta le confundió.

—¡Porque no lo he hecho! ¡Porque no pude convencer a los señores del Prado, ni a tu padre, ni a esos malditos trolls de nada de lo que me proponía! ¡Casi consigo que nos maten esos trolls! ¡Si tú no nos hubieras seguido y Questor no hubiese logrado hacer funcionar su magia, es probable que todos estuviéramos muertos!

—Yo no daría demasiada importancia a la ayuda de mi magia —murmuró Questor en voz baja, mostrando azoramiento en su rostro de búho.

—Conseguisteis liberar a los gnomos, gran señor —le recordó Abernathy, con cierto resentimiento—. Personalmente lo considero un esfuerzo malgastado, pero os deben sus vidas, sea cual fuere el valor que éstas tengan. Vos insististeis en que escaparan con nosotros.

Los demás asintieron. Ben los miró de uno en uno con gesto preocupado.

—Agradezco el voto de confianza, pero creo que no lo merezco. ¿Por qué no aceptamos lo que todos sabemos? No estoy cumpliendo con mi cometido.

—Estáis haciéndolo lo mejor que podéis, gran señor —contestó Questor al instante—. Nadie puede pedir más.

—Ni hacer nada más —añadió Abernathy.

—Quizás haya alguien que pueda hacer más —declaró Ben, puntualizando—. Quizás alguien debería intentarlo.

—¡Gran señor! —Abernathy se levantó, se colocó bien las gafas sobre la nariz y sus orejas se elevaron hacia atrás—. He sido amanuense de trono durante más años de los que habéis vivido. Es posible que resulte difícil de admitir dada mi actual apariencia. —Le dirigió una mirada incisiva a Questor—. Pero, a pesar de ello, os pido que aceptéis mi palabra. He presenciado cómo se sucedían los reyes en Landover. He observado sus intentos de gobierno. Les he visto ejercer la sabiduría y la compasión. Algunos fueron capaces, la mayoría no. —Su pata derecha le señaló con gesto dramático—. ¡Pero ahora os aseguro, gran señor, que nadie, ni siquiera el viejo rey, ha demostrado nunca tanto interés como vos!

Terminó y se sentó sobre sus patas traseras lentamente. Ben estaba aturdido. No hubiera esperado ni en sus sueños más optimistas recibir tan decidido apoyo del cínico escriba.

Sintió que Sauce le cogía la mano.

—Ben, debes escucharle. La parte de mí que corresponde a mi madre siente algo muy especial respecto a ti. Me dice que eres diferente. Creo que mereces ser rey de Landover. Creo que nadie más debería intentarlo.

—Sauce, tú no puedes juzgar... —comenzó a decir, pero un repentino siseo de los kobolds le interrumpió.

Hablaron entre sí un momento y luego Juanete le dijo algo a Questor.

El mago miró a Ben.

—Los kobolds están de acuerdo con la sílfide. Hay algo diferente en vos, ellos también lo sienten. Habéis demostrado valor y fuerza. Sois el rey a quien desean servir.

Ben se recostó cansadamente en el tronco del árbol.

—¿Qué puedo hacer para convencerlos de que estáis equivocados? No hay nada diferente en mí, nada especial, nada que me haga ser mejor rey que el próximo que venga. ¿No os dais cuenta? Estáis haciendo lo mismo que yo hice cuando acepté el trono. Os estáis engañando. Éste puede ser un reino de fantasía sobre el papel, pero se convierte en real cuando se está en él, y tenemos que aceptar que ningún deseo ni acto de adhesión va a solucionar sus problemas.

Nadie respondió. Se limitaron a mirarlo en silencio. Pensó decir algo más para

convencerlos, pero cambió de opinión. No había nada que decir.

Questor se puso en pie. Se levantó con esfuerzo, como si todo el peso del mundo gravitase sobre sus hombros. Su rostro de búho estaba tan contraído como si soportara un gran dolor. Se irguió poco a poco.

—Gran señor, hay algo que deberíais saber. —Se aclaró la garganta con nerviosismo—. Os dije que mi hermanastro os eligió deliberadamente como comprador del trono de Landover. Os dije que os eligió porque creyó que fracasaríais y que el trono regresaría a sus manos, como siempre que lo vendió tras la muerte del viejo rey. Creyó que vuestro fracaso era evidente. De hecho, estaba seguro.

Ben cruzó los brazos en actitud defensiva.

—Entonces, supongo que no se decepcionará cuando descubra cómo van las cosas, ¿no cree?

Questor volvió a aclararse la garganta, trasladando su peso de un pie a otro.

—Pues ocurre que sabe muy bien cómo van las cosas y está profundamente decepcionado.

—Bueno, con franqueza, Questor, yo no... —Ben se detuvo y miró al mago—. ¿Qué ha dicho? ¿Ha dicho que sabe muy bien cómo van las cosas?

Se levantó, enfrentándose a Questor.

—¿Cómo es posible? Su magia ya no llega a este mundo, ¿verdad? Usted dijo que no pudo llevarse nada de Landover excepto el medallón. Todo lo demás se quedó aquí. Por tanto, ¿cómo puede saber qué está ocurriendo?

Questor mostraba una extraña calma. Su rostro parecía una máscara mortuoria.

—Yo lo he informado, gran señor —dijo.

Se produjo un silencio interminable. Ben no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Lo informó? —repitió, atónito.

—Tuve que hacerlo, gran señor. —Questor bajó la vista—. Ése fue el acuerdo a que llegamos cuando partió de Landover con el hijo del viejo rey. Yo podía ser el mago de la corte de los reyes de Landover enviados desde su mundo. Tenía que hacerle saber los fracasos y, en caso de que los hubiese, los éxitos. Pensaba usar esos datos en el proceso de selección de los candidatos para futuras ventas del trono, teniendo en cuenta las debilidades que revelaran.

Los otros también se habían puesto en pie. Questor los ignoró.

—No quiero que haya más secretos entre nosotros —continuó—. Temo que haya habido demasiados. Por eso os diré lo último que os ocultaba. Una vez me preguntasteis cuántos reyes se habían sucedido desde la muerte del viejo rey. Os respondí que más de treinta, pero os oculté que los últimos ocho procedían de Rosen's. Todos en un período inferior a dos años. Cinco de ellos permanecieron menos de los diez días de prueba que concede el contrato. Considerad un momento lo que eso significa, gran señor. Significa que cinco veces, al menos, los almacenes han

tenido que devolver al cliente el dinero pagado, cinco veces que mi hermano ha perdido su venta. Un millón de dólares cada vez, gran señor. Mala publicidad, mal negocio. Eso sugiere que las pérdidas nunca fueron descubiertas. Creo que ni los almacenes ni mi hermano habrían tolerado tales pérdidas. Aunque la mayoría, si no todas, de esas ventas fueron ocultadas a los almacenes. Y creo que las subsiguientes insatisfacciones de los clientes fueron encubiertas del modo más expeditivo posible.

Al llegar a ese punto hizo una pausa deliberada.

—Questor, ¿qué está diciendo? —susurró Ben.

—Que si vos hubierais usado el medallón para volver a vuestro mundo, gran señor, habríais comprobado que vuestro dinero había desaparecido y que vuestra esperanza de vida se había reducido considerablemente.

Abernathy estaba furioso. Su hocico se plegó para enseñar los dientes.

—¡Sabía que no eras digno de confianza, Questor Thews! —gruñó en tono amenazante.

Ben alzó la mano con rapidez.

—No, espera un momento. No tenía por qué decírmelo. Ha decidido hacerlo por voluntad propia. ¿Cual es el motivo, Questor?

La sonrisa del mago era extrañamente plácida.

—Para que supieseis hasta donde llega mi confianza en vos, gran señor Ben Holiday. Los otros han hablado de su fe de forma elocuente y persuasiva, pero vos no parecíais dispuesto a escucharlos. Espero que esta confesión consiga haceros creer lo que ellos no han conseguido. Estoy seguro de que sois el rey que Landover ha estado esperando. Estoy seguro de que mi hermanastro lo teme. Parece muy preocupado por vuestra negativa a renunciar cuando tantos antes que vos lo hicieron en menos tiempo. Le preocupa que encontréis un modo de conservar el trono. Os tiene miedo, gran señor.

Sauce agarró con fuerza el brazo de Ben.

—Escúchale, Ben. Yo le creo.

Questor suspiró.

—Yo creía tener suficientes razones para hacer lo que mi hermanastro me pidió. No hubiera conseguido la posición de mago de la corte si hubiese rehusado. Era consciente de que nada podría hacer para ayudar a este país sin ocupar ese cargo. Creí que la ayuda que podía ofrecer como mago de la corte superaría cualquier daño que mis informes produjesen. Hace poco que empecé a sospechar el destino de los compradores del reino que renunciaban después. Ya era demasiado tarde para ayudarles... —Su voz se quebró—. Mi hermanastro hizo además otro trato conmigo, gran señor. Un trato que, me avergüenza admitirlo, no me atreví a rechazar. Sus libros de magia, los secretos de los conjuros adquiridos por los magos desde el amanecer de la tierra, están escondidos en el reino. Sólo él sabe dónde. No pudo llevárselos, y me

los ha prometido. Cada vez que un rey fracasa, me da un poco de la magia para que pueda utilizarla. No hice nada por sus planes, gran señor, pero la necesidad de magia es algo irresistible. Poco a poco me proporciona retazos de conocimiento. Sé que nunca me dará los libros. Sé que me está utilizando. ¡Pero creo que tarde o temprano dirá una palabra de más o se le escapará algún secreto, y seré capaz de encontrar los libros y de usarlos para acabar con él!

El rostro de búho se contrajo el máximo, hasta que los pliegues llegaron al hueso.

—Dejé que me utilizara, gran señor, porque no veía otra salida. Mis intenciones siempre han sido buenas. Quiero que este país vuelva a ser lo que fue. Haría cualquier cosa por conseguirlo. ¡Amo este país más que a mi vida!

Ben le estudió en silencio, sumido en un conflicto de emociones. Sauce todavía agarraba su brazo, indicándole con la presión de los dedos su creencia en la sinceridad de Questor. Abernathy aún se mostraba receloso. Los kobolds estaban mudos a su lado y no pudo leer nada en sus oscuros rostros.

Volvió a mirar al mago. Su voz fue ruda.

—Questor, me sugirió más de una vez que podía usar el medallón para volver a mi mundo sin problemas.

—¡Era necesario que comprobase el alcance de vuestro compromiso, gran señor! —susurró el otro con firmeza—. ¡Era necesario que os ofreciera la posibilidad de elección!

—¿Y si hubiera decidido usar el medallón?

El silencio fue interminable.

—Me gustaría creer... que os hubiera detenido.

De repente aparecieron lágrimas en sus ojos. Ben leyó en ellos una mezcla de vergüenza y dolor.

—A mí también me gustaría creerlo, Questor —dijo suavemente.

Se detuvo un momento a pensar, después puso una mano sobre el hombro del mago.

—¿Cómo se comunica con Meeks, Questor? ¿Cómo habla con él?

Questor se tomó tiempo para serenarse. Tras eso, introdujo la mano en los pliegues de sus ropas y sacó algo. Ben lo observó. Era el cristal que llevaba cuando lo encontró por primera vez. Casi lo había olvidado. Lo había visto varias veces, pero nunca le había prestado atención.

—El cristal le pertenece a él, gran señor —explicó—. Me lo dio cuando abandonó Landover. Lo caliente en mis manos y su rostro aparece en su interior. Entonces puedo hablarle.

Ben examinó el cristal en silencio unos instantes, intentando traspasar sus facetas planas, observando el arco iris que brillaba en su interior. El cristal pendía de una cadena de plata, pasada por una anilla que había en uno de sus extremos.

Miró a Questor.

—¿Cuenta Meeks con otros medios de contactar con Landover?

El mago negó con la cabeza.

—Creo que no.

Ben sopesó el cristal.

—¿Tiene suficiente confianza en mí para renunciar al cristal, Questor? —le preguntó casi en su susurro.

—El cristal es suyo, gran señor —contestó el mago sin dudar.

Ben asintió y sonrió levemente. Le devolvió el cristal.

—Convoque a Meeks, por favor.

Questor dudó; después, puso el cristal entre las palmas de sus manos y las unió. Sauce, Abernathy y los kobolds se acercaron. Ben sintió que su corazón se aceleraba. No esperaba encontrarse con Meeks tan de inmediato, pero ahora que estaba a punto de ocurrir lo ansiaba con impaciencia.

Questor separó las manos con cuidado y aguantó el cristal por la cadena. Meeks miraba desde dentro, reflejando sorpresa en sus ojos astutos.

Ben se inclinó para que Meeks lo viera.

—Buenos días, señor Meeks —lo saludó—. ¿Cómo van las cosas en Nueva York?

El rostro arrugado de su oponente se oscureció por la furia, mientras le miraba con ojos maléficos. Ben nunca había visto un odio semejante.

—¿No le apetece charlar? —Ben esbozó su mejor sonrisa de abogado—. No podría culparle. Las cosas no le están saliendo demasiado bien, ¿verdad?

Meeks levantó su mano enguantada de negro y trató de decir algo.

—No, no se moleste en responder —lo cortó Ben—. Nada de lo que vaya a decir me interesa. Sólo quería que supiese una cosa. —Le quitó el cristal a Questor y lo sostuvo ante él. La sonrisa desapareció—. Sólo quería decirle que su carreta está a punto de quedarse sin ruedas.

Llevó el cristal hasta un grupo de rocas que sobresalían en la tierra de un montículo cercano y lo golpeó con violencia hasta hacerlo pedazos. Luego los aplastó contra la tierra con la suela de su bota.

—Adiós, señor Meeks —dijo con voz tranquila.

Se volvió. Sus compañeros estaban observándolo, agrupados en el mismo lugar donde antes se hallaban. Se encaminó hacia ellos lentamente, observado por todos.

—Espero no tener más noticias del señor Meeks —dijo—. Parece que volvemos al punto de partida.

—Gran señor, por favor, permitidme decir algo —pidió Questor. Estaba nervioso, pero controlado—. Gran señor, no podéis rendiros. —Dirigió una mirada humilde a los otros—. Quizás he perdido la confianza de todos por lo que he hecho. Quizás sea mejor que me aparte. Lo acepto. Pero vosotros, al menos, debéis continuar.

Abernathy, Juanete, Chirivía y Sauce seguirán con vos. Ellos confían en vos y es lo adecuado. Tenéis la sabiduría, compasión, fuerza y valor que ellos reconocen. Pero tenéis algo más, gran señor Ben Holiday. Tenéis algo que ningún otro rey de Landover ha poseído durante muchos años, algo que un rey de Landover debe poseer. Tenéis determinación. Os negasteis a abandonar cuando cualquier otro hombre lo habría hecho. Un rey necesita esa cualidad por encima de todas.

Se detuvo. Su figura encorvada se irguió.

—No mentía cuando dije que mi hermanastro ha visto esa determinación en vos y está asustado. —Movió la cabeza afirmativamente—. No os rindáis ahora, gran señor. ¡Sed el rey que deseáis ser!

Terminó y esperó la respuesta de Ben. Éste miró a los otros. Los ojos de Sauce reflejaban su confianza, Abernathy parecía irónico y cauteloso a la vez, las caras de mono de Juanete y Chirivía mostraban la astucia de algún saber oculto. Cada rostro era como la máscara de un actor que estuviera interpretando una extraña obra de teatro. ¿Quiénes eran en realidad?, se preguntó. ¿Y quién era él?

De repente, sintió que toda una vida lo separaba de lo que había sido antes del viaje a aquel misterioso mundo. Ya no existían los rascacielos, ni los abogados, ni el sistema judicial de los Estados Unidos, ni las ciudades, ni los gobiernos, ni los códigos, ni las leyes. Todo había desaparecido. Sólo existía lo que nunca existió para él: dragones, brujas, criaturas fantásticas de todas clases, castillos y caballeros, doncellas y magos, magia y encantamientos. Comenzaba a vivir de nuevo con reglas nuevas. Había saltado al abismo y continuaba cayendo.

Sin implicaciones de su voluntad, empezó a sonreír.

—Questor, no tengo ninguna intención de rendirme. —La sonrisa se ensanchó—. ¿Cómo iba a rendirme después de un testimonio de fe tan elocuente? ¿Cómo iba a rendirme con el apoyo de unos amigos semejantes? —Sacudió la cabeza lentamente, tanto ante su locura como ante la de ellos—. No, la batalla continúa, y nosotros también.

Sauce sonrió. Los kobolds sisearon satisfechos. Questor pareció aliviado. Incluso Abernathy asintió complacido.

—Pero con una condición. —La sonrisa desapareció. Dio un paso adelante y apoyó una mano sobre el hombro de Questor—. Comenzamos juntos, y terminaremos juntos. Lo pasado, pasado está, Questor Thews. Le necesitamos a nuestro lado.

El mago lo miró con incredulidad.

—Gran señor, haría cualquier cosa que me pidieseis, pero...

Miró a los otros con timidez.

—Votemos —propuso Ben—. ¿Debe continuar Questor con nosotros? ¿Juanete? ¿Chirivía? —Los kobolds asintieron—. ¿Sauce? —La sílfide también asintió. Se detuvo y miró a Abernathy—. ¿Abernathy?

Éste lo miró en silencio sin hacer gesto de asentimiento o negación. Ben esperó. El amanuense parecía haberse convertido en una estatua de piedra.

—¿Abernathy? —repitió en voz baja.

El perro se encogió de hombros.

—Creo que sabe menos sobre la entereza de carácter que de magia, pero también creo que no pretendía hacer daño. Que continúe.

Ben sonrió.

—Bien dicho, Abernathy —comentó—. De nuevo somos un grupo unido. —Miró a Questor—. ¿Vendrá con nosotros?

Sofocado y esforzándose en sonreír, el mago asintió con entusiasmo.

—Sí, gran señor, iré.

Ben los observó de uno en uno, pensando que estaban locos, luego miró al cielo. El sol era un impreciso resplandor blanco visto a través de la niebla y las nubes, situado en el centro del cielo. Se aproximaba el mediodía.

—Entonces será mejor que nos vayamos —dijo.

Los dientes de Abernathy chasquearon.

—Umm... ¿Qué vayamos adonde, gran señor? —preguntó vacilante.

Ben se le acercó y puso sus manos sobre el lomo peludo del perro. Luego dirigió una mirada de complicidad a los otros.

—Adonde les dije a los trolls que íbamos, Abernathy. Donde deberíamos haber ido en primer lugar.

El amanuense clavó sus ojos en él.

—¿Adonde, gran señor?

Ben sonrió con solemnidad.

—A la Caída Profunda, Abernathy. A visitar a Belladona.

CAÍDA PROFUNDA

Pensaron que Ben Holiday estaba loco. Lo consideraron loco en distintos grados, quizás, pero la opinión fue unánime. Los kobolds lo expresaron con un rápido siseo y gestos de miedo. Los ojos verdes de Sauce también lo reflejaron mientras sacudía su larga cabellera con desaprobación. Questor y Abernathy se quedaron estupefactos, y empezaron a intercambiar comentarios.

—¡Habéis perdido el juicio, gran señor! —explotó el escriba.

—¡No podéis arriesgaros a caer en manos de la bruja! —lo amonestó el mago.

Ben dejó que continuaran, luego les pidió que tomaran asiento y explicó con paciencia sus propósitos. No había perdido el juicio, les aseguró. Por el contrario, sabía exactamente lo que iba a hacer. Aunque sin duda conllevaba riesgo bajar a la Caída Profunda y presentarse ante Belladona, era casi la única alternativa que le quedaba y ninguna otra tenía mucho sentido ni ofrecía las mismas oportunidades.

Les pidió que lo pensaran. La llave de todas las puertas que se cerraban ante él se encontraba en el uso o adquisición de la magia. Era la magia la que había dado vida a la tierra y a aquellos que habitaban en ella desde el principio.

La pérdida de la magia era lo que amenazaba con acabar con la vida en el presente. El medallón era un objeto mágico, que le permitió trasladarse desde su mundo al de ellos y, si fuese necesario, le permitiría salir. El Paladín era algo mágico, y se precisaba de la magia para hacerle volver. El castillo de Plata Fina era mágico también, y la magia era necesaria para salvarlo. La mayoría de las criaturas del país eran criaturas de la magia, y sólo a ella la entendían, respetaban y temían. Los señores del Prado deseaban que los liberase del dragón, y para ello haría falta magia. El Amo del Río quería que los habitantes del país colaborasen con él para salvar la tierra, y eso también requeriría cierta clase de magia. La Marca y sus demonios tenían origen en la magia negra que amenazaba con destruirlos a todos, y haría falta una muy poderosa magia blanca para evitar que ocurriese.

Hizo una pausa. ¿Quién tenía más probabilidad de acceso a la magia que necesitaban para poner orden en las cosas? ¿Quién poseía una magia superior a la de todos los demás?

Sin duda había riesgo. Siempre había riesgo. Pero nadie había visitado a Belladona durante muchos años, a nadie se le había ocurrido intentarlo. Ningún rey de Landover había buscado su lealtad tras la muerte del viejo rey. Desde antes de que eso ocurriera, intervino Abernathy. El viejo rey tampoco quiso saber nada de ella. Razón de más para verla ahora, insistió Ben. Se le podía hablar. Tal vez convencer. Posiblemente, si todo lo demás fallaba, podrían apresarla.

Sus compañeros le miraron con horror.

Él se encogió de hombros. Muy bien, olvidado lo dicho sobre apresarla. Ella era

aún la mejor apuesta que tenían. Poseía la magia más poderosa de la tierra. Questor se lo había dicho en sus lecciones. Los otros fijaron sus ojos acusadores en el mago. Un poco de esa magia podría hacer que las cosas cambiaran. No necesitaba mucha; bastaría con un poco para solucionar uno de los problemas a que se enfrentaba. Incluso aunque se negase a utilizar en su favor la poderosa magia que poseía, podría acceder a facilitarle un encuentro con las hadas. Quizás él podría conseguir la ayuda de éstas.

Vio que Sauce se encogía ante la mención de las hadas, y durante un momento perdió confianza en sí mismo. Pero logró sobreponerse y siguió exponiendo sus argumentos. Había pensado en todo, y la solución a su problema era inequívoca. Necesitaba la ayuda de un aliado para llegar a un acuerdo con los habitantes de Landover. No encontraría ninguno más poderoso que Belladona.

Ni tampoco más peligroso, puntualizó Questor con contundencia.

Pero Ben no estaba dispuesto a que le disuadieran. Ya lo había decidido y el viaje iba a iniciarse. Saldrían hacia la Caída Profunda. Cualquiera que no quisiera ir podía no hacerlo. Él lo comprendería.

Nadie se retiró. Pero hubieron muchas miradas intranquilas.

Ya estaba mediado el día, y viajaron hacia el sur por la región de las colinas hasta la caída de la tarde. El tiempo seguía siendo malo, las nubes continuaban congregándose, la amenaza de lluvia era cada vez más evidente. La neblina se transformó en niebla densa al llegar la noche, y comenzó a lloviznar. Acamparon bajo un afloramiento rocoso por debajo de una línea de cerros cubierta por un bosque de fresnos. La humedad y la oscuridad aumentaron rápidamente y los seis viajeros se guarecieron en su refugio y consumieron una comida ligera consistente en agua de manantial, lindoazules y algunas raíces recogidas por el experto Chirivía. El aire se enfrió y Ben anheló un trago de su ya terminado Glenlivet.

La cena finalizó muy pronto, y comenzaron a pensar en la manera de acomodarse para pasar la noche. No tenían sobre qué dormir ni con qué taparse. Lo habían perdido todo en su huida de los trolls. Questor se ofreció a usar la magia, y esta vez Ben aceptó. Los kobolds parecían bastante fuertes, pero los demás podían amanecer con una neumonía si no lograban algo que los protegiera del frío. Además, Questor había demostrado en el Melchor que su control sobre la magia había mejorado.

Sin embargo, ése no fue el caso aquella noche. La magia produjo chispas y humo, y se materializaron varias docenas de toallas de manos estampadas con flores. Questor le echó la culpa al tiempo y lo volvió a intentar. En esta ocasión hizo aparecer sacos de arpillera. Abernathy protestó y los ánimos se caldearon antes que los cuerpos. En el tercer intento, el mago consiguió una tienda de campaña a rayas de colores, provista de cojines para sentarse y mesas, y Ben decidió que se instalaran allí.

Se acomodaron, y uno a uno fueron quedándose dormidos. Abernathy mantuvo la guardia mientras dormía junto a la entrada de la tienda, no del todo convencido de que los trolls hubiesen abandonado su persecución.

Sólo Ben se quedó en vela. Tumbado en la oscuridad escuchaba el sonido de la lluvia que martilleaba sobre la tienda. Le acosaban las incertidumbres que hasta entonces había logrado apartar de sí. Era consciente de que el tiempo se le escapaba inexorablemente. Sabía que se acabaría por completo antes de lo deseado. Entonces la Marca o algún otro ser maligno lo atacaría y él no tendría nada con que oponerse. Se vería obligado a usar el medallón para salvarse, aunque había jurado que no lo haría. ¿Qué alternativa le quedaba? ¿Qué haría cuando su vida estuviese realmente amenazada, no por los señores feudales tratando de darle una lección de boxeo, ni por los trolls que lo habían encerrado en un corral, sino por algún monstruo que podía extinguir su vida con el mero hecho de pensarlo? Esos monstruos estaban en las proximidades, lo sabía. Belladonna también estaba.

Durante un rato se obligó a pensar en la bruja de la Caída Profunda. Antes no se lo había permitido; era más fácil no hacerlo. Sabía que tenía que ir a visitarla. No le serviría de nada considerar lo peligroso que podía ser. Belladonna aterrorizaba a todos sus compañeros, y nada excepto la Marca los había asustado antes. Podía estar de nuevo emprendiendo una empresa superior a sus fuerzas, podía estar poniendo a todos en una situación peor que la que sufrieron en la región de los trolls. Se mordió el labio inferior. No podía permitirlo. Esta vez tal vez no habría nadie para rescatarlos. Debía tener más cuidado. Debía tomar medidas para protegerlos.

Especialmente a Sauce, pensó. Miró hacia donde ella dormía, tratando de seguir la línea de su cuerpo. Esa noche no se había transformado ni enraizado como un árbol. Era evidente que no siempre lo hacía. Descubrió que ya no sentía tanta repulsión. Quizás sólo fue la extrañeza del cambio lo que le perturbó al principio, y ahora se había hecho a la idea. A veces, la costumbre creaba aceptación, no rechazo.

Movió la cabeza como haciendo acopio de paciencia para soportarse a sí mismo. *Lo que realmente te ocurre Holiday, es que ella te salvó la piel. Por eso ahora te muestras más benigno.*

Su respiración se acompasó y sus ojos se cerraron. Deseó que ella no hubiera renunciado a tanto por seguirle. Deseó que hubiera sido un poco menos impulsiva. Se sentía responsable y eso le disgustaba. Ella había actuado por voluntad propia. Veía las cosas del mismo modo que las vería un niño. Decía que se habían entrelazado en las enredaderas que cubrieron un lecho conyugal, que sus vidas estaban unidas por un encuentro casual en un baño a medianoche. Esperaba de él lo que no estaba preparado para dar a nadie.

Sus pensamientos divagaron y su obstinación se fue diluyendo. Quizás el problema no lo constituía la sílfide sino él. Quizás el problema real era que no podía

darle lo que él la solicitaba. Tal vez había perdido todo lo bueno que poseía tras la muerte de Annie. No quería pensarlo, pero era posible.

Se sorprendió al descubrir que sus ojos se hallaban llenos de lágrimas, se las secó, alegrándose de que nadie las hubiese visto.

Dejó que sus pensamientos se alejasen y se replegó sobre sí. El sueño se apoderó de él.

Se despertó temprano. La luz del día era más que un ligero rubor en el horizonte oriental, donde la niebla giraba entre las colinas. Los otros miembros del grupo se despertaron también, estirando los miembros acalambrados por haber dormido en un lugar húmedo y frío, bostezando en protesta contra el rápido transcurso de la noche. La lluvia había cesado, dejando el intermitente goteo del agua depositada sobre las hojas de los árboles. Ben salió de la tienda de campaña a la media luz y se dirigió hacia unas rocas situadas tras unos tupidos matorrales, de las que manaba un pequeño chorro de agua. Se estaba inclinando para llenar el cuenco formado por sus manos, cuando dos caras de hurón asomaron entre la maleza.

Saltó hacia atrás y el agua salpicó su rostro.

—Magnífico gran señor —le saludó una voz rápidamente.

—Poderoso gran señor —añadió otra.

Phillip y Sot. Ben se recobró del susto, contuvo con gran esfuerzo sus deseos de estrangularlos y esperó con paciencia a que saliesen de su escondite. Los dos gnomos tenían un aspecto desastroso, sus ropas estaban desgarradas y el pelo que los cubría empapado por la lluvia. Parecían más sucios de lo habitual, si es que era posible.

Se adelantaron tropezando, con los ojos fijos en él; lo que les obligaba a inclinar hacia atrás las cabezas.

—Tuvimos algunas dificultades para eludir a los trolls, gran señor —dijo Phillip.

—Fuimos perseguidos hasta el anochecer y después no pudimos determinar adonde habíais ido —agregó Sot.

—Temíamos que os hubieran vuelto a capturar —dijo Phillip.

—Teníamos miedo de que no hubieseis escapado —añadió Sot.

—Pero encontramos el rastro y lo seguimos —continuó Phillip.

—No vemos demasiado bien, pero tenemos un excelente olfato —aclaró Sot.

Ben movió la cabeza, sintiéndose impotente.

—¿Por qué os molestasteis en seguirnos? —les preguntó, arrodillándose para que sus ojos quedaran al mismo nivel—. ¿Por qué no os fuisteis a casa como el resto de vuestros compañeros?

—¡Oh, no, gran señor! —exclamó Phillip.

—¡Nunca, gran señor! —declaró Sot.

—Prometimos que os serviríamos si nos ayudabais a liberar a nuestra gente —

dijo Phillip.

—Dimos nuestra palabra —dijo Sot.

—Vos cumplisteis vuestra parte del trato, gran señor —dijo Phillip.

—Ahora nosotros queremos cumplir la nuestra —concluyó Sot.

Ben los observó con incredulidad. Lo último que esperaba de aquellos dos era que fuesen leales. También era lo último que necesitaba. Phillip y Sot resultarían más una fuente de problemas que un pozo de alivio.

Estaba a punto de decírselo cuando captó la determinación en sus rostros y en sus ojos medio ciegos. Se recordó que los gnomos nognomos habían sido los primeros en presentarse ante el trono de Landover para ofrecer su lealtad, los primeros y los últimos. Parecía un error declinar su ofrecimiento de ayuda cuando estaban tan deseosos de prestarla.

Se irguió lentamente, observándolos mientras sus ojos le seguían.

—Vamos a la Caída Profunda —les advirtió—. He pensado entrevistarme con Belladona.

Phillip y Sot se miraron con rostros inexpresivos y asintieron.

—Entonces os seremos útiles, gran señor —dijo Phillip.

—Así es —añadió Sot.

—Hemos ido a la Caída Profunda muchas veces —dijo Phillip.

—Conocemos bien las hondonadas —dijo Sot.

—¿De verdad?

Ben ni siquiera trató de ocultar su sorpresa.

—Sí, gran señor —dijeron Phillip y Sot al unísono.

—La bruja presta poca atención a criaturas como nosotros —dijo Phillip.

—Os guiaremos para que entréis sin correr peligro, gran señor —se ofreció Phillip.

—Después os guiaremos para que también salgáis sin peligro —añadió Sot,

Ben extendió la mano y estrechó con espontaneidad las dos mugrientas zarpas.

—Vosotros mismos os habéis comprometido. —Sonrió. Los gnomos resplandecieron—. Una pregunta. ¿Por qué habéis esperado hasta ahora para mostraros? ¿Cuánto tiempo lleváis escondidos en esos arbustos?

—Toda la noche, gran señor —admitió Phillip.

—Teníamos miedo del perro —susurró Sot.

Ben los condujo al campamento y anunció que los gnomos los acompañarían a la Caída Profunda. Abernathy se quedó sorprendido y contrariado, y lo expresó en términos inequívocos. Se podía aceptar que el mago continuase en el grupo bajo el pretexto de que podía ser útil, aunque en realidad eso era cuestionable, pero estaba claro que los gnomos carecían de toda utilidad. Emitió un gruñido y los gnomos retrocedieron, asustados. Los kobolds sisearon e incluso Sauce se mostró indecisa. Pero Ben se mantuvo firme en su decisión. Los gnomos nognomos irían con ellos.

Reemprendieron el viaje poco después de que hubiera amanecido, tras tomar un rápido desayuno de tallos y hojas de lindoazules. Questor hizo desaparecer la tienda de campaña en un destello de luz y una humareda, dando un susto de muerte a los gnomos, y luego se pusieron en marcha. Se dirigieron al suroeste siguiendo una ruta sinuosa que los sacó de la región de las colinas y volvió a introducirlos en los bosques y lagos que bordeaban el Prado. Juanete iba delante, seguido de los demás. Llovía y escampaba alternativamente, y las diminutas gotas quedaban suspendidas como un velo de vapor helado. El valle yacía sumido en nubes y niebla que se fundían en una extraña bruma azulada que giraba y se introducía en las copas de los árboles y cubría las caras oscuras de las montañas lejanas. Había flores que se abrían bajo la lluvia y a Ben le pareció extraño. Eran de colores suaves y corta vida, pues sólo duraban unos minutos antes de marchitarse. Flores de lluvia, las llamó Questor, evidenciando una lamentable falta de originalidad. Antes, en tiempos mejores, habían disfrutado de una vida que superaba las doce horas o más. Pero ahora, estaban afectadas por la enfermedad, como todo lo que había en el valle. La magia ya no alargaba su vida.

Se tomaron un corto descanso a media mañana, instalándose cerca de un manantial junto al que crecían cañas, lirios y cipreses. El agua que manaba tenía un color gris verdoso y toda la vegetación de sus proximidades tenía aspecto enfermizo. Juanete fue en busca de agua potable. Había comenzado a llover de nuevo, y los otros se reunieron en grupos de dos o tres bajo las ramas de los árboles. Ben esperó un poco, luego atrajo la atención de Sauce y se apartó con ella para estar a solas.

—Sauce —dijo en tono amable, sabiendo que aquello le iba a resultar difícil—. He estado pensando sobre la conveniencia de que nos acompañes a la Caída Profunda y adondequiera que vayamos después. Creo que deberías volver a tu casa del Elderew.

Ella le miró fijamente.

—No quiero volver a mi casa, Ben. Quiero estar contigo.

—Ya lo sé. Pero creo que es demasiado peligroso para ti.

—No es más peligroso para mí que para ti. Podrías volver a necesitar mi ayuda. Me quedo.

—Escribiré una carta a tu padre, explicándole que hasta ahora quise que estuvieras conmigo, para que no tengas problemas con él —siguió—. Después iré yo mismo a hacerlo en persona.

—No quiero regresar, Ben —repitió ella.

El tono verde de su cara estaba oscurecido por la sombra del ciprés, y a Ben le pareció que casi formaba parte del árbol.

—Agradezco tu voluntad de someterte a los mismos riesgos que yo —dijo—, pero no hay razón para que lo hagas. No puedo permitirlo, Sauce.

El rostro de ella se echó un poco hacia atrás, y sus ojos verdes mostraron un ardor repentino.

—No tienes nada que decir a ese respecto, Ben. La decisión es mía. —Hizo una pausa y pareció que lo atravesaba con la mirada— ¿Por qué no me explicas lo que piensas en realidad, gran señor de Landover?

Él la miró con sorpresa, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien. No sé cómo decirlo. Si pudiera dejar que me acompañaras y ser honesto conmigo mismo, creo que lo haría. Pero no puedo. Yo no te amo, Sauce. Quizás las gentes del mundo de las hadas logréis descubrir el amor a primera vista, pero yo no. Yo no creo que las enredaderas y los portentos te dijeran cómo ocurriría esto. No creo que tú y yo estemos destinados a ser amantes. Pienso que podemos ser amigos, pero no dejaré que arriesgues tu vida sólo por esa razón.

Se detuvo, sintiendo que las manos de ella cogían las suyas y las estrechaban con cariño.

—Todavía no comprendes, ¿verdad, Ben? —le susurró—. Te pertenezco porque así debe ser. Es una verdad tejida en la trama de la magia de este país y, aunque no lo entiendas, tiene que pasar. Siento amor por ti porque amo al modo de las hadas, a primera vista y por promesa. No espero eso de ti. Pero al final me amarás, Ben. Me amarás.

—Es posible —reconoció él, apretando las manos de la sílfide a pesar de sí mismo, encontrándola tan deseable que casi estuvo a punto de admitir que tenía razón—. Pero ahora no te amo. Me parece la criatura más hermosa que jamás he visto. Te deseo tanto que tengo que luchar contra esa necesidad. —Sacudió la cabeza—. Pero no puedo creer en el futuro que tú parece ver tan claramente, Sauce. ¡No me pertenezcas! ¡Te pertenezcas a ti misma!

—¡No pertenezco a nada si no te pertenezco a ti! —insistió ella con tesón. Su rostro se acercó al de él—. ¿Te doy miedo, Ben? Veo miedo en tus ojos y no lo entiendo.

Él respiró profundamente.

—Hubo alguien más, Sauce. Alguien que sí me pertenecía y a quien yo pertenecía. Se llamaba Annie. Era mi esposa, y la amé mucho. No era tan hermosa como tú, pero era muy bonita y... no he podido olvidarla, ni dejar de amarla, ni amar a otra persona.

Su voz se quebró. No se había dado cuenta de que sería tan difícil hablar de Annie después de tanto tiempo.

—No me has dicho por qué tienes miedo, Ben —lo presionó Sauce, con voz suave pero insistente.

—¡No sé por qué tengo miedo! —exclamó, confundido—. No lo sé. Creo que es porque cuando Annie murió perdí algo de mí mismo, tan valioso que estoy seguro de

que nunca lo recuperaré. A veces me creo incapaz de sentir, creo que sólo lo pretendo...

De repente aparecieron lágrimas en los ojos de Sauce y él se conmovió.

—Por favor, no llores —le pidió.

Sauce sonrió con amargura.

—Creo que tienes miedo de amarme porque soy muy distinta a ella —dijo suavemente—. Creo que tienes miedo de perderla de algún modo si me amas. Yo no deseo eso. Te quiero como eras, como eres y como serás. No que tengas miedo de mí.

Tuvo intención de negarlo, pero la rechazó. Ella estaba en lo cierto cuando habló de la razón de sus temores. La veía en su mente mientras danzaba entre los pinos a medianoche, transformándose en sauce, enraizándose en el suelo sobre el que antes había danzado su madre. La transformación seguía repeliéndole. Ella no era humana, sino algo distinto y aparte.

¿Cómo iba a querer a una criatura tan diferente de Annie...?

Sauce enjugó las lágrimas que resbalaban ahora por sus mejillas.

—Yo soy vida de la magia y estoy sometida a ella, Ben. Debes admitirlo, y lo admitirás. La madre tierra y el padre cielo nos engendraron, y este país nos unió. — Se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla—. Perderás el miedo que me tienes y un día me amarás. Yo lo creo. —Su suave aliento le rozaba el rostro—. Esperaré todo el tiempo necesario, Ben, pero no te dejaré. Aunque me lo ruegues, aunque me lo ordenes. Te pertenezco. Soy tuya. Me quedaré contigo, aunque el riesgo sea diez veces mayor que el de ahora. ¡Me quedaré, aunque tenga que renunciar a mi vida por la tuya!

Se apartó, y el movimiento de sus ropas y cabellos fue como una leve brisa en la quietud de la mañana.

—No vuelvas a pedirme que me vaya —le dijo.

Después se alejó con paso rápido. Él la contempló en silencio y supo que no lo haría.

El pequeño grupo llegó a la Caída Profunda antes del mediodía. La lluvia había cesado y la luz era más intensa, aunque las nubes aún encapotaban la totalidad del cielo. El olor de la humedad estaba suspendido en el aire, y el frío de la mañana se había agudizado.

Se detuvieron en los inicios de la Caída Profunda y miraron hacia abajo. Todo excepto el reborde del cuenco estaba oculto por un manto de niebla. Ésta se arremolinaba perezosamente sobre las copas de los árboles dispersos y los riscos asomaban a su través como huesos de un cadáver roto. Los matorrales poblaban el borde y las partes altas de las pendientes de las hondonadas, zarzas y maleza marchitas y raquílicas. Nada se movía en el foso. Ningún sonido salía de él. Era una

tumba abierta que esperaba a un ocupante.

Ben lo contempló con inquietud. Le aterrorizaba mirar aquello, mucho más desde aquel borde que desde la seguridad de la Landvista. Le pareció monstruoso, un abismo grande e informe excavado en la tierra y abandonado a la podredumbre. Examinó durante un momento un grupo de lindoazules que crecían en las proximidades. Estaban ennegrecidos y debilitados.

—Gran señor, no es demasiado tarde para reconsiderar vuestra decisión —le advirtió Questor.

Él negó con la cabeza. La decisión estaba tomada.

—Quizás debamos esperar a mañana —murmuró Abernathy, mirando con intranquilidad el cielo nublado.

Ben negó con la cabeza por segunda vez.

—No. No más retrasos. Voy a bajar ahora. —Se volvió hacia ellos y fijó los ojos en sus rostros mientras hablaba—. Quiero que me escuchéis con atención y no pongáis objeciones. Phillip y Sot me acompañarán como guías. Dicen que conocen la Caída Profunda. Llevaré a uno más. El resto esperará aquí.

—¡Gran señor, no! —exclamó Questor con incredulidad.

—¡No vais a confiaros a esos... esos caníbales! —bramó Abernathy.

—¡Podéis necesitar nuestra protección! —continuó Questor.

—¡Es una locura que vayáis solo! —concluyó Abernathy.

Los kobolds sisearon y enseñaron los dientes en una inconfundible señal de desaprobación, los gnomos nognomos se encogieron y se apartaron de la discusión, y el amanuense y el mago siguieron argumentado a coro. Sólo Sauce permaneció inmutable, pero dedicó a Ben una mirada tan dura que la sintió físicamente.

Levantó las manos para tranquilizarlos.

—¡Basta ya! ¡He dicho que no quiero más discusiones! Sé lo que hago. Lo he pensado mucho. No vamos a repetir lo que ocurrió en el Melchor. Si tardo en salir más de lo previsto quiero que alguien esté preparado para ir a buscarme.

—Entonces puede ser demasiado tarde, gran señor —señaló Abernathy con ansiedad.

—Dijisteis que llevaríais otro más, gran señor —intervino Questor—. Supongo que os referíais a mí. Puede que necesitéis mi magia.

—Puede ser, Questor —admitió—. Pero sólo si tengo problemas con Belladona y necesito a alguien que me saque las castañas del fuego. Te quedarás aquí con Abernathy y los kobolds. Me llevo a Sauce.

La mirada dura de la sílfide se transformó en mirada sorprendida.

—¿Vais a llevarla? —preguntó Questor—. ¿Pero qué protección os puede ofrecer ella?

—Ninguna. —Ben observó la expresión introspectiva que cubría ahora la cara de

Sauce—. No busco protección. Busco un punto de contacto. No quiero que la bruja crea que el rey de Landover necesita que lo protejan, y supongo que lo pensaría si bajo con todos vosotros. Sauce no es una amenaza. Es una criatura del mundo de las hadas como ella. Comparten un origen, y Sauce y yo juntos podemos encontrar un modo para atraer a Belladona hacia nuestra causa.

—¡No conocéis a la bruja, gran señor! —insistió Questor con vehemencia.

—¡Está claro que no! —agregó Abernathy.

Entonces, Sauce se adelantó y lo cogió del brazo.

—Puede que tengan razón, Ben. No es probable que Belladona ofrezca su ayuda sólo por mi presencia. A ella le importa tan poco la gente de la región de los lagos como la corte de Plata Fina. A ella no le importa nadie. Esto es muy peligroso.

Ben advirtió que no había desistido de acompañarle. Ya se había quitado las botas y la capa y seguía a su lado, descalza, con pantalones cortos y una túnica sin mangas.

—Lo sé —respondió él—. Por eso deben quedarse aquí Questor, Abernathy y los kobolds, para ir a rescatarnos si lo necesitamos. Si todos entramos a la vez, nos arriesgamos a caer en la misma trampa. Pero si los más fuertes se quedan, las posibilidades de rescate serán mejores. ¿Lo entendéis?

Hubo una protesta general.

—Yo opino, con todos mis respetos, que esa idea es muy peligrosa y descabellada, gran señor —declaró Abernathy.

—Preferiría estar con vos para aconsejaros —arguyó Questor.

Ben asintió.

—Respeto vuestros sentimientos, pero está decidido. Cualquiera que sea el riesgo, no quiero que lo comparta nadie inútilmente. Si pudiera hacerlo solo, sin poner en peligro a ninguno más, lo haría. Pero, por desgracia, no puedo.

—Nadie se lo ha pedido, gran señor —contestó, Questor en voz baja.

Ben le miró a los ojos.

—Lo sé. No podría haber encontrado mejores amigos. —Se detuvo—. Han hecho por mí todo lo que han podido. El tiempo y las oportunidades se acaban. Tengo que lograr que suceda algo si quiero ser rey de Landover. Tengo esa responsabilidad hacia el país y hacia mí mismo.

Questor no respondió. Ben miró un instante a los otros. Nadie dijo nada. Asintió y cogió la mano de Sauce. Luchó contra la heladez que lo había invadido.

—Pasad delante —ordenó a Phillip y a Sot.

Juntos, comenzaron el descenso del foso.

BELLADONA

Fue como penetrar en una piscina de agua negra y sucia. La niebla se elevó para saludarles, lamiéndoles ansiosamente las botas. Trepó por sus piernas y se enroscó en sus cinturas. Se encaramó hasta sus hombros y finalmente hasta sus cuellos. Un momento después estuvieron sumergidos por completo. Ben tuvo que reprimir una necesidad repentina de contener la respiración para no aspirar aquella marea sofocante.

Oprimió con fuerza la mano de Sauce.

La niebla era una pantalla impenetrable que los rodeaba, como una manta que tratara de asfixiarlos. Se adhería a sus pieles con dedos húmedos e inexistentes, y su toque provocaba un escozor que no se aliviaba rascándose. El olor de madera y tierra podrida llenaba el aire, empapando la niebla, dándole la consistencia de un líquido tóxico que rociase la piel. De ella surgía un calor desagradable, como si un ser enorme estuviese atrapado en la negrura y sudase de terror mientras le succionaban la sangre para acabar con su vida.

Ben sintió ese terror como suyo, y luchó contra él. La espalda y los costados de su túnica estaban mojados, y su respiración era angustiada. Nunca había sentido un espanto semejante. Era peor que cuando la Marca lo había atacado en el túnel. Era peor que su encuentro con el dragón. Era un miedo de algo que se sentía sin poder verse. Sus pies recorrían mecánicamente el camino por la pendiente llena de matorrales. Apenas era consciente de su movimiento. Podía ver las figuras rechonchas de los gnomos delante, a poca distancia, avanzando con habilidad y tenacidad. Podía ver a Sauce a su lado, su verde figura fantasmagórica, su cabello color de trigo, sus piernas y antebrazos que parecían ondear hacia atrás por efecto de la niebla. Podía ver algunos matorrales y rocas a su alrededor, y árboles y riscos a lo lejos. Los veía pero no los captaba. Su atención estaba centrada por completo en lo que sentía y no podía ver. Era aquello que estaba escondido lo único que le preocupaba.

Su mano libre buscó el medallón que estaba bajo su túnica, y lo palpó a través de la ropa para tranquilizarse.

Los minutos pasaban mientras los cuatro compañeros caminaban a tientas a través de la bruma y sus ojos se esforzaban sin resultado. Entonces la pendiente se niveló, la niebla disminuyó y los matorrales se transformaron en arbustos y árboles. Habían llegado a una meseta que se encontraba a más de una docena de metros sobre el fondo de la hondonada. Ben parpadeó. Podía ver de nuevo. Los árboles se extendían ante él como una maraña de troncos, ramas y enredaderas, y entre ellos sobresalían altos picos rocosos que se alzaban contra un horizonte encapotado por la niebla. El borde de la hondonada había desaparecido. Ya no existía nada fuera de allí.

Ben adelantó a los gnomos para subir a un pequeño promontorio y mirar aquella selva. Su aliento quedó atrapado en su garganta.

—¡Oh, Dios mío! —susurró.

La hondonada se extendía hasta donde alcanzaba la vista, más de lo que podía considerarse posible. La Caída Profunda había crecido hasta convertirse en algo tan enorme que excedía sus propios límites. ¡La Caída Profunda se había hecho tan grande como todo Landover!

—¡Sauce! —susurró con urgencia.

Ella acudió a su lado. Le señaló la interminable extensión de bosque, con el terror reflejado en sus ojos mientras se esforzaba en comprender lo que tenía ante sí. Ella lo entendió en seguida. Sus manos rodearon las de él, estrechándolas.

—Es sólo una ilusión, Ben —dijo—. Lo que ves no está realmente ahí. Es sólo la magia de Belladona. Ha hecho que la hondonada se refleje mil veces para asustarnos.

Ben volvió a mirar y vio lo mismo que antes, pero asintió como si así no fuera.

—Claro. Es sólo un truco de magia. —Respiró profundamente, ya sereno—. ¿Sabes una cosa, Sauce? Es perfecto. —Le dedicó una rápida sonrisa—. ¿Por qué no te ha engañado a ti?

Ella le correspondió con un gesto irónico.

—Mi parte mágica me permite advertir esos trucos.

Continuaron el descenso hacia el fondo de la hondonada. Phillip y Sot parecían insensibles a la ilusión. Era probable que se debiera al corto alcance de sus vistas, supuso Ben. A veces la ignorancia proporciona felicidad.

Al llegar a su meta inmediata se detuvieron. Ante ellos se extendía una maraña selvática, en apariencia interminable. Ramas y troncos nudosos se entremezclaban como hilos de una tela de araña bajo un techo de niebla, las enredaderas colgaban como serpientes y la maleza se ahogaba a sí misma amontonándose. La tierra estaba húmeda y blanda.

Phillip y Sot aspiraron el aire durante un momento, luego comenzaron a andar. Ben y Sauce los siguieron. Se abrieron paso a través de la espesura, encontrando caminos donde no parecía que los hubiera. El muro de la hondonada desapareció detrás de ellos y la jungla los envolvió. Había una quietud misteriosa. No se veía ni se oía a ningún ser vivo. No había animales que emitiesen su reclamo, ni pájaros que volaran, ni insectos que zumbasen. La luz era débil, el sol estaba oculto por un velo grisáceo de niebla. Las sombras lo cubrían todo. Tenían la sensación de haber caído en una trampa.

No habían llegado muy lejos cuando encontraron a los lagartos.

Se hallaban al borde de un barranco, a punto de iniciar la bajada, en el instante en que Ben vio algo moviéndose en el fondo. Hizo que los otros se detuviesen de inmediato y atisbo con cautela entre las sombras. En el fondo del barranco había

docenas de lagartos; sus cuerpos cubiertos de escamas y de color negro verdoso se deslizaban unos sobre otros, agitando sus horribles lenguas como pequeños látigos. Había de todos los tamaños, algunos tan grandes como caimanes, otros tan pequeños como ranas. Bloqueaban el paso adelante.

Sauce tomó la mano de Ben y sonrió.

—Otra ilusión, Ben —le aseguró.

—Por aquí, gran señor —le aconsejó Phillip.

—Venid, gran señor —le invitó Sot.

Bajaron y los lagartos desaparecieron. Ben estaba sudando de nuevo y deseando no sentirse tan estúpido.

Otros trucos les aguardaban, y Ben cayó en cada uno de ellos. Hubo un fresno monstruosamente grande poblado de murciélagos gigantes. Un río lleno de peces con aspecto de pirañas. Lo peor de todo fue un claro en donde unos brazos de apariencia humana salían de grietas abiertas en la tierra y trataban de agarrarlos con sus dedos engarfiados. En cada ocasión, Sauce y los gnomos lo condujeron sin dudar hacia delante y los peligros imaginarios se evaporaron en la niebla.

Pasó más de una hora hasta que llegaron a la ciénaga. Fue después del mediodía. Ante ellos, un enorme pantano con cañaverales y arenas movedizas se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Desprendía vapor y las arenas borboteaban como impulsadas por gases desprendidos de la tierra de debajo.

Ben miró a Sauce.

—¿Una ilusión? —preguntó, suponiendo la respuesta.

Pero esta vez ella negó con la cabeza.

—No, es real.

Los gnomos aspiraron el aire otra vez. Ben contempló la ciénaga. En su centro había un pájaro sobre una rama seca, un pájaro enorme y feo con una franja blanca sobre la cabeza. Tenía puestos en él sus ojos oscuros y diminutos, y cabeceaba pensativamente.

Ben apartó la vista.

—¿Y ahora qué? —preguntó a los otros.

—Hay un camino más adelante, gran señor —respondió Phillip.

—Un camino que atraviesa el pantano —agregó Sot.

Se pusieron en marcha con sus andares de pato, siguiendo la orilla de la ciénaga, levantando sus cabezas de hurones para olfatear el aire. Ben y Sauce fueron tras ellos. Unos treinta metros adelante, los gnomos giraron hacia el interior de la ciénaga y comenzaron a cruzarla. Aquel lugar no parecía diferente de cualquier otro, pero el suelo era lo bastante firme para sostenerlos, y en pocos minutos se encontraron en el otro lado. Ben volvió la vista hacia el pájaro. Aún estaba mirándolo.

—Aleja de ti la paranoia —murmuró para sí.

Siguieron avanzando por la jungla. Habían recorrido sólo una corta distancia cuando Phillip y Sot se mostraron excitados de repente. Ben se acercó a ellos y vio que habían descubierto un nido de ratones de monte y habían hecho salir a la familia. Phillip se deslizó entre la maleza sobre su vientre, culebreó sin hacer ruido y surgió estrechando en su mano a uno de los desafortunados. Le arrancó la cabeza de un mordisco y le dio el cuerpo a Sot. Ben hizo una mueca de asco, dio una patada a Sot en el trasero y ordenó que siguieran avanzando. Pero el recuerdo del ratón sin cabeza permaneció en él.

Olvidó a los ratones cuando se encontraron ante un muro de zarzas. Las zarzas se alzaban más de cuatro metros, mezclándose con los árboles y las enredaderas del bosque, perdiéndose en la lejanía por ambos lados. Ben volvió la vista a Sauce.

—Las zarzas también son reales —anunció ella.

Phillip y Sot olfatearon el aire, caminaron de un lado a otro, y luego se dirigieron hacia la derecha. Habían andado unos quince metros cuando Ben vio al pájaro. Estaba sobre la pared de zarzas, justo encima de ellos, mirando hacia abajo. Sus ojos penetrantes estaban fijos en Ben. Éste lo miró y le pareció que el pájaro le guiñaba un ojo.

—Por aquí, gran señor —le llamó Phillip.

—Un pasadizo, gran señor —anunció Sot.

Los gnomos atravesaron las zarzas como si no existiesen. Ben y Sauce fueron detrás. Las zarzas se apartaban con facilidad. Ben se volvió al llegar al otro lado. El pájaro había desaparecido.

Después lo vio varias veces, sobre árboles o sobre troncos, inmóvil, observándolo con sus ojos misteriosos. Nunca lo vio volar ni oyó su graznido. Le preguntó a Sauce si también lo veía, para asegurarse de que no era otra ilusión. Le respondió afirmativamente, pero que no tenía ni idea de qué estaba haciendo allí.

—Parece ser el único pájaro de la hondonada —comentó Ben con tono de duda.

Ella asintió.

—Tal vez pertenezca a Belladona.

No era una idea muy tranquilizadora, pero nada podía hacer para evitarlo, de modo que trató de pensar en otra cosa. La jungla comenzó a despejarse, los troncos, ramas y enredaderas dieron paso a pequeños claros donde las bolsas de niebla estaban suspendidas como nubes varadas. El cielo era más luminoso. Todo indicaba el final de la jungla. Pero no había señales de las paredes de la hondonada donde deberían estar, y la Caída Profunda demostraba ser tan interminable como parecía al principio.

—¿Podéis decirme dónde estamos o cuánto hemos avanzado? —preguntó a sus acompañantes, pero ellos negaron con la cabeza y no dijeron nada.

Entonces, de repente, la jungla desapareció y los cuatro se encontraron ante un castillo que empuñecía cualquier cosa que Ben hubiera visto o imaginado. Parecía

una montaña. Sus torres penetraban en las nubes y la niebla, perdiéndose de vista, sus muros se extendían kilómetros hacia el horizonte. Las torres, almenas y parapetos estaban contruidos unos sobre otros en asombroso diseño geométrico. Era tan enorme que podría haber contenido una ciudad entera entre sus muros de bloques de piedra. Se asentaba sobre una meseta en cuya base crecía la jungla. Un camino salpicado de piedras conducía desde donde ellos estaban hasta las puertas abiertas del castillo y un rastrillo alzado.

Ben contempló el edificio con incredulidad. Nada podía ser tan enorme, le decía su instinto. Nada podía tener un tamaño tan monstruoso. Debía de ser una ilusión, un truco de magia, como la visión de la hondonada y las cosas que habían encontrado...

—¿Qué es este lugar, Sauce? —le preguntó, cortando sus especulaciones, reflejando en la voz la incredulidad y admiración que sentía.

—No lo sé, Ben. —Estaba a su lado, con los ojos fijos también en aquella enormidad—. No lo entiendo. No es una ilusión y sin embargo lo es. Es producto de la magia, pero a la magia sólo se debe parte de lo que vemos.

Los gnomos nognomos también estaban confusos. Se agitaban inquietos, estirando sus cabezas de hurones en busca de un olor que pudieran identificar. No lo lograron y comenzaron a murmurar entre sí.

Ben se obligó a apartar la vista del castillo y fijarla en los alrededores para hallar algo que le diese la clave de su origen o propósito. Al principio sólo encontró jungla y niebla.

Después vio al pájaro.

Estaba posado sobre la rama de un árbol a varios metros de allí, con las alas plegadas y los ojos puestos en él. Era el mismo, con sus plumas negras y la cresta blanca. Ben lo observó. No podía explicarlo, pero estaba seguro de que el pájaro sabía qué era aquello. Le exasperaba verlo posado plácidamente, como si esperase presenciar lo que harían a continuación.

—Vamos —dijo a los otros, y comenzaron a subir por el camino.

Avanzaron con cautela y el castillo se fue acercando. No destelló y desapareció como Ben esperaba que ocurriera. Por el contrario, adquirió un aspecto amenazador y siniestro a medida que la roca desgastada fue vista con más detalle y el silbido del viento al pasar entre las torres y almenas se hizo más intenso. Ben iba ahora delante, seguido de Sauce. Los gnomos se habían quedado atrás, agarrados a los pantalones de Ben, atisbando con desconfianza desde detrás de las piernas. Las hojas y las ramitas secas susurraban al rozar el camino de piedra, y el calor de la jungla se transformó en helidez.

La entrada del castillo estaba abierta, como un agujero negro con dientes de hierro. Las sombras cubrían lo que se hallaba al otro lado con un velo impenetrable. Ben se detuvo ante las puertas e intentó atravesar la penumbra con la vista. Pudo

distinguir lo que parecía ser una especie de patio con unos cuantos bancos y mesas, varios candelabros ennegrecidos y un trono deteriorado, cubierto de polvo y telarañas. No pudo ver nada más.

Continuó hacia delante, seguido por los otros. Pasaron bajo la sombra del rastrillo y entraron en el patio. Era enorme y estaba descuidado y vacío. Sus pisadas resonaban en el silencio. Ben había recorrido la mitad cuando vio al pájaro. De algún modo había llegado antes que ellos. Estaba sentado en el trono, con los ojos fijos en él. Se detuvo.

Los ojos del pájaro parpadearon y se tornaron de repente de color rojo sangre.

—¡Belladona! —susurró rápidamente Sauce, previniéndolo.

El pájaro empezó a cambiar. Parecía expandirse en la penumbra, resplandeciendo en una aura de luz carmesí. Su sombra creció en el trono como un fantasma liberado. Los candelabros ennegrecidos se encendieron y ardieron y la luz explotó en la oscuridad. Los gnomos jadearon de terror, se lanzaron hacia las puertas y desaparecieron. Sauce se quedó junto a Ben, agarrando su mano como si fuese un salvavidas que le impidiera ahogarse. Ben observó la transformación del cuervo en algo más tétrico aún, y de repente tuvo miedo de haber cometido un gran error.

Entonces el aura encarnada desapareció y sólo quedó la luz de los fuegos que ardían en los candelabros de hierro. El pájaro ya no estaba. Belladona se hallaba sentada en el ruinoso trono.

—Bienvenido a Caída Profunda, honorable y poderoso gran señor —saludó, con una voz que era poco más que un suave susurro.

No era lo que esperaba Ben. En realidad no parecía una bruja, aunque ni por un instante le pasó por la cabeza que no lo fuese. Era alta y de facciones afiladas, de piel blanca y perfecta. Tenía los cabellos negros como el azabache, excepto por un mechón blanco en el centro. No era joven ni vieja, sino algo intermedio. Sus rasgos parecían no tener edad, como si pertenecieran a una estatua de mármol, obra maestra de un artista, que permanecía intacta a través de las generaciones. Ben no sabía qué artista había creado a la bruja, si un dios o un diablo, pero alguna idea había imbuido en la escultura. Belladona era una mujer impresionante.

Se levantó, sus negras ropas ondearon, colgando de su cuerpo alto y delgado. Descendió del trono y se detuvo a unos tres metros de Ben y Sauce.

—Has demostrado más determinación que la que creía posible en un pretendiente al trono. La magia no te ha asustado como era de esperar. ¿Se debe a que eres estúpido o sólo un imprudente?

La mente de Ben actuó con rapidez.

—Se debe a que soy decidido —replicó—. No vine a la Caída Profunda para que me asustaran.

—Quizás sea peor para ti —susurró, y el color de sus ojos pareció cambiar del

carmesí al verde—. Nunca me han gustado los reyes de Landover; tampoco me gustas tú. No me importa que seas de otro mundo, ni me importa a qué has venido. Si pretendes algo de mí, eres un imbécil. No tengo nada que quiera dar.

A Ben le sudaban las manos. Las cosas no iban bien.

—¿Y si hubiese algo que yo deseara darte?

Belladona rió, su cabello negro relucía mientras su cuerpo se agitaba.

—¿Tú darme algo a mí? ¿El gran señor de Landover va a darle algo a la bruja de la Caída Profunda? —La risa cesó—. Realmente eres un imbécil. No tienes nada que yo quiera.

—Es posible que estés equivocada. O quizás lo esté yo.

Esperó, sin decir nada más. Belladona se acercó un poco. Su rostro fantasmal se inclinó para verlo mejor, sus afiladas facciones estaban tensas sobre los huesos de la cara.

—Sé quién eres, rey de comedia —dijo—. He seguido tu viaje desde el Prado y la región de los lagos hasta el Melchor, y después hasta aquí. Sé que buscas la promesa de lealtad de las gentes del valle y no puedes conseguir más que la lealtad de esta joven, del charlatán Questor, de un perro, dos kobolds y esos patéticos gnomos. Tienes el medallón, pero no puedes dominar la magia. El Paladín no está contigo. La Marca te persigue. ¡Estás a un paso de convertirte en un recuerdo!

Ella lo superaba en estatura casi por una cabeza, y su oscura figura fluctuaba como si fuese un espectro.

—¿Qué puedes darme, rey de comedia?

Ben avanzó un paso.

—Protección.

La bruja lo miró sin hablar. Ben mantuvo sus ojos fijos en los de ella, tratando de hacerla retroceder por la sola fuerza de su voluntad, sintiéndose sofocado por la proximidad de la oscura forma. Pero Belladona no se movió.

—Soy el rey de Landover, Belladona, y pretendo seguir siéndolo —dijo de repente—. No soy el rey de comedia que crees, y no soy un imbécil. Procedo de otro mundo, y puede que no sepa todo lo que debería saber. Pero sé lo suficiente para reconocer los problemas. Landover me necesita. Tú me necesitas. Si me pierdes, te arriesgas a perderte a ti misma.

Belladona lo miró como si estuviera loco, luego desvió la vista hacia Sauce, como si quisiera comprobar si la sílfide también creía que lo estaba. Sus ojos chispearon cuando se encontraron de nuevo con los de Ben.

—¿Qué riesgo me aguarda?

Ben había conseguido despertar su interés. Respiró profundamente.

—La magia abandona la tierra, Belladona. La magia se desvanece. Se desvanece porque no hay un rey tal como debe ser. Todo se desmorona, y el veneno penetra cada

vez más. Yo veo lo que ocurre, y conozco la causa. Tú me necesitas. La Marca quiere apoderarse todo, y tarde o temprano lo hará. El demonio no te tolerará. Te expulsará. No permitirá que haya una fuerza que compita con la suya.

—¡La Marca no se atreverá a retarme! —dijo, mostrando la furia en sus ojos.

—Todavía no —insistió Ben—. No lo hará en la Caída Profunda. ¿Pero qué ocurrirá cuando el resto de la tierra se deteriore hasta convertirse en una cáscara vacía y sólo quede la Caída Profunda? Entonces estarás sola. La Marca lo tendrá todo. ¡Tendrá también la fuerza para retarte!

Lo que dijo fue una conjetura, pero algo en los ojos de la bruja le informó de que la conjetura no estaba errada. Belladona se irguió, destacándose más contra la penumbra.

—¿Y tú crees que puedes protegerme?

—Lo creo. Si las gentes del valle me prometen lealtad, la Marca no podrá ser tan rápida en lanzar su desafío. No puede enfrentarse a todos nosotros. No creo siquiera que lo intente. Y si tú me prometes lealtad, los otros lo harán también. Tú eres la más poderosa, Belladona, tu magia es la más fuerte. Si me das tu apoyo, los otros te seguirán. No te pido nada más. Te prometo a cambio la garantía de que la hondonada te pertenecerá sólo a ti, siempre. Nadie te molestará aquí.

Ella sonrió.

—No me ofreces nada que ya no tenga. No te necesito para enfrentarme a la Marca. Puedo hacerlo cuando quiera. Y puedo hacer que los otros vengan cuando los llame, porque me temen.

Oh, cielos, pensó Ben.

—No vendrán, Belladona. Se esconderán, o saldrán corriendo, o lucharán contra ti. No te permitirán que los gobiernos como podrían permitírmelo a mí.

—La región de los lagos nunca te aceptará, Belladona —susurró Sauce.

Belladona hizo un gesto de contrariedad.

—La hija del Amo de Río puede opinar así —dijo con desprecio—. Pero no sabes con quién estás hablando, sílfide. Mi magia puede causar diez veces más enfermedad de la que tu padre puede curar. ¡Y mucho más deprisa!

Extendió la mano, asió la muñeca de Sauce y el brazo de la sílfide se volvió negro y marchito. Sauce dio un grito, y Ben apartó de la bruja el brazo dañado. Al instante el brazo se recuperó y la enfermedad desapareció. Sauce estaba sofocada y había lágrimas de rabia en sus ojos. Ben se colocó ante Belladona.

—¡Hazme lo que le hiciste a ella! —la retó, cerrando la mano sobre el medallón.

Belladona captó el movimiento y retrocedió. Sus ojos estaban velados.

—¡No me amenes, rey de comedia! —le advirtió sombríamente.

Ben se mantuvo firme. Estaba tan iracundo como ella.

—Ni tú a mí, ni a mis amigos, bruja —replicó.

Belladona pareció encogerse dentro de sus ropas. Su rostro afilado se ocultó entre el pelo de azabache, y bajó una mano con lentitud para señalar a Ben.

—Admito que tienes decisión, rey de comedia. Admito que tienes una buena dosis de valor. Pero no te prometeré lealtad. Para ello, antes tendrías que probarme que la mereces. Si eres más débil que la Marca, mi promesa supondría para mí una desventaja. Sería mejor que me aliase con el demonio mediante una promesa de magia que no rompería. No, no me arriesgaré por ti hasta que no sepa qué fuerza posees.

Ben era consciente de que estaba en dificultades. Belladona había tomado una decisión que no era probable que alterara. Su mente trabajaba a un ritmo frenético. La oscuridad del castillo y la enormidad de sus proporciones lo abrumaba. Belladona era su última oportunidad. No podía permitirse perderla. Sintió que sus esperanzas comenzaban a desvanecerse y luchó para mantenerlas.

—Nos necesitamos mutuamente, Belladona —arguyó, tratando de encontrar una salida—. ¿Cómo puedo convencerte de que poseo la fuerza necesaria para ser rey?

La bruja pareció meditar el asunto durante un momento, ocultando de nuevo su rostro con el pelo. Después levantó la vista con lentitud. En sus finos labios había una sonrisa desagradable.

—Quizás nos necesitemos mutuamente, y quizás haya algo que nos pueda ayudar a ambos. ¿Y si te dijese que hay una magia que podría librar al Prado del dragón?

Ben frunció el entrecejo.

—¿Strabo?

—Strabo. —La sonrisa permaneció inmutable—. Existe esa magia, una magia que puede darte dominio sobre el dragón, una magia que puede darte dominio sobre todo lo que haga. Úsala, y hará lo que tú digas. Puedes expulsarlo del Prado, y entonces los barones te prometerán lealtad.

—Así que también sabes eso —musitó Ben, tratando de conseguir tiempo para pensar. Estudió el rostro pálido con cuidado.

—¿Por qué accederías a darme esa magia, Belladona? Acabas de dejar claro cuáles son tus sentimientos hacia mí.

La bruja sonrió como un lobo contemplando su cena.

—Yo no he dicho que vaya a darte la magia, rey de comedia. Lo que he dicho es que te hablaría de esa magia. Yo no la poseo. Debes cogerla de donde se halla escondida y entregármela. Entonces la compartiremos tú y yo. Entrégamela, y creeré en tu fuerza y te aceptaré como rey. Hazlo, y contarás con la promesa de tu propio futuro.

—Ben... —comenzó a decir Sauce, con un toque de cautela en su voz.

Él la hizo callar con un movimiento de cabeza. Ya se había comprometido.

—¿Dónde se encuentra esa magia? —le preguntó a Belladona.

—Se encuentra en las nieblas —respondió ella suavemente—. Se encuentra en el mundo de las hadas.

La mano de Sauce apretó la de él.

—¡No, Ben! —exclamó.

—La magia se llama Polvo lo —continuó Belladona, ignorando a la joven—. La produce un arbusto de color azulnoche con hojas plateadas. Genera unas vainas del tamaño de mi puño. —Cerró la mano ante la cara de Ben—. Trae dos; una para mí, otra para ti. ¡El polvo de una sola será suficiente para que domines al dragón!

—¡Ben, no puedes entrar en el mundo de las hadas! —dijo Sauce con vehemencia. Luego se volvió hacia la bruja—. ¿Por qué no vas tú, Belladona? ¿Por qué envías a Ben Holiday en vez de ir tú misma?

Belladona levantó la cabeza con desdén.

—¿Me amonesta alguien cuya familia abandonó el mundo de las hadas para venir a este valle cuando hubieran podido quedarse allí? Olvidas con mucha facilidad sílfide. Yo no puedo volver al mundo de las hadas. Fui expulsada y se me prohibió regresar. Si lo hago, moriré. —Sonrió con frialdad, mirando a Ben—. Pero quizás él tenga mejor fortuna. Al menos, nadie le ha prohibido la entrada.

Sauce forzó a Ben para que la mirase.

—No puedes ir. Sería tu muerte. Nadie puede entrar en el mundo de las hadas y sobrevivir si no ha nacido y habitado en él. ¡Escúchame! Mi gente abandonó ese mundo por lo que era: un mundo en el cual la realidad es una proyección de los sentimientos y el pensamiento, de la abstracción y la imaginación. ¡No había ninguna realidad aparte de lo que éramos, y ninguna verdad esencial aparte de nosotros mismos! Ben, no puedes sobrevivir con tal entorno. Requiere una disciplina y unas costumbres de las que careces. ¡Te destruirá!

Él hizo un gesto ambiguo.

—Es posible que no. Es posible que esté más capacitado de lo que crees.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Sauce.

—No, Ben. Te destruirá —repitió en un tono sin matices.

Había una intensidad en su rostro y en su voz que aterraba. Ben la miró a los ojos y tuvo que endurecerse frente a la súplica que vio reflejada en ellos. Lentamente la atrajo hacia sí.

—Tengo que ir, Sauce —susurró de modo que sólo ella pudiera oírlo—. ¡No tengo alternativa!

—¡Te está embaucando, Ben! —le susurró, con una expresión dura en el rostro—. ¡Es una trampa! ¡Noto la falsedad en su voz! ¡Ahora veo lo que es este castillo! ¡Es una proyección de la magia sobre el muro de niebla! ¡Si lo atraviesas te encontrarás dentro del mundo de las hadas! ¡Ben, ella ha planeado este engaño! ¡Sabía que ibas a venir y por qué! ¡Lo ha sabido con anticipación!

El asintió y la apartó con suavidad.

—Eso no cambia nada, Sauce. Tengo que ir de todas formas. Pero seré cauteloso, lo prometo. Seré muy cauteloso. —Ella no habló, pero las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Ben dudó, luego se inclinó y la besó con suavidad en los labios—. Volveré.

Ella pareció recobrase en ese instante.

—Si tú vas, yo también.

—Irás solo —intervino Belladona, con rostro impasible—. No quiero ninguna ayuda de ninguna criatura nacida en el mundo de las hadas. No quiero interferencias de nadie. Quiero ver con mis propios ojos si el rey de comedia posee la fuerza que afirma tener. Si me trae las vainas de Polvo lo, tendré la prueba.

—He de ir —insistió Sauce—. Le pertenezco.

—No —dijo Ben con delicadeza, y se detuvo para buscar las palabras adecuadas—. Tú perteneces a Landover, Sauce, y yo aún no. Ni quizás nunca. Pero tengo que someterme a la tierra antes incluso de pensar en formar parte de sus habitantes. Todavía no he ganado ese derecho, Sauce, ¡y tengo que hacerlo! —Su sonrisa era tensa—. Espérame aquí. Volveré a buscarte.

—Ben...

—Volveré a buscarte —insistió.

Se apartó, encarándose de nuevo a Belladona. Se sentía vacío y desorientado, como una pequeña porción de vida en un mar de detritos y fuertes vientos. Iba a estar solo por primera vez desde que llegó a Landover, y estaba aterrorizado.

—¿Por dónde tengo que ir? —preguntó a Belladona, esforzándose para que su voz pareciera tranquila.

—Sigue ese corredor. —Señaló detrás de ella, donde la luz de una antorcha resplandecía a lo largo de un corredor sombrío en el que la niebla se arremolinaba como si estuviera viva. Encontrarás una puerta al final. El mundo de las hadas se encuentra al otro lado.

Ben asintió y se puso en marcha sin decir nada más. En su mente giraban advertencias susurradas que se esforzó en ignorar. Aminó la marcha a la entrada del pasillo y miró hacia atrás. Sauce seguía donde la había dejado, como una pálida sombra verde. Su rostro hermoso y extraño estaba surcado por las lágrimas. De repente, se preguntó por qué lo quería tanto. Para ella era poco más que un desconocido. Alguien con quien se había encontrado. Estaba influenciada por las fábulas y los sueños. Imaginaba amor donde no lo había. Era difícil entenderlo.

Belladona tenía la mirada puesta sobre él, manteniendo su rostro frío e inexpresivo.

Le dio la espalda y siguió caminando hacia las nieblas.

HADAS

Todo desapareció de repente. Las nieblas lo envolvieron como un sudario, y Ben Holiday se quedó solo. El corredor continuaba adelante, enroscándose como una serpiente entre pares de antorchas que emitían débiles halos de luz en la mezcla de sombras y penumbra. Ben lo siguió a ciegas. Apenas podía vislumbrar los muros donde las halos proyectaban su tenue resplandor, formados por bloques de piedra chamuscada por las llamas y manchada por la humedad. Sólo podía oír el sonido de sus botas cuando golpeaban el suelo al andar. No podía ver ni oír nada más.

Caminó durante largo tiempo, y el miedo que ya estaba sembrado en él se propagó como un cáncer. Empezó a pensar en la muerte.

Pero el corredor terminó al fin ante una puerta de madera bordeada de hierro con un gran picaporte curvado. No dudó. Asió el picaporte y lo hizo girar. La puerta se abrió sin oponer resistencia y la atravesó apresuradamente.

Se encontró en un ascensor, de cara a la entrada. Un panel de botones luminosos situado a la derecha de ésta le informó de que subía.

Estaba tan lleno de asombro que durante un instante no pudo hacer más que mirar a los botones. Después se volvió en busca de la puerta por la que había entrado. No la encontró.

Tras él no había más que la pared trasera, de imitación de roble con adornos de plástico oscuro. Pasó los dedos por los ángulos, tratando de encontrar un dispositivo escondido. No lo había.

El ascensor se detuvo en la quinta planta, y entró un conserje.

—Buenos días —saludó, y pulsó el octavo botón.

Ben le correspondió con una inclinación de cabeza. ¿Qué demonios estaba pasando? Observó el panel de mandos y lo encontró extrañamente familiar. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraba en el ascensor del edificio donde se hallaban sus oficinas de abogado.

¡Estaba en Chicago!

Su mente empezó a girar. Algo debía de haber salido mal. Si no, ¿qué estaba haciendo allí? Se agarró a la barandilla de la pared. Sólo había una explicación. Había atravesado las nieblas por completo, había atravesado el mundo de las hadas hasta llegar al suyo.

El ascensor se detuvo en la octava planta y el conserje salió. Ben lo vio alejarse mientras las puertas se cerraban. Nunca había visto a aquel hombre, y estaba seguro de conocer a todo el personal que trabajaba en el edificio, al menos de vista. Los domingos limpiaban las oficinas, y era el único día que se les permitía usar el ascensor. Pero él también solía ir allí los domingos para poner al corriente trabajos atrasados. Nunca había visto a aquel hombre. ¿Cómo era posible?

Movió la cabeza. Quizás era nuevo. Alguien contratado hacía poco por el administrador del edificio. Pero el personal nuevo no trabajaría los domingos solo, no teniendo acceso a... Sonrió. ¡Domingo! ¡Tenía que ser domingo si los conserjes utilizaban los ascensores! Casi soltó una carcajada. ¡No se había preguntado qué día de la semana era desde que llegó a Landover!

El ascensor volvió a subir. Miró los botones del panel. El de la decimoquinta planta estaba encendido. El ascensor le llevaba a su oficina. Pero él no había pulsado el botón. Bajó la vista, confuso, y se quedó asombrado. No estaba vestido con la misma ropa que cuando Belladonna lo envió hacia las nieblas. Llevaba el chandal y las zapatillas de deporte que vestía cuando fue al Blue Ridge.

¿Qué estaba ocurriendo?

El ascensor se detuvo en la planta quince, las puertas se abrieron y salió. Giró a la izquierda y se encontró ante las puertas de cristal de las oficinas de Holiday & Bennett. Las puertas estaban entornadas. Las empujó y entró.

Miles Bennett, que se hallaba ante el mostrador de recepción, se volvió con un montón de papeles en la mano. Vio a Ben y los papeles se le cayeron.

—¡Doc! —susurró.

Ben lo miró con atención. El que estaba ante él era Miles, pero no el Miles que había dejado. Éste era una caricatura del otro. Ya no parecía un hombre robusto, sino abotargado. Su cara estaba enrojecida como las de los que beben demasiado. Su cabello oscuro ahora era gris, y escaseaba. Arrugas de preocupaciones marcaban su cara.

La sorpresa inicial se desvaneció en los ojos de su compañero y fue reemplazada por un inconfundible rencor.

—Bueno, bueno, Doc Holiday. —Miles pronunció su nombre con disgusto—. ¡Maldito si no eres el viejo Doc!

—Hola, Miles —le saludó y extendió la mano.

Miles la ignoró.

—No puedo creerlo. No puedo creer que seas realmente tú. Creí que nunca te volvería a ver, que nunca nadie te vería más, maldita sea. Pensaba que hacía tiempo que estabas traspalando azufre, Doc.

Ben sonrió, confuso.

—Eh, Miles, no ha pasado tanto.

—¿No? ¿No te parece mucho tiempo diez años? ¿Diez malditos años? —Miles sonrió y vio la expresión de asombro en el rostro de Ben—. Sí, así es, Doc, diez años. Ni un alma ha oído una palabra de ti en diez años. Nadie. Y yo, tu condenado socio, menos que nadie, por si lo has olvidado. —Se atragantó con las palabras—. ¡Pobre estúpido e idiota! Ni siquiera sabes lo que te ha ocurrido mientras estabas en tu mundo fantástico, ¿verdad? Bueno, deja que te ponga al día, Doc. ¡Estás arruinado!

¡Lo has perdido todo!

Ben sintió un escalofrío.

—¿Qué?

—Sí, todo, Doc. —Miles se apoyó contra el mostrador—. Eso fue lo que ocurrió cuando fuiste considerado legalmente muerto. ¡Te quitaron todo y se lo dieron a tus herederos o al Estado! ¿Recuerdas la ley, Doc? ¿Recuerdas cómo funciona? ¿Recuerdas alguna cosa, maldita sea?

Ben sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿He estado ausente diez años?

—Siempre fuiste muy listo, Doc. —Miles se mostraba claramente despectivo—. El gran Doc Holiday, la leyenda de los tribunales. ¿Cuántos casos ganaste, Doc? ¿A cuántas zancadillas sobreviviste? Eso ya no importa. Todo aquello por lo que trabajaste ya no existe. Todo ha desaparecido. —Los vasos capilares de sus mejillas estaban rojos y rotos—. Ni siquiera tienes ya un puesto en esta firma. ¡No eres más que un montón de viejas historias que les cuento a los pasantes jóvenes!

Ben se giró y miró el letrero de la puerta de entrada. Decía, Bennett y Asociados.

—Miles, parece que hace sólo unas semanas... —balbuceó con desesperanza.

—¿Semanas? ¡Oh, vete al diablo Doc! —gritó Miles—. Todos esos dragones de la ley que pensabas matar. Todas esas brujas y hechiceras de la injusticia que pensabas derrotar y eliminar... ¿Por qué no te quedaste aquí y lo hiciste? ¿Por qué en vez de quedarte te marchaste a ese maldito mundo de hadas? Tú no te dabas por vencido, Doc. Eras demasiado tozudo para darte por vencido. Quizás por eso eras tan buen abogado. Lo eras, ¿sabes? El mejor que he conocido. Podías haber hecho cualquier cosa. Hubiera dado mi brazo derecho para apoyarte. Te admiraba mucho. Pero no, no podías vivir en el mismo mundo que el resto de los mortales. ¡Debías tener tu propio mundo! ¡Tenías que saltar del barco y dejarme a mí con las ratas! Eso es lo que ocurrió, ¿sabes? Las ratas salieron de sus agujeros y lo invadieron todo. Las ratas husmearon alrededor del queso viejo. ¡No pude manejar solo la situación! Lo intenté, pero los clientes te querían a ti, la compañía no podía funcionar sin ti, y todo se fue a pique. —Sollozó—. ¡Pero mírate! ¡No pareces haber envejecido ni un día! ¡Y mírame a mí! Un borracho, una ruina... —Se impulsó hacia delante, con los músculos tensos bajo el cuello de la camisa—. ¿Sabes lo que soy, Doc? Un peso muerto, nada más que eso. Soy algo que ocupa espacio, algo que los jóvenes pasantes tratan de empujar con disimulo hacia la puerta. —Sollozó otra vez—. ¡Y un día, lo harán, Doc! Van a echarme de mi propio despacho...

Se derrumbó por completo. Ben se sintió enfermo al ver que la compostura de su viejo amigo se desintegraba. Quería aproximarse a él, pero era incapaz de moverse.

—Miles... —trató de decir.

—Vete, Doc —lo cortó Miles con la voz quebrada, señalando hacia fuera con un

gesto brusco del brazo—. Ya no eres de aquí. Hace tiempo que se llevaron todo lo tuyo. Estás muerto, Doc. ¡Lárgate!

Abandonó la sala de recepción casi corriendo y entró tambaleándose en su despacho. Ben permaneció inmóvil unos instantes, después lo siguió. Cuando llegó al despacho de Miles, encontró la puerta cerrada. Giró el picaporte y entró.

La niebla pasó arremolinándose ante su cara...

Luego desapareció. Se encontró en un huerto de manzanos cargados de frutos. La hierba verde ondeaba suavemente en la brisa estival, y el aire tenía olor a madreSelva. A lo lejos se veía un prado vallado con una verja pintada de blanco, con varios caballos pastando en su interior. Cerca había unos establos y, dominándolo todo desde la loma cubierta de árboles, se alzaba una gran casa de campo construida en ladrillos y madera barnizada.

Giró alrededor de sí mismo, aún presa del impacto, consciente ya de que Miles, la oficina y el ascensor habrían desaparecido. ¿Lo había imaginado? ¿Había imaginado todo lo ocurrido? El terrible enfrentamiento con Miles aún permanecía enturbiando su mente, las emociones que había provocado eran como navajas afiladas que rasgaban su recuerdo. ¿Lo había imaginado todo?

Bajó la vista para examinar sus ropas. El chándal y las zapatillas de deporte habían sido reemplazados por unos pantalones, una camisa de manga corta y unos mocasines.

¿Qué demonios había ocurrido?

Trató de controlar el miedo que corría a su través y recurrir al sentido común que aún le quedaba. ¿Había dado un salto en el tiempo?, se preguntó. No lo creía. Pero tal vez alguien deseaba que lo creyese y hubiera creado la ilusión. No lo parecía, pero era posible. Quizás las nieblas lo cegaron. Su paso por el mundo de las hadas podía haber influido de algún modo. También era posible que no hubiera ido a ninguna parte. Pero, en caso de que todo fuese producto de la ilusión, ¿cómo considerar lo que estaba viendo en ese momento?

—¿Ben?

Se volvió y encontró a Annie. Su apariencia era exactamente igual a como la recordaba: una delicada y atractiva joven de grandes ojos castaños, nariz pequeña y melena rojiza que le llegaba a los hombros. Vestía de blanco, un traje de verano con lazos en la cintura y en los hombros. Su piel era pálida y pecosa, y el aire que la rodeaba parecía resplandecer en la intensa luz del sol de mediodía.

—¿Annie? —susurró con incredulidad—. Oh, Dios mío. Annie, ¿eres tú?

Ella sonrió, con aquella sonrisa espontánea de niña que siempre le dirigía cuando encontraba algo divertido en su expresión. Y Ben supo que en realidad era ella.

—Annie —repitió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Comenzó a avanzar, esforzándose en ver a través de las lágrimas, pero las manos

de ella se alzaron para detenerlo.

—No, Ben. No me toques. No debes intentar tocarme. —Dio un paso atrás y él se detuvo, indeciso—. Ben, ya no estoy viva —susurró, también con lágrimas en los ojos, tratando de sonreír a pesar de ellas—. Soy un fantasma, Ben. Sólo soy una imagen de lo que recuerdas. Si tratas de tocarme, desapareceré.

Él se quedó inmóvil.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí si eres un fantasma?

Ella rió alegremente, y fue como si nunca la hubiese perdido.

—¡Ben Holiday! Tu memoria sigue siendo tan selectiva como siempre. ¿No recuerdas este lugar? Mira a tu alrededor. ¿No sabes dónde estamos?

Hizo lo que le decía y volvió a ver el prado, los establos, los caballos, la casa en la loma... y de repente lo recordó.

—¡La finca de tus padres! —exclamó—. ¡Claro que sí, es la casa de campo de tus padres! ¡Lo había olvidado! No había estado aquí desde... ¡Oh, no recuerdo desde cuándo!

La risa arrugó los extremos de sus ojos.

—La usabas como refugio cuando las molestias de la ciudad te influían demasiado. ¿Lo recuerdas? Mis padres bromeaban diciéndote que no sabías distinguir la cabeza de un caballo de sus cuartos traseros. Solías contestar que no había mucha diferencia. Pero te encantaba venir aquí, Ben. Te encantaba la libertad que te proporcionaba. —Miró hacia la colina con añoranza—. Por eso sigo viniendo, ¿sabes? Este lugar me hace recordarte. ¿No es curioso? Pasamos muy poco tiempo aquí, pero es el sitio que más me acerca a ti. Creo que es la sensación de libertad que reflejabas lo que me hace sentirme tan bien, más que mi propia afición por el campo.

Señaló hacia la casa.

—¿Recuerdas los pasadizos de la buhardilla que conectaban los dormitorios a través de los altillos? Solíamos bromear sobre eso, Ben. Solíamos decir que aquí vivían *gremlins*, como en la película. Solíamos amenazarlos con subir si algo extraño ocurría mientras estuviésemos aquí. Tú decías que algún día seríamos propietarios de la casa, cuando mis padres ya no estuvieran, y que entonces subiríamos.

Ben asintió, sonriendo.

—Annie, siempre me ha encantado este lugar... Siempre...

Ella cruzó los brazos y su sonrisa se desvaneció.

—Pero no conservaste la casa, Ben. Ni siquiera volviste a visitarla.

Él retrocedió ante el dolor que mostraban sus ojos.

—Tus padres ya no estaban, Annie. Me... me hacía mucho daño volver después de haberte perdido.

—Debiste haber mantenido la casa, Ben. Habrías sido feliz aquí. Aún podríamos continuar juntos. —Movió la cabeza lentamente de un lado a otro—. Al menos

debiste venir a visitarla. Pero ni siquiera lo hiciste una sola vez, ni antes ni ahora. Yo espero que vengas, pero nunca vienes. Te echo mucho de menos, Ben. Necesito tenerte cerca... aunque no pueda tocarte o abrazarte como antes. Sólo tenerte cerca me ayuda... —No acabó la frase—. Me es imposible conseguir que me veas en la ciudad, Ben. Allí no ves nada. No me gusta la ciudad. Si he de ser un fantasma, prefiero habitar en el campo, donde todo es fresco y verde. Pero tampoco es bueno vivir aquí si nunca vienes.

—Lo siento, Annie —se disculpó rápida y ansiosamente—. No creí que fuera posible volver a verte. Habría venido en caso de saber que te encontraría.

Ella sonrió.

—No lo creo, Ben. No creo que signifique ya nada para ti. Incluso ahora estás aquí por accidente. Sé lo que haces con tu vida. Los fantasmas ven mejor que los vivos. Sé que has decidido dejarme y quedarte para siempre en otro mundo, un mundo donde yo sólo seré un recuerdo. Sé que has encontrado a una joven allí. Es muy hermosa y te quiere.

—¡Annie! —Estuvo a punto de tocarla a pesar de la advertencia. Tuvo que forzarse para mantener los brazos junto a los costados—. Annie, yo no quiero a esa joven. Te quiero a ti. Siempre te he querido. ¡Me marché porque no podía soportar lo que me estaba ocurriendo desde que te fuiste! ¡Pensé que tenía que intentar algo o perdería todo lo que quedaba de mí!

—Pero nunca viniste a buscarme, Ben —insistió ella, con voz suave y dolorida—. Renunciaste a mí. Ahora te he perdido. Te has ido a ese otro mundo, y ya no te recuperaré. No puedo acompañarte. No puedo tenerte cerca como ahora, y lo necesito, Ben. Incluso un fantasma necesita la proximidad del ser amado.

Ben sintió que el control sobre sus emociones comenzaba a relajarse.

—Aún puedo volver, Annie. Tengo el medio para hacerlo. No estoy obligado a quedarme en Landover.

—Ben —susurró ella, mirándolo con sus ojos castaños, tristes y vacíos—. Ya no perteneces a este mundo. Decidiste dejarlo. No puedes volver. Sé que has hablado con Miles Bennett. Lo que te dijo es verdad. Han pasado diez años, Ben. No tienes ningún lugar adonde volver. Todo lo que tenías ya no existe: tus posesiones, tu puesto en la firma, tu posición en el cuerpo de abogados, todo. Lo decidiste hace diez años, y tienes que aceptar el hecho de que es demasiado tarde para cambiar eso. Nunca podrás volver.

Ben se esforzó en vano por responder. ¡Aquello era una locura! ¿Cómo podía estar ocurriendo? Entonces se dio cuenta. Quizás no estaba ocurriendo. Quizás todo era parte de la ilusión que había sospechado antes, un truco de las nieblas y del mundo de las hadas sin ninguna realidad. Esa posibilidad lo aturdió. ¡Annie parecía completamente real!

—Papá.

Se volvió. Había una niña pequeña a la sombra de un gigantesco manzano a unos cuatro metros, una niña de no más de dos años cuyo rostro era el reflejo del de Annie.

—Es tu hija, Ben —oyó susurrar a Annie—. Se llama Beth.

—¡Papá! —le llamó la niña, levantando los brazos.

Pero Annie se interpuso, para impedir que se acercara. Ben apoyó una rodilla en tierra, abatido, cruzando los brazos contra el pecho para controlar su temblor.

—¿Beth? —repitió torpemente.

—Papá —volvió a decir la niña, sonriendo.

—Vive conmigo, Ben —le dijo Annie, sobreponiéndose a su propio dolor—. Paseamos por el campo y yo trato de mostrarle cómo habría sido la vida para ella si...

No pudo seguir. Incluyó la cabeza sobre el hombro de Beth, escondiendo la cara.

—No llores, mamá —dijo la niña con cariño—. Todo va bien.

Pero no iba bien. Nada iba bien, y Ben sabía que siempre sería así. Sintió que se rompía por dentro. Necesitaba estar con ellas, deseaba abrazarlas, pero sólo le era posible quedarse allí, inmóvil e impotente.

—¿Por qué nos dejaste, Ben? —volvió a preguntarle Annie, con los ojos fijos en los suyos—. ¿Por qué te marchaste a ese mundo cuando te necesitábamos tanto en el nuestro? Nunca debiste abandonarnos, Ben. Ahora te hemos perdido, y tú nos has perdido. ¡Nos hemos perdido para siempre!

Entonces él se levantó y un grito escapó de su garganta. Avanzó hacia ellas con los brazos extendidos. Vio los bracitos de Beth tratando de alcanzar los suyos.

La niebla se arremolinó ante su cara...

Tropezó y cayó de bruces en el suelo. Se sintió aturdido mientras trataba de recuperar la respiración que había sido eliminada de su cuerpo. Parpadeó en la penumbra que lo envolvía, y sus manos se agarraron a la tierra que ahora era árida y dura.

Annie y Beth. ¿Dónde estaban su esposa y su hija?

Se incorporó con lentitud. Después se detuvo al borde del valle que estaba sumido en la niebla y la penumbra. El valle tenía el aspecto de una criatura agonizando tras una larga y dolorosa enfermedad. Los bosques estaban desprovistos de hojas y enredaderas, las ramas y troncos de los árboles eran nudosos y putrefactos. Las praderas tenían colores invernales; la hierba estaba raquílica y las flores deslustradas. En el nebuloso horizonte se destacaba un grupo de montañas, pero sus laderas eran desoladas y áridas. Varias casas y castillos diseminados sobresalían de la tierra, abandonados y ruinosos. Los lagos y ríos desprendían un vapor hediondo de sus aguas sucias.

Ben jadeó, horrorizado. Reconocía aquel valle. Era Landover. Bajó la vista hacia sus ropas. Eran las que llevaba cuando descendió a la Caída Profunda.

—¡No! —susurró.

Annie y Beth fueron olvidadas. Buscó frenéticamente algún signo de vida en la tierra asolada. Buscó algún movimiento en las casas y castillos, pero no encontró nada. Buscó Plata Fina y no halló más que una isla vacía en un lago de agua negra. Buscó la Caída Profunda, Rhyndweir, la región de los lagos, el Melchor y algunos otros puntos destacados que conocía, y sólo encontró devastación. Todo se había perdido.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró.

Avanzó con inseguridad pero corrió al llegar al declive de la ladera, aún buscando cualquier señal de lo que había dejado en el valle cuando se aventuró a entrar en el mundo de las hadas. Las hierbas endurecidas y secas rozaban sus piernas mientras corría, y las ramas quebradizas de la maleza moribunda hacían chasquear sus tallos como si fuesen disparos de pistola.

Pasó junto a un bosque de lindoazules ennegrecidos, con las hojas marchitas y arrugadas. Examinó los árboles de un huerto de frutales próximo y los encontró desnudos. Ningún pájaro volaba bajo el crepúsculo. Ningún animalillo se escabulló a su paso. Ningún insecto zumbaba o correteaba.

Se sintió mareado y se detuvo, tambaleándose. El valle se extendía ante él negro y desierto. Landover era un cementerio.

—No puede ser... —comenzó a protestar en voz baja.

Entonces una sombra se materializó en la niebla que había ante él.

—Así que el rey de Landover por fin ha encontrado el camino de vuelta —le saludó una voz cáustica.

El dueño de la voz se mostró. Era Questor Thews, con sus ropas grises y sus bufandas y faltriqueras de colores sucias y rotas, los cabellos blancos revueltos y enmarañados. Le faltaba una pierna y caminaba con la ayuda de una muleta. Su cara y sus brazos estaban llenos de cicatrices, sus dedos ennegrecidos por alguna enfermedad y sus ojos brillantes de fiebre.

—¡Questor! —musitó horrorizado.

—Sí, gran señor. Questor Thews, mago de la corte y consejero del rey en otro tiempo, ahora no es más que un mendigo sin casa que vaga por un país donde sólo viven ya los desesperanzados. ¿Os complace verme así?

Su voz era tan amarga que Ben retrocedió.

—¿Complacerme? ¿Cómo iba a complacerme? —logró decir tras gran esfuerzo—. ¿Qué ha ocurrido, Questor?

—¿Me lo preguntáis, gran señor? ¿De veras queréis saberlo? Mire a su alrededor. ¡Eso que ve es lo que ha ocurrido! El país murió porque carecía de la magia que un rey podía haberle dado. El país murió. Cuando un país muere, su gente muere también. No queda nada, gran señor. Todo ha desaparecido.

Ben estaba lleno de confusión.

—¿Pero cómo pudo ocurrir...?

—¡Pudo ocurrir porque el rey de Landover lo abandonó! —le cortó el mago al instante, con enojo y tristeza en la voz—. ¡Pudo ocurrir porque no estuvisteis aquí para evitarlo! Os fuisteis al mundo de las hadas en seguimiento de vuestros fines, dejando que nos arregláramos sólo con nuestros escasos recursos. Os buscamos para hacer que regresarais, pero estabais perdido para nosotros desde que entrasteis en ese mundo. Os lo avisé, gran señor. Os dije que no debíais ir allí. Pero no me escuchasteis. Sólo teníais oídos para vuestro estúpido raciocinio y os metisteis en ese país de nieblas y sueños, y nosotros os perdimos. Estuvisteis ausente durante un año entero, gran señor. ¡Un año entero! Nadie pudo encontraros. El medallón estaba perdido. Toda esperanza de conseguir un rey estaba perdida. ¡Fue el final para nosotros!

Se acercó renqueando, apoyado en la muleta.

—La magia se desvaneció en poco tiempo, gran señor. El veneno se extendió. Pronto, las criaturas del país, humanas y no humanas, empezaron a enfermar y morir. Ocurrió con tanta rapidez que nadie pudo defenderse de ello, ni siquiera el Amo del Río con toda su magia curativa, ni siquiera Belladona con todo su poder. Ahora todos están muertos o dispersos por ahí. Quedamos muy pocos, unos cuantos como yo. ¡Vivimos sólo porque no conseguimos morir! —Su voz era insegura—. Creí que volveríais a tiempo, gran señor. Mantuve la esperanza de que volveríais. Fui un imbécil. Creí en vos, cuando debía haber sabido que no valíais la pena.

Ben sacudió la cabeza bruscamente.

—Questor, no...

Una mano con manchas oscuras se alzó para detener la protesta.

—Sólo falta que vengan la Marca y sus demonios, gran señor. No hay nadie que pueda luchar contra ellos, nadie. Todos están muertos. Todo está destruido. Ni el más fuerte pudo sobrevivir a la ausencia de la magia. —Cabeceaba con angustia—. ¿Por qué no regresasteis antes, gran señor? ¿Por qué estuvisteis ausente tanto tiempo sabiendo que os necesitábamos? ¡Yo amaba mucho a este país y a su gente! Creía que vos también. Si me quedaran fuerzas suficientes, cogería esta muleta y...

Su cuerpo se estremeció, y él agarró la muleta amenazadoramente. Ben dio un paso atrás, horrorizado, pero Questor sólo pudo levantar la muleta unos centímetros del suelo, y el esfuerzo le hizo caer como si fuera un muñeco de trapo. Las lágrimas resbalaban por su rostro devastado.

—¡Os odio tanto por lo que habéis hecho! —gritó—. ¿Sabéis cuánto os odio? No podéis haceros idea, pero os lo voy a mostrar. —Había locura en sus ojos—. ¿Sabéis que fue de vuestra querida sílfide cuando la abandonasteis? ¿Sabéis en que se convirtió Sauce? —Su rostro era una máscara de furia—. ¿Recordáis su necesidad de

alimentarse de la tierra fértil que había antes? ¡Mirad allí abajo, cerca del lago! ¡Mirad allí donde las sombras son más densas! ¿Véis ese tronco retorcido y negro, sus raíces podridas...?

Ben no pudo escuchar más. Le dio la espalda y corrió. Corrió sin pensar, consumido por una rabia y un terror que no podía controlar, deseoso de escapar de las palabras del odioso viejo que lo culpaba por todo lo sucedido. Corrió, sin cuidarse de en qué dirección lo hacía, acercándose inconscientemente a las sombras y las nieblas. Los gritos resonaron detrás de él. No sabía si dentro o fuera de su cabeza. El mundo se derrumbaba a su alrededor como un castillo de naipes bajo el soplo de un viento caprichoso. Lo había perdido todo: su antiguo mundo y el nuevo, sus antiguos amigos y sus nuevos amigos, su pasado y su futuro. Se encontró rodeado de rostros familiares (Miles, Annie, Questor...) y sus voces acusadoras susurraron sus fracasos, y en sus ojos había dolor y furia. Las palabras le golpeaban, recordándole insidiosamente las pérdidas que había causado.

Corrió más aún, mientras sus propios gritos competían con los latidos de su corazón.

Entonces, de repente, dejó de moverse. Seguía corriendo, pero no había tierra bajo sus pies y se hallaba suspendido en el aire. Sintió un dolor súbito y se movió bruscamente buscando la causa...

Unos pies en forma de garra lo sujetaban por los hombros, hincándose en sus ropas y en la carne. Una figura enorme se cernió sobre él, un cuerpo maloliente cubierto de escamas en el que se acumulaban todas las enfermedades que padecía la tierra. Ben miró hacia arriba, y las fauces de Strabo se abrieron.

Gritó.

La niebla se arremolinó ante su cara...

Había ocurrido de nuevo. El tiempo y el lugar estaban cambiando. Cerró los ojos y los mantuvo así. El acto se realizó casi antes de que la orden fuese dada. Todo aquello era falso. Su instinto se lo decía. Su instinto le decía que esos cambios veloces de tiempo y espacio que había experimentado eran imposibles. Ocurrían en apariencia, pero no en realidad. Eran ilusiones, o sueños, o algo muy parecido. Fuera lo que fuesen estaban actuando sobre su vida y destrozándola. Tenía que detenerlos ahora, antes de que acabaran su tarea.

Se escondió en la oscuridad de su mente, con los ojos cerrados con fuerza y la voz silenciada. Se obligó a concentrarse en los sonidos que producía su corazón dentro de su cuerpo, en la sensación de la sangre circulando por sus venas, en la quietud que lo rodeaba. *Descansa*, susurró. *Quédate en paz No entres en lo que parece que está ocurriendo*.

Recobró el autocontrol poco a poco. Pero siguió con los ojos cerrados. Tenía miedo de que al abrirlos algún nuevo horror le estuviese esperando. Antes tenía que

comprender lo que le estaba sucediendo.

Lo meditó con calma, y sacó la conclusión de que no había ido a ninguna parte. Aún estaba en el mundo de las hadas, entre las nieblas. No habían pasado diez años, ni siquiera uno. No podía ser. Los cambios de tiempo y espacio eran ilusiones provocadas por el mundo de las hadas o sus habitantes, o por su reacción a ambos. Necesitaba descubrir qué lo causaba. Necesitaba entender el porqué.

Construyó los cimientos de su comprensión piedra a piedra. Nada de lo que había visto era real, fue la premisa primera. Si nada era real, todo debía de ser falso, y si todo era falso, debía de existir una razón para que adoptara aquella forma. ¿Por qué había tenido esas visiones concretas? Se retiró a las profundidades de su mente, a las regiones más silenciosas y oscuras, donde no había más sonido que el de sus pensamientos. Questor, Miles y Annie, ¿por qué los había visto representados de ese modo? Se relajó en la negra oscuridad. Sauce le había avisado de los peligros del mundo de las hadas. ¿Qué era lo que la sílfide había dicho? Que en el mundo de las hadas la realidad era una proyección de las emociones y pensamientos. Había dicho que no había realidad, ninguna verdad esencial aparte de lo que uno era. En ese caso, sus visiones habían sido proyectadas desde su interior. Lo que había visto era una manifestación de sus emociones...

Aspiró lenta y profundamente y luego expulsó el aire. Su comprensión comenzó a tomar forma. Sus visiones eran la creación de sus emociones. ¿De cuáles? Volvió a escuchar en su mente lo que habían dicho Miles, Annie, Beth, y Questor Thews. Todos estaban enfadados o decepcionados por lo que les había hecho sufrir. Todos le habían culpado de sus desgracias. Sólo eran figuras ilusorias, pero así las había visto. Las había visto como víctimas de sus criterios falsos y de su inactividad. ¿Por qué los había visto así? Su mente recorría todas las posibilidades, y de pronto encontró la respuesta. ¡Tenía miedo de que ocurriese lo que había visto! ¡Tenía miedo de que todo pudiera ser verdad! ¡Miedo! ¡Ésa era la emoción que había dado forma a su pensamiento!

Todo adquiriría sentido. El miedo era la emoción dominante. El miedo era la emoción más incontrolable. Por eso había saltado a través del tiempo y el espacio para presenciar los horrores que parecían haber caído sobre sus amigos y seres queridos. El miedo había dado vida a sus peores imaginaciones. Había estado temeroso de fracasar en sus propósitos desde el momento en que tomó la decisión de trasladarse a Landover. El resultado natural de su fracaso sería las escenas que había presenciado. Esa imposibilidad de regreso a su antigua vida en la que ya no tenía lugar, la expulsión de su nueva vida que imposibilitaba todo lo que quería realizar y los reproches de sus amigos y su familia. El miedo a convertirse en un hombre que lo había perdido todo.

Lo invadió una sensación de alivio. Ahora comprendía. Ahora sabía qué hacer. Si

lograba controlar sus emociones, evitaría las pesadillas. Si lograba cerrar el paso al miedo, consciente o subconsciente, conseguiría regresar al momento presente. Era una tarea difícil, pero no le quedaba otra alternativa.

Se tomó unos momentos para ordenar sus ideas y centrarlas en su propósito. Apeló al abogado que había sido para que recordase el talento que le había permitido serlo. Se obligó a aceptar que sus últimas experiencias eran falsas, un producto de su imaginación. Se forzó a recordar el mundo que había visto mientras viajaba por el túnel del tiempo que lo condujo a Landover. El bosque con su sudario de niebla.

Entonces abrió los ojos lentamente. El bosque le rodeaba, profundo, solitario, real. Las nieblas se arremolinaban entre los árboles. Tenues visiones danzaban en ellas, pero sin provocar su inquietud. Las pesadillas y las mentiras se habían desvanecido. Su razonamiento no había fallado. Tomó una profunda bocanada de aire y se dejó llevar por la fría y apacible oscuridad, entrando y saliendo de visiones inmatrimales. Comenzó a buscar con cautela la magia que había ido a buscar, el Polvo lo. Creyó captar destellos de plata y azul noche, pero nada más. Siguió a la deriva y, de repente, sintió que se rompía como el hielo al ser machacado con una piedra. Se estaba destrozando, fragmentándose en pedazos que no volverían a unirse. Trató con toda su voluntad de alejar esa sensación y notar la solidez de la tierra bajo sus pies.

La sensación desapareció, diluyéndose en la niebla.

Ya no estaba solo. Había voces que susurraban.

—Bienvenido, gran señor de Landover.

—Os habéis encontrado a vos mismo y, por ello, nos habéis encontrado a nosotros.

Trató de hablar, pero descubrió que no podía. Los rostros se arremolinaban a su alrededor, enjutos y angulosos, con sus facciones semiocultas por la luz crepuscular. Eran caras que había visto en el túnel del tiempo. Eran las caras de las hadas.

—Nada se pierde si antes no se ha dado por perdido, gran señor. Creed que conseguiréis algo y lo haréis posible. Las visiones nacidas del miedo nos hacen fracasar. Las visiones nacidas de la esperanza nos llevan al éxito...

—Las posibilidades están en nuestro interior, sólo tenemos que descubrirlas. ¿Podéis dar vida a los sueños que moran en vuestro interior, gran señor? Mirad en las nieblas y ved...

Ben intentó traspasar las nieblas con la mirada y las vio arremolinarse y abrirse ante él. Apareció una tierra de increíble belleza, que la luz del sol cubría con un manto dorado. Estaba plena de vida y energía. Era más atrayente y prometedora de lo que podía imaginarse. Sintió ganas de gritar.

Entonces, la visión se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Las voces siguieron susurrando.

—Existe otro tiempo y otro lugar para esas visiones, gran señor. Otra vida. Tales

promesas han de esperar a que llegue su momento...

—Sois como un niño entre adultos, gran señor, pero un niño que promete. Habéis visto la verdad tras las mentiras que se proponían confundiros y sabéis que podéis apropiaros de ella. Habéis ganado el derecho a descubrir algo más...

¡Entonces mostrádmelo!, deseó gritar. Pero no lo logró, y las voces siguieron susurrando.

—Habéis desenmascarado el miedo que podía destruiros, gran señor. Habéis demostrado una gran serenidad. Mas el miedo tiene muchos disfraces y adopta muchas formas. Debéis aprender a reconocerlos. Debéis recordar qué son en realidad cuando vuelvan a presentarse ante vos...

La garganta de Ben se esforzaba, sin conseguir ningún sonido. No lo comprendía. ¿Qué significaba aquello?

—Ahora debéis marcharos, gran señor. Landover os necesita. Su rey debe estar allí...

—Pero debéis llevaros lo que vinisteis a buscar...

Ben vio que un arbusto se materializaba en la niebla ante él, un arbusto de color azul noche y hojas plateadas. Sintió una presión en las palmas de sus manos. Bajó la vista y descubrió que tenía en ellas un par de vainas alargadas.

Las voces susurraron.

—Polvo lo, gran señor. Quien lo inhale pertenecerá a quien se lo dio, mientras dure su efecto. Una simple inhalación es suficiente. Pero tened cuidado. La bruja Belladona desea el polvo para sí y no piensa compartirlo. Si lo consigue, nada podrá hacerse...

—Debéis ser más rápido que ella, gran señor. Sed rápido...

Ben asintió con un gesto, incapaz de hablar, reflejando la determinación en las líneas de su cara.

—Podéis marcharos ya. Sólo habéis perdido un día, pero ese día debía perderse. Si hubieseis regresado antes, podríais haber sufrido un daño irreparable. Comprended, en consecuencia, que las cosas deben ser así...

—Volved a visitarnos, gran señor, cuando logréis la magia de nuevo...

—Volved cuando sea necesario...

—Volved...

—Volved...

Las voces, las caras y las figuras se disolvieron poco a poco. La niebla se arremolinó y desapareció.

Ben Holiday parpadeó con incredulidad. Se encontraba de nuevo en la media luz de la Caída Profunda, con una vaina de Polvo lo en cada mano. Miró a su alrededor con cautela y descubrió que estaba solo. Durante un momento, fragmentos de sus encuentros imaginarios con Miles, Annie y Questor Thews irrumpieron en su

memoria afilados como cuchillos. Se estremeció de dolor pero, al momento, los apartó de su mente. No habían sido reales; eran engaños. Sólo su encuentro con las hadas fue verdadero.

Levantó las vainas de Polvo lo y las contempló. No pudo evitarlo. Empezó a reír. Había hecho lo imposible. Había entrado en el mundo de las hadas y, a pesar de todo lo ocurrido, había regresado.

Se sentía como si hubiese vuelto a nacer.

POLVO IO

La risa y los pensamientos de satisfacción que la habían provocado no duraron más de treinta segundos; el tiempo que Ben Holiday tardó en recordar el aviso de las hadas respecto a Belladona.

Miró apresuradamente a su alrededor, barriendo con los ojos la penumbra neblinosa de la Caída Profunda. No había señal de la bruja, pero sabía que estaba escondida en algún lugar, esperándolo, planeando qué hacer con él cuando el Polvo lo estuviese en sus manos. Ésa debía de ser su intención desde el principio; enviarlo al mundo de las hadas para que le consiguiera lo que ella no podía lograr por sí misma y, después, eliminarlo. Frunció el entrecejo. ¿Sabía que volvería? Probablemente no, pero no le preocupaba. Lo importante para ella era intentarlo. No obstante, las hadas habían hablado dando por supuesto que esperaba su regreso. Eso le inquietó. ¿Cómo podía saber la bruja que conseguiría algo que nadie había logrado?

Apretó en su manos las vainas y respiró profundamente para tranquilizarse. No tenía tiempo de pensar en lo que la bruja sabía o ignoraba. Debía encontrar a Sauce y escapar de la Caída Profunda a la mayor velocidad posible. Temía por la sílfide. No era probable que Belladona la tratara mejor que a él. En su ausencia podía haberle ocurrido cualquier cosa y él sería el responsable. Todo un día perdido, habían dicho las hadas. Eso era demasiado tiempo para que Sauce lo pasara sola. Ella no era capaz de enfrentarse a

Belladona. Además, los otros miembros del grupo podían haber bajado a la Caída Profunda para buscar a su rey desaparecido y también estar en poder de la bruja.

Apretó los dientes ante tan desagradable posibilidad y volvió a mirar a su alrededor, tratando de orientarse. La niebla y el bosque se elevaban como un muro, y todas las direcciones parecían iguales. Las nubes colgaban bajas sobre las copas de los árboles, ocultando el sol y el cielo. Nada le indicaba dónde estaba o adonde debía ir.

—¡Maldita sea! —susurró.

Olvidando toda cautela, comenzó a caminar. Muchas cosas le habían ocurrido desde su llegada a Landover, malas en su mayoría. Cada vez que había intentado avanzar un paso, se había visto obligado a retroceder dos. Tenía la impresión de que nada podía salir bien. Pero todo estaba a punto de cambiar. Por una vez, iba a tener éxito. Había entrado en el mundo de las hadas y salido con el Polvo lo, cuando la lógica decía que era imposible. Ahora contaba con el medio que liberaría al Prado del dragón y le proporcionaría el apoyo más importante. Sería un gigantesco paso al frente en la realización de sus propósitos. Aunque hubiese una docena de Belladonas ocultas en la niebla del bosque, no estaba dispuesto a dejar que esta oportunidad se le escapara de la mano.

Un par de rostros peludos aparecieron entre los arbustos justo delante de él. Saltó hacia atrás, con un grito de sorpresa.

—¡Magnífico, gran señor!

—¡Poderoso gran señor!

Eran Phillip y Sot. Ben suspiró y esperó a que el corazón le bajase de la garganta. ¡Bravo por su valor!

Los gnomos nognomos abandonaron su escondite, oteando el aire del bosque precavidamente.

—Gran señor, ¿de veras sois vos? ¡Creímos que no os volveríamos a ver nunca! —dijo Phillip.

—¡Nunca! ¡Pensamos que os habríais perdido en las nieblas! —dijo Sot.

—¿Dónde habéis estado vosotros? —preguntó Ben, recordando su huida del castillo cuando el cuervo se transformó en la bruja.

—¡Escondidos! —susurró Phillip.

—¡Vigilando! —susurró Sot.

—La bruja nos buscó durante mucho tiempo —aseguró Phillip.

—Pero no pudo encontrarnos —aclaró Sot.

—Porque estábamos enterrados —dijo Phillip.

—Por eso no pudo —dijo Sot.

Ben suspiró.

—Muy astutos. —Miró en su entorno—. ¿Dónde está ahora?

—Ha vuelto al lugar donde la dejasteis, gran señor —informó Phillip.

—Para esperar vuestro regreso —concluyó Sot.

Ben asintió.

—¿Y Sauce?

Phillip dirigió una mirada rápida a Sot, y éste bajó la vista hacia el suelo.

Ben se arrodilló ante ellos, sintiendo una sensación de vacío en la boca del estómago.

—¿Qué le ha ocurrido a Sauce?

Los rostros peludos adquirieron una expresión de incomodidad y sus manos mugrientas se retorcieron una contra otra.

—Gran señor, no lo sabemos —dijo al fin Phillip.

—No, no lo sabemos —agregó Sot.

—Como no volvíais, los otros vinieron a buscaros —dijo Phillip.

—Bajaron del valle —completó Sot.

—Ni siquiera sabíamos que continuaban allí —afirmó Phillip.

—Si lo hubiéramos sabido, les habríamos avisado —se disculpó Sot.

—Pero estábamos escondidos —dijo Phillip.

—Estábamos aterrados —dijo Sot.

Ben interrumpió las explicaciones con un gesto impaciente de la mano.

—¡Vais a decirme ahora mismo qué ocurrió!

—Los cogió a todos prisioneros, gran señor —dijo Phillip.

—Los cogió a todos —repitió Sot.

—Ahora han desaparecido —concluyó Phillip.

—No queda ni rastro de ellos —agregó Sot.

Ben se sentó sobre sus talones. El color desapareció de su cara.

—¡Oh, Dios mío! —dijo en voz baja.

Sus peores temores se habían hecho realidad. Sauce, Questor, Abernathy y los kobolds; todos apresados por Belladona. Y él era el responsable. Meditó sobre el asunto durante un largo rato, luego se puso de pie. No podía escapar dejando allí a sus amigos, era evidente. Con Polvo lo o sin él, no los abandonaría.

—¿Podéis llevarme a presencia de Belladona? —preguntó a los gnomos.

Phillip y Sot lo miraron, presos de un terror imposible de ocultar.

—¡No, gran señor! —susurró Phillip.

—¡Desde luego que no! —añadió Sot.

—¡Os hará prisionero también! —dijo Phillip.

—¡Os hará desaparecer con los otros! —dijo Sot.

Es probable, pensó Ben. Luego dirigió a los gnomos nognomos una sonrisa alentadora.

—Quizás no —les dijo. Sacó una de sus vainas de Polvo lo y la alzó con gesto pensativo—. Quizás no.

Se tomó unos cinco minutos para preparar su encuentro con Belladona. Después explicó el plan que había concebido a los gnomos, que escucharon atentamente y le observaron con ojos perplejos. Les costaba creer lo que les decía, pero no había tiempo para aclararlo más.

—Tratad de recordar lo que tenéis que hacer y cuándo —les aconsejó al terminar.

Se pusieron en marcha a través del bosque, primero los gnomos y tras ellos Ben. La luz de la tarde estaba disminuyendo, transformándose en penumbra. Ben miraba a su alrededor con inquietud y se detenía cada vez que vislumbraba alguna sombra que fluctuaba en la niebla. El mundo de las hadas volvía a estar presente, y con él los fantasmas de su imaginación. Sentía sus ojos fijos en él, los de los vivos y los de los muertos, el pasado y el presente, el antiguo mundo y el nuevo. Lo que había visto eran falsedades, sus propios temores que habían cobrado vida. Pero las mentiras subsistían como susurros de verdades que aún podían producirse. No había defraudado a nadie de la forma en que las nieblas de las hadas le habían mostrado. Pero podía hacerlo, si no era tan rápido como las hadas le aconsejaron. Podría fallarles a todos.

Los minutos pasaban. Ben los sentía transcurrir con inusitada rapidez. Deseó

apremiar a los gnomos para que se apresuraran, para que acelerasen su paso sigiloso por el laberinto del bosque, pero se contuvo. Phillip y Sot no querían correr riesgos con Belladona y tampoco él debía.

Entonces vieron un claro ante ellos a través de una barrera de pinos y maleza. Phillip y Sot se agacharon y se volvieron para mirar a Ben. Éste imitó su postura, luego avanzó muy lentamente un metro más y se detuvo.

Belladona estaba sentada como una estatua en el trono cubierto de telarañas y polvo donde se había aparecido por primera vez, con los ojos fijos en el suelo. Varios bancos y mesas deteriorados por la intemperie estaban dispersos ante ella, rodeados por una línea de candelabros ennegrecidos que sustentaban unas diminutas lenguas de fuego. El patio, las puertas de entrada y todo el castillo habían desaparecido. Sólo quedaba el bosque y aquellos pocos muebles arruinados para refugio de la bruja.

Los ojos de color rojo sangre parpadearon, pero no se apartaron de donde estaban.

Ben retrocedió gateando, con los gnomos detrás. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de la bruja, les ordenó que cumpliesen su misión. Sin hacer ruido, desaparecieron entre los árboles. Ben los contempló mientras se alejaban, levantó los ojos al cielo en un ruego silencioso y se sentó a esperar.

Dejó que pasaran quince minutos, calculando el tiempo lo mejor que pudo, se puso en pie y comenzó a andar con aire decidido. Atravesó la barrera de pinos y arbustos y entró en el claro donde Belladona aguardaba.

La bruja lo miró, alzando al mismo tiempo la cabeza y los ojos para observar su avance. Su rostro de facciones duras y afiladas reflejó una mezcla de placer, sorpresa... y algo más. Excitación. Ben fue hacia ella con cautela, sabiendo que debía ser precavido. Estaba a una docena de pasos cuando la bruja se levantó y le indicó con la mano que se detuviese.

—¿Lo tienes? —le preguntó con voz suave.

Él asintió, sin hablar.

La bruja se pasó su fina mano por el cabello azabache, alisando el mechón blanco que era como una estela de espuma en aguas negras.

—Sabía que eras algo más que un rey de comedia, a pesar de que así te llamé —susurró, esbozando una sonrisa deslumbrante. Se irguió ante él alta y majestuosa, con sus ropajes extendidos y su impecable piel marmórea—. Sabía que eras... especial. Siempre tuve ese presentimiento. —Hizo una pausa—. El Polvo lo, enséñamelo.

Él miró a su alrededor, como buscando algo.

—¿Dónde está Sauce?

Los ojos rojos se entrecerraron.

—Esperando a salvo. ¡Ahora enséñamelo!

Él empezó a avanzar pero la mano de la bruja se levantó como un escudo y su voz siseó:

—¡Desde ahí!

Ben introdujo ambas manos en los bolsillos. Sacó la izquierda lentamente, mostrando una vaina oblonga para que la examinase.

El rostro de Belladona se avivó por la excitación.

—¡Polvo lo! —Temblaba mientras le indicaba que se acercase—. Traémelo. ¡Con cuidado!

El obedeció, pero se detuvo aún fuera de su alcance y miró de nuevo alrededor.

—Creo que debes decirme primero dónde está Sauce.

—Primero el Polvo —insistió ella, extendiendo la mano.

Él dejó que cogiese la vaina.

—Ah, está bien, ya la veo, allí entre los árboles. —Se dirigió hacia allí, mostrándose ansioso—. ¡Sauce! ¡Estoy aquí!

Su llamada fue respondida según lo previsto. Se produjo un murmullo de hojas entre los arbustos y la visión fugaz de alguien. Belladona se volvió, sorprendida, agudizando sus ojos rojizos, siguiendo la mirada de Ben. En sus labios comenzaban ya a formarse palabras de negación.

La mano derecha de Ben salió de su bolsillo y arrojó un puñado de Polvo lo a la cara de Belladona. La bruja jadeó por la sorpresa e inhaló el polvo. El asombro y furia contorsionaron sus facciones. Lo miró horrorizada. Ben le lanzó un segundo puñado de polvo, y ella lo inhaló de nuevo, tropezando con sus ropas cuando él la empujó con rudeza hacia atrás. La vaina saltó de su mano y Belladona cayó a tierra.

Ben saltó sobre ella como un gato.

—¡No me toques! —le gritó, previniéndola—. ¡No se te ocurra dañarme! ¡Estás en mi poder! ¡Harás lo que yo te diga y nada más! —Vio que los labios de la bruja se replegaban en un gruñido de rabia, y sintió que el sudor empapaba su túnica—. Dime que lo has entendido —le susurró con urgencia.

—He entendido —repitió ella, y el odio que sentía por él ardió en sus ojos.

Ben respiró profundamente y se incorporó poco a poco.

—Levántate —le ordenó.

Belladona lo hizo, con el cuerpo rígido e inflexible, como obligado desde dentro por una voluntad férrea a la que trataba de resistirse.

—¡Te destruiré por esto! —le espetó—. ¡Te haré sufrir de un modo que no puedes ni imaginar!

—Hoy no, hoy no podrás —murmuró Ben, más para sí que para ella. Miró hacia atrás—. ¡Fillip! ¡Sot!

Los gnomos nognomos salieron gateando de la maleza donde habían estado escondidos en espera de la señal de Ben para aparentar que Sauce respondía a su llamada. Aparecieron con expresiones asustadas en sus caras peludas y sus ojos de hurón casi ciegos fijos en la bruja.

—Magnífico gran señor —susurró Phillip.

—Poderoso gran señor —susurró Sot.

Ninguno de los dos pronunció aquellas palabras con demasiado convencimiento, avanzando poco a poco como ratas dispuestas a salir disparadas al más ligero movimiento. Belladona dejó caer su mirada sobre ellos como si fuera un martillo, haciendo que se encogieran como si de verdad los hubiese golpeado.

—No puede haceros daño —les aseguró Ben, tratando además de convencerse a sí mismo. Se apartó un poco para recoger la vaina caída y la puso ante Belladona para que la examinase—. Vacía —dijo, señalando un agujerito que había abierto en el fondo—. Le quité el polvo y lo puse en mi bolsillo para usarlo contra ti. Como tú habías planeado hacer conmigo, ¿verdad? Respóndeme.

Ella asintió.

—Así es.

Las palabras estaban empapadas en veneno.

—Quiero que te quedes aquí y hagas sólo lo que yo te diga. Empezaremos con algunas preguntas. Yo las formularé y tú las responderás. Pero dime la verdad, Belladona, nada de mentiras. ¿Comprendido?

Ella asintió con la cabeza. Ben introdujo la mano en su bolsillo y extrajo la segunda vaina de Polvo lo. Se la enseñó.

—¿Será suficiente el polvo contenido en esta vaina para controlar al dragón?

Ella sonrió.

—No lo sé.

Él no esperaba esa contestación. Una duda cruzó su mente.

—¿Te he dado suficiente polvo para obligarte a hacer lo que yo diga?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

Ella sonrió otra vez.

—No lo sé.

Él se mantuvo inexpresivo. Parecía haber un pequeño margen de error.

—Si sientes que la necesidad de obedecerme se debilita, has de decírmelo. ¿De acuerdo?

El odio de los ojos de la bruja aumentó.

—De acuerdo.

Ben no confiaba en ella, con Polvo lo o sin él. Quería acabar con aquello y salir de la Caída Profunda. Phillip y Sot estaban a una docena de pasos, acurrucados debajo de una de las mesas, con los morros enterrados en sus pechos como si fuesen avestruces asustadas.

Los ojos de Ben volvieron a Belladona.

—¿Qué has hecho con Sauce y con quienes vinieron a buscarme?

—Los aprisioné —dijo.

—¿A Questor Thews, el amanuense Abernathy y los dos kobolds?

—Sí. Cuando llegaron los apresé.

—¿Qué les has hecho?

—Los encerré durante cierto tiempo y luego los envié fuera.

Parecía casi complacida por la forma en que se desarrollaban los acontecimientos y a Ben le invadió la duda.

—¿Qué significa enviarlos fuera? —preguntó.

—No me servían para nada, así que los envié fuera.

Algo iba mal. Belladona había planeado no dejarlo marchar. Por tanto, tampoco había tenido intención de dejar a sus amigos. La miró con fijeza y observó que sus ojos cambiaban súbitamente del rojo al verde.

—¿Dónde los has enviado? —inquirió.

Los ojos de la bruja chispearon.

—A Abaddon, con la Marca.

Ben se quedó paralizado. Las mentiras que había imaginado se convertían en verdades. Había fallado a sus amigos, después de todo.

—¡Haz que regresen! —le ordenó con voz imperiosa—. ¡Tráelos ahora mismo!

—No puedo —dijo con desprecio indisimulado—. ¡Están fuera de mi alcance!

Ben agarró con furia la túnica negra de la bruja.

—¡Tú los enviaste allí y tú los traerás!

Ella sonrió, satisfecha.

—¡No puedo rey de comedia! Al llegar a Abaddon quedaron fuera de mi alcance. ¡Están atrapados!

La soltó y dio un paso atrás, esforzándose por recuperar el control de sí mismo. ¡Tenía que haberlo previsto! ¡Tenía que haber hecho algo para evitar lo que había sucedido! Contempló con impotencia el claro sombrío. La rabia y el dolor crecieron en él mientras consideraba y descartaba una posibilidad tras otra, en rápida sucesión.

Se encaró otra vez con la bruja.

—¡Irás a Abaddon y los traerás! —ordenó tajante.

La sonrisa de Belladona estaba próxima al éxtasis.

—¡No puedo hacer ninguna de las dos cosas, rey de comedia! ¡No tengo poder para entrar en Abaddon! ¡Estaría tan indefensa como ellos!

—¡Entonces iré yo! —afirmó Ben—. ¿Dónde está la entrada, bruja?

Ella se rió con rostro tenso.

—¡No hay entrada, idiota! ¡Abaddon está prohibido! ¡Sólo unos pocos...!

Se sentía tan triunfante que no supo contenerse a tiempo. Cerró la boca de golpe, pero ya era demasiado tarde. Ben volvió a agarrarla por la túnica.

—¿Unos pocos? ¿Quiénes? ¿Quién además de los demonios puede ir allí? —La

cabeza de bruja pendulaba adelante y atrás—. ¿Quién, maldita sea? ¡Dímelo!

Ella temblaba y se tensaba como sacudida por un garfio clavado en sus entrañas. Su respuesta salió casi como un grito.

—¡Strabo!

—¡El dragón! —suspiró él, comprendiendo. La soltó y se alejó unos pasos—. ¡El dragón!

Se giró de pronto y volvió a acercarse.

—¿Por qué el dragón puede entrar y tú no?

Belladona estaba fuera de sí.

—Su magia abarca un campo de acción mayor que el mío, llega más lejos...

—Y es más poderosa —Ben terminó la frase que ella no podía concluir.

Se sintió invadido por una especie de flacidez, el sudor lo bañaba, el cansancio socavaba sus fuerzas. Todo adquiriría significado. Su primer encuentro con Strabo había sido en los límites de las nieblas, aún en el interior del mundo de las hadas. Si el dragón podía entrar en el mundo de las hadas, era posible que también pudiera hacerlo en Abaddon. Él lo llevaría.

Casi sonrió. La súbita unión de las circunstancias y la necesidad era aterradora. Había pensado utilizar el Polvo lo sólo para expulsar al dragón de Landover. Eso habría sido bastante difícil y peligroso. Ahora tenía que usar el Polvo lo para forzarlo a que lo llevara a Abaddon, donde sus amigos estaban atrapados, y los sacara a todos de allí. La enormidad de la tarea hizo que se estremeciera. Debía llevarla a cabo sin ayuda ni guía. Debía hacerlo solo. Y no podía cuestionarlo. Sauce, Questor, Abernathy, Juanete y Chirivía habían arriesgado sus vidas por él una y muchas veces. Estaba obligado a hacer lo mismo por ellos.

Sus ojos se encontraron con los de la bruja y percibió la satisfacción que la colmaba.

—Has jurado destruirme, Belladona, pero soy yo quien debería destruirte —susurró con furia.

Fillip y Sot habían salido de su refugio y tiraban ahora de las piernas de Ben.

—¿Podemos irnos ya, gran señor? —preguntó Phillip.

—¿Podemos marcharnos de este lugar, gran señor? —añadió Sot.

—Me da miedo —dijo Phillip.

—Quiere hacernos daño —dijo Sot.

Ben miró hacia abajo y vio terror en sus ojos. Observó cómo sus narices se torcían, expectantes. Parecían niños sucios a punto de ser castigados, y sintió pena por ellos. Se habían arriesgado mucho.

—Sólo un momento más —prometió, volviéndose para encararse a Belladona—. ¿Cuándo enviaste a mis amigos a Abaddon?

La bruja entornó sus ojos verdes.

—Esta mañana, a primera hora.

—¿Les hiciste algún daño?

Su rostro se contrajo bruscamente.

—No.

—Entonces, ¿están bien?

—Quizás —dijo riendo—. Si los demonios no se han cansado de ellos.

Deseó estrangularla, pero logró contenerse.

—Cuando me halle dentro de Abaddon, ¿cómo podré encontrarlos?

El cuerpo de Belladona pareció replegarse dentro de sus oscuras ropas.

—El dragón los encontrará, si es que aún te obedece.

Ben asintió. Ése era el principal problema. ¿Durante cuánto tiempo conseguiría el Polvo lo mantener sometido al dragón? ¿Cuánto tiempo durarían los efectos de su magia? Sólo había un modo de averiguarlo, por supuesto.

Apartó de sí aquel pensamiento.

—¿Dónde puedo encontrar al dragón? —le preguntó.

Belladona sonrió misteriosamente.

—En cualquier parte, rey de comedia.

—Sí, claro. —Replanteó la pregunta—. ¿En qué lugar puedo esperar a que llegue?

—¡En las Fuentes de Fuego! —Su voz era un leve siseo—. Ha establecido su hogar en las aguas de llamas.

Ben recordó las Fuentes de sus estudios en Plata Fina. Al este del Prado, en la profundidad de los páramos, se encontraban unos estanques de lava, fosos de aceite o algo semejante.

—¡Gran señor! —lo llamó Phillip con nerviosismo, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Gran señor! —dijo Sot, tirándole de la pierna.

Ben respondió asintiendo una vez más. El día se estaba acabando, la luz del sol se retiraba para dejar su puesto a la oscuridad, las sombras de los árboles se alargaban. No deseaba quedarse atrapado en la Caída Profunda después del anochecer.

Dio unos pasos hacia adelante y se paró ante Belladona.

—Soy el rey de Landover. Puede que tú u otros no lo creáis, pero hasta que yo decida lo contrario así será. Un rey tiene ciertas responsabilidades, entre ellas proteger a sus súbditos. Tú decidiste interferir en esa responsabilidad y has puesto a varios seres, que no sólo son súbditos sino también amigos míos, en un peligro extremo. ¡Tan extremo que puede que nunca los vuelva a ver!

Hizo una pausa, contemplando como ardía el odio en sus ojos que ahora volvían a pasar del verde al carmesí.

—Tú misma has decidido tu castigo, Belladona. Lo que hiciste con mis amigos,

yo lo haré contigo. Te ordeno que te conviertas en cuervo y regreses volando a las nieblas del mundo de las hadas. No te desvíes de la ruta. Vuela hasta que llegues al viejo mundo y sigue volando hasta... que ocurra lo que tenga que ocurrir.

La bruja sacudió la cabeza con rabia y frustración, y un repentino destello de miedo se asomó a sus ojos.

—¡La magia de las hadas me devorará! —susurró.

Ben permaneció inmóvil.

—Haz lo que te he dicho, Belladona. ¡Ahora!

De los candelabros de hierro explotaron unas llamas hacia lo alto. La bruja y la luz se disolvieron y en su lugar apareció el cuervo. Graznando, extendió sus alas en la oscuridad y voló hacia el bosque.

Ben lo observó, casi esperando que volviese. Pero no lo hizo. Belladona se iba. Volaría tal como le había ordenado, hasta entrar en las nieblas y en el mundo de las hadas que le estaba prohibido. No sabía qué le ocurriría cuando llegase allí, pero dudaba que fuese algo agradable. Al menos le había dado la misma oportunidad de sobrevivir que ella a sus amigos. Lo justo es lo justo.

Sacudió la cabeza. De todas formas, se sentía mal por haberlo hecho.

—Busquemos ahora una salida de aquí —murmuró, dirigiéndose a Phillip y a Sot.

Los tres se apresuraron a abandonar el claro.

STRABO

Ben durmió esa noche en un bosque de álamos, pocos kilómetros al sur del borde de la Caída Profunda. Cuando despertó al amanecer, comenzó el viaje en dirección este hacia las Fuentes de Fuego.

Hizo que Phillip y Sot lo acompañaran, a pesar de la resistencia que opusieron. No le quedaba otra alternativa. Temía perderse o desviarse sin su ayuda. Conocía la región relativamente bien por sus estudios en el castillo, pero siempre quedaba la posibilidad de un encuentro con algo desconocido y quedar obstaculizado por la ignorancia. No podía arriesgarse a que eso ocurriera. No podía malgastar el tiempo, y los gnomos nognomos tendrían que permanecer con él un poco más.

Estaban ya en su tercer día de viaje. No habrían llegado tan lejos en ese tiempo si Phillip y Sot hubiesen tenido escrúpulos para «tomar prestados» unos caballos de tiro, cuyos mejores tiempos habían pasado ya. Sus lomos estaban tan hundidos y su paso era tan irregular que le dolieron los huesos sólo de verlos caminar por el campamento. Montarlos fue aún peor, pero la marcha del viaje mejoró considerablemente y pudieron cubrir una distancia mayor, de modo que se aguantó. No preguntó en ningún momento a los gnomos de dónde habían sacado los caballos. Los principios morales quedaron relegados por la emergencia de la situación.

Salieron de la arbolada región de las colinas, cercana a la Caída Profunda, bordearon las amplias llanuras del Prado y atravesaron en dirección este los páramos que se extendían hasta el otro extremo del valle. La ruta les parecía interminable. Se alargaba como si la estuviesen recorriendo con un piedra de molino colgada a sus cuellos. A Ben lo consumía el miedo de perder a sus amigos. Podían ocurrir muchas cosas, todas malas, antes de que lograra llegar adonde estaban. A Phillip y Sot les consumía el miedo por su propia piel. Se veían como corderos de sacrificio conducidos a la mesa del dragón. Los tres hablaron entre sí lo menos posible, incómodos por el viaje, por su objetivo y por sí mismos.

Mientras viajaban, Ben pensó con frecuencia en Belladona, y sus pensamientos no fueron demasiado agradables. Había estado muy mal que dejara a Sauce sola y desprotegida para marcharse a las nieblas, y que Questor y los otros se precipitaran al bajar a buscarle en la hondonada el primer día, y peor aún que Belladona los hubiese mandado a Abaddon con los demonios, mientras ella se dedicaba a esperar su regreso. Era imperdonable que no hubiera hecho mejor uso de la bruja cuando el Polvo lo la sometió a su voluntad. Había un montón de cosas que podía haber hecho y que no hizo. Podía haberla obligado a usar su magia para que le entregase al dragón, o para atraerlo al menos. En caso de que hubiese sido incapaz de lograrlo, podía haberle exigido que lo enviase a él al lugar en que se hallaba el dragón. ¡Eso le hubiera ahorrado unos cuantos días de viaje por el valle sobre los caballos de tiro!

Debía haberle exigido que le proporcionara un poco de su magia. Un aumento de protección no hacía mal a nadie. Y no haber permitido que se marchara con tanta facilidad después de su perversa acción. Debería haberse asegurado de que no le causaría más problemas; o, al menos, haber conseguido su promesa de lealtad por si lograba escapar.

Pero, a lo largo del camino, sus pensamientos se dispersaron, desvaneciéndose hasta desaparecer. Debía, podía... ¿qué más daba ahora? Había intentado hacerlo lo mejor que supo, aunque no había pensado en todo. Una promesa de lealtad hecha bajo presión sería inválida. La magia desconocida era quizás más peligrosa que la carencia de magia. Las cosas estaban mejor como eran. Encontraría la forma de salir adelante con lo que contaba.

Llegaron a las Fuentes de Fuego a últimas horas del tercer día. Los gnomos lo habían conducido por los páramos, del este del Prado, una región llena de peligros: llanuras desérticas de arena y polvo, colinas de hierba punzante, maleza y arbustos nudosos, ciénagas que rezumaban lodo rojo y arenas movedizas, bosques petrificados donde los árboles parecían huesos pinchados en la tierra. Toda la región tenía un aspecto más desolado que cualquier otra parte del valle que hubiera visto Ben, una mezcla desvaída e incolora de vegetación agonizante y tierra asolada. Ni siquiera los lindoazules crecían allí. Los tres habían atravesado colinas y riscos cubiertas de zarzas enfermizas y maleza enmarañada hasta un bosque seco que coronaba un barranco profundo. Condujeron a pie a los caballos, incapaces de montarlos sobre un terreno en tales condiciones. La niebla flotaba por todas partes en densas nubes, como un manto impregnado del olor de la tierra muerta.

—¡Allí, gran señor! —gritó Phillip de repente, tirándole de una manga para que se detuviera.

—¡Las Fuentes de Fuego, gran señor! —anunció Sot, señalando a lo lejos.

Ben miró a través de la niebla y los árboles. No pudo ver nada. Se esforzó en afinar la vista y logró distinguir algo que aleteaba en la penumbra, una especie de luz que se reflejaba en la niebla.

—Sigamos adelante —los apremió—. No puedo ver nada desde aquí.

Reanudó la marcha, y al poco se detuvo. Phillip y Sot no se habían movido. Se miraron entre sí, luego a Ben y otra vez entre ellos. Sus caras peludas se inclinaron y sus narices se torcieron.

—Ya estamos bastante cerca, gran señor —le advirtió Phillip.

—Demasiado cerca, gran señor —añadió Sot.

—No tenemos ninguna protección contra el dragón.

—Ninguna.

—Nos comería sin pensarlo dos veces.

—¡Nos quemaría hasta los huesos!

Fillip titubeó.

—El dragón es demasiado poderoso, gran señor. Dejémoslo.

Sot asintió.

—Dejemos en paz al dragón, gran señor. Dejémoslo en paz.

Ben los observó durante un momento, luego negó con la cabeza.

—No puedo dejarlo, amigos. Lo necesito. —Esbozó una sonrisa triste y volvió atrás. Apoyó una mano en el hombro de cada uno—. ¿Me esperaréis aquí hasta que vuelva?

Fillip levantó la vista.

—Le esperaremos, gran señor. Hasta que vuelva.

Sot se frotó las manos con aire ausente.

—Si vuelve —murmuró.

Ben los dejó junto a los caballos y avanzó a través de la maleza enmarañada. Se abrió paso con cautela, tratando de producir el menor ruido posible. Vio surtidores de vapor que se elevaban al otro lado de la línea de riscos para mezclarse con la niebla. Luego la luz que aleteaba brilló con más claridad, como un resplandor que bailara en el aire. Pudo oler también algo desagradable que recordaba a la carne podrida.

El sudor y el polvo cubrían su cara y sus brazos, pero estaba helado por dentro y ansioso por lo que le esperaba.

Se metió la mano en el bolsillo derecho. Lo que quedaba de Polvo lo de la vaina vaciada permanecía allí. La vaina llena estaba en el izquierdo. Todavía no había trazado un plan para usar el polvo. No tenía ni idea de cómo utilizarlo de manera eficaz. Su único proyecto era acercarse al dragón lo más posible y esperar a que la oportunidad se presentara.

Pensó que un rey de Landover debería tener un plan mejor, pero no se le ocurría ninguno.

Subió hasta la cima del risco y miró desde allí. Ante él había un barranco ancho e irregular, horadado por cráteres de diversos tamaños y formas, llenos de un extraño líquido azul sobre el cual se contorsionaban llamas amarillas, proyectando destellos de luz sobre el velo de niebla. Matorrales y montones de tierra y rocas llenaban el fondo del barranco entre los cráteres, una formidable colección de obstáculos para cualquiera que tratase de entrar.

Ben observó el barranco con atención. El dragón no se veía por ninguna parte.

—Era de esperar —murmuró.

Consideró durante un momento qué hacer a continuación. Podía esperar hasta que Strabo volviese o descender al barranco y esperarlo allí. Se decidió por la segunda opción. Quería estar lo más cerca posible del dragón cuando al fin se encontrase con él.

Se deslizó sobre la cima del risco y comenzó a descender. Una voz interior le

decía que se comportaba como un loco. Estaba totalmente de acuerdo. No podía creer que estuviese haciendo lo que hacía. Se sentía aterrorizado por el dragón. Hubiera preferido dar la vuelta y salir corriendo tan deprisa como sus temblorosas piernas se lo permitieran. No es que fuese especialmente valeroso, sino que estaba desesperado. No se había dado cuenta hasta entonces de lo desesperado que estaba.

Pero no los abandonaré, prometió, pensando en Sauce y en los otros. Pasara lo que pasara, no lo haría.

Llegó al fondo del barranco y miró a su alrededor. De pronto, un chorro de vapor se alzó de un cráter cercano, con un silbido que lo sobresaltó. Las llamas se elevaron y aletearon con fuerza en la niebla. Apenas podía ver por dónde iba, pero siguió avanzando. Supuso que el mejor sitio para esperar se hallaría por el centro de las Fuentes de Fuego, aunque no precisamente en él. Su respiración era acelerada e irregular. Deseó poder contar con el Paladín. Deseó que Questor y los kobolds estuviesen con él. Deseó que alguien estuviese con él, quienquiera que fuese. Deseó hallarse en otra parte.

El vapor y el calor irritaban su nariz y su boca. El olor era horrible. Había huesos esparcidos por el suelo, algunos bastante recientes. Se obligó a ignorarlos. Los matorrales y arbustos estorbaban el paso, pero él siguió adelante. Bordeó un montón de trozos de roca, un enorme pedrusco y el esqueleto de un animal grande. Pensó que ya se había adentrado lo suficiente. Había una gran cantidad de tierra apilada ante él, junto a una roca curvada. Parecía un buen escondite. Esperaría allí a que el dragón volviera.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría. Las Fuentes de Fuego podían ser el hogar de Strabo, pero eso no significaba que fuera allí con frecuencia. ¡Y si sólo iba una vez al año! La impaciencia lo consumía. ¡Debió habérselo preguntado a la bruja! Debió...

De repente, algo le provocó un sobresalto. Estaba a menos de una docena de pasos del lugar escogido como escondite, cuando el montículo de tierra se movió.

Se detuvo con la vista fija en él. No, debía de haberlo imaginado.

El montículo se movió otra vez.

—Oh, Dios mío —susurró.

Una pequeña nube de polvo se elevó de lo que creía que era una roca, y un párpado enorme se abrió.

Ben Holiday, abogado prestigioso, aventurero intrépido y supuesto rey de Landover acababa de caer en un gran error.

El dragón se estiró perezosamente, sacudiéndose la capa de tierra y polvo que lo cubría, desprendiéndose del sueño. Fijó sus ojos en Ben, como una serpiente observa a su presa acorralada. Ben se quedó paralizado donde estaba. Tenía que utilizar el Polvo lo. Tenía que dar la vuelta y salir corriendo. Tenía que hacer algo, cualquier cosa; pero no podía moverse ni un centímetro. Lo único que podía hacer era gritar. Se

preguntó en un arrebato de humor negro si se lo comería frito o asado.

Strabo parpadeó. Su cabeza escamosa giró lentamente y su largo morro se abrió. Aparecieron unos dientes ennegrecidos y una lengua larga y bífida se agitó en el aire.

—Te conozco de algo, ¿verdad? —preguntó el dragón.

Ben se quedó asombrado. Esperaba muchas cosas del dragón, pero no que hablase. Ese hecho lo cambiaba todo. Disminuyó el miedo que sentía de la bestia. En un instante revisó todas sus suposiciones sobre lo que podía ocurrirle. Si el dragón hablaba, tal vez podría razonar con él. Olvidó sus temores de ser frito o asado. Olvidó sus precauciones defensivas y se dedicó a buscar una respuesta que darle.

La cabeza de Strabo se elevó de repente.

—En las nieblas, en las fronteras del mundo de las hadas. Allí fue donde te vi. Hace varias semanas, ¿no es cierto? Yo estaba durmiendo y tú pasaste por mi lado. Me miraste con tanta insistencia que hiciste que me despertara. Fue una verdadera grosería. —Hizo una pausa—. Eras tú, ¿verdad?

Ben asintió y en su mente destelló la imagen del dragón alejándolo con un soplado como si fuese una pluma. La apartó. Aún era incapaz de creer que estuviese oyendo hablar a la bestia. El dragón tenía una voz extraña, una especie de siseo semejante al de una máquina que reverberaba como si estuviera en una cámara de resonancia.

—¿Quién eres? —preguntó el dragón, bajando la cabeza otra vez—. ¿Qué estabas haciendo en las nieblas? —Le enseñó los dientes al replegar los labios sobre las encías—. ¿Eres del mundo de las hadas?

Ben negó con la cabeza.

—No, no lo soy —contestó, atento a la reacción de Strabo—. Soy Ben Holiday, de Chicago. De otro mundo. Soy el nuevo rey de Landover.

—¿De veras?

El dragón no pareció impresionarse.

—Sí. —Ben titubeó, recuperando el valor lentamente—. ¿Sabes? No creía que los dragones hablaran.

Strabo se movió un poco, ondulando su enorme cuerpo serpentino hasta que la parte posterior descansó sobre una serie de pequeños estanques y las llamas danzaron alrededor de su piel escamosa.

—Bah, uno de esos —dijo con desprecio.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Uno de cuáles?

—Uno de esos humanos que cree que los dragones son unas bestias ignorantes y estúpidas que se pasan el tiempo causando problemas a las gentes pobres y trabajadoras hasta que aparece algún campeón para protegerlas. Eres uno de esos, ¿no?

—Supongo que sí.

—Has leído demasiados cuentos de hadas, Holiday. ¿Quién crees que propaga esas historias sobre los dragones? Los dragones no, puedes estar seguro. Son los humanos quienes lo hacen, porque no van a decir que ellos son los malos y el dragón la víctima, ¿verdad? Debes tener en cuenta la fuente de la información, como ellos dicen. Es mucho más fácil darle al dragón el papel de villano que quemar campos, devora ganado y campesinos, secuestra princesas y desafía a caballeros con armaduras. Todo eso atrae a muchos lectores, aunque no sea cierto.

Bien lo miraba con asombro. ¿Qué clase de dragón era aquél?

—Hay dragones que antes fueron humanos. ¿Lo sabías? Los dragones existieron antes que la mayoría de las criaturas fantásticas. —Strabo se curvó hacia abajo. Su aliento era terrible—. El problema no lo iniciaron los dragones, lo iniciaron los otros. Nadie quería dragones a su alrededor. Ocupaban demasiado espacio. Ellos estaban asustados de los dragones y de lo que eran capaces de hacer, sin tener en cuenta que usaban esas capacidades muy pocos, cubriéndonos a todos con su mala fama. Nuestra magia era más fuerte que la suya y no podían controlarnos como deseaban.

La cabeza escamosa se movió con lentitud.

—Pero siempre hay modos de conseguir lo que se quiere si uno se empeña, y ellos se empeñaron en deshacerse de nosotros. Fuimos exiliados, perseguidos y destruidos, uno tras otro, hasta que sólo quedé yo. Y también a mí me destruirían, si pudieran.

No especificó quiénes eran «ellos», pero Ben supuso que se refería a todos en general.

—¿Estás diciendo que no eres responsable de ninguna de las cosas de que te acusan? —preguntó, con una sombra de duda.

—Oh, no seas estúpido, Holiday. ¡Claro que soy responsable! ¡Soy responsable de casi todo eso! —La voz siseó suavemente—. Mato a humanos y a sus animales cuando quiero. Quemo sus cosechas y casas si me apetece. Secuestro a sus esposas, porque me divierte. Los odio.

Su lengua se agitaba como un látigo.

—Pero no siempre fue así. No fue así hasta que se hizo más fácil para mí ser lo que ellos creían, que intentar sobrevivir como la criatura que había sido hasta entonces... —Su voz se apagó, como si estuviese recordando—. He vivido durante casi mil años, completamente solo durante los últimos doscientos. Y no hay dragones. Sólo son leyenda. Yo soy el único, como el Paladín. ¿Lo conoces, Holiday? Los dos somos los últimos de nuestra especie.

Ben vio que el dragón arrimaba el morro a una fuente de Fuego, bebía de las aguas ardientes e inhalaba las llamas.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó, intrigado de veras.

El dragón lo miró.

—Porque estás aquí. Por cierto, ¿qué haces aquí?

Ben dudó un momento, recordando de repente la razón que lo había llevado allí.

—Bueno...

—Ah, sí —le cortó el dragón—. Eres el nuevo rey de Landover. Felicidades.

—Gracias. No hace mucho que lo soy.

—Me lo imagino. De otro modo no estarías aquí.

—¿Por qué?

—Sería difícil. —El dragón se inclinó, acercándose—. Cuando vivía el viejo rey, me mantuvo exiliado en estos páramos. Se me prohibió el resto del valle. Usaron al Paladín para mantenerme aquí, porque el Paladín es tan fuerte como yo. A veces, volaba de noche, pero no podía dejar que me viesen los humanos ni mezclarme en sus vidas... —La voz del dragón se endureció—. Me prometí a mí mismo que volvería a ser libre. Este valle es tan mío como de cualquiera. Y tras la muerte del viejo rey, cuando el Paladín desapareció, quedé libre, Holiday, y ningún rey de Landover volverá a recluirme.

Ben fue consciente de un cambio no demasiado sutil en la actitud del dragón, pero fingió no darse cuenta.

—No he venido para eso —dijo.

—Pero estás aquí para pedir mi fidelidad al trono, ¿verdad?

—Eso me proponía —admitió Ben.

El morro de Strabo se abrió para emitir una carcajada grave y siseante.

—¡Eso es valor, Holiday! Aunque inútil. Nunca he prometido lealtad a ningún rey de Landover, nunca en los mil años de mi vida. ¿Por qué iba a hacerlo? ¡No soy como los otros que viven aquí! ¡No estoy confinado en Landover como ellos! ¡Puedo viajar a cualquier lugar que se me antoje!

Ben tragó saliva.

—¿Puedes?

El dragón se movió, curvando la cola detrás de Ben.

—Bueno... no a todas partes, supongo. Pero casi. No puedo adentrarme demasiado en el mundo de las hadas ni en otros mundos donde no creen en dragones. ¿Creen en dragones los habitantes de tu mundo?

Ben movió negativamente la cabeza.

—Me parece que no.

—Eso explica por qué nunca he estado allí. Sólo puedo viajar a países donde los dragones son reales o, al menos, donde alguna vez lo fueron. Suelo frecuentar media docena de mundos de los alrededores. He cazado en la mayoría. Tuve que ir cuando el rey me prohibió el valle. —Su mirada se hizo maliciosa, con los párpados entrecerrados—. Pero cazar fuera del valle me cuesta más trabajo. Es más fácil cazar aquí. ¡Más *satisfactorio*!

El ambiente era ahora francamente helado. Se podía hablar con el dragón, pero parecía imposible convencerlo con razonamientos. Ben sintió puertas que se cerraban a su alrededor.

—Bueno, entonces no creo que tenga mucho sentido que te sugiera algo más, ¿verdad?

Strabo se incorporó un poco sobre sus patas traseras, desprendiendo polvo de su enorme cuerpo.

—He disfrutado de tu conversación, Holiday, pero creo que ha llegado a su fin. Por desgracia, eso significa tu fracaso.

—Oh, espera un momento, no tengas tanta prisa. —Ben no lograba encontrar las palabras con la rapidez necesaria—. No tenemos por qué terminar la conversación. Creo que podemos seguir hablando un poco.

—No entiendo por qué quieres hacerlo —siseó el dragón con suavidad—. Yo ya estoy aburrido.

—¡Aburrido! ¡De acuerdo, cambiemos de tema!

—Eso no serviría de nada.

—¿No? Bueno, ¿y qué ocurrirá si me voy diciéndote adiós y hasta pronto?

Ben estaba desesperado.

El dragón se alzó sobre él, como una sombra enorme y escamosa.

—Eso sólo pospondría lo inevitable. Tendrías que volver. Tendrías que hacerlo, porque eres el rey de Landover. Enfrentate a ello, Holiday. Soy el enemigo. O me destruyes tú, o te destruyo yo. Preferiría lo último.

Ben miró a su alrededor, consternado.

—¿Pero por qué hemos de destruirnos el uno al otro?

—¿Por qué? Porque es lo que pasa entre los dragones y los reyes. Siempre ha sido así.

La frustración de Ben llegó al límite.

—Bueno, si siempre ha sucedido así, ¿por qué esa larga disertación sobre el daño que han hecho a los dragones las historias contadas por los humanos? ¿Por qué perdiste el tiempo en explicarme todo eso si pensabas freírme después?

El dragón se rió francamente.

—¡Qué modo tan original de decirlo! —Hizo una pausa—. Sí, ¿por qué molestarme en decirte nada en tales circunstancias? Tienes razón. —Se quedó un momento pensativo, luego se encogió de hombros—. Supongo que fue por hacer algo. No hay demasiadas cosas que hacer aquí, ¿me comprendes?

Ben sintió que su última esperanza de desvanecía. Era el fin. Había esquivado una bala de plata en las nieblas del mundo de las hadas y una segunda en su enfrentamiento con Belladonna. Pero la tercera estaba a punto de acertarle. Observó que el dragón se erguía más aún y comenzaba a inhalar lentamente. Un soplo de

fuego sería bastante. Su mente funcionaba a toda velocidad. ¡Tenía que hacer algo! ¡No podía quedarse allí y dejarse incinerar!

—¡Espera! —gritó—. ¡No lo hagas! —Su mano se introdujo en la túnica y sacó el medallón—. ¡Todavía tengo esto!. Usaré su magia si hace falta.

Strabo exhaló lentamente vapor, humo y llamas que rasgaron el aire neblinoso. Miró el medallón y se relamió.

—Tú no dominas la magia, Holiday.

Ben tomó una bocanada de aire.

—Te equivocas. Apelaré al Paladín si no me dejas marchar.

Hubo un largo silencio. El dragón lo contempló, pensativo, sin decir palabra. Ben llamó mentalmente al Paladín. Era su única esperanza. Había acudido a él en otras ocasiones en que estaba en dificultades. Quizás...

Su mano se apretó contra el medallón, sintiendo el grabado en su palma. Tuvo una revelación súbita e inesperada. ¿En qué estaba pensando? ¿Podía escapar en aquel momento, si quería! ¡Había olvidado que el medallón lo habilitaba para hacerlo! El medallón lo llevaría a su mundo en un instante. ¡Lo único que tenía que hacer era desearlo!

Pero eso significaría dejar a sus amigos en Abaddon. Eso significaría abandonar Landover para siempre. Eso significaría rendirse. Pero también significaba seguir vivo. Sopesó las perspectivas, indeciso.

—Creo que mientes, Holiday —dijo el dragón, y comenzó a aspirar de nuevo.

Adiós, mundo, pensó Ben, y se preparó para escapar a la seguridad.

Pero de repente se produjo un destello de luz en la niebla y el vapor que se elevaba desde las llamas de las fuentes. ¡Allí estaba el Paladín! Ben no podía creerlo. El caballero se materializó de la nada, una figura solitaria y maltrecha sobre una vieja montura, sosteniendo una lanza ante él. Strabo se volvió de inmediato, asombrado. De su boca surgió un torrente de llamas, que envolvió al caballero y al caballo, y se convirtió en humo. Ben retrocedió, impulsado por el terrible calor. Se giró, protegiéndose los ojos con la mano y, al momento, volvió a su posición anterior para ver qué ocurría.

El Paladín estaba desarmado.

Strabo se alzó con lentitud sobre sus enormes patas traseras, sus alas se desplegaron como protección y sus ojos entrecerrados buscaron a Ben.

—¡Veinte años! ¡Hacía veinte años! —susurró en tono bajo—. ¡Creía que había desaparecido para siempre! ¿Cómo has podido hacer que regrese, Holiday? ¿Cómo?

Ben comenzó a balbucear una respuesta, tan sorprendido como Strabo por la presencia del Paladín, pero después se contuvo. Aquélla era la oportunidad que estaba esperando.

—¡El medallón! —exclamó—. ¡Lo ha traído el medallón! Las palabras mágicas

están escritas aquí, en su reverso. ¡Míralas!

Levantó el medallón cogiéndolo por la cadena de plata, de forma que la luz neblinosa se reflejara en su superficie. Strabo se inclinó para ver mejor, estirando el cuello serpentino, acercando la cabeza escamosa. El enorme morro se abrió y asomó la lengua bífida. Ben contuvo el aliento. La sombra del dragón cayó sobre él, bloqueando el paso de la luz.

—Aquí está la inscripción —le apremió Ben.

Sólo un poco más y...

Una de sus patas delanteras enganchó el medallón.

La mano libre de Ben salió de repente del bolsillo de su túnica y arrojó un puñado de Polvo lo a las narices de Strabo. El dragón inhaló, sorprendido; luego estornudó. El estornudo casi derribó a Ben, pero de algún modo logró mantenerse en el sitio. Le arrancó de un tirón el medallón, metió la mano en el otro bolsillo y sacó la vaina. La cabeza de Strabo oscilaba de un lado a otro buscándolo, con las fauces abiertas. Ben arrojó la vaina dentro de la boca. El dragón fue rápido, la atrapó al vuelo y la mordió con furia, triturando la cáscara.

Demasiado tarde se dio cuenta Strabo de su error. El Polvo lo voló por todas partes, expulsado de la boca del dragón en chorros de humo blanco. Strabo produjo un rugido terrible y lanzó una gran llamarada. Ben se apartó, tirándose al suelo y haciendo rodar su cuerpo. Después se puso en pie con la mayor rapidez que pudo y corrió hacia el montón de piedras que había visto al entrar. Alcanzó su objetivo cuando el fuego estaba a unos seis metros detrás de él y se agachó detrás. Strabo había enloquecido por completo. Se revolcaba sobre el suelo presa de un terrible frenesí, golpeándose contra la tierra y las rocas. Desde un cráter, las llamas se elevaron hacia el cielo con un retumbo sordo. El dragón rugió y exhaló fuego en todas direcciones. Las llamas y el humo llenaron el aire, oscureciéndolo. El Paladín desapareció. Las fuentes desaparecieron. Ben se acurrucó en su refugio y anheló haber sido lo bastante rápido para que el dragón no lo hubiera visto esconderse.

Pasado cierto tiempo, los golpes y las llamas cesaron, y regresó la calma. Ben esperó en su refugio, escuchando los sonidos amortiguados del dragón que se movía por los alrededores. Las explosiones retumbantes de las Fuentes de Fuego se desvanecieron en un suave siseo.

—¿Holiday?

La voz del dragón estaba enronquecida por la furia. Ben se quedó donde estaba.

—¿Holiday? ¡Eso era Polvo lo, Holiday! ¡Una vaina entera de Polvo lo! ¿De dónde lo has sacado? ¡Me dijiste que no pertenecías al mundo de las hadas! ¡Me has mentido!

Ben esperó. Todavía no había oído nada que le gustase.

Escuchó a Strabo moviéndose a su izquierda, escuchó el sonido del cuerpo al

arrastrarse.

—¿Sabes lo peligrosa que es esa magia, Holiday? ¿Sabes el daño que pudiste causarme? ¿Por qué me engañaste?

El movimiento cesó. Luego oyó al dragón agitarse y el sonido que producía al beber. Pensó de pronto en la posibilidad de haber cometido un error. Quizás una vaina de Polvo lo era excesiva para cualquiera. Quizás había dañado al dragón.

Oyó un largo suspiro.

—Holiday, ¿por qué me has hecho esto? ¿Qué es lo que quieres de mí? ¡Dímelo y lo haré!

El dragón se mostraba más ofendido que enfadado. Ben decidió arriesgarse.

—¡Quiero tu palabra de que no me atacarás! —gritó.

La respuesta del dragón fue un suave susurro.

—La tienes.

—Quiero que te comprometas formalmente a hacer lo que te diga y sólo eso. Estás obligado a ello de todos modos, ya lo sabes.

—¡Lo sé, Holiday! ¡De acuerdo! ¡Dime qué quieres!

Ben abandonó cautelosamente la protección que le daba su escondite. Sobre el foso de las Fuentes de Fuego aún quedaban suspendidos jirones de niebla y humo, produciendo una penumbra misteriosa. Strabo estaba encogido a varias docenas de metros, entre una serie de cráteres ardientes, con el aspecto de un animal furioso y atrapado. Su fea cabeza escamosa se balanceaba lentamente, sus ojos entrecerrados divisaron a Ben. Éste se tensó, dispuesto a volver a esconderse tras las piedras. Pero el dragón se limitó a mirarlo y esperar.

—Acércate —le ordenó Ben.

El dragón se acercó sumisamente, pero en sus ojos había un odio indisimulado. Ben contempló al monstruo mientras se acercaba. Su cuerpo en forma de barril avanzaba por impulsos sobre unas piernas gruesas y escamosas. Las alas se agitaban con el movimiento, y la larguísima cola serpenteaba. Ben se sentía como Fay Wray ante King Kong.

—¡Libérame! —pidió Strabo—. ¡Déjame libre y te permitiré vivir!

Ben movió la cabeza.

—No puedo.

—Querrás decir que no quieres —susurró el dragón, con una voz que parecía papel de lija frotando una pizarra—. Pero no podrás mantenerme así para siempre, y cuando me libre...

—Ahorrémonos las amenazas, ¿de acuerdo?

—... no quedará de ti ni para llenar el tazón de un gnomo, ni para alimentar a la más pequeña de las criaturas cavernícolas... y te produciré tanto dolor que no creerás...

—¿Vas a escucharme?

El dragón levantó la cabeza con desdén.

—¡No te prometeré lealtad, Holiday! ¡No significaría nada que lo hiciese!

Ben asintió.

—Lo sé. No quiero tu lealtad.

Hubo un largo rato de silencio mientras el dragón le estudiaba. El odio de los ojos de la bestia dio paso a la curiosidad. Parecía que lo peor había pasado. El dragón era suyo, al menos de momento. Ben sintió un agradable relajamiento de su tensión interior, una disipación del miedo y de la ansiedad. Había esquivado la tercera bala de plata. Aún apretaba el medallón en una mano, y volvió a deslizarlo en el interior de su túnica. Miró a su alrededor buscando al Paladín, pero el caballero había desaparecido.

—Como un fantasma... —murmuró.

Se volvió hacia el dragón. Strabo estaba aún estudiándole. Su perversa lengua se agitaba nerviosamente en el aire.

—Muy bien, Holiday. Me rindo. ¿Qué quieres de mí?

Ben sonrió.

—Ponte cómodo y te lo diré.

ARADDON

El anochecer estaba próximo cuando Ben ajustó la última de las correas de la montura improvisada que había conseguido hacer, ordenó a Strabo que se arrodillase y trepó a su lomo. Se acomodó con cuidado en la silla encajada entre dos de las espinas óseas que seguían la línea de la columna vertebral del dragón. Tiró de las correas del cincho, por si se habían aflojado, y encajó las botas en los estribos de hierro.

Al menos contaba con una montura. Había tenido suerte al poder hacerla. Era pesada, construida con cinchos, correas, pasadores y argollas que habían pertenecido a diversos animales víctimas del dragón, llevados por él a las Fuentes de Fuego para comérselos cómodamente. Los había recogido de entre los huesos. Una vez combinados, los ató alrededor del cuello del dragón, justo por encima y por detrás de las patas delanteras. Las riendas pasaban por el cuello, hasta detrás de la costrosa cabeza. Ben no pensó ni por un momento que podría conducir al dragón como si fuera un caballo. Las riendas no eran más que una precaución adicional para evitar el peligro de caer.

—Si te caes, es tu problema, Holiday —le había advertido el dragón.

—Será mejor que procures de que no me caiga —le había replicado Ben—. Te ordeno que te asegures de eso.

Sin embargo, no se quedó convencido de que Strabo lo hiciese, con Polvo lo o sin él. Iban a entrar en el mundo infernal de Abaddon, y ambos arriesgarían sus vidas. Strabo tendría dificultades en mantenerse a salvo incluso en las mejores circunstancias, y rescatar del reino de los demonios a sus amigos desaparecidos no prometía ser fácil.

Se detuvo un momento, sentado sobre el dragón, y abarcó el páramo con la vista. Se hallaban en el borde de las Fuentes de Fuego, alejados de los cráteres ardientes y de la maleza que había entre ellos. El día declinaba a medida que el sol descendía para ocultarse tras las lejanas montañas. La niebla y la penumbra empezaban a caer sobre el valle. Landover era un lóbrego conjunto de sombras y formas vagas. Ben casi podía ver cómo la luz disminuía por momentos. Parecía que el valle estaba desapareciendo ante sus ojos. Tenía la inquietante sensación de que ocurría en realidad, la desagradable impresión de que nunca lo volvería a ver.

Se irguió en las espuelas, fortaleciendo su voluntad frente a tales pensamientos. Se obligó a sonreír. Ben Holiday estaba a punto de partir hacia el rescate, montado en su corcel. Casi rió. Don Quijote dispuesto a arremeter contra los molinos de viento. ¡Qué foto para enviar a sus amigos si tuviese una cámara! Nunca se le había ocurrido pensar, y mucho menos creer, que pudiera hacer algo semejante. Todos aquellos años de vida entre paredes de hormigón y acero, todas aquellas sofocantes salas de tribunal

y húmedas bibliotecas, todos aquellos estériles alegatos e informes legales, todos aquellos libros de leyes, reglamentos y códigos. ¡Qué lejos estaban ahora!

Y supo, con una certeza que le sorprendió, que nunca volvería al pasado.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, Holiday? ¿Admirando el paisaje? —El siseo de protesta de Strabo interrumpió sus pensamientos—. ¡Vámonos!

—De acuerdo —concedió Ben.

Las alas del dragón se extendieron, y despegó del suelo con brusquedad. Ben se agarró fuertemente a las riendas y las correas de los arneses, observando la tierra que descendía bajo sus pies. Tuvo una visión momentánea de las zarzas, matorrales y bosques secos desvaneciéndose entre jirones de niebla y las sombras alargadas del anochecer, y después no hubo más que penumbra. Phillip y Sot estaban en alguna parte de abajo, escondidos. Les había hecho saber que iría a Abaddon montado en Strabo para rescatar a los otros. Les había dicho que regresaran a Plata Fina y esperasen allí su vuelta. Se apresuraron a marcharse, reflejando en sus rostros horrorizados la convicción inexpresada en palabras de que no lo volverían a ver.

Pensó que quizás tenían razón, que hubiese sido mejor que les dijera que regresaran con los suyos y se olvidaran de él. Aunque probablemente no lo habrían hecho. Aún tomaban en serio su promesa de lealtad.

Reflexionó un momento en toda la ayuda que le habían proporcionado aquel par de pequeños caníbales, rateros y mugrientos. ¿Quién lo hubiera pensado? Deseó que las cosas les fuesen bien.

Strabo volaba en el anochecer, desde la zona este de los páramos a las fronteras del Prado y después hacia el oeste. La luz del día desapareció por completo, la oscuridad se extendió y las lunas de Landover comenzaron a brillar. Esa noche todas ellas eran visibles y sus colores blanco, anaranjado, malva, rosa, verdemar, esmeralda, turquesa y jade, no estaban velados por las nieblas que cubrían el valle bajo ellos. Parecían los farolillos gigantescos de una fiesta. Pero, ¿dónde se celebraba la fiesta?

Los minutos transcurrían con rapidez. El enorme cuerpo de Strabo ondulaba rítmicamente debajo de Ben mientras sus alas membranosas se batían contra el viento de la noche, conduciéndolos hacia el oeste. Ben se agarraba a las riendas y los arneses para proteger su vida. Las corrientes de aire le abofeteaban y le producían escalofríos. Landover era un enorme cuenco de sopa humeante sobre el cual estaba suspendido. Se sentía eufórico por la sensación de volar, pero al mismo tiempo aterrado. No le gustaba montar a caballo y tampoco cabalgar sobre el dragón. Éste mantenía una velocidad uniforme que daba seguridad, pero Ben seguía desconfiando de la situación. Sabía que el efecto del Polvo lo podía dejar de actuar en cualquier instante y que eso sería su fin.

—¡Es una aventura absurda! —le gritó Strabo, volviendo la cabeza poco después,

como si hubiera leído sus pensamientos. Sus ojos chispeaban—. ¡Todo esto por un puñado de humanos!

—¡Son amigos míos! —le gritó Ben en respuesta mientras el viento hacía que sus propias palabras le golpearan el rostro.

—¡Tus amigos me traen sin cuidado!

—¡Bueno, tampoco tú les importas a ellos! Excepto a Questor Thews, supongo. ¡Él cree que eres especial!

—¿El mago? ¡Bah!

—¡Limítate a hacer lo que te diga! —le ordenó Ben.

—¡Te odio, Holiday!

—¡Lo siento, pero no me importa!

—¡Te importará! ¡Tarde o temprano, me libraré de ti y cuando lo haga te arrepentirás de haberme usado de este modo!

La cabeza se echó hacia atrás, la voz fría y mecánica se ahogó en una ráfaga de viento. Ben no replicó. Así con fuerza a las riendas y las correas de los arneses.

Ahora volaban sobre el Prado hacia el centro del valle. Ben no sabía adonde iban, pero sí que Strabo lo llevaba al lugar que le había ordenado. Abaddon era el infierno de Landover, pero sus puertas estaban en unos túneles del tiempo como el que conducía allí desde su mundo. Sin embargo, eran diferentes. No se encontraban en las nieblas que rodeaban el valle. Se hallaban escondidas en algún lugar de su interior, le había dicho Strabo, en algún lugar al que sólo tenían acceso los demonios y el dragón.

De pronto, Strabo disminuyó la velocidad de su vuelo e inició una amplia vuelta hacia atrás que se convirtió en un círculo. Ben miró hacia abajo. El valle era un sudario de niebla y penumbra. Las alas de Strabo se extendieron aún más y el dragón comenzó a inclinarse, formando un ángulo agudo con las corrientes nocturnas.

—¡Agárrate, Holiday! —gritó, volviendo la cabeza.

Se lanzó hacia delante con brusquedad e inició el descenso. Sus alas se plegaron hacia atrás y el cuello se estiró. Comenzaron a ganar velocidad a medida que bajaban. El viento arremetía contra las orejas de Ben Holiday con un horrible rugido que lo ahogaba todo. La tierra comenzó a distinguirse como una mancha informe que se agrandaba por segundos. Ben tenía frío. ¡Estaban descendiendo con demasiada rapidez! ¡Iban a estrellarse justo en el centro del Prado!

Entonces, de repente, el fuego explotó en la garganta de Strabo, un enorme y brillante arco de llamas rojizas. El aire pareció replegarse ante él, como celofán que se arrugara y expandiera por los bordes, dejando un agujero irregular. Ben forzó la vista entre las ráfagas de viento y vio la negrura del agujero abierto en la noche. El fuego del dragón se extinguió, pero el agujero se mantuvo. Lo atravesaron, volando hacia un vacío oscuro. Landover desapareció. El neblinoso Prado dejó de existir. Se

produjo un ruido de succión cuando el agujero se cerró tras ellos, y después una súbita quietud.

Strabo recuperó la posición horizontal. Ben se alzó un poco sobre el lomo del dragón contra el que estaba agazapado y miró a su alrededor. El mundo había sufrido un cambio radical. No había lunas ni estrellas, sólo un cielo negro de tinta china sobre una masa irregular de picos serrados y profundos desfiladeros. Donde la tierra y el cielo se unían, danzaban destellos de luz, llenando los límites del horizonte con una extraña exhibición luminosa. Los volcanes bramaban a lo lejos, sus fuegos rojizos resplandecían en sus altos conos de roca. Las corrientes de lava formaban riachuelos rojos que parecían de sangre. La tierra temblaba y rugía a consecuencia de las erupciones, y los surtidores de llamas y rocas fundidas saltaban en la oscuridad.

—¡Abaddon! —anunció Strabo en un bajo susurro.

Se dejó caer a una velocidad vertiginosa, y Ben sintió que su estómago se contraía. Los picos de las montañas pasaban con sobrecogedora rapidez, y el fuego de los volcanes se disparaba hacia el cielo por todas partes. Ben estaba aterrado. Abaddon era la materialización de sus peores pesadillas. Nunca había visto algo tan inhóspito. Nada podía sobrevivir en un mundo semejante.

Una sombra alada y esquiva ascendió hacia ellos. Strabo emitió un siseo de advertencia. Otra sombra pasó, y después otra. De los dientes del dragón salían siseos y destellos. El fuego surgió de repente de su boca y una de las sombras aulló y cayó. Ben se aplastó junto a las espinas que protegían la columna dorsal del dragón. El fuego fue lanzado repetidamente. Otra de las sombras explotó en cenizas y también cayó. Strabo zigzagueaba para evitar a las nuevas sombras que aparecían. Estiró su enorme cuerpo y aumentó la velocidad. Las cosas negras quedaron atrás y se perdieron de vista.

Pasaron sobre una serie de altos picos y el dragón cambió a un vuelo más lento.

—¡Mosquitos! —gruñó con desprecio—. ¡Nada para mí!

Ben, empapado de sudor, apenas podía respirar.

—¿Cuánto falta?

El dragón soltó una estruendosa carcajada.

—Un poco, Holiday. ¿Qué ocurre? ¿Es más de lo que esperabas?

—Estoy bien. ¡Haz lo que te he dicho y llévame con mis amigos!

—Paciencia, Holiday.

El dragón siguió volando a través de la oscuridad salpicada de fuegos. Los «mosquitos» se presentaron una segunda y una tercera vez. Strabo achicharró a unos cuantos. El mundo de Abaddon se extendía bajo ellos, inmutable en su aspecto, un mundo de roca y fuego. Unas luces blancas danzaban frenéticamente en el horizonte, y la lava llameaba dentro de los cráteres de los picos, pero en los valles y los desfiladeros todo seguía cubierto por una oscuridad impenetrable. Si algún ser vivo

habitaba en ellos, no podía ser visto desde el aire.

Ben comenzó a experimentar una sensación creciente de inutilidad. ¡Sus amigos llevaban atrapados en ese mundo casi cinco días!

Strabo se inclinó hacia la izquierda entre dos enormes picos volcánicos y empezó a bajar. El viento se oponía a su paso, y las montañas que tenían a ambos lados estaban surcadas por regueros de fuego. Ben observó la lava. ¡Había cosas que flotaban en el fuego! ¡Cosas que nadaban en él!

Una monstruosa figura negra se elevó de la sombra junto a uno de los picos, extendiendo unos brazos tentaculares. Strabo emitió un siseo y su fuego quemó los brazos. Éstos trepidaron y se replegaron. La figura desapareció.

Tras eso, pasaron unas montañas y se encontraron en un valle rodeado de picos serrados. Strabo se zambulló en él y sólo adoptó la posición horizontal cuando se hallaban a menos de quince metros del suelo. En los márgenes del valle borboteaban estanques de lava, que lanzaban hacia el cielo rocas y llamas de forma intermitente. El suelo estéril estaba lleno de grietas y fisuras que descendían a las tinieblas. Por todas partes correteaban criaturas, pequeños seres deformes que la penumbra rojiza apenas mostraba humanos. A la vista del dragón se elevaron gritos y aullidos que se hicieron inaudibles en el momento en que se produjo el lejano rugido de los volcanes. Ben oyó el grito con que respondió el dragón.

Los «mosquitos» reaparecieron, esta vez por docenas. Otros seres llegaron volando, más voluminosos y con aspecto más aterrador. Strabo se niveló y aumentó la velocidad de su vuelo. Ben estaba tan apretado contra la piel del dragón que podía sentir los latidos de su corazón. Las correas y cinchos comenzaron a aflojarse y Ben pensó en la posibilidad de caer.

Entonces apareció ante ellos un enorme foso de fuego, con centenares de metros de profundidad. Sobre él había una pequeña plataforma de roca, sostenida por cadenas, un disco de piedra que no medía más de tres metros de diámetro. La losa se balanceaba continuamente en su soporte de hierro, y el fuego la lamía con ansiedad por debajo.

A Ben se le cortó la respiración. Había unas cuantas figuras acurrucadas sobre la losa, luchando por mantenerse en ella.

¡Sus amigos!

Strabo se lanzó hacia ellos, perseguido por mosquitos y otros demonios voladores. Había más demonios aún, centenares, reunidos alrededor del foso de fuego, arrojando piedras a las figuras que estaban sobre la losa, haciendo que se mecieran las cadenas que la sostenían. Todos aullaban festivamente. Para ellos era un juego, comprendió Ben con horror. ¡Los demonios habían colocado a sus amigos sobre la losa y aguardaban para verlos caer al fuego!

Se acercaron más al foso. Los demonios se volvieron y gritaron al ver al dragón.

Varias manos se alargaron hacia las clavijas que sujetaban las cadenas a la pared del foso. ¡Los demonios estaban tratando de dejar caer la losa y a sus amigos antes de que pudieran alcanzarlos!

Ben estaba desesperado. Las cadenas se soltaban rápidamente, una tras otra, y la losa de piedra tembló y se inclinó. Strabo exhaló fuego hacia los demonios y convirtió en cenizas a una docena, pero el resto continuó ocupándose de las cadenas. Ben gritó, frenético, al ver las caras de Questor Thews, Abernathy, los kobolds, ¡y Sauce! Strabo se lanzó volando sobre el borde del foso, y los demonios que se esforzaban en soltar las cadenas. *Demasiado tarde*, pensó Ben. ¡Iban a llegar demasiado tarde!

Hubo un instante en el que el tiempo se congeló. No había tiempo y a la vez todo el tiempo del mundo. A Ben le pareció ver lo que ocurría con una aterradora indiferencia que lo mantuvo en suspenso mientras se produjo el suceso. Las cadenas de un lado cayeron y la losa se inclinó más. Sus amigos comenzaron a resbalar hacia el foso.

Strabo se lanzó, llevando a Ben en dirección al fuego. Llegó a la losa cuando sus ocupantes ya estaban a punto de caer. Con las garras de sus pies atrapó a dos en el aire. Mediante un rápido movimiento de sus mandíbulas cogió a otro, y su gran cabeza se volvió hacia atrás para depositar a un kobold delante de Ben. El segundo kobold trepó hasta los arneses y se agarró a las correas.

La última figura cayó hacia el foso. Era Questor Thews.

Ben lo vio caer, contemplando con horror como las ropas grises con sus faltriqueras multicolores ondeaban y se hinchaban como un paracaídas. Strabo describió un arco hacia abajo, luego se elevó. Estaba demasiado lejos para llegar al mago. No podía salvarlo.

—¡Questor! —gritó Ben.

Entonces ocurrió algo verdaderamente mágico, algo tan extraño que, incluso después de lo ocurrido en los últimos momentos, asombró a Ben. La caída de Questor al foso pareció enlentecerse hasta detenerse por completo. Los brazos del mago se extendieron en la luz roja de las llamas y su figura desgarbada comenzó a elevarse.

Ben contuvo el aliento mientras su mente se desbocaba. Sólo había una posible respuesta. ¡Questor Thews había conseguido al fin conjurar un encantamiento adecuado! ¡Había conseguido dominar la magia!

Strabo se lanzó hacia él en seguida, incinerando con sus llamaradas a los «mosquitos» y otros demonios voladores que trataban de interponerse. Le alcanzó justo cuando levitaba sobre el borde del foso, voló por debajo de él y lo cogió con la espalda de modo que quedó justo detrás de Ben.

Éste se volvió para mirarlo. Questor estaba sentado como una estatua, con rostro ceniciento y los ojos brillantes de asombro.

—Sólo... sólo era un giro adecuado de los dedos, gran señor —logró decir antes de desmayarse.

Ben alargó una mano y lo agarró por las ropas mientras Strabo iniciaba el ascenso. Los demonios profirieron gritos, una cacofonía de insultos que pronto se desvaneció en la distancia. La tierra descendió, transformándose en un arrugado sudario negro desgarrado por agujeros irregulares y grietas de llamas. La luz de los límites del mundo se agitaba con violencia, haciendo temblar el horizonte. Todo Abaddon pareció estremecerse y rugir.

Entonces Strabo exhaló fuego hacia delante, y una vez más el cielo se derritió y se abrió. Los bordes se replegaron alrededor del orificio, y el dragón y sus pasajeros lo atravesaron.

Ben cerró los ojos ante el repentino cambio de luz.

Cuando los abrió, en el cielo brillaban de nuevo las estrellas y las lunas de colores.

Habían vuelto a Landover.

Ben tardó unos momentos en orientarse. Estaban en Landover, pero no sobre el Prado. Se hallaban al norte, casi en sus límites. Strabo voló en círculo durante un rato, sobre bosques densos y montañas áridas, luego descendió con suavidad a un llano desierto.

Ben se bajó del dragón. Juanete y Chirivía lo saludaron con siseos y gesticulaciones, tan nerviosos que apenas podían contenerse. Abernathy se cayó, golpeándose contra el suelo, se levantó, se sacudió y maldijo el día en que se le ocurrió relacionarse con ellos. Questor, ya consciente, descendió con cuidado agarrándose de las correas y avanzó tambaleándose, sin apenas saber lo que hacía, con los ojos fijos en el dragón.

—¡Nunca creí que vería el día en que alguien pudiera gobernar a esta... esta maravillosa criatura! —susurró anonadado—. ¡Strabo, el último de los dragones, la más grande de las criaturas fantásticas, prestando un servicio al rey de Landover! Fue el Polvo lo, desde luego, pero aún así...

Tropezó con Ben y de repente captó su presencia.

—¡Gran señor, estáis a salvo! ¡Pensábamos que os habíamos perdido para siempre! ¡Nunca sabré cómo encontrasteis la salida del mundo de las hadas! ¿Cómo os arreglásteis para...? —Su entusiasmo lo enmudeció de repente. Tomó la mano de Ben y la estrechó con efusividad. Ben sonrió a pesar suyo—. Fuimos a buscaros al ver que no volvíais el primer día, y la bruja nos capturó —siguió el mago—. Nos envió a Abaddon y nos dejó sobre la losa de piedra, para que los demonios jugasen con nosotros. ¡Casi cinco días, gran señor! ¡Todo ese tiempo atrapados allí! Mientras aquellos seres repugnantes se burlaban de nosotros y nos insultaban...

Los kobolds sisearon y gimieron.

Questor asintió y su entusiasmo disminuyó.

—Sí, hacéis bien en interrumpirme, lo había olvidado. —Cogió a Ben por el brazo—. Estoy divagando, gran señor, cuando hay asuntos más urgentes. La sílfide está muy enferma. —Vaciló un momento, luego atrajo a Ben hacia sí—. Lo siento, gran señor, pero puede morir.

La sonrisa de Ben se borró al instante, y ambos se precipitaron hacia donde Strabo estaba acucillado, observándolos con los ojos entrecerrados. Abernathy estaba sentado en la hierba junto a la figura inerte de Sauce. Ben se arrodilló a su lado y Questor y los kobolds se colocaron alrededor.

—Llegó su hora de unirse a la tierra cuando estábamos atrapados en Abaddon —susurró Questor—. No pudo controlar la necesidad de transformarse, pero la roca no la aceptó.

Ben se estremeció. Sauce había intentado transformarse, incapaz de resistir el impulso, y sólo había logrado el cambio parcialmente. Su piel esta arrugada y leñosa, los dedos de sus manos y sus pies se habían convertido en raíces retorcidas, su pelo se había tornado en finas ramas, y su cuerpo estaba contorsionado. Su apariencia era tan horrible que Ben casi no pudo mirarla.

—Aún respira, gran señor —dijo Abernathy en voz baja.

Ben se impuso a su repulsión.

—Tenemos que salvarla —respondió, tratando desesperadamente de pensar en cómo hacerlo.

Vio con horror que el cuerpo de Sauce se convulsionaba de repente al brotar nuevas raíces en una de sus muñecas. Los ojos de la sílfide parpadearon y volvieron a cerrarse. Estaba agonizando. La angustia quemaba a Ben como si fuese fuego.

—¡Questor, use su magia!

—No, gran señor. —Questor negó con la cabeza—. La magia que yo poseo no puede ayudarle. Sólo una cosa puede salvarla. Tiene que completar la transformación.

Ben se giró hacia el mago.

—¿Cómo demonios va a hacer eso? ¡Está moribunda!

Nadie dio su opinión. Se volvió de nuevo hacia la joven.

Nunca debió dejarla con Belladona. Nunca debió permitir que lo acompañase. Lo que había ocurrido era culpa suya. Si moría sería el responsable.

Maldijo en voz baja y rechazó aquellos pensamientos. Su mente trabajaba a toda prisa.

Entonces recordó.

—¡Los viejos pinos! —dijo—. ¡El bosquecillo de Elderew donde su madre danzó antes de que ella se transformara aquella noche! ¡Era un lugar significativo para ella! ¡Quizás pueda completar la transformación allí! —Ya estaba de pie, dirigiendo a los

otros—. ¡Ayudadme a llevarla! ¡Strabo, bájate un poco más!

Llevaron a la sílfide hasta el dragón y la ataron en el lomo. Todos subieron con ella, sujetándose en los arneses improvisados. Ben se montó delante de la joven inconsciente. Questor y Abernathy detrás, los kobolds junto a los estribos.

Strabo emitió un gruñido irritado en respuesta a la orden de Ben y se elevó hacia el cielo nocturno. Volaron en dirección sur. El dragón se niveló y estiró para incrementar la velocidad, el viento los amenazaba con arrancarlos de los arneses. Los minutos pasaban, y a la región montañosa del norte le sucedió la llanura del Prado. La mano de Ben se estiró para tocar el cuerpo de la sílfide y encontró la piel leñosa fría y endurecida. La estaban perdiendo. No tendrían tiempo de salvarla. El Prado se quedó atrás y aparecieron los bosques y ríos de la región de los lagos, como manchas de oscuros colores entrevistas en la niebla. El dragón descendió, sorteando las copas de los árboles de los montes. Ben estaba lleno de impaciencia y frustración. Su mano aún agarraba el brazo de Sauce, y le pareció sentir que la vida se le escapaba.

Entonces Strabo se inclinó bruscamente a la izquierda y se lanzó hacia el bosque. Los árboles se elevaron para recibirlos, y por entre sus ramas divisaron el pequeño claro. Aterrizaron. Ben desmontó, los otros también, afanándose en desatar a Sauce. A su alrededor el bosque se alzaba como un muro, y entre las filas de troncos oscuros se arremolinaban jirones de niebla. Juanete emitió un siseo para indicar que lo siguieran, seguro de su instinto. Avanzaron dificultosamente, tanteando el camino en la casi absoluta oscuridad, transportando el cuerpo rígido de la joven.

En pocos segundos llegaron al pinar. Los pinos se erguían silenciosos en la niebla, como centinelas de la noche. Ben dirigió a la comitiva hasta el centro del bosquecillo, al escenario donde la madre de Sauce había danzado la noche que pasaron en Elderew.

Con suavidad, depositaron a Sauce en el suelo. Ben palpó la muñeca entre la masa de raíces y zarzillos que habían brotado de su piel. La muñeca estaba fría e inerte.

—¡No respira, gran señor! —exclamó Questor en un ahogado susurro.

Ben estaba desesperado. Levantó a la agonizante sílfide en sus brazos y la estrechó. Al hacerlo, lloraba.

—¡No puedes morirme, no puedes hacerme esto! —Sentía la aspereza de su piel en la cara—. ¡Sauce, respóndeme!

Y, de repente, le pareció que era Annie quien estaba entre sus brazos, su cuerpo inerte tras el accidente que le había quitado la vida; otro desecho de naufragio para ser barrido de la escena. La sensación fue tan aguda que le hizo jadear. Podía sentir sus huesos y su carne desgarrada, podía sentir la vida fallida de su hijo no nacido.

—¡Dios mío, no! —gimió.

Echó la cabeza hacia atrás y la imagen desapareció. De nuevo sostenía a Sauce.

Se inclinó sobre ella, besó sus mejillas y su boca, llenando de lágrimas su rostro. Había perdido a Annie y al hijo que llevaba. No podría resistir la pérdida de Sauce.

—No te mueras —le rogó—. No quiero que te mueras. ¡Sauce, por favor!

El cuerpo frágil se agitó, respondiendo casi milagrosamente, y sus ojos se abrieron. El miró en el interior de aquellos ojos, olvidándose del rostro y del cuerpo, olvidándose de la devastación provocada por la semitransformación. Llegó hasta una llama de vida que aún ardía en su interior.

—¡Vuelve conmigo, Sauce! —le rogó—. ¡Tienes que vivir!

Los ojos volvieron a cerrarse. Pero el cuerpo de la sílfide se agitó con más intensidad, y las convulsiones se convirtieron en espasmos de esfuerzo para recuperar el control muscular. La garganta de Sauce balbuceó:

—Ben, ayúdame. Ponme derecha.

La puso de pie al momento, y los otros retrocedieron. La sostuvo así, sintiendo la savia que circulaba por ella, sintiendo que la transformación se reanudaba. Las raíces se adentraron en el suelo del bosque culebreando, sus ramas se alargaron y se dividieron, y el tronco se dilató y se endureció.

Tras esto, todo se quedó en silencio. Ben alzó la vista. El cambio se había completado. Sauce se había convertido en el árbol que le daba nombre. Todo iría bien.

Cerró los ojos.

—Gracias —susurró.

Bajó la cabeza, abrazó el esbelto tronco y lloró.

El demonio apareció poco antes de que amaneciera, materializándose en la penumbra; una figura negra y deforme cubierta por una armadura. Ocurrió de repente. El viento silbó, la niebla se arremolinó y vieron al demonio.

Ben se despertó de inmediato. Había estado dormitando y se sentía dolorido por el largo tiempo pasado abrazando al árbol. Strabo se hallaba supuestamente en el extremo del claro donde lo habían dejado.

El demonio se aproximó, y él se levantó para ir a su encuentro. Los kobolds se interpusieron, tratando de cortar el paso al demonio. Abernathy se despertó de repente y dio una patada a Questor. El mago se despertó también y se incorporó con torpeza. El demonio giró su cabeza protegida por un yelmo, y sus ojos carmesíes examinaron al grupo y al bosque con atenta precaución.

Meditó un momento, tratando de razonar; luego sacudió la cabeza, para aclararla. Aquello carecía de importancia. Había tomado la decisión hacía tiempo, y no había surgido nada que le hiciera cambiar tal decisión. Le sorprendió que su voluntad fuese tan fuerte. Le produjo una sensación agradable.

Hizo un gesto afirmativo al mensajero.

—Estaré allí.

El demonio desapareció en un remolino de niebla. Ben observó el lugar vacío durante un momento, luego desvió la vista hacia las copas de los árboles donde las primeras luces del día no eran más que un leve tinte plateado.

—Volved a dormir —dijo a los otros en voz baja.

Se acostó de nuevo junto a Sauce, apoyando la mejilla contra el tronco rugoso y cerró los ojos.

El amanecer ya estaba en su plenitud cuando volvió a despertarse. Se hallaba tendido en la tierra bajo la sombra de los añosos pinos, con la cabeza apoyada en el regazo de Sauce. Se había transformado de nuevo.

—Ben —le saludó dulcemente.

Él miró sus delgados brazos, el cuerpo y la cara. Su aspecto era idéntico al que tenía la noche que la vio por primera vez en Irrylyn. Había recobrado su color, belleza y energía. Era la visión que había deseado y temido. Sin embargo ya no era eso lo que le importaba, sino la vida de su interior. La repulsión, el miedo y la sensación de locura que había sentido ya no estaban presentes, su lugar lo había ocupado la esperanza.

Sonrió.

—Te necesito —le dijo.

—Lo sé, Ben —contestó ella—. Siempre lo supe.

Inclinó la cara y lo besó. Él se incorporó para abrazarla.

MARCA DE HIERRO

La primera cosa que hizo Ben esa mañana fue liberar a Strabo del encantamiento del Polvo lo que lo ligaba a su voluntad. Le concedió la libertad a condición de que no cazara en el Prado ni en ningún otro lugar habitado del valle, ni molestase a los ciudadanos mientras él fuera rey.

—La duración de tu reinado es para mi vida como una gota de agua para el océano, Holiday —le informó el dragón con frialdad. Los dos se encontraban en el claro donde habían pasado la noche.

Ben se encogió de hombros.

—Entonces la condición debe de ser fácil de aceptar.

—Las condiciones de un humano nunca son fáciles de aceptar, en especial cuando el humano es tan engañoso como tú.

—Adulándome no conseguirás más de lo que te he ofrecido. ¿Estás de acuerdo o no?

El morro escamoso se abrió, enseñando los dientes.

—¡Te arriesgas a que mi palabra sea vana, a que por haber sido obligado a dártela mientras la magia me somete a ti carezca de valor!

Ben suspiró.

—¿Sí o no?

Strabo siseó, extrayendo el sonido de lo más profundo de su ser.

—¡Sí! —Extendió sus alas membranosas y estiró el largo cuello hacia el cielo—. ¡Prometería cualquier cosa para librarme de ti! —Después vaciló y se acercó más—. Piensa que lo que hay entre tú y yo no ha acabado, Holiday. ¡Algún día nos encontraremos y saldaremos nuestra deuda! Se elevó por encima de los árboles batiendo las alas, giró hacia el este y desapareció en dirección al sol naciente. Ben contempló cómo se alejaba y luego se volvió.

Questor Thews no podía entenderlo. Primero se mostró asombrado, luego furioso y, por último, desconcertado. ¿En qué estaría pensando el gran señor? ¿Por qué habría liberado a Strabo de esa forma? El dragón era un aliado poderoso, un arma que nadie se atrevería a desafiar, un medio para exigir la lealtad que necesitaba con tanta urgencia.

—Por eso precisamente sería un error —trató de explicarle al mago—. Terminaría utilizándolo como un arma. Obtendría la lealtad de los habitantes de Landover, no porque ellos se sintieran impulsados a dármele, sino porque estarían aterrorizados por el dragón. Eso no es bueno. ¡No quiero una lealtad basada en el terror! ¡Quiero una lealtad basada en el respeto! Además, Strabo es una espada de dos filos. Tarde o temprano, los efectos del Polvo lo se acabarán, ¿y entonces qué? Se volvería contra mí en un instante. No, Questor, es mejor que lo haya dejado marchar y asuma mis

riesgos.

—¡Habéis hablado bien, gran señor! —le espetó el mago—. No hay duda de que tendréis que asumir riesgos. ¿Qué ocurrirá cuando os enfrentéis con la Marca? ¡Strabo podría haberos protegido! ¡Al menos, deberíais haberlo conservado hasta entonces!

Ben negó con la cabeza.

—No, Questor —respondió suavemente—. Ese combate no es del dragón, es mío. Creo que siempre lo ha sido.

Dio por terminado el tema en ese punto, negándose a discutirlo con nadie más. Lo había pensado con calma. Había tomado la decisión. Había aprendido varias cosas que ignoraba y deducido algunas otras. Veía claramente lo que un rey de Landover tenía que ser para que la corona tuviese significado. En muchos aspectos se encontraba en la misma posición que cuando llegó al valle. Quería que sus amigos comprendiesen, pero no se creía capaz de poder explicárselo. La comprensión llegaría por un camino distinto.

Por suerte, no hubo más oportunidades para que insistieran sobre el asunto. El Amo del Río apareció, informado por su gente de que algo extraño había sucedido en el pinar. Strabo había llegado volando a medianoche y se había marchado al amanecer. Había llevado consigo a unos cuantos humanos, incluido el hombre llamado Holiday que reclamaba el trono de Landover, el mago Questor Thews y su propia hija desaparecida. Ben recibió al Amo del Río con disculpas por haber penetrado en sus dominios y una breve explicación de lo que les había sucedido en las últimas semanas. Le dijo que Sauce lo había seguido por invitación suya, que a causa de su propia negligencia no se le había informado debidamente, y que deseaba que la sílfide permaneciera en su compañía unos días más. Luego solicitó su presencia en el Corazón el amanecer tercero a contar desde aquel día.

No mencionó el desafío de la Marca.

—¿De qué servirá, gran señor, que me reúna con vos en el Corazón? —preguntó el Amo del Río. Estaba rodeado por su gente, figuras borrosas en la niebla matutina, cuyos ojos brillaban en la bruma del bosque.

—Le pediré de nuevo su lealtad al trono de Landover, Amo del Río —respondió Ben—. Creo que entonces accederá a dármele.

En el rostro cincelado del duende se reflejó el escepticismo y cierta alarma. Las branquias de su cuello detuvieron su continuo movimiento.

—Ya os informé de mi condición para ello —dijo el Amo del Río en tono apacible, aunque en su voz había cierto toque de advertencia.

Ben le mantuvo la mirada.

—Lo sé.

El Amo del Río asintió.

—Muy bien. Estaré allí.

Abrazó brevemente a Sauce, le dio permiso para que acompañase a Ben y se marchó. Su gente desapareció con él, fundiéndose en la penumbra del bosque. Ben y los miembros del pequeño grupo se quedaron solos.

Sauce se le acercó, cogiéndole la mano.

—No tienen intención de prometerte lealtad, Ben —susurró, bajando la voz para que los otros no la oyeran.

Ben sonrió con pesar.

—Lo sé. Pero espero que no tenga otra elección.

Era hora de partir. Envió a Juanete al castillo de Rhyndweir con un mensaje para Kallendbor y los otros señores del Prado. Él había hecho lo que le habían pedido, librarlos de Strabo. Ahora les tocaba a ellos. Tenían que encontrarse en el Corazón dentro de tres amaneceres y darle su promesa de lealtad.

Juanete desapareció en el bosque, y los demás iniciaron el regreso a Plata Fina.

Tardaron más que la vez anterior en recorrer la región de los lagos, puesto que viajaban a pie. A Ben no le importó. Le proporcionaba tiempo para pensar, y había muchas cosas sobre las que deseaba hacerlo. Sauce caminaba a su lado, manteniéndose cerca, sin hablar apenas. Questor y Abernathy le preguntaron repetidas veces sobre sus planes respecto al enfrentamiento con la Marca, pero respondió con evasivas. La verdad era que no tenía plan, pero no quería que ellos lo supiesen. Era mejor que creyeran que prefería guardar el secreto.

Dedicó mucho tiempo a observar la región que atravesaban e imaginar cómo habría sido antes de que la magia se deteriorara. Con frecuencia volvía a su memoria la visión que le proporcionaron las hadas, una imagen maravillosa y resplandeciente donde las nieblas, la penumbra y la decadencia de la vida de la tierra no existían. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que el valle era así?, se preguntó. ¿Cuánto tiempo haría falta para que volviese a serlo? Lo que le mostraron las hadas fue más una promesa que una visión retrospectiva. Pensó en los lentos remolinos de niebla densa que ocultaban la luz del sol y envolvían las montañas, en los degradados bosques de lindoazules marchitos, en los lagos y los ríos grises y turbios, y en los prados de hierba escasa y seca. Pensó en la gente del valle y en la vida que llevaban en un mundo que se había vuelto de repente árido e improductivo. Pensó una vez más en las caras de los pocos que habían presenciado su coronación, y de los muchos que se alineaban en las calles que conducían a Rhyndweir. Todo eso podría cambiar si el deterioro de la magia se detuviera.

Un rey que servía a su país y guiaba a su pueblo podía alcanzar ese objetivo, según Questor Thews. Veinte años sin rey en el trono de Landover había sido la raíz del problema.

No obstante, a Ben le resultaba difícil aceptar esa idea. ¿Por qué algo tan simple

como perder o ganar un rey había afectado tanto a la vida del valle? Un rey no era más que un hombre. Un rey no era más que una figura. ¿Cómo un solo hombre podía producir tales diferencias?

Al final, sacó la conclusión de que eso era posible en un país que vivía de la magia que lo había creado, en el cual la magia se apoyaba en el gobierno de un rey. Una cosa semejante sería imposible en un mundo gobernado por leyes naturales, pero no allí. La tierra adquiriría vida de la magia. Questor se lo había dicho. Quizás también adquiriría vida del rey.

Las implicaciones de esa posibilidad eran enormes, y Ben no podía captar todas las consecuencias que sugerían. Por tanto, redujo el número de problemas importantes al más inmediato: seguir vivo. La magia continuaría decayendo si él faltaba, y el país decaería sin la magia. Había un lazo que los unía a los tres. Si lograba entender eso, podría salvarse. Lo sabía por instinto. Las hadas no habrían creado Landover un día para verlo desmoronarse al siguiente por la pérdida de un rey. Tenían que haber previsto y elaborado un plan para sustituir a ese rey por un rey nuevo, quizás por un rey diferente, pero un rey que gobernase y conservara la fuerza de la magia.

¿Pero cuál era el plan que habían elaborado?

El primer día del viaje le pareció interminable. Cuando llegó la noche y sus compañeros se quedaron dormidos,

Ben continuó en vela, meditando. Y así estuvo durante mucho tiempo.

El segundo transcurrió con más rapidez. Hacia el mediodía llegaron a la isla en que se asentaba el castillo de Plata Fina. Juanete los esperaba en sus puertas, ya de vuelta de su viaje al Prado. Habló sin demora, ilustrando sus frases con gestos rápidos. Ben no pudo seguirlo.

Questor intermedió.

—Vuestro mensaje ha llegado a su destino, gran señor. —Su voz era amarga—. Los señores del Prado responden que irán al Corazón, pero que posponen hasta entonces su decisión de prometer lealtad al trono.

—Es sorprendente —dijo, e ignoró las miradas que intercambiaron el mago y Abernathy, continuando su camino hacia la entrada—. Gracias, Juanete.

Atravesó con rapidez el pórtico que conducía al patio interior y lo cruzó, seguido de los otros. Al llegar al salón principal, dos figuras desaliñadas salieron a su encuentro.

—¡Magnífico, gran señor!

—¡Poderoso gran señor!

Ben gruñó al reconocerlos. Los gnomos nognomos cayeron de rodillas, humillándose y gimoteando de un modo que resultaba embarazoso. Sus pelajes estaban sucios y enmarañados, sus pezuñas llenas de barro, y tenían el aspecto de

algo sacado de un albañal.

—¡Oh, gran señor, creíamos que os habría devorado el dragón! —sollozó Phillip.

—¡Creíamos que estaríais perdido en las profundidades del infierno! —gimoteó Sot.

—¡Oh, poseéis una magia poderosa, gran señor! —le elogió Phillip.

—¡Sí, habéis regresado de la muerte! —declaró Sot.

Ben deseó que desaparecieran de su vista; al menos, durante una semana.

—¡Por favor, dejadme pasar! —les dijo.

Se habían agarrado a las perneras de su pantalón y le besaban los pies. Trató de liberarse, pero los gnomos no lo dejaron.

—¡Apartaos! —gritó.

Cayeron hacia atrás, sobre el suelo de piedra, mirándole desde abajo con expectación.

—Magnífico gran señor —susurró Phillip.

—Poderoso gran... —comenzó a decir Sot.

Ben los interrumpió.

—Chirivía, Juanete, meted a estos dos en un baño y no los dejéis salir hasta que logréis reconocerlos.

Los kobolds se llevaron a rastras a los gnomos nognomos, que aún gimoteaban. Ben suspiró de cansancio.

—Questor, quiero que tú y Abernathy repaséis las historias del castillo. Ved si existe algo, lo que sea, que se refiera al modo en que se relaciona Landover con los reyes y la magia. —Movió la cabeza tristemente—. Sé que ya hemos buscado ahí, sé que no hemos encontrado nada, pero... bueno, quizás se nos pasó algo por alto.

Questor asintió.

—Sí, gran señor, es posible que se nos escapase algo. No nos hará ningún mal mirar otra vez.

Salió del salón seguido por Abernathy, que mostraba escepticismo en su expresión.

Ben se quedó solo con Sauce durante unos momentos. Luego cogió de la mano a la sílfide y la condujo a la escalera de la torre donde estaba la Landvista. Sintió la necesidad de explorar el valle otra vez, y quería que la joven lo acompañase. Habían hablado poco desde que ella readquirió su forma después de la transformación, pero habían permanecido cerca uno de otro. A él le ayudaba tenerla allí. Le daba una seguridad que no acertaba a comprender del todo. Le daba fuerza.

Trató de explicárselo.

—Quiero que sepas algo, Sauce —le dijo cuando llegaron a la plataforma de la Landvista—. No sé en que va a acabar todo esto, pero sí que, pase lo que pase, soy muy afortunado por tenerte como amiga.

Ella no respondió. Le apretó con fuerza la mano. Juntos se agarraron a la barandilla, y los muros del castillo se disolvieron en los grises cielos nublados.

Estuvieron fuera toda la tarde.

Ben durmió bien esa noche y no se despertó hasta el mediodía. Questor lo encontró cuando bajaba las escaleras. El mago parecía exhausto.

—No me lo diga —Ben sonrió con simpatía—. Déjeme adivinarlo.

—No hay nada que adivinar, gran señor —contestó Questor—. Abernathy y yo hemos trabajado toda la noche y no hemos encontrado nada. Lo siento.

Ben rodeó con el brazo su cuerpo enjuto.

—No se preocupe, basta con haberlo intentado. Vaya a dormir ahora. Le veré en la cena.

Comió en la cocina un poco de fruta y queso y bebió un poco de vino mientras Chirivía lo observaba en silencio. Luego se dirigió a la capilla del Paladín. Se quedó allí durante un rato, arrodillado en las sombras, preguntándose qué habría sido del campeón y por qué regresaba, tratando de extraer comprensión y fuerza de la armadura vacía que descansaba sobre el pedestal. Sueños y deseos desfilaron ante sus ojos, imágenes vagas en el aire rancio, y se permitió sentir la dulzura de las cosas agradables que había tenido en su vida. Evocó lo bueno del mundo viejo y del nuevo, y eso le dio paz.

A última hora de la tarde, volvió. Recorrió Plata Fina con calma, atravesando sus corredores y salas despacio, rozando con las manos los muros de piedra, sintiendo el calor en su cuerpo. La magia que le dio vida permanecía aún en su interior, pero se estaba debilitando. El deslustre había aumentado, la decoloración era más notable en las paredes del castillo. Pronto se desmoronaría. Recordó la promesa que se había hecho a sí mismo de que un día encontraría el modo de ayudarlo. Se preguntó si le sería posible.

Aquella noche se reunió en el comedor con sus amigos para cenar: Sauce, Questor, Abernathy, Juanete, Chirivía, Phillip y Sot. Hubo poca comida. La despensa del castillo se estaba vaciando y la magia ya no podía producir los alimentos necesarios. Todos fingieron que la cena era excelente. La conversación fue poco animada. Nadie protestó, nadie discutió. Todos se esforzaron en evitar la mención de lo que tenían presente.

Cuando la comida llegó a su fin, Ben se levantó. Le costó hablar.

—Espero que me disculpen, pero debería intentar dormir unas horas antes de... —Se interrumpió—. Creo que saldré hacia medianoche. No espero que ninguno de ustedes me acompañe. En realidad, sería mejor que no lo hicieran. Agradezco el apoyo que me han prestado hasta el momento. Desearía poder hacer algo...

—Gran señor —le interrumpió Questor. Se levantó y cruzó sus delgados brazos bajo sus ropas grises—. Por favor, no digáis nada más. Todos hemos decidido ya que

os acompañaremos mañana. Unos buenos amigos no podrían actuar de otro modo. Ahora, ¿por qué no os váis a la cama?

Todos le miraron en silencio: el mago, el amanuense, la sílfide, los kobolds y los gnomos. Ben movió la cabeza lentamente y sonrió.

—Gracias. Gracias a todos.

Salió de la estancia y se detuvo un momento en la habitación contigua. Luego subió las escaleras que conducían a su dormitorio.

Sauce fue a despertarlo a media noche.

Cuando Ben se levantó, se abrazaron en la oscuridad del aposento. Los ojos de Ben se cerraron de cansancio y dejó que el calor de la joven penetrase en él.

—Tengo miedo/Sauce. Estoy asustado por lo que me aguarda —le susurró—. No por lo que pueda sucederme a mí... —Se interrumpió—. No, eso es mentira. Me muero de miedo por lo que pueda sucederme. Pero aún tengo más por lo que puede ocurrirle a Landover si la Marca me mata. Si no sobrevivo a este enfrentamiento, Landover puede perderse para siempre. ¡Tengo miedo a fracasar, porque no sé cómo evitar que él triunfe!

Ella lo estrechó con fuerza. Su voz fue enérgica.

—¡Ben! ¡Tienes que creer en ti mismo! Has conseguido mucho más de lo que nadie hubiera imaginado. Las respuestas están ahí. Las encontraste siempre que tuviste necesidad de ellas. Creo que volverá a suceder.

Él negó con la cabeza.

—No tengo mucho tiempo para buscarlas, Sauce. La Marca no me ha dejado tiempo.

—Las encontrarás en el tiempo que tengas.

—Sauce, escúchame —dijo apartando la cara—. Sólo una cosa puede evitar que la Marca me mate, sólo una. El Paladín. Si el Paladín aparece para defenderme, tendré esa posibilidad. Quizás se presente. Me ha salvado varias veces desde que llegué al valle. ¡Pero es un fantasma, Sauce! Carece de fuerza y de substancia. Es una sombra, y una sombra no asusta a nadie durante mucho tiempo. Yo no necesito un fantasma. ¡Necesito algo real! ¡Y maldita sea, ni siquiera sé si ese ser real existe aún!

Los ojos verdes estaban calmados ahora.

—Si se presentó antes, volverá a hacerlo. —Se calló un momento—. ¿Recuerdas que te dije que tú eras el que me fue prometido por los hados que tejieron mi destino en el lecho nupcial de mis padres? No me creíste, pero desde entonces has ido comprobando que es cierto. Te dije algo más, Ben. Te dije que sentía que eras diferente. Te dije que creía que serías el rey de Landover. Todavía lo creo. Y creo que el Paladín volverá a ayudarte. Creo que te protegerá.

La miró durante un largo rato. Luego la besó suavemente en la boca.

—Supongo que sólo hay un modo de averiguarlo.

Le dirigió una sonrisa de ánimo y estrechó sus manos. Juntos se dirigieron a la puerta.

El amanecer se aproximó al Corazón con pasos de gato. Los primeros reflejos de plata comenzaron a iluminar el este del cielo sobre la línea de árboles. Ben y los miembros de su pequeño séquito habían llegado pocas horas antes y se encontraban reunidos sobre el estrado. Otros habían ido llegando durante la noche. El Amo del Río estaba allí, de pie ante el bosque, rodeado por docenas de sus súbditos, todos como sombras tenues en la noche y la niebla. Los señores del Prado también estaban presentes, vestidos con sus atavíos de batalla, provistos de armas. Los caballos de guerra estaban junto a sus caballeros, quietos como estatuas. Seres fantásticos y humanos se hallaban frente a frente, acomodados en filas de reclinatorios de terciopelo blanco, con los ojos atentos a la penumbra.

En el centro del estrado estaba Ben, sentado en el trono, con Sauce a un lado y Questor y Abernathy al otro. Los kobolds agachados justo delante de él. Phillip y Sot no se veían por ninguna parte. Los gnomos nognomos habían vuelto a desaparecer.

Estarían escondidos cinco metros bajo tierra, sospechó Ben riéndose interiormente.

—Abernathy —dijo, volviéndose con brusquedad hacia el amanuense.

El perro saltó al oír su nombre, luego recuperó la compostura e hizo una reverencia.

—Sí, gran señor.

—Acércate a Kallendbor y a los señores del Prado, y luego al Amo del Río. Pídeles que se reúnan conmigo ante el estrado.

—Sí, gran señor.

Inmediatamente se dirigió hacia ellos. No había discutido ni una sola vez con Questor desde que salieron del castillo. Ambos procuraban entenderse mejor, ambos andaban con pies de plomo. Eso ponía a Ben mucho más nervioso que su comportamiento normal.

—Gran señor. —Questor se inclinó hacia él—. Pronto amanecerá. No vestís armadura ni portáis armas. Permitidme que os sugiera que os equipéis ahora.

Ben levantó la vista hacia la figura desgarbada, vestida con su túnica gris y sus faltriqueras de colores, cuyo arrugado rostro reflejaba una gran ansiedad. Le sonrió amablemente.

—No, Questor. Ni armas, ni armaduras. No me servirían de nada contra una criatura como la Marca. No podré vencerla de ese modo. Tengo que encontrar otro.

Questor Thews se aclaró la garganta.

—¿Tenéis en mente alguna idea de cuál es ese modo, gran señor?

Ben sintió que el frío que se había asentado en él se convertía en fuego.

—Tal vez —mintió.

Questor Thews dio un paso atrás. Las sombras que cubrían el claro comenzaron a disolverse con la llegada de la luz del día. Aparecieron figuras que la penumbra mantenía ocultas. Ben se levantó y caminó hasta el borde del estrado, sobrepasando a los kobolds. Los barones cubiertos de hierro y las delgadas sombras de los seres fantásticos convergieron ante él.

Respiró profundamente. No tenía ningún sentido andar con rodeos.

—La Marca vendrá a desafiarme al amanecer —les dijo con serenidad—. ¿Van a apoyarme contra él?

Le respondieron con un silencio total. Ben observó las caras de una en una, luego inclinó levemente la cabeza.

—Muy bien. Enfoquémoslo de otro modo. Kallendbor y los señores del Prado me dieron su palabra de que prometerían lealtad al trono si les libraba del dragón Strabo. Eso ya lo he hecho. Se ha retirado del Prado y de todas las partes habitadas del valle. Ahora les pido su lealtad. Me dieron su palabra, confío en que tenga valor.

Esperó. Kallendbor parecía indeciso.

—¿Qué garantía tenemos de que habéis hecho lo que decís? ¿De que el dragón se ha ido para siempre? —preguntó Strehan con aspereza.

No se ha ido para siempre, estuvo Ben tentado de decir. *Estará ausente mientras yo sea rey y ni un minuto más, así que debéis procurar mantenerme vivo.*

Pero no lo dijo, sino que ignoró a Strehan y mantuvo sus ojos fijos en Kallendbor.

—Cuando me prometan lealtad, ordenaré a los habitantes del Prado que cesen de ensuciar las aguas que alimentan y mantienen la región de los lagos. Trabajarán con las gentes del Amo del Río para limpiar las aguas y mantenerlas limpias.

Se volvió.

—Amo del Río, cumplirá su promesa y me dará su lealtad también. Y empezará a enseñar a la gente del Prado los secretos de su magia curativa. Les ayudará a comprender.

Volvió a detenerse, con los ojos fijos en el rostro cincelado del duende. También había incertidumbre en aquel rostro.

El viento sopló de repente contra su cara, rápido y violento. A lo lejos se oyó un débil retumbo, como un trueno. Ben se esforzó por aparentar serenidad. El amanecer comenzaba a inundar el horizonte.

—Nadie —dijo con voz suave— tiene la obligación de apoyarme contra la Marca.

Sintió que la mano de Questor agarraba su brazo con fuerza, pero la ignoró. El claro se había quedado en silencio, exceptuando el ulular del viento y el sonido creciente del retumbo. Las sombras se rayaron de plata y rosa. Las gentes del lago se retiraron a la penumbra del bosque. Los caballeros y los caballos comenzaron a

inquietarse.

—Gran señor. —Kallendbor dio un paso al frente. Sus ojos oscuros miraban con intensidad—. Nada importan las promesas que os hallamos hecho. Si la Marca os ha retado, sois hombre muerto. No cambiaría eso nuestra decisión de respaldaros. Ninguno de nosotros, ni los señores ni las gentes de la región de los lagos, puede enfrentarse a la Marca. Posee una fuerza que sólo una magia mayor puede vencer. Nosotros no poseemos esa magia. Los humanos nunca la han tenido y las gentes de la región de los lagos la perdieron hace tiempo. Sólo cuenta con ella el Paladín, y el Paladín desapareció.

El Amo del Río se adelantó también. Los que estaban con él miraron alrededor con aprensión. El viento silbaba y el retumbo comenzaba a repercutir en la tierra del bosque. El claro se quedó desierto de repente, las filas de reclinatorios parecían tumbas ordenadamente colocadas.

—La magia de las hadas desterró a los demonios hace siglos, gran señor. La magia de las hadas los ha mantenido alejados de esta tierra. El talismán de la magia de las hadas es el Paladín, y nadie aquí puede enfrentarse a la Marca de Hierro sin la ayuda del Paladín. Lo siento, gran señor, pero esta batalla os pertenece.

Se dio la vuelta y se alejó del estrado, seguido por su familia.

—Os deseo suerte, rey de comedia —murmuró Kallendbor, y se alejó también. Los otros señores lo siguieron, acompañados por el sonido metálico de sus armaduras.

Ben se quedó solo ante el estrado, observando su marcha. Luego sacudió la cabeza desesperanzadamente. En realidad, no esperaba ayuda de ellos.

El retumbo hizo temblar los cimientos del estrado, propagándose a través de la tierra en un trueno largo y sostenido. La luz plateada del amanecer desapareció en una súbita acumulación de sombras.

—¡Gran señor, retroceded! —Questor estaba a su lado, con sus ropas grises agitadas por el viento. Sauce apareció también, y Abernathy y los kobolds. Le rodearon con intención de protegerle. Juanete y Chirivía siseaban ferozmente.

La oscuridad aumentó.

—¡Apartaos, todos vosotros! —gritó Ben—. ¡Bajad del estrado! ¡Bajad ahora mismo!

—¡No, gran señor! —gritó Questor en respuesta, sacudiendo la cabeza.

Todos se resistieron y tuvo que violentarse para que lo dejaran solo. El viento comenzó a aullar con furia.

—¡He dicho que bajéis, maldita sea! ¡Fuera de aquí, deprisa!

Abernathy se retiró. Los kobolds mostraron sus dientes al viento y a la oscuridad y aún dudaron unos momentos. Ben agarró a Sauce y la empujó hacia ellos. Se retiraron, mientras Sauce se volvía a mirar con desesperación.

Questor Thews siguió sin moverse.

—¡Yo puedo ayudaros, gran señor! Ahora puedo controlar la magia y...

Ben lo cogió por los hombros y le dio la vuelta, luchando contra el empuje del viento que se había liberado de los infiernos y arremetía con fuerza.

—¡No, Questor! ¡Nadie puede ayudarme! ¡Baje del estrado en seguida!

De un empujón apartó al mago más de cinco metros y le indicó con la mano que siguiera adelante, Questor se volvió, vio la determinación en los ojos de Ben y siguió.

Se quedó solo. Los señores del Prado y sus caballeros, y el Amo del Río y su gente, se agazaparon en las sombras del bosque, protegiendo sus caras del viento y la oscuridad. Questor y los demás se acurrucaron a un lado del estrado. Las banderas eran sacudidas con violencia por el viento. Las astas de plata vibraban y se inclinaban. El retumbo se había convertido en un trueno continuo y amenazador.

Ben estaba temblando. *Inmejorables efectos especiales*, pensó absurdamente.

Las sombras y la niebla se arremolinaron y reunieron en el extremo opuesto del claro, dispersando a los que estaban escondidos entre los árboles. El trueno retumbó con más fuerza, como si hubiese explotado.

Entonces aparecieron los demonios, una horda de seres oscuros y deformes que se materializaron de lo invisible, surgiendo de la oscuridad. Las monturas serpentinas gruñían y escarbaban en la tierra, y las armas y armaduras sonaban al entrechocar como si fueran huesos. Formaban una mancha que se extendía bajo la tenue luz del amanecer hacia el estrado, adentrándose entre los reclinatorios.

El retumbo y el viento se desvanecieron, y el sonido de las respiraciones y gruñidos llenó el silencio que dejaron. Los demonios ya habían ocupado casi todo el Corazón. Ben Holiday y su pequeño grupo de amigos eran una isla dentro de un mar de cuerpos oscuros.

En el centro del ejército se abrió un pasillo, y una enorme criatura negra y alada, medio serpiente, medio lobo, avanzó por él. La montaba una pesadilla con armadura. Ben respiró profundamente y se irguió con decisión.

La Marca de Hierro había llegado.

MEDALLÓN

Fue el momento más horrible de toda la vida de Ben Holiday.

La Marca de Hierro hizo avanzar a la serpiente-lobo entre las filas de demonios, acortando poco a poco la distancia que los separaba. La armadura negra estaba rayada y maltrecha, pero resplandecía perversamente en la penumbra. Las armas sobresalían de sus vainas y soportes: espadas, hachas de guerra, dagas y media docena de otras clases. Las extremidades y la espada de la Marca estaban provistas de espinas serradas, como las púas de un puerco espín. El yelmo con la calavera tenía la visera echada; pero, a través de las ranuras del hierro sus ojos desprendían destellos rojizos.

Ben, que no se había dado cuenta hasta entonces, pudo comprobar que la Marca medía más de dos metros y medio de altura. Era enorme.

La serpiente-lobo alzó su cabeza de reptil. Sus enormes fauces se abrieron para mostrar los dientes. Emitió un siseo, como el que produce un chorro de vapor lanzado a toda presión, y su lengua se agitó en el aire.

La respiración de los demonios fue un contrapunto áspero y ansioso.

Ben se quedó paralizado de repente, se había sentido aterrado con anterioridad por cosas que encontró o peligros que tuvo que afrontar durante su estancia en Landover, pero nunca hasta ese extremo. Había llegado a pensar en un enfrentamiento equilibrado, pero ahora comprendía que era imposible. La Marca iba a matarlo y no sabía cómo impedirselo. Estaba aprisionado por su pánico, como un animal acorralado al fin por su enemigo más persistente. Hubiera salido corriendo de tener esa opción, pero no podía moverse. Tenía que quedarse allí, observando el avance del demonio, esperando su destrucción inevitable.

Con gran esfuerzo, logró introducir la mano en su túnica y coger con fuerza el medallón.

La superficie grabada imprimió en su mano el relieve del castillo, el sol naciente y el caballero montado. El medallón era la única esperanza que tenía, y se agarró a él con la desesperación de quien se agarra a un cabo salvavidas cuando está a punto de ahogarse.

—*¡Ayúdame!*, imploró.

Los demonios emitieron un agudo siseo de triunfo anticipado. La Marca refrenó a la serpiente-lobo y el yelmo con la calavera se alzó con lentitud.

Aún no es demasiado tarde, aún puedo escapar, gritó Ben en el silencio de su mente. *¡Aún puedo usar el medallón para salvarme!*

Algo se introdujo en su memoria, algo indefinible. El miedo tiene muchos disfraces, le habían advertido las hadas. Debes aprender a reconocerlos. Las palabras no fueron más que un empujón suave, pero bastó para aflojar el puño férreo del miedo y liberar su capacidad de raciocinio. Las compuertas se abrieron, permitiendo

la entrada a una corriente de fragmentos de conversaciones y sucesos relativos al medallón. Giraban y se arremolinaban como desechos arrastrados por un torbellino de agua. Ben intentaba cogerlos con desesperación.

La voz serena de Sauce susurró, saliendo de la nada: Las respuestas que necesitas están ahí.

¡Pero, maldita sea, no podía encontrarlas!

Entonces los dedos de su memoria se cerraron sobre una frase que casi había olvidado en el caos de los últimos días y semanas, y la separaron de lo demás. Provenía de Meeks. Estaba en la carta que acompañaba al medallón.

Nadie puede quitarle el medallón, decía la carta.

Repitió las palabras, sintiendo que contenían algo importante, sin poder definirlo. El medallón era la clave. Siempre lo había sabido. Había jurado su cargo sobre él. Era el símbolo de su soberanía. Era reconocido por todos como escudo de su reinado. Era la llave para entrar y salir de Landover. Era el vínculo entre los reyes de Landover y el Paladín.

La Marca clavó sus espuelas de hierro en el cuerpo escamoso de la serpiente-lobo y la bestia aumentó la velocidad de su avance, siseando de rabia. El ejército de demonios también avanzó.

No puede quitarme el medallón, se dijo Ben. La Marca lo desea, pero no puede quitármelo. Lo sé. Eso es lo que espera que haga. Eso es lo que quiere. Como Meeks. Todos sus enemigos parecían desearlo.

Y ésa era razón suficiente para no hacerlo.

Su mano sacó el medallón de la túnica y lo dejó caer suavemente sobre su pecho, mostrándolo. No se lo quitaría. No lo usaría para escapar. No se marcharía de Landover después de esforzarse tanto. Allí debía quedarse, vivo o muerto. Estaba en casa.

Ése era su compromiso.

Entonces volvió a pensar en el Paladín.

La Marca de Hierro ya estaba cerca, y una lanza con múltiples puntas se aproximaba a su pecho. Ben esperó. Ya no sentía miedo. Ya no sentía nada excepto su renovada decisión y fortaleza.

Era suficiente.

Una luz destelló en el lado opuesto del claro, una luz brillante y blanca entre las sombras y la penumbra. La Marca se giró. Se produjo un siseo de reconocimiento en las filas de los demonios.

El Paladín surgió de la luz.

Ben sintió un estremecimiento. Algo en su interior lo empujaba casi físicamente hacia la aparición que, a su vez, lo atraía como un imán invisible. Era como si el fantasma tirase de él.

El Paladín cabalgó hacia delante desde el límite del bosque y se detuvo. Detrás de él, la luz se desvaneció. Pero el Paladín no se desvaneció con la luz como había ocurrido en ocasiones anteriores. Esta vez se quedó.

Ben se retorció dentro de sí mismo, separándose de su ser de un modo que nunca habría creído posible. Deseó gritar. ¿Qué estaba ocurriendo? Su mente giraba. Pareció que los demonios enloquecían de repente, chillando, gimiendo, arremolinándose como si hubieran perdido toda orientación. La Marca espoleó a su montura para que avanzara entre ellos, aplastándolos como si fuesen briznas de hierba. Ben oyó que Questor le gritaba, y también Sauce... y oyó el sonido de su propia voz diciéndole que retrocediera.

Entonces comprendió algo grande y terrible a pesar de las brumas de su confusión y del peligro físico. El Paladín ya no era un fantasma. ¡Era real!

El medallón le quemaba en el pecho y desprendía una luz plateada. Sintió que se convertía en hielo, después en fuego y, por último, en algo que no era ni lo uno ni lo otro. Observó que se proyectaba a través del Corazón hasta donde esperaba el Paladín.

Se observó a sí mismo mientras era transportado por esa proyección.

Sólo quedó el tiempo suficiente para una revelación asombrosa. Había una pregunta que nunca había formulado, que nadie había formulado. ¿Quién era el Paladín? Ahora lo sabía.

Era él.

Todo lo que había necesitado para descubrirlo fue entregarse a aquel país de magia. Todo lo que había necesitado para lograr el regreso del Paladín fue olvidar la opción de huida y comprometerse al fin de modo irrevocable con la decisión de quedarse.

Estaba montado sobre el corcel del Paladín, encerrado en la armadura plateada, embutido en el caparazón de hierro. Los broches estaban cerrados, las abrazaderas y tornillos apretados, y el mundo se convirtió en una corriente de recuerdos. Estaba sumergido en esos recuerdos, como un nadador luchando por mantenerse a flote. Se perdió en la corriente. Se transformó y nació de nuevo. Regresó de miles de lugares y de épocas, de millares de vidas diferentes. Los recuerdos ahora le pertenecían. Era un guerrero cuya destreza en la batalla y experiencia en el combate nunca habían sido igualados. Era un campeón a quien nunca habían vencido.

Ben Holiday dejó de existir. Ben Holiday se convirtió en el Paladín.

Por un momento fue consciente de la presencia del rey de Landover, inmóvil como una estatua en el centro del estrado. El tiempo y el movimiento se enlentecieron hasta paralizarse. Entonces espoleó a su caballo y lo olvidó todo, excepto al monstruo negro que se lanzó hacia él.

Se encontraron en un choque aterrador de armaduras y armas. La lanza con

múltiples puntas de la Marca y la suya de roble blanco se astillaron y se rompieron. Sus monturas relincharon y se estremecieron por la fuerza del impacto, luego se separaron al galope y giraron para volver a enfrentarse. Los dedos de chapa de metal y cota de malla asieron los mangos de las hachas de guerra, y las hojas curvadas se alzaron en el aire del amanecer.

Se produjo otro encuentro. La Marca era una enormidad negra que empequeñecía la figura maltrecha del caballero de plata. La desventaja era obvia. Se lanzaron uno contra otro y se embistieron con gran estrépito. Las hojas de las hachas se clavaron, introduciéndose en las juntas del metal, cortando bajo las armaduras. Ambos jinetes perdieron el equilibrio y se tambalearon sobre sus caballos. Giraron y se separaron, golpeando con las hachas. El Paladín fue lanzado hacia atrás y desmontado. Al caer, quedó colgado de las correas del arnés de la serpiente-lobo.

Parecía que su final había llegado. La serpiente-lobo se retorció bruscamente, con las mandíbulas abiertas para acabar con él. Pero estaba fuera de su alcance. La Marca de Hierro esgrimió su hacha de guerra con ambas manos. El arma descendió una y otra vez, tratando de alcanzar el yelmo de su enemigo.

El Paladín, enredado en las correas, se retorció para esquivar los terribles golpes. No podía soltarse. Si caía hacia atrás, el peso de su armadura le impediría levantarse y sólo podría esperar a la muerte. A ciegas tanteó a su asaltante, encontrando al fin las armas que el demonio llevaba sujetas en la cintura.

Sus dedos se cerraron alrededor del mango de una daga de cuatro filos.

Extrajo el arma de un tirón y la hundió en la rodilla de la Marca por una fisura de la articulación de la armadura metálica. La Marca se estremeció, y el hacha de batalla cayó de sus dedos exánimes. El Paladín luchó cuerpo a cuerpo con el demonio, tratando de hacerle perder el equilibrio, tratando de derribarlo de su montura. La serpiente-lobo se giró, siseando con rabia, al sentir que su jinete se deslizaba. La Marca quedó colgando de las riendas y los arreos del arnés, pateando con saña hacia el Paladín. Los reclinatorios yacían esparcidos como si fueran leña mientras los combatientes se tambaleaban en el centro del Corazón entre los aullidos de los demonios.

Entonces, de repente, el Paladín sacó la daga de cuatro filos de la rodilla de la Marca y la clavó en el hombro de la serpiente-lobo, donde éste se unía con el brazo. El monstruo se encabritó y salió disparado, tirando al suelo al caballero y al demonio con gran estrépito de armaduras.

El Paladín cayó sobre las manos y las rodillas, y trató de mantener el equilibrio. El aturdimiento lo invadió. La Marca cayó de bruces a pocos metros de él, pero se incorporó tambaleante, aunque el peso de su armadura era enorme. Cogió con ambas manos al gigantesco espadón que guardaba en la funda colgada a su cintura.

El Paladín se levantó y desenfundó su espada justo cuando la Marca iba a

alcanzarlo. Las hojas de las espadas se golpearon una a otra, produciendo un ruido metálico aterrador que se expandió en la quietud. El Paladín fue empujado hacia atrás por la figura más pesada de la Marca, pero no perdió el equilibrio. De nuevo se enzarzaron en la lucha y de nuevo sus espadas se golpearon. Los combatientes iban de acá para allá por toda la superficie del Corazón, tambaleándose cada vez que las espadas se alzaban y caían en la media luz.

El Paladín experimentó de pronto una sensación desconocida. Estaba perdiendo la batalla.

Entonces la Marca hizo una finta e invirtió el movimiento de la espada, dirigiéndola hacia abajo, a los pies del Paladín. Fue un golpe improvisado que falló su objetivo, pero cogió por sorpresa al caballero y le alcanzó en un costado. Cayó pesadamente y su arma rodó fuera de su alcance. Al instante, la Marca se hallaba junto a él. La gigantesca espada del demonio describió un arco descendente y la hoja acertó, penetrando en un intersticio de las placas que protegían los hombros del Paladín y encajándose entre las articulaciones. Si la Marca hubiese soltado la espada, aquel habría sido el final del Paladín. Pero el demonio la agarró con firmeza y se esforzó en sacarla. Esto le concedió una última oportunidad al campeón del rey. Tanteó desesperadamente la armadura del demonio, tratando de volver a alcanzar las armas que llevaba colgadas.

Sus dedos se cerraron sobre el mango de una maza de hierro.

Se levantó, agarrando con una mano el cuerpo de la Marca, manteniendo en la otra la maza alzada. La dejó caer sobre la calavera del yelmo y la Marca se tambaleó. El Paladín alzó de nuevo el arma, esta vez poniendo todas sus fuerzas en el golpe. La visera metálica se partió, y el rostro que cubría apareció como una pesadilla de sangre y facciones contorsionadas. El cuerpo del Paladín emitió una luz plateada. La maza se elevó y descendió una vez más. La calavera quedó destrozada.

La Marca de Hierro cayó a tierra, como una masa informe de metal negro. El Paladín se incorporó lentamente y se apartó.

Una quietud envolvió al Corazón, un manto de sosegado silencio que era en sí mismo un ruido aterrador. Entonces, el viento se levantó aullando, el trueno reverberó en la tierra del bosque, la atmósfera se oscureció con sombras y penumbras, y la entrada de Abaddon se abrió ante los demonios. Gritando y gimiendo desaparecieron en los infiernos.

El claro volvió a quedar vacío. La oscuridad se extinguió. La nueva luz del amanecer cayó sobre el Paladín mientras montaba de nuevo en su corcel. La armadura, que ya no estaba deslustrada ni maltrecha, brilló. La luz fulguró, refractándose durante un momento en la imagen del caballero grabada en el medallón que llevaba el rey de Landover, aún de pie en la parte delantera del estrado, en completa soledad.

La luz se desvaneció y el Paladín también.

Ben Holiday respiró el aire de la mañana y sintió el calor del sol en su cuerpo. Por un momento, fue consciente de la ligereza de las ropas del rey, en contraste con la armadura del Paladín. El tiempo y el movimiento se deshelaron y aceleraron hasta que todo fue como era.

Había recuperado su identidad. El sueño, la pesadilla, o la mezcla de ambas, había terminado.

Las figuras que se ocultaban entre los árboles del bosque se movieron y salieron al Corazón: humanos y seres fantásticos, señores y caballeros del Prado, y el Amo del Río con su gente de la región de los lagos, avanzando cuidadosamente entre los destrozos. Los amigos de Ben salieron de su refugio con expresiones de asombro en sus rostros. Sauce sonriendo.

—Gran señor... —comenzó a decir Questor y su voz se apagó. Entonces se arrodilló con solemnidad ante el estrado—. Gran señor.

Sauce, Abernathy y los kobolds se arrodillaron junto a él. Phillip y Sot reaparecieron como por arte de magia, y también se arrodillaron. Todos los que estaban en el claro, tanto los hombres del Prado como las criaturas fantásticas, se arrodillaron. El Amo del Río, Kallendbor, Strehan, los otros barones; todos los que habían acudido.

—Gran señor —dijeron en reconocimiento.

REY

Todo fue muy sencillo después de aquello. Incluso un monarca neófito como Ben no tuvo muchas dificultades para decidir qué hacer con todos sus atónitos súbditos presentes. Les rogó que se levantaran y se dirigieran a Plata Fina para celebrar la victoria. Las circunstancias habían sido adversas hasta esa mañana y podían complicarse otra vez al día siguiente, pero al menos durante el resto del día todo pareció ir sobre ruedas.

Transportó en el deslizador del lago a sus amigos, al Amo del Río y algunos de sus familiares más próximos, a los señores del Prado y sus asistentes. Dejó que los soldados y los demás acompañantes acamparan en la orilla. Hicieron falta varios viajes para cruzar a todos los invitados, y Ben tomó nota mentalmente de la necesidad de construir un puente antes de la próxima reunión.

—Había un puente en los viejos tiempos, gran señor —le susurró Questor, como si hubiese leído sus pensamientos—. Pero cuando el viejo rey murió, la gente dejó de venir al castillo, el ejército se dispersó y, al final, el tráfico cesó por completo. El puente se fue deteriorando hasta quedar en estado ruinoso, los tablones se partieron y se pudrieron, las cuerdas que los unían se deshilaron, los clavos se oxidaron; quedó sólo como una gran obstrucción en el lago, que reflejaba el estado lamentable de todo el reino. Traté de salvarlo con la magia, gran señor, pero las cosas no salieron como las planeé...

Se detuvo como si no quisiera entrar en explicaciones.

Ben alzó las cejas.

—¿Qué cosas?

Questor se acercó un poco más. Estaban a medio cruzar el lago, en el último viaje.

—Me temo que hundí el puente, gran señor.

Tras decirlo, fijó la vista en la proa del deslizador. Ben no indagó más. Le costó trabajo reprimir la risa, pero lo consiguió.

Reunió a sus invitados en el gran salón y los sentó alrededor de una serie de mesas que habían colocado. Le preocupó, cuando ya era tarde, que Plata Fina no pudiera alimentarlos a todos, pero sus temores resultaron infundados. El castillo multiplicó las provisiones de la despensa con su recuperada fuerza, como si sintiese la victoria conseguida, y hubo comida y bebida suficiente para todos, los de fuera y los de dentro.

Fue una fiesta maravillosa, una celebración en la que todos participaron. La comida y la bebida se consumió con deleite, se brindó y se contaron aventuras. Había un compañerismo que superaba a la incredulidad remanente, había un extraño sentimiento de renovación. Uno a uno, los allí reunidos se levantaron, animados por

Questor, y volvieron a prometer lealtad y apoyo incondicional al nuevo rey de Landover.

—Larga vida al gran señor Ben Holiday —proclamó el Amo del Río—. Que todo vuestro futuro sea comparable al día de hoy.

—Que conserve su magia y le dé buen uso —declaró Kallendbor, con un inconfundible tono de advertencia en su voz.

—Fuerza y sabiduría, gran señor —le deseó Strehan, con la mente nublada por una mezcla de temor y duda.

—¡Magnífico gran señor! —gritó Phillip.

—¡Poderoso gran señor! —añadió Sot.

Bueno, fue un cajón de sastre, pero estuvo bien. Uno tras otro le presentaron sus promesas de lealtad y sus buenos deseos, y Ben lo agradeció con cortesía. Había motivos para el optimismo, aunque pudieran surgir complicaciones al día siguiente. El Paladín había regresado de un lugar en donde a nadie se le había ocurrido buscarlo, liberado de la prisión en que lo mantenía el propio Ben. La magia había vuelto al valle, y Landover pronto iniciaría su transformación en la tierra bucólica que antes era. Los cambios se producirían con lentitud, pero se producirían. Las nieblas y la penumbra serían expulsadas por la luz del sol. El deslustre sería superado. Plata Fina dejaría de parecer el castillo de Drácula. La enfermedad de los lindoazules se debilitaría hasta dejar de existir. Los bosques, los prados y las montañas recuperarían la salud. Los lagos y los ríos quedarían incontaminados. La vida silvestre florecería de nuevo. Todo iba a renacer.

Y un día, un día aún lejano, quizás después de su muerte, la visión dorada de la vida del valle que había tenido en el mundo de las hadas se haría realidad.

Se dijo que podía ocurrir. Sólo tenía que creerlo. Sólo tenía que continuar trabajando para lograrlo.

Cuando terminaron, se levantó.

—Ahora y siempre, soy vuestro servidor y el de esta tierra —les dijo con voz tranquila, y las conversaciones se interrumpieron—. Os pido que vosotros también lo seáis los unos para los otros. Tenemos muchas cosas que realizar juntos, y debemos hacerlas sin demora. Dejaremos de contaminar las aguas y devastar los bosques de nuestros vecinos. Trabajaremos juntos, demostrándonos mutuamente que podemos proteger y restaurar toda la tierra. Planharemos acuerdos comerciales que faciliten el libre intercambio entre todos nuestros pueblos. Estableceremos programas de trabajos públicos para nuestros caminos y cursos de agua. Revisaremos nuestras leyes y constituiremos tribunales para respaldarlas. Intercambiaremos embajadores, y nos reuniremos periódicamente en Plata Fina para exponer nuestras quejas de un modo pacífico y constructivo. —Hizo una pausa—. Encontraremos el modo de ser amigos.

Brindaron y supo que fue más por el planteamiento que por la viabilidad de lo que

proponía, pero aún así era un comienzo. Había otras ideas que tendrían que ponerse en práctica: un sistema eficaz de impuestos, una moneda uniforme para los intercambios, un censo y varios proyectos de recuperación. Tenía ideas que aún no había meditado lo suficiente para exponerlas. Pero ya llegaría el momento. Encontraría la forma de ponerlos a todos a trabajar.

Recorrió la mesa, deteniéndose junto a Kallendbor y el Amo del Río. Se inclinó hacia ellos.

—Confío en ustedes, más que en nadie, para que las promesas se mantengan. Deben ayudarse como han prometido. Ahora somos aliados.

Asintieron con solemnes inclinaciones de cabeza y murmuraron garantías. Pero en sus ojos persistió un velo de duda. Ninguno de los dos estaba seguro de que Ben Holiday fuese el hombre capaz de mantener a sus enemigos a raya. Ninguno de los dos estaba convencido de que fuese el rey que necesitaban. Su victoria sobre la Marca había sido impresionante, pero era una victoria aislada. Esperarían y verían.

Ben lo aceptó. Al menos tenía su promesa de lealtad. Encontraría el modo de ganar su confianza.

Recordó durante un momento la batalla librada entre el Paladín y la Marca. No había dicho a nadie lo que había descubierto, no había mencionado el vínculo entre él y el caballero errante. Aún no estaba seguro de la conveniencia de hacerlo. Se preguntó si podría hacer que regresara el Paladín si fuera necesario. Creía que sí. Pero sintió un escalofrío al recordar la transformación que había experimentado dentro de la armadura, los sentimientos y emociones que había compartido con su campeón, los recuerdos de batallas y muertes acaecidas en el transcurso de muchos años. Sacudió la cabeza. Tendría que haber una razón muy importante para llamar de nuevo al Paladín...

Uno de los barones propuso otro brindis en su honor, deseándole salud. Lo agradeció y bebió. *Contad con eso*, les prometió mentalmente.

Sus pensamientos tomaron otros derroteros. Debía comenzar a trabajar sin demora en la restauración del Corazón. Había sido muy dañado durante la batalla con la Marca. Su tierra fue desgarrada, los reclinatorios de terciopelo blanco destruidos, las astas de las banderas tronchadas. Tenía que devolver el Corazón a su estado anterior. Aquel lugar tenía un significado especial para todos, pero aún más para él.

—Ben. —Sauce abandonó su asiento y se le acercó. Alzó su copa de vino—. Os deseo felicidad, gran señor —susurró con una suavidad que contrastaba con el ambiente.

Él sonrió.

—Creo que he encontrado esa felicidad, Sauce. Tú y los otros me habéis ayudado a encontrarla.

—¿Es verdad eso? —Lo miró con atención—. Entonces, ¿ya no sientes dolor por

lo que perdiste en tu antigua vida?

Se refería a Annie. Una imagen de su esposa muerta atravesó la mente de Ben durante un segundo, luego se desvaneció. Su antigua vida había terminado. No volvería a ella nunca más. Ahora lo aceptaba. Nunca podría olvidar a Annie, pero sí permitir que se alejase.

—Ya no siento dolor —respondió.

Los ojos verdes se fijaron en los suyos.

—¿Me permitirás que me quede contigo el tiempo suficiente para comprobarlo, Ben Holiday?

Él asintió.

—Es lo que deseo.

Ella se inclinó y lo besó en la frente, en las mejillas y en la boca. La fiesta continuó alrededor.

Después de medianoche las celebraciones concluyeron y los invitados comenzaron a retirarse a las habitaciones que les habían preparado. Ben acababa de dar las buenas noches a los rezagados y estaba pensando en la comodidad que le ofrecía su cama, cuando Questor se aproximó, un poco turbado.

—Gran señor —dijo, y se interrumpió—. Gran señor, lamento molestaros con un problema tan insignificante a estas horas, pero es necesario solucionarlo y creo que vos sois el más apto para eso. —Se aclaró la garganta—. Parece ser que uno de los señores trajo consigo un perro de compañía, a quien quiere como si fuera un miembro de su familia, según me han dicho, y ha desaparecido.

Ben arqueó las cejas.

—¿Un perro?

Questor asintió.

—No he dicho nada a Abernathy...

—Comprendo. —Ben miró a su alrededor. Phillip y Sot no se veían por ninguna parte—. ¿Y cree que...?

—Es una posibilidad, gran señor.

Ben suspiró. Los problemas del día siguiente ya habían comenzado. Pero, en realidad, ya era el día siguiente. Sonrió a pesar suyo.

—Bueno, Questor, vamos a averiguar si lo gnomos están preparando una cena de media noche.

El gran señor Ben Holiday, rey de Landover, inició el nuevo día mucho más temprano de lo que esperaba.